La madre hueca



ISMAEL LOZANO LATORRE

editorial siete islas

La madre hueca

ISMAEL LOZANO LATORRE

editorial
siete islas

© Título: *La madre hueca*

© Ismael Lozano Latorre

ISBN: 979-13-991674-8-1

Primera edición: abril de 2026

Edición: Editorial siete islas www.editorialsieteislas.com

Correcciones: Marta Mozo

Ilustración: Raúl Lázaro

Maquetación: D. Márquez

Editorial siete islas, premio a la iniciativa empresarial en favor de la inclusión y la visibilidad del colectivo LGTBIQ+ en la tercera edición de los premios Fundación Manolita Chen.

Visite nuestro blog: https://www.editorialsieteislas.com/blog y nuestro canal de Youtube

Si quiere recibir información sobre nuestras novedades envíe un correo electrónico a la dirección:

editorialsieteislas@gmail.com

Y recuerde que puede encontrarnos en las redes sociales donde estaremos encantados de leer sus comentarios.

#lamadrehueca #editorialsieteislas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa por escrito del editor. Todos los derechos están reservados.

A todas las familias diversas

que demuestran cada día que el amor es la verdadera unión,

más allá del género, la forma

o los lazos de sangre.

PRÓLOGO

Un beso, solo eso, un beso furtivo que cambiaría su vida para siempre, un beso robado, un beso prohibido, un beso en el Porís de Candelaria iluminado por un manto de estrellas.

Sombras en la pared. Sus ojos lo miraban como si estuvieran esperando una respuesta, y el chico, nervioso, agachó la cabeza. Tenía miedo, temía que si sus pupilas se encontraban pudiera descubrir sus sentimientos.

Ocultar, fingir. ¿Cuántos meses lo llevaba haciendo?

Sus manos buscaron las de él y las esquivó, lo apartó bruscamente, pero no lo suficiente, solo la distancia justa para evitar el contacto físico sin separarse de él.

Podía, pero no quería.

Debía, pero ansiaba tenerlo cerca.

Tocarlo, sentirlo, rozarlo.

Deseaba fundirse en su pecho y dormir sobre el perfume de su piel.

No hacía falta hablar. Aunque ninguno de los dos se atreviese a articular palabra, ambos sabían lo que estaba sucediendo. Sus rostros decían más cosas que las palabras. Se querían, se amaban, un amor que le daba más miedo que la muerte había ido creciendo entre los dos hasta convertirse en una fuerza imparable, un amor que desafiaba las leyes y la moralidad imperante en aquellos tiempos. No podía permitirlo. ¡No podía consentirlo! ¡No podía dejarse llevar! ¡Se jugaba demasiado! Pero cuando sus ojos lo miraban, su corazón se aceleraba y su cuerpo le pedía más.

Se aproximó. La distancia entre los dos se redujo a la mínima expresión. Respiraciones entrecortadas. La tensión empañaba el aire y hacía crepitar los cristales. Sus rostros se quedaron a pocos centímetros. Sus corazones uniéndose,

acompasándose, latiendo a un son que solo podían escuchar ellos dos. Las olas rompiendo en las rocas. Sus ojos hablando mientras sus labios no dejaban de tiritar.

No lo paró. Aunque el decoro y la castrante educación cristiana que había recibido le rogaban que lo hiciera, no lo empujó ni se apartó de él; esta vez dejó que su aroma dulzón lo envolviera mientras sus labios se juntaban.

Pánico, pavor, las piernas le temblaban y el aliento también. Estaba abriendo una puerta cuyo pomo jamás debía haber girado. No podía, no debía, tendría terribles consecuencias. El pulso acelerado. Una tremenda erección en la bragueta. Sus bocas se acariciaron y sus lenguas, hambrientas, se devoraron.

Era la primera vez que besaba a un hombre. La primera vez que se rendía a la pasión. Le brotaban lágrimas de los ojos y no sabía si eran de rabia o emoción.

Feliz. Aunque tenía mucho miedo, era inmensamente feliz. Se sentía contento, liberado y terriblemente asustado.

Podía, pero no debía.

Debía, pero se moría por dentro.

Ya no luchaba contra él ni contra sí mismo. Se había doblegado, se había despojado de la armadura y le había ofrecido su alma para que hiciera con ella lo que quisiera. Ya no había barreras. Solo estaban los dos. Ellos dos y el temor que lo corroía por dentro como si fuese un veneno que no le dejase disfrutar plenamente de lo que estaba sucediendo.

Un beso, solo eso, un beso furtivo que cambiaría su vida para siempre.

Sus lenguas abrazadas, saboreándose, como si llevasen anhelándose toda la vida.

Ansia de querer.

Ansia de sentir.

Ansia de ser libre.

Los ojos cerrados. Las uñas clavadas en su espalda. El torso adherido al suyo. Sus corazones fusionándose y bombeando sangre para los dos. Una lujuria desenfrenada recorriéndole la piel e intentando arrancar de cuajo cualquier prejuicio que pudiese evitar lo que estaba sucediendo, pero las raíces de la culpa y la vergüenza eran demasiado profundas y amenazaban con estropearlo todo.

Un beso robado, un beso prohibido.

Un beso en el Porís de Candelaria iluminado por un manto de estrellas.

La pasión desabrochándole los botones del pantalón y acariciando su sexo.

Un chirrido. Olor a neumáticos quemados. Miedo.

¿Cómo se frena el deseo cuando ha estado contenido demasiado tiempo?

Los puños apretados.

Le gustaba, le apetecía, pero aquello estaba yendo demasiado lejos.

Los prejuicios arqueándole la espalda y alejándolo de él.

La luz de la luna iluminándolos.

Una lágrima cayéndole por la mejilla mientras pensaba en su padre, en su madre, en sus hermanas… ¿Qué dirían sus vecinos si descubrían lo que estaba sucediendo?

Enfermo, pervertido, sarasa.

Maricón, invertido, violeta.

Historias terribles sobre palizas y violaciones en las cárceles pasando por su cabeza.

Los ojos de su acompañante, confusos, lo miraban sin entender lo que estaba

sucediendo. ¿Por qué paraba? ¿Por qué cedía? ¿Es que ambos no estaban disfrutando?

—No puedo —se limitó a decir con la voz manchada por la vergüenza.

El joven dio un paso atrás y un inmenso abismo se abrió entre sus cuerpos. Su amante, desconcertado, no sabía cómo interpretarlo. ¿Cuánto tiempo se habían permitido ser felices? ¿Una milésima de segundo?

—¿Te molestó? —le preguntó preocupado—. Pensé que tú también querías.

El chico agachó la cabeza ruborizado. Tenía muchos motivos para mentirle, pero más para decir la verdad. Inspiró profundamente y, a pesar del dolor y del miedo, decidió ser sincero y enfrentarse a cómo se sentía realmente.

—Te deseo —le confesó con los labios temblorosos—. Te deseo desde que te conocí y besarte ha sido lo más bonito que me ha pasado en la vida, pero por desgracia, algunos no podemos permitirnos el lujo de ser felices. No puedo arriesgarme a ser quien soy y debo ocultármelo hasta a mí mismo. Esto ha sido un error. Un precioso y maravilloso error que jamás debía haberse producido. Me juego demasiado. No quiero que mi cuerpo aparezca en un saco en el fondo del mar.

Un beso, solo eso, un beso furtivo que cambiaría su vida para siempre.

Su acompañante suspiró tristemente. Entendía sus temores, pero pensaba que estaba siendo excesivamente cauto.

—Pero estamos solos —protestó resistiéndose a perderlo—. Aquí nadie puede vernos.

El techo de la cueva protegiéndolos y el sonido del mar acariciándole los oídos.

—Te equivocas —le respondió el chico con amargura—. En La Palma

siempre hay ojos y eso es algo que aprenderás con los años.

PARTE I
LA MADRE HUECA

UNO

El Porís de Candelaria está escondido en una cueva frente al mar. Pequeñas casitas de puertas y ventanas azules adheridas a las rocas y luchando contra la corriente. Aparejos de pesca, botes marchitos. Piedra, leyenda y sal.

La gruta se encuentra bajo un imponente acantilado. Para llegar hasta ella, debes descender por un serpenteante camino de piedras volcánicas que te deja sin aliento. El océano Atlántico a tus pies. Barandillas de madera y cuerda. Suelo irregular.

La bóveda de la cueva mide más de cincuenta metros de altura y los estratos de la pared se mezclan para dotarla de colores, paz y tranquilidad.

En Porís de Candelaria no hay bares ni tiendas ni restaurantes, solo casas ocultas que son ocupadas por sus propietarios en verano y algún fin de semana.

Cuenta la leyenda que cuando llevaban la imagen de la Virgen de Candelaria a Puntagorda, los marineros decidieron parar a descansar en el Porís y que, al intentar irse, las olas se volvieron tan salvajes que tuvieron que regresar varias veces a la cueva. Desde entonces, el pueblo lleva el nombre de la virgen en su honor.

Peces en el agua.

Un fondo marino indescriptible.

Poco se sabe del origen del Porís. Los primeros documentos históricos que lo nombran datan de 1588. Hablan de un puertito cerca de Tijarafe del que salían mercancías e, incluso, algunos palmeros que decidieron zarpar para el continente americano. No obstante, se descubrió que el nacimiento del pueblo es mucho más antiguo, dado que se han encontrado restos aborígenes en el lugar. Grabados en las rocas, cicatrices ilustradas de la historia que no han sido

devoradas por el tiempo.

Casas antiguas con escaleras que llegan hasta el mar.

El Porís de Candelaria es placidez, quietud y magia.

Además, esconde una gran sorpresa: la entrada de la cueva, por capricho de la naturaleza, dibuja en el horizonte una silueta fácilmente identificable con la de la propia isla de La Palma.

—¡Malditos niñatos! —solía chillar Higinio.

Desde que los *influencers* habían descubierto este hecho, raro era el día que no acudía algún *instagramer* ruidoso a fotografiarse con su móvil de última generación en aquel maravilloso paraje y quebrar la armonía, sobre todo los fines de semana y en el periodo estival. A veces, la serenidad del pueblo se rompía y se llenaba de botellines de cerveza.

Hashtag *#porísdecandelaria #porisdecandelaria #islabonita #tijarafe #lapalma #paradise #sunset #volcanic #ocean #fishermanhouses #waves #coast #travel #holidays #trekking #explorerworld #beautifuldestinations.*

Porís de Candelaria: piedra, leyenda y mar.

Porís de Candelaria: un rincón secreto que nadie debería encontrar.

DOS

El sonido del mar, las olas, la brisa marina colándose por la ventana y acariciando su cuerpo.

Adela lloraba y parecía una muñeca de trapo deshilachada que alguien había abandonado sobre el colchón. Las lágrimas le inundaban el rostro y el dolor se había tatuado en su mirada y le había dejado una marca imborrable que la caracterizaría para siempre.

Su marido la contemplaba preocupado desde la puerta de la habitación.

—Tengo que irme —le dijo.

La mujer no se movió y actuó como si no lo hubiera escuchado.

—Te he dejado café recién hecho en la hornilla. Deberías comer algo. Hay fruta y un poco de pan.

A Adela le rugían las tripas. Hacía días que no probaba bocado, pero era incapaz de ingerir ningún alimento. Se le había cerrado el estómago y dudaba mucho de que volviera a abrirse. Le hervían las bilis, pero no quería comer; no tenía motivos para hacerlo. Come el que quiere vivir, y ella había tirado la toalla. Adela solo quería llorar. Llorar y mirar la llama de la vela que hay junto a la ventana.

Que no se apague la vela.

Que no se apague su luz.

Jonás se acercó a ella y suspiró. Le acarició el cabello con ternura, pero su esposa seguía sin reaccionar.

—Levántate, Adela —le rogó—. Así tampoco consigues nada. Dúchate, desayuna y verás como poco a poco te sientes mejor.

¿Sentirse mejor? ¿De verdad pensaba su esposo que ella iba a volver a estar

bien en algún momento? Ella ya no podía, no estaba capacitada para sonreír ni para sentir nada que no fuese el desconsuelo.

La mujer, ahogando el llanto en la almohada, no se giró ni le contestó.

Adrián no estaba. No estaba. Se había ido. Había desaparecido y ella no podía dejar de llorar. ¿Tan difícil era de entender que no quería seguir viviendo?

Que no se apague la vela.

Que no se apague su luz.

Humedad en las paredes y en el alma.

Cal desconchada.

Buscarlo es lo único que le daba sentido a su existencia, por eso no se había rendido, por eso no había saltado por el acantilado ni se había cortado las venas.

Adrián no estaba, pero ella tenía que esperarlo. Esperar que regresase y volver a rodearlo con los brazos.

—Me tengo que ir —insistió Jonás.

Adela no se giró ni se despidió.

Su marido salió por la puerta y ella se sintió sola.

Que no se apague la vela.

Que no se apague su luz.

Adrián.

¡Adrián!

¿Dónde estaba su niño? ¿Qué le habían hecho?

TRES

Higinio tenía una casa pequeña en el Porís de Candelaria y bajaba todos los fines de semana. Se pasaba las horas sentado en el puerto pescando y fumando. Dejaba que se le encharcaran los pulmones de humo y el cuerpo de paz. Le gustaba la soledad y el silencio, y en el Porís de Candelaria, generalmente, se conseguían ambas cosas, aunque a veces algún turista rompiera la calma.

—¿Es que no tienen otro sitio adonde ir? —les gritaba enfadado, y más de una vez los había amenazado con un palo.

Higinio se sentaba en el puerto y contemplaba el mar. Le daba una profunda calada a su pipa y dejaba que los recuerdos se enredaran con el viento. Piel arrugada. Mirada marchita. El paso de los años le había dejado una huella imborrable en el rostro que solo cuando sonreía se difuminaba un poco y permitía ver al hombre enigmático y atractivo que había sido hacía décadas.

—La vida se escurre entre tus dedos —solía decir, y al pronunciarlo no podía evitar manchar sus palabras de nostalgia.

Higinio se estaba muriendo. El cáncer se había apoderado de su páncreas y se estaba cebando con él. El médico, en su última revisión, le había dicho que ya no le quedaba mucho tiempo, cinco meses, o seis a lo sumo, pero el anciano era tan testarudo que había desafiado a la muerte y estaba sobreviviendo a pesar de las estadísticas.

—Lo que te mata es el miedo —le había dicho al doctor una tarde—. Y a mí el cáncer no me asusta. Por eso no ha podido vencerme todavía.

Higinio tenía setenta y tres años y fumaba en pipa. Separaba lentamente las hebras del tabaco con sus dedos rugosos antes de cargarla. Siempre el mismo ritual. Era un hombre de costumbres. Decía que el truco consistía en conseguir

que la densidad del tabaco fuera aumentando de abajo a arriba: las primeras briznas sueltas en la cazoleta y luego iba apretando cada vez más hasta terminar de llenarla.

El olor del tabaco. Del tabaco y de la marihuana. Había empezado a añadir cannabis a su pipa cuando empezaron los dolores.

La primera calada era la que más disfrutaba. La inspiraba profundamente antes de soltar el humo a través de sus labios agrietados.

Defendía que la pipa debía encenderse siempre con una cerilla. Odiaba los mecheros, aunque a veces las cajas de fósforos se humedecieran y se quedara sin fumar.

—¡Maldita mar! —gritaba enfadado—. ¡Hasta de los vicios quieres quitarme!

Higinio cultivaba su propia marihuana. Al principio se la compraba a un chico de El Paso, pero terminó decidiéndose a crear su propia plantación. El joven que se la vendía no iba a visitarlo con frecuencia y, a veces los dolores eran tan fuertes que si no estaba colocado no los podía soportar.

Las plantas las tenía en el patio interior de su casa de los Llanos de Aridane. Primero germinaba las semillas y, una vez que tenían raíz, las trasplantaba a una maceta que dejaba junto a la pared, protegida del viento. Cuando pasaban diez días las cambiaba a un tiesto mayor. Higinio sabía que había que enterrar parte del tronco para conseguir un crecimiento más robusto.

—El agua se echa en los bordes de la maceta —le había explicado su nieto—. Si mojas el tallo, se pudre.

Cuando la planta tenía un mes de vida, la sacaba de la maceta y la plantaba directamente en el suelo. Debía darle la luz del sol y estar resguardada del frío. Para lograr su supervivencia, Higinio usaba repelente de insectos, hongos y

gusanos. Las orugas eran lo que más le preocupaban: si no acababas con ellas se instalaban en los cogollos y se comían la cosecha de dentro hacia fuera. Era muy difícil detectarlas.

—¡Si te pilla la Policía te vas a meter en un lío! —le había gritado su mujer disgustada al ver la plantación.

Higinio, divertido, le había dado una profunda calada a su pipa y había sonreído.

—Tranquila. Dudo mucho de que, en mi estado, me dé tiempo a cumplir condena.

CUATRO

Querido Adrián:

Dicen que escribir ayuda, que debo coger un bolígrafo y despedirme de ti, porque es lo mejor para sobrellevar el duelo, pero yo no quiero hacerlo. Me niego a decirte adiós. Sigo aferrada a tus ojos, a tus manos, a tu boca… y no quiero aceptar que no voy a volver a verlos. Mientras quede una mínima posibilidad de encontrarte, por remota que sea, yo seguiré buscándote, aunque no tenga sentido.

Decirte adiós. Qué fácil es decirlo y qué complicado hacerlo. ¿Cómo voy despedirme de la persona que le da sentido a mi vida? Decirte adiós es reconocer que mi existencia se ha acabado y que ya no me quedan motivos para vivir.

Me quedaré dormida, abrazada a tu último latido y no despertaré, porque sé que, cuando abra los ojos, tú te habrás ido y yo habré perdido la capacidad de amar.

Tengo que mirar al futuro, no pensar en el pasado, darme cuenta de las cosas que me quedan y no obcecarme con las que he perdido. ¿Qué pasos debo seguir para salir del pozo de amargura en el que me he precipitado?

¿Qué me queda? ¿Qué me queda si tú no estás y no puedo escuchar tu risa? ¿Puede una madre olvidarse de su hijo? ¿Puede una mujer seguir viviendo cuando le han arrancado el corazón?

Me quedé dormida abrazada a tu último latido y no quiero despertar.

Soy tu madre y lo seguiré siendo siempre. No sé dónde estás ni que te ha sucedido, pero quiero que sepas que, pase lo que pase, jamás me olvidaré de ti y te seguiré queriendo siempre. Cada vez que cierres los ojos sentirás que te estoy abrazando, porque no hay ni un segundo de mi vida en el que yo haya dejado de hacerlo. Te sigo acunando en mis brazos como cuando eras un bebé y te aprieto con fuerza contra mi pecho para retenerte y que no te alejes de mí.

Dicen que estoy loca, pero si tú eres mi locura, ¡bendita sea mi demencia! La alimentaré cada día porque te necesito dentro de mí.

El corazón es más lento que la cabeza y, aunque soy consciente de que te has ido… no puedo dejar de amarte.

Llorar cuando no quedan lágrimas te araña el alma.

Era tu madre. Soy tu madre. Me faltan tiempos verbales para poder referirme a ti.

Seis milímetros medías la primera vez que te vi en la pantalla de una ecografía. Fue en una clínica privada y estaba muy nerviosa. La analítica de la hormona del embarazo había salido por debajo de lo previsto y queríamos asegurarnos de que todo estaba bien. Solo eras una mancha, pero tu corazón latía con fuerza, tenías ganas de vivir. Ciento treinta pulsaciones por minuto. Me quedé en silencio escuchándolo y lloré. Ese sonido se me quedó grabado en la cabeza y lo repetí hasta la saciedad en mi memoria. Me abrazaba, me acompañaba y me hacía feliz, y ahora que no estás lo sigo escuchando, pero mi sonrisa se llena de tristeza cuando lo oigo, porque sé que no es real.

Ya no late. Ya no hay ciento treinta pulsaciones por minuto. Te has ido y yo tengo que escribirte una carta para despedirme, pero me niego. Me faltan las fuerzas. Prefiero quedarme a oscuras, tumbada en la cama, repitiendo el sonido de tu latido en mi cabeza.

Una madre nunca debe dejar a sus hijos, aunque ellos se marchen.

Te quiero y siempre te querré. Y este amor que siento es tan inmenso que dudo mucho de que alguna vez deje espacio a otros sentimientos dentro de mí.

No quiero. No voy a despedirme. No voy a olvidarte.

Eras mío. Eres mío y siempre formarás parte de mí.

CINCO

Higinio había sido un hombre grande, fuerte, valiente, que se había criado entre plataneras y faenando en la mar. Tenía las manos curtidas y cicatrices en el alma. Se había casado, había tenido dos hijas y ahora disfrutaba de una vejez agradable rodeado del amor de sus nietos.

El cáncer.

El cáncer era su único enemigo, aunque en realidad llevaba más años pudriéndose por dentro.

Secretos.

Los secretos a veces duelen más que las verdades.

La cobardía destroza más vidas que los actos más viles.

La vida pasa mucho más rápida de lo que piensas. Cuando eres pequeño, crees que el tiempo es infinito y que podrás disponer de él eternamente, pero los años se suceden, los granos de arena del reloj se van acumulando en el sentido contrario y, cuando te das cuenta, miras angustiado hacia arriba sin saber cuántos meses te quedan por vivir.

La perspectiva del tiempo es muy diferente cuando ya tienes fecha de caducidad. Antes se pasaba días esperando a que llegara el fin de semana para ir a una fiesta y ahora se daba cuenta de lo importante que es saborear cada segundo. Los sueños se van borrando. Los planes a largo plazo ya no tienen sentido. Vives el presente. El mañana es un concepto difuso que no sabes si existirá. Dejas de preocuparte por el futuro porque ya lo has alcanzado y lo que hay más allá de su frontera es un precipicio al que te da vértigo mirar.

Pasos cortos, pequeños, firmes.

Temblor en las manos.

Su cuerpo se había deteriorado. Se estaba pudriendo como se pudre la fruta que dejas en el frutero demasiado tiempo. Todavía no tenía gusanos, pero sabía que acabaría devorado por ellos.

Polvo eres y en polvo te convertirás. Da igual que hayas sido bueno o malo, al final del túnel la luz se apaga para todos y, cuando baja el telón, la función termina y no hay segundas oportunidades.

¿Lo había hecho bien? ¿Lo había hecho mal?

Higinio solo se lamentaba de haber sido demasiado cobarde. Su historia habría sido distinta si le hubieran permitido escribirla con más tonalidades.

Miedo. Temor. Amilanamiento.

Cuando los días se acaban solo te arrepientes de las cosas que deberías haber hecho y que no te atreviste a llevar a cabo por no decepcionar a los demás.

No hacer.

No decir.

No actuar.

¿Cuántas cosas se había perdido por el qué dirán? Higinio ahora lo veía desde otra perspectiva y tenía claro que cuando uno muere, lo entierran y lo que no te has atrevido a vivir, te lo has perdido tú. Si pudiera rebobinar su vida, la viviría de manera diferente. Sería más rebelde y más valiente… Huiría de los chismes y de los convencionalismos sociales. ¡Haría lo que le apeteciese! Viviría sin ataduras e iría donde lo llevara el viento. No se dejaría liar, engañar y no permitiría que nadie castrase sus deseos y le dijese que no era capaz.

Miedo. Pavor.

El miedo había sido su mayor enemigo.

Miedo a sentir, a reír, a vivir, a ser diferente.

Cambiar.

¿Cambiar?

Ya era tarde.

Demasiado tarde.

Tarde para quejarse y para intentar rehacer las cosas.

El cáncer te enseña la cara de la muerte.

El viento soplaba en el Porís mientras los ojos de Higinio se llenaban de lágrimas.

—Ojalá aprendiéramos más jóvenes a ser egoístas —musitó, y el sol se escondió tras una nube.

SEIS

Adela se hizo un *piercing* en el pezón izquierdo cuando tenía diecinueve años. Fue una tarde de verano en la que había quedado para almorzar con una amiga y la sobremesa se alargó más de la cuenta, repleta de sangría.

Exaltación de la amistad.

Ambas decidieron hacerse juntas algo que las mantuviera unidas para siempre y un pendiente les pareció menos arriesgado que un tatuaje.

—Hermanas de *piercing* —le había dicho Laura, y Adela se alegró.

Adela aún recordaba que, cuando se tumbó en la camilla, le temblaban las piernas. Estaba muy asustada, a punto de salir corriendo, pero aguantó y se ofreció para hacérselo la primera.

Los pezones son una de las partes más sensibles del cuerpo, y el especialista le advirtió de que era una de las incisiones más dolorosas por estar repletos de terminaciones nerviosas, pero que no debía preocuparse, sería solo unos segundos.

—¿Cuál prefieres? ¿Izquierdo o derecho? —le preguntó.

Adela miró al chico, se quedó un instante observando los enormes dilatadores que llevaba en las orejas y se encogió de hombros sin saber qué contestar.

—Izquierdo —le aclaró Laura emocionada—. El lado del corazón.

El joven le pidió que se quitara la camiseta y el sujetador. Aunque las jarras de sangría que se habían bebido le daban valentía, estaba inquieta.

—Te voy a poner un poco de alcohol para desinfectar y lo hacemos en un minuto.

Se notaba que estaba tensa y el chico la miró con ternura.

—Tranquila —le susurró—. Es peor pensarlo que hacerlo.

Espray frío en el pezón. El alcohol escurriéndole por el pecho.

—Ahora túmbate boca arriba —le pidió.

Su espalda pegándose en el escay azul de la camilla.

Laura sentada en una silla y mirándola nerviosa.

Iba a ponerse un complemento de belleza, pero tenía la sensación de estar a punto de mutilarse.

Correr, todavía podía correr. No le debía explicaciones a Laura ni a aquel chico ni a nadie, pero no se movió. Se quedó tumbada boca arriba mirando cómo parpadeaban los fluorescentes del techo.

El joven de los dilatadores en las orejas sacó un paquete de plástico de un cajón, lo abrió y extrajo la aguja.

Adela ya no pudo mirar más y cerró los ojos.

El pecho frío por el espray.

—Inspira profundamente, ¿vale?

El corazón acelerado.

Cogió aire y el dolor fue tan intenso que casi la hace gritar. La aguja entrando en el pezón. Rápido, fría, concisa. Su carne desgarrándose, la sangre saltando y una convulsión recorriéndole el pecho como una ola hasta llegarle a la punta de los pies.

Inspirar. Espirar.

Fue como cuando te pica una avispa. Un dolor áspero, rugoso, certero. Una avispa traicionera hincando su afilado aguijón en una de las partes más sensibles de su cuerpo.

El fluorescente parpadeando.

El escay azul adherido a la espalda.

La gruesa aguja entrando por un extremo y saliendo por el otro, por las dos marcas que el chico le había hecho con el rotulador.

Las lágrimas cayendo como si el veneno de la avispa se le hubiera filtrado en las venas y ahora le recorriera todo el cuerpo.

Temblor en las piernas.

—Bien… Ya casi hemos acabado —le susurró—. Ahora solo queda meter el arete.

Adela inhaló, exhaló.

Otra vez.

Cuando pensaba que lo peor había pasado, sintió que el insecto le clavaba de nuevo el aguijón y le atravesaba su maltrecho pezón.

Inspirar.

Espirar.

Laura observándola pálida en la silla.

Solo fueron veinte o treinta segundos. El procedimiento no duró más. Sintió dolor, pero la curación del *piercing* después fue correcta. No se le inflamó. No se le infectó. Tuvo suerte. El arete colgaba desde aquel día en su pezón izquierdo sin complicaciones.

—¿Cómo estás, Adela? —le preguntó Laura por teléfono, años después, cuando se enteró de la desaparición de Adrián.

Las amigas llevaban siglos distanciadas, pero un acontecimiento tan traumático y mediático como ese hace que las personas que ya no están en tu

vida sientan la necesidad de llamarte y compadecerse de ti por lo ocurrido.

—No quiero ni imaginarme lo que debes de estar sintiendo —prosiguió la mujer con su verborrea habitual—. De verdad, te lo juro. Solo pensarlo me hace llorar. Debe de ser horrible. ¿Cómo te encuentras?

Silencio.

Las lágrimas cayéndole por el rostro y la mano temblando con ganas de colgar. No le apetecía hablar con nadie, pero debía reconocer que leer su nombre en la pantalla después de tantos años le había hecho ilusión. Laura y ella no se habían enfadado, simplemente el destino las llevó por caminos distintos y ahora lo único que tenían en común era el *piercing* en el pecho izquierdo. No conocía a su marido, no se mandaban mensajes y hacía mucho tiempo que ni siquiera se felicitaban por el cumpleaños. Eran dos desconocidas, pero antes de hablar, Adela se dio cuenta de que precisamente ella era la única que podía entender lo que estaba sufriendo.

—Es como cuando te hacen un *piercing* en el pezón —susurró angustiada—. Notas un dolor tan fuerte que casi no lo puedes soportar, pero en este caso no termina a los treinta segundos. No se va. Se queda contigo para siempre en tu cuerpo. Eternamente. —Pausa, suspiro—. Desde que Adrián ha desaparecido siento que me están atravesando el pecho con una aguja afilada y por mucho que inspiro y expiro, las convulsiones no cesan, esa es la sensación, como si estuviera en aquella camilla de escay azul de nuevo y el chico no parara de agujerearme una y otra vez los pezones. Duele tanto que sientes que te estás volviendo loca, pero sabes que debes aceptarlo porque, a partir de ahora, tu vida será así. —La locuacidad de Laura congelada—. Hasta que Adrián no regrese, yo seguiré tumbada en la camilla mirando parpadear el fluorescente mientras las avispas devoran mis entrañas.

Silencio.

Adela había acabado y no tenía nada más que decir.

El sufrimiento era tan pegajoso que empapaba el aire.

¿Qué se le dice a alguien que está pasando por algo así?

¿Existen palabras de consuelo?

Laura no supo encontrarlas y Adela colgó sin despedirse.

No volvieron a hablar.

A nadie le gusta sentir el dolor ajeno en sus propias carnes y tan cerca.

SIETE

La primera vez que la vio, Adela estaba sentada en un taburete en la puerta de su casa. Llevaba un vestido blanco que le llegaba hasta los pies y la palidez de su rostro la hacía mimetizarse con la cal de las paredes. Estaba seria, triste, sombría. Higinio sabía quién era porque en Tijarafe ya le habían comentado que se habían mudado al Porís y que cuando bajara ese fin de semana no estaría solo, tendría vecinos.

—Hola —la saludó.

El anciano había aparcado su furgoneta en el segundo *parking* del camino y había bajado el sendero arrastrando los pies. Llevaba una bolsa de plástico en la mano con la compra para esos días: pan, queso y vino, lo esencial para pasar dos jornadas, más los peces que esperaba pescar.

Tierra en los zapatos.

Cada vez el camino se le hacía más duro. Ya no era el jovenzuelo que lo bajaba corriendo y con un cigarro prendido en la boca. Pesaban los años, los fracasos y el desconsuelo.

Higinio estaba agotado y le faltaba el aire. Estaba deseando llegar a su casa, descalzarse y encender su pipa. Malestar general, tez cenicienta, necesitaba un par de caladas de marihuana. El cáncer devorándolo por dentro era una alimaña que masticaba sus sueños sin piedad.

Adela lo miró. Lo miró como si no lo viera y le devolvió el saludo con la sonrisa más triste que él había visto jamás.

—Es la madre del niño que desapareció la semana pasada, ¿no? —le preguntó el anciano intentando ser amable, y ella asintió—. Lo lamento mucho.

Tristeza, aflicción. A veces la pena es tan grande que impregna tu piel como si

fuese un gigantesco tatuaje de desaliento.

Lo siento.

Lo lamento.

Adela negó con la cabeza como si lo que acabara de escuchar no tuviera sentido.

—No lo sienta —le corrigió—. Su cuerpo no ha aparecido. Todavía hay esperanza. Mi niño volverá.

Volverá.

La ilusión es lo último que se pierde; antes se pierde la cordura.

Higinio, avergonzado, agachó la cabeza. Habían pasado muchas horas, demasiadas. La Guardia Civil había buscado a Adrián por tierra, mar y aire sin resultado. Los medios de comunicación ya lo daban por muerto.

—Perdone —se disculpó—. Y le deseo toda la suerte del mundo.

Suerte.

Mucha suerte.

Mientras Higinio avanzaba hacia su casa, pensó con tristeza que el mar nunca devuelve lo que se lleva.

OCHO

Querido Adrián:

Cuando me despierto, pienso en ti. Eres el primer pensamiento que llega a mi cabeza y llena mis ojos de lágrimas.

Me quedo callada observando a tu padre, que duerme a mi lado, pero su presencia no me consuela. Sus abrazos me calman, pero no curan la herida que se ha abierto en mi pecho y que sé que nunca va a cicatrizar. Estoy rota por dentro. Destrozada para siempre. No quiero sanar.

Miro la vela, que sigue en la ventana con la llama encendida. Nunca se apaga. Yo me encargo obsesivamente de que esté las veinticuatro horas prendida. He hecho cálculos de cuánto tardan en consumirse cada uno de los tipos que tengo y utilizo un modelo u otro en función de si voy a estar en casa o tengo que salir. Las más grandes, las rojas, que parecen cirios, solo las pongo cuando subo a Tijarafe a por víveres, por si me sucede algo y me retraso y no llego a tiempo de reponerla. Duran setenta y dos horas. Nunca he estado tanto tiempo fuera, como mucho tres o cuatro horas, pero me gusta ser previsora. Que no se apague la vela. Que no se apague su luz. Que tú puedas verla desde cualquier sitio y sepas que te sigo esperando. Que no me he ido. Que sigo aquí.

El sol entra por la ventana. Escucho las olas romper en las rocas y la humedad me cala los huesos. Me estoy volviendo una anciana reumática por estar enloquecida entre estas cuatro paredes esperándote. Tu padre insiste en que nos traslademos al pueblo, dice que puedo bajar todos los días y asegurarme de que la vela sigue encendida, pero yo le he dicho que no. Mi única misión hoy en día es estar en esta ventana esperándote, e irme del Porís sería reconocer que he perdido la esperanza. ¡Y yo sigo aquí! Lo estaré eternamente hasta que aparezcas o mi existencia se acabe.

La vida continúa, eso me dice, que no puedo estancarme en este episodio tan desagradable, que debo avanzar, pero yo no sé hacerlo. ¿Cómo se sigue cuando el corazón

no te late? ¿Cómo se camina cuando te han arrancado las piernas de cuajo?

¿Se puede sonreír sin boca? Es muy fácil decirlo, pero muy complicado hacerlo.

Dicen que me estoy volviendo loca y no me importa, porque la locura es lo único que me queda, lo que me mantiene cerca de ti.

Que no se apague la vela y que su luz me mantenga unida a ti aunque ya no estés a mi lado.

NUEVE

Aquel domingo a las diez de la noche, Higinio se asomó al puertito para despedirse del Porís. A la mañana siguiente volvería a su casa de los Llanos y ya no regresaría hasta el viernes. Cada vez le costaba más marcharse. Aquellos fines de semana de tranquilidad le oxigenaban el alma y lo llenaban de paz. Eran su mejor medicina. Durante unos días no tenía a nadie a su lado recordándole que se estaba muriendo.

El anciano se sentó en una de las rocas y sacó una caja de fósforos. Prendió una cerilla y escuchó el crepitar de las hebras de tabaco al meterla en la caldera de la pipa. Olor a marihuana y el sonido del mar. Las olas rompiendo en la orilla mientras la luna en el cielo le devolvía una sonrisa.

El cubo de la pesca en la puerta de su casa. Se le había olvidado meterlo. Tenía que acordarse de recogerlo antes de marcharse por la mañana. Antes se podían dejar las cosas fuera de la vivienda, pero desde que los turistas habían llegado hasta allí no respetaban nada. Incluso, le contaban, habían visto colgadas en internet fotos de unos niñatos jugando con sus botas de agua.

Adela llegó en silencio, no la escuchó. La mujer iba descalza y sus pies blanquecinos contrastaban con las rocas. Llevaba puesto el mismo vestido con el que la conoció. Los ojos rojos y el pelo despeinado; era fácil deducir que se había pasado todo el día en la cama llorando.

—¿Quiere? —le preguntó amablemente Higinio ofreciéndole la pipa.

La mujer miró al anciano con extrañeza mientras la fragancia del cannabis aturdía sus sentidos.

—Es marihuana —le explicó—. La cultivo yo; tengo mi propia plantación.

Adela sonrió, pero no pudo evitar esbozar una mueca de desaprobación.

—No soy drogadicto —se excusó el anciano mientras daba una profunda calada—. Me estoy muriendo. Tengo cáncer y esto me ayuda. —El humo saliendo lentamente de entre sus labios y estrellándose contra las rocas—. Alivia los dolores y calma las penas.

Silencio.

La mujer, con timidez, se sentó a su lado.

—Lo siento —le dijo refiriéndose a su enfermedad.

Higinio se encogió de hombros.

—No lo sienta —le contestó haciendo alusión a las mismas palabras que ella había usado cuando se conocieron—. Todavía no hay cadáver. Sigo vivo. Hay esperanza.

Adela no pudo evitar sonreír. La compañía de aquel anciano la reconfortaba. Estaba cansada de estar sola y con Jonás no había ni un segundo de paz. Se pasaban el día discutiendo, lanzándose reproches. Estaban heridos, furiosos, enfadados y a punto de desquiciarse.

—No sea boba, tome —insistió Higinio poniéndole la pipa en las manos—. Usted no tiene cáncer, pero sus ojos dicen que lo necesita.

Adela, desconcertada, asintió.

El anciano tenía razón. Dadas las circunstancias, no pasaba nada por sentarse en aquel muelle y fumar cannabis con un desconocido. Ya lo había perdido todo. El mal no podía ir a más. Necesitaba hacer algo, chillar, protestar, revelarse, y la opción que le estaba brindando Higinio era la más pacífica.

La hierba era buena, pero la pipa estaba demasiado cargada. A ella le habría gustado un poco más suave. No estaba acostumbrada a fumar marihuana. Nunca lo había hecho, a excepción de una noche en una fiesta en la facultad,

pero con la cantidad de alcohol que había ingerido no notó sus efectos.

—Mi nieto dice que debería comprarme una pipa moderna, con carburador —le explicó el anciano mientras ella expulsaba el humo—. Dice que es más cómoda y efectiva, pero a mí me gusta esta. Es mi pipa de toda la vida.

Adela, envuelta en la bruma, alargó la mano para devolverle la boquilla al anciano, pero este se negó.

—No. Dele otra vez, tranquila, yo ya tengo suficiente.

Las olas acariciando la orilla.

Los cristales sucios de las casas reflejando la escena.

Una barca astillada descansando en una esquina rodeada de humedad y herrumbre.

Una nueva calada. Inspirar, espirar.

Los ojos tristes de Adela recobrando parte de su antiguo brillo.

Estaba rota, herida, destrozada, pero hasta las almas más atormentadas necesitan una tregua.

—¿Y su marido? —le preguntó Higinio para continuar con la conversación —. A usted me la he cruzado un par de veces, pero a él no lo he visto en estos fines de semana. ¿No está con usted?

—Jonás está trabajando —le explicó—. Es guía turístico.

Higinio frunció el ceño a la vez que miraba la esfera brillante de su reloj.

—¿A estas horas?

Adela expulsó el humo de nuevo y el perfume de la marihuana se pegó a su cuerpo y entró por cada uno de los poros de su piel.

—Sí. —Asintió como si tuviera que justificarlo—. Tenía un *tour* astronómico.

Lleva a los turistas a los puntos de observación para contemplar las estrellas. Creo que hoy iba a Miraflores, en Puntagorda.

Los dos, en silencio, observaron el firmamento. Aunque Adela llevara años viviendo en La Palma, todavía no se acostumbraba a la impresionante vista que tenían del cielo. La ausencia de contaminación lumínica te hacía disfrutar de un increíble espectáculo donde se podían admirar a simple vista las principales constelaciones. Galaxias, nebulosas, cúmulos estelares… En agosto era fácil ver las Perseidas o las Lágrimas de San Lorenzo, y en octubre, las Dracónidas.

La boca de la cueva, con la forma de la isla de La Palma, acotando sus vistas.

Adela, entristecida por el recuerdo de su marido, le devolvió la pipa a Higinio y se frotó los brazos como si tuviera frío.

—Jonás es muy diferente a mí —terminó confesando—. Él lleva todo lo que ha sucedido de manera distinta. Él no soporta estar aquí abajo; no le encuentra sentido. Posiblemente a estas horas la excursión haya acabado y esté en Tijarafe en algún bar tomándose media botella de *whisky*.

Los ojos claros de Higinio mirando los suyos.

Las arrugas de su piel desvaneciéndose por los efectos de la marihuana y volviéndose tersa. Tuvo que ser muy guapo en otra época y parte de ese aura todavía lo acompañaba.

—¿Por qué se han mudado aquí? —le interrogó el anciano.

El Porís de Candelaria tenía pocas casas y todas estaban deshabitadas. Por norma general, el pueblo estaba desierto excepto en verano y los fines de semana. Hacía años que nadie se iba a vivir allí de forma permanente.

—Por si vuelve —le explicó sin pronunciar su nombre.

Higinio la contempló con desconcierto y le dio una nueva calada a la pipa

para que la lumbre no se apagara.

—La Guardia Civil dejó de buscarlo hace un par de semanas —continuó la mujer—. Ya no hay perros en los montes ni lanchas por la costa. Los buzos también se han ido. Todos se marcharon sin encontrar nada, ni bueno ni malo. No hay ningún indicio de dónde puede estar.

Sin noticias.

Sin resultados.

Habían sido jornadas de mucha angustia que no habían servido para nada.

Las lágrimas volviendo a sus ojos.

Cuando Adela lloraba, su aspecto era mucho más frágil y quebradizo.

—Ellos han parado, pero yo no —concluyó—. Una madre nunca deja de buscar.

Silencio.

La postura de Adela era firme, clara. No iba a resignarse. No iba a dejar de pelear. Aguantaría en aquella cueva el tiempo que hiciera falta esperando a que Adrián volviera.

—¿Usted tiene hijos? —le preguntó la mujer.

Cuando pensaba en ellas, Higinio siempre sonreía.

—Sí, dos hijas —le contestó—. Una de cuarenta y dos años y otra de treinta y nueve.

Nayra e Iballa.

Sus dos pequeñas.

Sus dos soles.

La luz de sus días.

Las dos niñas habían sido la alegría de su padre hasta que crecieron. Luego se habían posicionado del lado de la madre y le daban siempre la razón, aunque no la tuviera. Se habían convertido en mujeres mezquinas y dependientes. Habían tenido riñas, peleas y discusiones. Incluso una vez estuvo dos años sin hablarles. Eran egoístas, estúpidas y desafiantes, pero habían hecho una cosa bien, eso no podía negárselo: dar a luz a sus nietos, que eran la única alegría que lo había acompañado en los últimos años.

—Y cuatro nietos —le anunció lleno de orgullo—. El mayor de ellos, Kilian, es el que me ha enseñado a cultivar la marihuana.

Cannabis.

Los efectos del cannabis en Adela habían comenzado a los diez minutos de empezar a fumar. Aumento de la frecuencia cardiaca, de la percepción de los colores y los sonidos, acción euforizante, tendencia a la risa fácil y alteración del sentido del tiempo.

Las estrellas bailaban. Bailaban unas con otras y la hacían sonreír. Se le adormecían los sentidos.

—Es buena —le contestó la mujer señalando la pipa.

Higinio, que se alegraba de ver por primera vez su verdadera sonrisa, asintió.

—Si quiere le puedo dejar una poca. Siempre llevo encima y regreso mañana a los Llanos. Cuando vuelva la semana que viene le puedo traer más.

La mujer negó con la cabeza. Ese rato que habían pasado juntos había sido muy agradable, pero no era lo que ella debía hacer.

—No, gracias —declinó—. Prefiero estar alerta por si Adrián vuelve.

El anciano suspiró y se encogió de hombros.

—Como usted quiera —le contestó apesadumbrado por no poder ayudarla.

Un mes.

Había pasado un mes desde que había desaparecido y no perdía la esperanza.

—Pero puede invitarme a fumar con usted siempre que quiera —le contestó la mujer—. Aceptaré encantada; ha sido un placer conocerlo.

Higinio sonrió con ternura. Necesitaba hacer algo por ella, aliviar de algún modo su dolor o contribuir a que su estancia allí fuera más confortable.

—También tengo hielo —insistió antes de que desapareciera—. Sé que la vivienda que han alquilado no tiene luz y yo tengo un pequeño generador. Si necesitan enfriar algo en mi nevera cuando yo esté por aquí, solo tiene que pedirlo.

Adela, que no tener frigorífico era lo que peor llevaba de su estancia en el Porís, asintió.

—A eso no me negaré —le dijo con simpatía, y sus ojos se dirigieron a la vivienda del anciano, que era modesta pero vistosa. La gran cantidad de horas que Higinio había invertido en su mantenimiento la hacía brillar más que las demás.

El anciano se alegró.

Le gustaba cuidar su casa. Le gustaba mimarla. Le gustaba estar allí.

La mujer, complacida, se levantó lentamente y abandonó el muelle, pero antes de irse se giró y le dijo una última cosa.

—Y felicite a Kilian de mi parte. Una cosecha formidable. —Y los dos se despidieron con una sonrisa.

DIEZ

La vergüenza y la deshonra son dos manchas que difícilmente se borran. Una vez que te caen en el vestido se quedan para siempre y, por mucho que las frotes o trates de limpiarlas, siempre están ahí en un resquicio recordándote que, aunque ahora vistas bien, en el pasado estuviste marcada y siempre serás distinta.

La Palma es pequeña. El municipio de los Llanos de Aridane no superaba los trece mil habitantes en los años setenta. Era un pueblo pequeño y encantador, con sus virtudes y sus defectos. Todos te veían. Todos te conocían. Todos hablaban de ti. Las vecinas se cruzaban en la Plaza de España y se estudiaban unas a otras buscando algo que cotillear para escapar del tedio de una tierra en la que generalmente no sucedía nada.

Cuando Higinio y Abenaguara se casaron, ella estaba embarazada de cuatro meses. Nayra crecía en su interior. El feto medía trece centímetros y pesaba ciento ochenta gramos. Minúscula. Deliciosamente minúscula. Pero Abenaguara estaba obsesionada con que se le notaba y lo quería ocultar. La tripa le había engordado un poco y su pecho había aumentado una talla.

—Estás igual que siempre —le decía Higinio para consolarla, pero Abenaguara, que se sentía como si tuviera la letra escarlata tatuada en la piel, creía que todos la miraban y que había cuchicheos.

—¡No tienes ni idea, Higinio! —le reñía—. Ni te imaginas cómo pueden ser las mujeres aquí. A Isabelita, la del panadero, se lo pillaron al primer mes porque decían que se le estaba poniendo cara de preñada.

El hombre suspiraba desesperado y ella no se dejaba consolar. Un embarazo sin estar casada era una lacra para una familia decente. En aquella época, no llegar virgen al altar se consideraba de frescas y descaradas.

Chismes.

Injurias.

Calumnias.

A Abenaguara le aterraba estar en boca de todas, y por eso decidió organizar la boda lo más rápido posible. Quería pasar por el altar vestida de blanco con un traje más ceñido de la cuenta para que nadie tuviese nada de qué hablar. Para ocultar la tripa se puso una faja excesivamente apretada y después le pidió a su madre que la envolviera con unas cintas para hacer su cintura más delgada todavía.

—¡Vas a asfixiar al bebé! —protestaba Higinio, pero ella no le hizo caso.

Nayra estuvo oprimida en el vientre de su mamá mientras Abenaguara e Higinio se dieron el «sí quiero» en la Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios. Fueron más de seis horas, y el hombre solía decir que a la niña se le quedó cara de pocos amigos por el esfuerzo tan grande que había tenido que hacer conteniendo el aliento.

—Por eso tiene mal carácter —solía bromear Higinio—. Por haberla estrujado el día de la boda.

Abenaguara, que había tenido que fingir que su niña había sido prematura, le reñía por si alguien lo escuchaba.

—La niña es borde porque se parece a ti —le contestaba—. Es lo que está aprendiendo del padre.

ONCE

Adela le encantaba acariciar las estrellas por la noche. Iba sola al puerto, se sentaba en una silla de plástico y se pasaba horas enteras contemplando el firmamento. Aunque llevaba años viviendo en La Palma, sus ojos todavía se embriagaban con la belleza y la inmensidad del universo. Un espectáculo majestuoso de destellos de todos los tamaños brillaba a su alrededor como si fueran luciérnagas jugando en un lago oscuro.

Estrellas preciosas, cometas veloces, planetas dorados… Cada constelación tenía un significado especial para ella y cada luz que parpadeaba le encendía en el pecho una emoción nueva por descubrir.

La Palma, por su situación geográfica y climatología, presenta unas condiciones óptimas para la contemplación del cielo. La atmósfera allí es limpia y pura.

A dos mil cuatrocientos metros de altura, en el borde del Parque Nacional de la Caldera de Taburiente, se han instalado un gran número de observatorios astrofísicos, que cuentan con la agrupación de telescopios más completa del mundo.

La isla fue la primera Reserva Starlight del planeta y ha sido elegida como el mejor destino de astroturismo mundial.

Las estrellas están protegidas por la Ley del Cielo de Canarias, que limita la contaminación lumínica y el tráfico aéreo para no interferir en el trabajo de los astrónomos.

Dicen que el observatorio del Roque de los Muchachos tiene las mejores condiciones para la investigación astronómica de la Tierra y que dispone del mayor telescopio óptico que jamás haya existido.

—El derecho a un cielo nocturno no contaminado que permita disfrutar de la

contemplación del firmamento debe considerarse como un derecho inalienable de la humanidad —comenzó a recitarle Jonás en una de sus primeras citas—. Equiparable al resto de los derechos ambientales, sociales y culturales, atendiendo a su incidencia en el desarrollo de todos los pueblos y a su repercusión en la conservación de la diversidad biológica.

Adela, extrañada, se encogió de hombros sin comprenderlo.

—Es la Declaración Starlight, que se firmó en La Palma el 20 de abril de 2007 —le explicó usando el tono que siempre ponía como guía turístico—. Es una declaración mundial en defensa del cielo nocturno.

Derecho a observar las estrellas. Adela nunca había pensado en ese concepto ni en los años que había estado sin verlas cuando vivía en Madrid, en mitad de aquella bulliciosa ciudad. Era un concepto bonito, lógico y romántico.

—La progresiva degradación del cielo nocturno ha de ser considerada como un riesgo inminente que hay que afrontar —siguió exponiéndole Jonás como si se la supiera de memoria—. De la misma manera que se abordan los principales problemas relativos al medio ambiente y a los recursos patrimoniales.

Adela sonrió recordando aquel momento, cuando eran felices y nada ni nadie los podría separar. Parecía que habían pasado mil años desde entonces. Ahora estaba sola, su hijo había desaparecido y su marido dormía en la cama y no la abrazaba por las noches.

Una pequeña lágrima se le escapó de los ojos y se le escurrió por la mejilla.

El rumor de las olas la acunó y se frotó los brazos porque le entró un poco de frío.

El olor a marihuana lo delató antes de que pudiera verlo. Higinio, con sus zapatillas de paño y su pijama de franela, apareció a su lado y exhaló un denso

humo que se tragó la noche.

—Buenas noches… —le dijo la mujer sin ocultar la sorpresa, y el anciano, que estaba acostumbrado a verla llorar, le devolvió la sonrisa y se sentó a su lado en una roca.

—¿Quieres? —le preguntó ofreciéndole la pipa, y la mujer, en esta ocasión, dijo que no.

No hablaron.

Durante unos minutos los dos permanecieron en silencio observando el maravilloso espectáculo que les ofrecía la naturaleza. La entrada a la cueva, con la forma de la Isla Bonita, les sonreía y les dejaba ver el firmamento.

—¿Sabe una cosa, Adela? —dijo de pronto el anciano alzando la vista al cielo —. Nadie puede cambiar su destino.

La mujer, que nunca había visto a Higinio tan trascendental, lo observó llena de curiosidad.

—¿El destino? ¿Qué quiere decir con eso?

Higinio levantó la mano y señaló el firmamento.

—Nuestro destino está escrito ahí arriba, las estrellas son las letras con las que Dios escribe nuestra vida.

Adela se quedó callada sin saber qué decir. Parecía que la marihuana le estaba haciendo demasiado efecto al anciano esa noche, pero no era así; el aspecto de Higinio era más lúcido que de costumbre.

—Uno se pasa la vida intentando escapar de su destino y resulta que no se puede —prosiguió el hombre sin apartar la vista del cielo—. Dios ha escrito en ese cuaderno maravilloso que es el universo cómo va a ser nuestra historia y nos permite ver las estrellas para que nos sirvan de guía. Por eso tenemos tanta

suerte en La Palma, porque podemos verlas con claridad, aunque no todo el mundo dedica el tiempo suficiente a contemplarlas.

Adela agachó la cabeza y su pelo se volvió plateado bajo la luz de la luna.

—Dígame, Adela: ¿usted cómo ve el cielo?

La mujer se encogió de hombros y miró hacia arriba. Los destellos y las constelaciones la sobrecogieron. Era un espectáculo tan colosal que no había palabras suficientes para describir su grandeza.

—Es precioso —se limitó a afirmar.

Los ojos de Higinio se emocionaron y le regaló una caricia.

—Tiene suerte, Adela —le dijo con la voz quebrada—. Eso significa que, a pesar del infierno que le está tocando vivir, Dios ha escrito para usted una vida maravillosa.

La mujer suspiró y él le cogió la mano con ternura.

—¿Y el suyo? ¿Cómo es? —le preguntó.

La mirada del anciano se oscureció por completo y lanzó un pequeño suspiro.

—Yo ya no veo estrellas. Mi cielo se ha apagado y solo veo el punto final.

DOCE

—¡Abuelo!

La voz de Kilian lo sacó de su ensimismamiento. Higinio estaba tumbado en el sofá viendo la telenovela y se había quedado dormido.

—¡Maldito crío! —masculló enfadado—. ¿Es que esa burra que tienes por madre no te ha enseñado modales? ¿Qué formas son esas de entrar en una casa? Un día de estos me va a dar un ataque al corazón.

Su nieto, acostumbrado a sus protestas, se acercó a él y le dio un beso en la frente.

—Como te escuche la abuela hablar así de mi madre sí que te vas a asustar —le contestó entre risas.

El joven se sentó a su lado y le quitó volumen al televisor.

—¿Has comido ya? —le preguntó el anciano, y Kilian, que había aprovechado el momento para quitarse los zapatos, asintió.

—¡Claro, abuelo, que son casi las cuatro!

La brisa entraba por la ventana y agitaba las cortinas.

Abenaguara, en la cocina, estaba envuelta en platos y harina.

El anciano miró a su nieto y sonrió. Era el mayor de los cuatro y siempre había sido su favorito.

—¿Has quedado con Vero después? —le preguntó con curiosidad.

El joven, que se había quitado también la chaqueta del chándal para quedarse en mangas de camisa, arrugó el entrecejo como si su abuelo hubiera dicho una estupidez.

—¿Vero? Hace semanas que ya no me veo con esa. Ahora estoy rondando a la

nieta de don Venancio.

Higinio, que se perdía con la ajetreada vida amorosa de su nieto, se rascó la cabeza como si fuese muy complicado lo que acababa de decir.

—¿La nieta del boticario? —le preguntó preocupado—. ¿Pero cuántos años tiene esa cría? ¿Doce?

A Kilian le hacía gracia que su abuelo siguiera pensando que todos los de su generación seguían siendo niños eternamente.

—Elena tiene dieciocho, como yo.

Higinio le dio un golpe en el hombro y sonrió.

—No paras, Kilian. ¡Algún día tendrás que sentar la cabeza!

Su nieto, que no estaba muy por la labor, se rio.

—¡Mira quién habla! —bromeó—. Que todo el mundo en el pueblo cuchichea de la nueva amiga que tienes. Dicen que te pasas el fin de semana con ella en el Porís mientras el marido hace excursiones por el monte. ¿Tienes algo que contarme?

Los Llanos de Aridane.

Los Llanos de Aridane era un pueblo y siempre lo seguiría siendo.

Los vecinos.

Los chismes.

Los cotilleos.

Habladurías que dolían y que hacían modificar los comportamientos.

A Higinio le molestaba enormemente la lengua tan viperina que podían tener algunos de sus congéneres. Los rumores habían sido los culpables de muchas de sus desdichas.

—¡No digas estupideces! —le regañó Higinio alzando la voz demasiado—. Adela es una mujer que lo está pasando mal. ¡Yo solo le hago compañía! ¡Qué manía tiene la gente de este pueblo de hablar de lo que no debe! ¡Un poquito de respeto! ¡Eso es lo que deberían tener! ¡Respetar el dolor del prójimo! Esa mujer ha perdido a su hijo y lo que menos le conviene es escuchar sandeces.

Kilian se dio cuenta de que se había molestado y agachó la cabeza.

—Lo siento, abuelo —le dijo avergonzado, e Higinio, para quitarle hierro al asunto, lo abrazó.

—No pasa nada, bobo —le contestó—. Y ahora cuéntame la historia de la nieta del boticario.

TRECE

Todos tenemos secretos y algunos pesan más que otros, ya sea por su importancia, su dimensión o por la huella que nos han dejado en el alma. Higinio tenía uno que le destrozaba el corazón. A veces cuando se acostaba, pensaba que esa máscara era la que estaba acabando con su vida y no la enfermedad. Se levantaba con lágrimas en los ojos y, aunque se lavara la cara, no desaparecían; se le quedaban pegadas al rostro, escondidas entre los pliegues de su piel, recordándole que esa pena era intrínseca a él.

Una copa de coñac y cargar la pipa con marihuana.

Los primeros rayos del sol coloreaban el horizonte mientras Higinio, con sus zapatillas de paño, se acercaba al muelle para darle espacio a su corazón, que no soportaba estar enclaustrado entre las paredes de la casa.

—¿Una noche complicada? —le preguntó Adela.

La mujer apareció de improviso. Descalza. Sin hacer ruido. Siempre aparecía así, y el anciano empezaba a acostumbrarse. Ella tampoco dormía. Su rostro surgía de la nada cubierto de tristeza y con los ojos rojos de llorar. Se estaba convirtiendo en el fantasma silencioso del Porís.

—Dolores del cuerpo y del alma —contestó el anciano.

Adela observaba la copa de coñac que sostenía su mano temblorosa y le hizo una mueca de desaprobación, como cuando reñía a Adrián por estar haciendo algo malo.

—¿No es un poco temprano para empezar? —le preguntó la mujer.

Higinio negó distraídamente con la cabeza.

—Mi sentencia de muerte ya está firmada, dudo mucho de que al alcohol le dé tiempo a empeorar las cosas.

Adela se puso a su lado y contempló el mar mientras los dedos de sus pies se adherían a las rocas. Permanecieron un rato en silencio mientras la brisa jugaba con sus cabellos. Dos desconocidos que se acompañaban. Dos pájaros heridos que lamían sus heridas intentando alzar el vuelo.

—Si algún día necesita hablar, puede contar conmigo —le dijo Adela.

Higinio, que no pensaba que su dolor fuera tan evidente, suspiró.

La pipa en la mano.

Una profunda calada y el cannabis inundándole los pulmones y mezclándose con el alcohol.

Dolor en el pecho.

Dolor en el corazón.

La humedad de la cueva pegada a sus riñones.

—Gracias, pero estoy bien —le contestó—. Es solo que este sitio me trae demasiados recuerdos. Aquí he vivido los mejores y los peores momentos de mi vida. Esta cueva ha sido testigo de los capítulos más importantes de mi historia, los que quiero recordar y los que me encantaría borrar. Estar en el Porís me duele y a la vez me llena de felicidad. Me gusta estar aquí, aunque a veces me haga llorar, pero no tienes que preocuparte, se me pasará; siempre se me pasa.

Una lágrima incipiente asomándose a sus ojos y resistiéndose a bajar por la mejilla.

Adela, conmovida, apoyó delicadamente la cabeza en su hombro para hacerle compañía.

El sonido del mar.

Las olas.

Una amistad improvisada se iba forjando entre los dos.

El anciano había pasado allí tantas horas que ya formaba parte del paisaje, como si fuera un elemento más.

Higinio suspiró y dejó que la pena fluyera libremente.

—Tranquilo, llore, no pasa nada —le susurró la mujer al oído—. Yo soy de los suyos. Los que estamos rotos por dentro nos reconocemos unos a otros —le dijo, y él la miró muy serio y no supo qué contestar.

CATORCE

Desaparecido.

Se llama *desaparecido* a la persona ausente de su residencia habitual sin motivo conocido o aparente, y cuya ausencia es motivo de inquietud y da lugar a una búsqueda.

Las desapariciones son un fenómeno social y emocional. Cada año, las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado investigan miles de denuncias de personas desaparecidas. Las noticias salen en televisión, te muestran imágenes, te hablan de cifras, pero no describen el dolor. Cuando un ser querido desaparece, la angustia es tan poderosa que te partes por dentro. Tus pulmones se apagan y no puedes respirar.

Las primeras veinticuatro horas son cruciales. Cada minuto cuenta. Se debe poner una denuncia lo más rápido posible y darle a la Policía la información necesaria para que realice las investigaciones oportunas: día, hora y lugar de la desaparición, una fotografía reciente, descripción física y ropa que llevaba puesta.

La foto.

La foto de su hijo.

Adela les había dado una que le había tomado en la playa unos días antes. Adrián estaba en el puerto de Tazacorte con una camiseta roja y una sonrisa de oreja a oreja. Tenía un helado de vainilla en la mano que le chorreaba entre los dedos. Guapo. Feliz. Contento. Recordaba perfectamente ese momento. Si miraba la imagen fijamente casi lo podía escuchar reír.

Adrián, su niño.

Adrián posaba en la playa sin saber que la desgracia se cernía sobre él y que en

menos de una semana se lo iba a tragar la tierra.

Desaparecer.

Borrar a un hijo.

Es imposible borrar a un hijo.

Es imposible desprenderse de él.

Una vez que has puesto la denuncia, solo te queda esperar. Esperar desesperados a que los Cuerpos de Seguridad te llamen o vayan a tu casa a darte alguna noticia.

La Policía debe ser franca, no dar falsas esperanzas ni generar expectativas a la familia.

—Lo sentimos señora, no hay ninguna novedad.

Novedad.

¿Novedad?

Su niño había desaparecido y nadie parecía capacitado para decirle nada. No sabían qué había pasado. ¿Dónde había ido? ¿Por qué no lo averiguaban?

Era un niño, Adrián era un niño pequeño y estaba solo.

Solo y perdido.

Necesitaba a su madre.

¡Tenían que encontrarlo!

Nervios.

Desesperación.

Clavarse las uñas en la palma de la mano hasta hacerse sangre.

Lágrimas.

Tormento.

El entorno más cercano al desaparecido entra en un largo proceso emocional que se inicia con el *shock* inicial y continúa con el duelo. Pueden pasar días o semanas hasta que se acepta la situación. La duración de este proceso varía de unas personas a otras y algunos, por desgracia, se quedan en el camino sin ser capaces de aceptar lo que está sucediendo.

—No puede ser. ¡No puede ser! Volverá. ¡Volverá! Debe de estar escondido en alguna parte.

Su niño.

¡Su niño!

Es imposible borrar a un hijo.

Es imposible desprenderse de él.

El miedo te corrompe y te domina.

Hay personas que se pierden con el desaparecido. Aunque puedas verlas, escucharlas y no vayan a ninguna parte, ya no están aquí. Ellos también se han extraviado y no encuentran jamás el camino de regreso.

QUINCE

Higinio estaba recogiendo los bártulos para ir a cenar. Eran las ocho de la tarde. Todavía no había anochecido, pero le había entrado hambre. Se había pasado el día pescando sin mucho resultado. Habían picado un par de piezas, pero las había devuelto al mar porque su tamaño era demasiado pequeño para su conciencia. Les quedaba mucho por crecer y vivir. Y no iba a ser él el que les arrebatara esa experiencia.

Los pies hinchados en las sandalias y la gorra incrustada hasta las orejas. Debería haber cogido una chaqueta; refrescaba. Su esposa le había pedido que la metiera cuando estaba preparando la bolsa para irse al Porís y él no le había hecho caso.

—Métete en tus cosas —le había dicho de malas maneras, y ahora se arrepentía.

El cubo vacío en una mano y la caña en la otra. Sus piernas cansadas haciendo el camino que se sabía de memoria. La humedad de la cueva. Las sombras se extendían por las paredes y llenaban de oscuridad los primeros rincones.

—¡Higinio! —lo llamó una voz.

El anciano levantó la cabeza sorprendido, porque allí abajo no solía recibir muchas visitas.

—Soy Jonás, el marido de Adela —le comunicó el desconocido—. Perdone que le moleste, pero quería presentarme y darle las gracias. Nos hemos visto varias veces de lejos, pero nunca hemos tenido la ocasión de hablar.

Jonás. Metro ochenta. Pelo moreno. Ojos verdes. Brazos fuertes y cuerpo atlético. Vestía con pantalones de chándal y botas de *trekking*. Sudadera roja. Sonrisa en la boca y tristeza en la mirada. Había sufrido mucho, se le notaba,

aunque intentaba disimularlo.

—¿Gracias por qué? —refunfuñó el anciano sin ser especialmente sociable.

Jonás, que había llegado de trabajar hacía un rato, se secó el sudor de las manos en la parte trasera del pantalón y lo miró con afecto.

—Mi mujer me ha contado que cuando baja los fines de semana pasa mucho tiempo con usted y quería agradecérselo —prosiguió sincero—. Los sábados y domingos yo tengo mucho curro y no suelo estar —le explicó—. Ella lo está pasando muy mal. Es bastante complicado conseguir que salga de la cama, y por usted lo hace.

Higinio sonrió. Las tardes con Adela sentado en el muelle, con la pipa llena de marihuana y la boca de recuerdos, se estaban multiplicando y la relación entre ambos se estaba estrechando.

—No es difícil —le contestó el anciano cortante—. Solo hay que escucharla y hacerle caso.

Silencio.

Jonás percibió aquel comentario como lo que era: una crítica que iba directamente hacia él.

Higinio tenía demasiados años como para perder el tiempo siendo políticamente correcto. El anciano era claro y siempre decía lo que pensaba, sin que le importaran las consecuencias.

El hombre agachó la cabeza. Tenía las zapatillas manchadas de barro y el corazón inundado de pena. Aquel desconocido lo estaba juzgando y, en el fondo, sabía que tenía razón. Jonás se estaba apartando. Lo notaba, lo sabía. Se estaba refugiando en el trabajo para escapar de allí.

—Es más complejo de lo que usted piensa —se defendió.

El anciano, que pensaba que la gente a veces se complicaba demasiado la vida por motivos incomprensibles o incluso egoístas, negó con la cabeza. ¡Su amiga no estaba bien! Y aunque él intentara ayudarla, ella a quién realmente necesitaba era a su marido.

—Adela solo busca compañía —le explicó—, alguien que la ayude a soportar el día, y usted no está, por eso se apoya en mí.

El viento entrando en la cueva y llenando sus oquedades con el rumor del mar.

—Pero insisto… —prosiguió el anciano—, yo no estoy haciendo nada especial, solo escucharla. Quizá, en vez de darme las gracias, debería usted hacer lo mismo.

Puñalada.

Otra puñalada.

El sol ocultándose y tiñendo el cielo de tonos anaranjados.

—¿Cree usted que yo no lo he intentado? —le preguntó Jonás ofendido.

Una lágrima.

Una lágrima de rabia, de frustración.

Una lágrima salió de sus ojos verdes.

Higinio había sido duro con él. Todas las historias tenían dos versiones y el anciano debía escuchar ambas antes de emitir un veredicto.

Jonás lloraba, Jonás sufría.

A Jonás le importaba Adela más de lo que pensaba.

El hombre estaba hundido.

A veces, la gente se olvidaba de que él también había perdido a un hijo.

Silencio.

Los ojos de Jonás conectando con los suyos antes de hablar.

—Yo estaba con Adrián cuando se perdió, ¿lo sabía? —confesó como si necesitara desahogarse—. Adrián estaba a mi cuidado y yo me despisté unos minutos. Me llamaron por teléfono y respondí. Solo eso. Cuando colgué, el niño ya no estaba. ¿Comprende? Lo perdí de mi campo visual unos segundos y desapareció. Me distraje. —Lágrimas, suspiros—. Me he maldecido mil veces por coger esa llamada. He repetido hasta la saciedad en mi cabeza esos momentos y no soy capaz de establecer cuándo lo perdí de vista. Estaba cerca, a mi lado. No solía alejarse mucho, pero esa vez lo hizo.

Higinio soltó el cubo y se acercó a él.

—Adela me ha dicho mil veces que no tengo que sentirme culpable por lo que sucedió, pero cada vez que la miro, veo decepción en sus ojos —prosiguió —. No quiere hacerme daño, pero me responsabiliza de lo que ocurrió. No lo dice, pero lo veo. Piensa que a ella eso jamás le habría pasado.

Herida.

Dolor.

Justificarse ante un hombre que lo había crucificado antes de darle la oportunidad de hablar.

—Yo he producido todo este dolor.

Jonás lo dijo con rabia, con pena, con resignación y, al hacerlo, se dio cuenta de que había empezado a llorar. Avergonzado se limpió las lágrimas con la manga de la sudadera.

A veces le ocurría… Su rostro se encharcaba sin que lo pudiese evitar.

Beber.

El alcohol lo calmaba, lo adormecía.

La mano de Higinio cogiendo la suya.

Empatizaba. Lo comprendía.

Sentía el tacto rugoso de sus dedos y eso lo animó a continuar.

—Mi hijo ha desaparecido y se ha roto mi matrimonio —concluyó—. He perdido a las dos personas que más quería en la vida de forma fortuita, en un instante. —prosiguió—. Se han marchado… Y mi único delito fue contestar al teléfono.

DIECISÉIS

Quien bien te quiere te hará sufrir. Eso pensaba Abenaguara y, lamentablemente, no solía equivocarse. Su familia, para ella, era motivo de tormento y felicidad. Siempre estaba vigilante para que hiciesen lo correcto y no darles motivos a las vecinas para hablar.

—La falda larga y la cabeza alta —solía decirles a sus hijas, y Nayra e Iballa lo cumplían a rajatabla.

Abenaguara era la defensora de la honra y la dignidad. Era estricta, supervisora y censora con su descendencia. A sus niñas las tenía rectas como una vara, pero por desgracia, sus nietos y su marido siempre le daban motivos por los que preocuparse.

—¿Es que no pueden hacer las cosas bien? —solía preguntarle a Higinio disgustada.

Su marido, que con los años se había vuelto más rebelde, sonreía y le acariciaba la mejilla para calmarla.

—Tú no quieres que hagamos las cosas bien, Abenaguara —le explicaba—; tú lo que quieres es que hagamos lo que tú dices.

Su esposa, enfadada, protestaba, porque pensaba que Higinio no tenía razón. No se trataba de mandar, sino de mantener las apariencias. La gente podía ser muy mala con el que es distinto o ha cometido una equivocación. Ella lo sabía, lo había sufrido en sus propias carnes y deseaba ahorrarles ese tormento a los suyos.

—Hay que evitar estar en boca de todos. ¡Y para eso solo hay que ser comedido!

Ser comedido era seguir a pies juntillas unas normas sociales que ella imponía y

que parecían sacadas de la posguerra española: no se permitían los *piercings* ni los tatuajes; las mujeres no podían beber alcohol en la calle y debían salir siempre acompañadas de sus maridos, con peinado de peluquería, maquillaje discreto y la ropa impecable, planchada, almidonada y colocada en su sitio; los domingos se estrenaba modelito para ir a misa; las muestras de afecto estaban prohibidas fuera del hogar; la sonrisa, impoluta; y la risa, siempre floja, nunca estridente.

—¡Imposible cumplir todas tus reglas! —protestaba Higinio.

Abenaguara fruncía el entrecejo enfadada.

—Si me hicieras caso, serías un ejemplo para tus nietos y no se torcerían, que un día nos van a dar un disgusto.

Disgusto. El disgusto más gordo se lo dio Kilian a su abuela un jueves por la tarde cuando esta regresaba del supermercado cargada con dos bolsas de fruta.

Hacía calor. Gotas de sudor se le escurrían a la mujer por la nuca y le caían por la espalda. Abenaguara resoplaba y, mientras subía la cuesta, medio ahogada, decidió por undécima vez que debía ponerse a dieta, aunque nunca lo lograba. Le gustaban demasiado los bollos y los chicharrones rebozados en gofio.

Cuando paró junto a la verja del parque para tomar aliento, los vio. En un primer momento no se dio cuenta de quiénes eran, pero aun así puso cara de desaprobación; no le gustaba lo que estaba viendo: dos jóvenes enfebrecidos se comían a besos apoyados en una palmera, y el chico tenía la mano metida debajo de la camiseta de ella.

—¡Virgen de los Remedios! —chilló cuando reconoció que era su nieto uno de los protagonistas de aquellos actos libidinosos.

Abenaguara se santiguó dos veces horrorizada. Aquello era una ofensa. ¡Una

aberración! Pero lo peor fue cuando descubrió el rostro de la desvergonzada que estaba con Kilian. ¡No se lo podía creer! La mujer tuvo que apoyarse en una farola para no perder el equilibrio.

—¡Por los clavos de Cristo! —gritó.

Aquello no podía estar sucediendo. Su nieto estaba dejándose llevar por la pasión a las cinco de la tarde en un sitio público con la persona que menos le convenía. ¡Aquello había que impedirlo!

Su corazón palpitando. La boca seca. Una de las bolsas de plástico que llevaba en las manos se le cayó a los pies y tres naranjas pequeñas rodaron calle abajo.

Abenaguara, alterada, se frotó los ojos, pero no había lugar a dudas.

—No puedes ser, no puede ser —repitió aterrada, y se santiguó compulsivamente unas doce veces, pero la imagen no se borraba.

DIECISIETE

—¿Usted cree en el más allá?

Higinio estaba en la puerta de su casa limpiando las presas que había pescado esa mañana cuando Adela llegó. Eran las tres de la tarde. Las sombras empezaban a descender por las paredes de la cueva con lentitud, mientras las olas juguetonas refrescaban las rocas y le salpicaban la piel.

El anciano, extrañado, dejó lo que estaba haciendo y la contempló. Adela tenía aspecto de haber estado llorando y estaba más delgada de la cuenta. Desde que llegó al Porís hacía unos meses había bajado bastante de peso. Su piel blanquecina comenzaba a ser traslúcida. Tobillos huesudos. Ojeras moradas cubiertas de lágrimas.

—No sé —dudó el hombre al contestar—. Yo creo que después de esto no hay nada. Solamente se acaba.

La mujer suspiró con desánimo, cogió una de las sillas de playa que el anciano tenía junto a su puerta y se sentó a su lado. Las moscas revoloteaban alrededor del cubo de plástico donde estaba echando las vísceras.

—Yo necesito creer que hay algo más —susurró ella.

Higinio la miró con ternura y sus ojos, empañados por la edad, brillaron durante un segundo.

—Cuando morimos, nuestro cuerpo se descompone y no queda nada de lo que fuimos, solo nuestro recuerdo —le explicó él—. Si conseguimos que alguien piense en nosotros más allá de la vida, no desaparecemos jamás.

Adela sonrió más animada.

—Yo pienso en Adrián constantemente —confesó.

El anciano asintió espantando las moscas con una mano.

—Y eso lo mantiene cerca de usted—le contestó.

Los dos se quedaron en silencio unos segundos y Adela sintió que Adrián no estaba tan lejos y que casi podía escuchar el sonido de su respiración. Higinio suspiró como si también echara de menos a alguien.

—Por eso debemos aprovechar la vida —prosiguió el anciano con melancolía —, porque no hay una segunda oportunidad.

Adela, que se había secado las lágrimas con un pañuelo que guardaba en su bata, se encogió de hombros como si no lo comprendiera.

—¿Aprovecharla? —preguntó.

El hombre, que sentía cómo el reloj de arena que componía su vida se acababa, observó sus manos arrugadas antes de contestar.

—Sí, Adela, aprovecharla. Usted y yo estamos desperdiciándola y eso es una falta de respeto para los que se han ido. Nos hemos rendido y a veces se nos olvida que tenemos suerte de seguir aquí, de estar vivos. Estos últimos meses han sido un regalo para mí, un tiempo prestado que no me pertenecía ¿Y qué he hecho con él? ¿Me ha servido para enmendar mis errores?

Valor.

Sufrimiento.

Cobardía.

Seis meses.

Le habían dicho que le quedaban como mucho seis meses de vida y habían pasado nueve y seguía sonriendo.

—Me he limitado a hacer lo que he hecho toda mi vida —prosiguió con melancolía—: malvivir, vivir una vida que no me pertenecía; no he aprovechado

este tiempo para tomar las riendas y atreverme a hacer lo que nunca he podido.

Las cabezas de los pescados en el fondo del cubo y un gato desnutrido maullando en la distancia.

Adela sintió un inmenso cariño por él y le regaló una caricia.

—¿Y qué le gustaría hacer? —le preguntó la mujer curiosa—. ¿Cuál es su sueño?

Higinio cogió el cuchillo con el que destripaba los pescados y suspiró de nuevo.

—Atreverme a ser quien soy —le respondió—. Mostrarme tal y cómo me siento sin miedo al qué dirán. Estoy cansado de fingir. Llevo toda la vida fingiendo.

Un beso.

Un beso en el Porís que había cambiado su vida.

Unas manos que tocaron las suyas y que después esquivó.

Un amor furtivo.

Un amor prohibido.

Un amor que le daba más miedo que la muerte.

Adela lo miró intentando ver lo que ocultaba tras la máscara que siempre portaba.

—¿Y por qué no lo hace? —le preguntó indiscreta.

El anciano, clavando la hoja del cuchillo en la tripa del pescado, sonrió y dejó que la brisa acariciara su historia.

—Porque es tarde —le contestó con tristeza—. La persona de la que me enamoré ya no está, se ha ido, y ya jamás podré decirle lo que sentía. Confesarlo

ahora solo serviría para hacerle daño a mi familia.

DIECIOCHO

Sancocho.

Adela jamás olvidaría que estaba preparando sancocho. Tenía el cherne desalado y estaba cortando las batatas en trozos grandes para meterlas en el caldero. Con piel, siempre con piel. Mezclaba papas y batatas casi al cincuenta por ciento. Le encantaba la mezcla de colores, sabores y textura en el plato.

El mojo estaba listo. Ella siempre tenía en la nevera un bote de mojo verde y otro rojo preparados. Los elaboraba ella. No le gustaban los que se compraban en el supermercado. Le quitaban la gracia, el chiste. Y Jonás decía que le salía casi tan rico como a su madre. Adela sonreía. Aquello era un piropo culinario muy digno para una peninsular que no llevaba muchos años viviendo en Canarias.

La música en la radio puesta. Le gustaba escuchar Radio Olé porque le hacía regresar a su tierra. Por mucho viento que soplara en Canarias, este no iba a arrancarle sus raíces.

Se ponía una ramita de hierbabuena en la oreja mientras cocinaba, y un botellín de cerveza abierto. Por la ventana de la cocina entraba la luz del sol. Vivían en Tazacorte, el pueblo de Jonás. Plataneras decorando sus vistas y, de fondo, el mar.

Hacía mal día. Las nubes jugaban con la brisa y un intenso oleaje despeinaba el horizonte. Su marido había salido con Adrián a pasear. Se habían levantado muy temprano. Le había dicho que iban a hacer la ruta de Tijarafe al Porís de Candelaria, ida y vuelta. El niño era pequeño, pero estaba acostumbrado a andar. Su padre lo llevaba de senderismo desde que había comenzado a dar sus primeros pasos.

—Quiero ofrecer esa ruta a un grupo de turistas la semana que viene y con las

lluvias no sé cómo estará el terreno. Quiero ir para asegurarme.

Bocadillos de tortilla de patatas y unas latas de refrescos. A Adrián le había obligado a ponerse su chaqueta azul marino, aunque el niño había protestado porque decía que no hacía frío.

—Si te da calor te la quitas —le había dicho su madre mientras le peinaba el flequillo con colonia—, pero es mejor pasar calor que frío.

Los había visto salir juntos de su cocina y ella se había puesto a escurrirle el agua al pescado. Adela le había dado un beso en la frente a su hijo, pero no sabía si él se lo había devuelto. ¡No recordaba cuándo había sido su último beso! Cuando su Adrián había juntado los labios por última vez, los había posado en su mejilla y le había dicho: «Te quiero».

Se fue con su chaqueta azul marino, pantalones de deporte negros y camiseta blanca con deportivas a juego. Llevaba su mochila verde a la espalda, ojos lagañosos porque era temprano y ganas de jugar.

Si Adela hubiera sabido que era la última vez que lo iba a ver en la vida, lo habría apretado contra su pecho y no lo habría dejado marchar, habrían tenido que arrancárselo a la fuerza y, para ello, la única opción habría sido extirparle los brazos. ¡Le habría dicho que lo quería! ¡Que lo amaba con toda su alma! ¡Y que era lo más importante de su vida! Sucediera lo que sucediese, eso no iba a cambiar.

—Te quiero, te quiero, te quiero… —susurraba ahora, pero sus *te quiero* eran arrastrados por el viento.

Se retrasaron. A veces les pasaba. Su marido decidía sobre la marcha hacer una ruta más larga o se encontraban con alguien en el camino y se paraban de regreso en un bar. Eran las tres y media y le había dicho que estarían de regreso sobre la doce. Empezó a impacientarse. Odiaba que Jonás hiciera esas cosas. Lo

había llamado tres veces y no le cogía el teléfono. No costaba trabajo avisar. El sancocho estaba listo desde hacía dos horas y ella estaba espantando las moscas con la mano para que no se lo comieran. Se había enfriado. Se había enfriado y ella se había tomado ya tres botellines.

El cielo se nubló y cayeron las primeras gotas de lluvia. A Adela le encantaba el olor a tierra mojada. Abrió la ventana y lo inspiró profundamente. Mientras soltaba el aire lentamente, lo vio llegar. Jonás había aparcado la furgoneta en la calle de enfrente y se dirigía hacia la casa. Venía solo. Solo y con el pantalón y la sudadera llenos de barro. Sus ojos mustios. Perdidos. Había levantado la cabeza y la había mirado, pero no había dicho nada. No la saludó. No sonrió. Se limitó a quedarse mirándola con la mirada más triste que ella le había visto nunca.

Temblor. Escalofrío.

—¿Y Adrián? —le preguntó por la ventana—. ¿Has dejado al niño en casa de tu madre?

No contestó.

Jonás arrastró las botas de *trekking* hasta la puerta del edificio con la cabeza gacha. Adela no sabía lo que ocurría, pero parecía que lo había visto llorar.

El corazón se ralentiza.

Cuando suceden estas cosas la gente piensa que tu mundo se derrumba de repente, pero no es así. Es lento y laborioso. Tu mente, aunque tiene la información, tarda en asimilarla, se resquebraja. A veces la realidad es tan dura que tu mente se niega a creerla.

No tembló. No lloró.

Se dirigió alerta a la puerta esperando que su marido le diera explicaciones.

Un minuto.

Dos.

Los segundos se hacían eternos.

Jonás tardaba en subir porque tenía que reunir el valor suficiente para meter la llave en la cerradura.

La mesa puesta.

La bandeja con el sancocho tapada para que no se la comieran las moscas.

Una botella de vino abierta.

Un cuenco con mojo verde y otro con rojo.

Queso cortado.

La puerta se abrió y los ojos de Jonás se encontraron con los suyos.

Tenía las uñas negras, partidas, igual que su corazón.

Lágrimas surcándole las mejillas.

Temblaba. Lloraba.

Nunca lo había visto tan frágil, tan aterrado, tan vulnerable.

¿Cómo iba a explicarle a su mujer lo que había sucedido?

Las neuronas de Adela explotando.

Lento, muy lento.

—Lo siento —balbuceo Jonás—. Lo siento.

Chaqueta azul marino, pantalones de deporte negros, camiseta y deportivas blancas. Mochila verde en la espalda. Ojos lagañosos y ganas de jugar.

Seis años. Su niño tenía seis años.

—¿Y Adrián? —preguntó desconcertada—. ¿Dónde está el niño?

No lloraba. No temblaba.

Su cerebro se negaba a aceptar lo que estaba sucediendo.

La radio estaba puesta y se escuchaba Radio Olé.

Las gotas de lluvia golpeaban los cristales y se escurrían por ellos como si el cielo estuviera llorando.

—Llevo cuatro horas buscándolo —le explicó—. La Guardia Civil está recorriendo la zona y también los guardacostas. No sé cómo ha podido pasar —balbuceaba—. No lo sé, Adela. He venido para decírtelo porque quería que te enteraras por mí.

Una copa en la mano.

La mujer llevaba una copa de vino en la mano porque se había cansado de los botellines y, mientras esperaba, había abierto una botella.

Vino tinto. Seco. Áspero. Sabor a barrica. A madera.

Cuando te dan una noticia así, la gente suele quedarse parada. Intenta ordenar sus pensamientos para dar cabida a la nueva realidad. Adrián se había perdido. Había salido con su padre a caminar y había regresado sin él. La Guardia Civil y los guardacostas lo estaban buscando. Cuatro horas. Cuatro horas y no había aparecido. Una mosca posada en la bandeja que cubría el sancocho.

Jonás frente a ella sin saber qué hacer ni qué decir. Se acercó a Adela para abrazarla porque la necesitaba, pero ella lo rechazó con violencia.

Su niño…

Su niño había desaparecido y cabía la posibilidad de que no volviera a verlo nunca.

Había lavado su ropa. Había puesto una lavadora mientras ellos estaban fuera y había tendido su chándal rojo. Esa semana Adrián tenía un examen de matemáticas y estaba nervioso porque no se le daba muy bien sumar.

¿Por qué no lloraba?

¿Por qué no gritaba?

¿Por qué no se le paraba el corazón?

—Lo siento, lo siento… —repetía Jonás.

La mesa puesta. Tres platos. Tres vasos. Tres juegos de cubiertos.

Adrián estaba perdido en el monte o en el fondo del mar.

La copa de vino temblándole en la mano.

El fino cristal acariciado por los taninos.

Jonás tenía las uñas negras como si hubiera estado arañando la tierra.

Sangre en una ceja. Parecía que se había golpeado con algo o que se había rascado con demasiada fuerza.

«Llevo cuatro horas buscándolo. La Guardia Civil está recorriendo la zona y también los guardacostas. No sé cómo ha podido pasar. No lo sé, Adela. He venido para decírtelo porque prefería que te enteraras por mí».

El olor a tierra mojada.

Había empezado a llover y ella tenía ropa tendida.

Había tendido el chándal rojo de Adrián. Si se empapaba no le iba a dar tiempo a secarse para mañana, y era su favorito. El niño odiaba cuando le hacía ponerse el verde. Tenía que recogerlo.

Adela se giró con la copa en la mano y fue hacia el lavadero.

Recoger la ropa.

Llovía sobre las plataneras y un precioso arcoíris nacía del mar y se bañaba en el puerto de Tazacorte.

Arcoíris.

A Adrián le encantaban los arcoíris.

¿Lo estaría viendo, o su pequeño cuerpecito estaba sumergido en el fondo del mar?

Recoger su chándal.

¿Qué importaba el chándal si Adrián estaba muerto? Muchos niños se perdían y no aparecían jamás. Podía haberse caído en una zanja o haber sido secuestrado por un pederasta.

La lluvia golpeando los cristales y la copa de vino temblando.

Adela estaba caminando hacia el tendedero mientras su mundo se venía abajo.

Crujía.

Cuando tu cerebro es consciente de lo que está pasando, el suelo se abre bajo tus pies y te golpea en la cara como si fuese un inmenso tsunami de dolor que llevara un rato gestándose, cogiendo fuerzas.

La aguja perforando su pezón izquierdo. Perforándolo. Hiriéndolo. Mutilándolo.

Chilló.

Bramó.

No dijo nada. Solo surgió de su garganta un ruido gutural.

Adela lanzó la copa de vino al suelo y los cristales saltaron en todas las direcciones. El vino manchó el suelo, las paredes y la cortina. Gotas de muerte. ¡De agonía!

Jonás corrió hacia ella y llegó antes de que se derrumbara. Tenía los puños apretados y lo golpeó en el pecho cuando se aproximó. No quería que la mirara. No quería que la tocara. Adela en esos momentos habría golpeado a cualquier

persona que hubiera tenido delante, porque lo único que sentía era dolor.

—¡Noooo! ¡Nooo! —gritó.

Pegarle, escupirle, insultarlo.

Adela quería matarlo.

Adela sentía que se moría, que le arrancaban el corazón.

DIECINUEVE

Querido Adrián:

Desde que desapareciste estoy rota. Me ha crecido un agujero enorme en el pecho por donde se cuela el viento y la desesperación. Puedo sentirlo claramente; es del tamaño de mi puño, el espacio que antes ocupaba mi corazón. Siento tristeza y rencor. Estoy perforada. Me tumbo en la cama y lloro. Esa es mi única ocupación.

Las olas rompen en la orilla y yo oigo su rumor a través de la ventana. Se ríen, cantan, juegan y me llaman con su pérfida voz. Puedo oírlas claramente, me susurran al oído que me lance de cabeza contra las rocas y me reúna contigo.

Estoy loca, desquiciada. El cánnabis puede producir alucinaciones y a veces les hago caso. Cuando las voces me acosan en exceso, salgo de noche y me baño desnuda en la oscuridad. Es mi momento, nuestro momento. Nado unos doscientos metros mar adentro y sumerjo la cabeza en el agua. Te busco. Dejo que el aire se escape lentamente de mis pulmones y forme burbujas de soledad.

¿Tengo motivos para regresar a la superficie?

Las olas se ríen y yo deseo con todas mis fuerzas quedarme allí abajo agarrada a los corales y las mareas. Quiero desaparecer, pero si lo hiciera me habría rendido y no voy a hacerlo. Seguiré esperándote y llorándote, aunque sea lo único que haga.

Te quiero, te quise y siempre te querré.

Por muchas vendas que me ponga, nada tapará ese hueco que sangra en mi pecho.

Vuelve Adrián. Te necesito.

VEINTE

Un vaso de tubo vacío. Jonás lo puso sobre la barra y le pidió al camarero que lo llenara de nuevo. Sus ojos temblorosos, el pulso también. Una bombilla parpadeando. La música de la máquina tragaperras invadiendo el local. Un anciano jugando. Sus manos arrugadas echando una moneda tras otra.

Sus zapatillas de *trekking* sucias. Esa mañana había hecho la ruta de Marcos y Cordero y el suelo estaba mojado. Les llovió en la mitad del sendero. Sus pantalones embarrados; su corazón seco.

El *whisky* derritiendo los cubitos de hielo y después su garganta. Las ganas de llorar nunca desaparecían. Intentaba ser fuerte por Adela, pero cuando estaba solo se abandonaba, se rendía y no necesitaba fingir. Adrián llevaba cuatro meses desaparecido y había perdido la esperanza de que lo encontraran con vida.

Su niño muerto.

Su niño muerto.

Nunca más escucharía su risa.

El hombre se bebió el contenido del vaso de un trago y le pidió otro al camarero. El joven que lo estaba atendiendo lo miró con el rictus serio, con preocupación. Jonás iba allí todas las tardes y se bebía una copa tras otra hasta que terminaba llorando u orinándose encima.

—Ya es suficiente por hoy —le cortó el chico—. Será mejor que te vayas a casa.

Jonás, con los ojos verdes llenos de escarcha, lo miró con vergüenza e incomprensión.

—¿Para qué? —le preguntó—. En mi casa ya no está mi niño y a Adela le importa una mierda que baje o no.

El olor a carne de cabra saliendo de la cocina.

El camarero mirándolo con tristeza.

—¿Y sabes qué es lo peor? —le preguntó Jonás cogiéndole la mano.

El chico, que escuchaba pacientemente su discurso todas las tardes, puso cara de atención, aunque sabía de memoria lo que iba a decirle.

—Buscarlo —le narró—. Cuando paseo por el monte o por los acantilados, miro en cada cueva, en cada grieta, no lo puedo evitar. La Guardia Civil dejó de buscarlo hace tiempo, pero yo no he parado. Cada vez que salgo al campo, olisqueo su rastro, como un perro de presa. Al principio esperaba ilusionado encontrar alguna pista que me llevara hacia él, pero ahora ya no hay esperanza, solo miedo. Me aterra, al mirar en un sitio nuevo, encontrar su cadáver. Me da pánico, pero no puedo dejar de buscarlo. Es superior a mí.

Cadáver.

Cadáver.

Hay palabras que jamás deberían asociarse a un niño.

Cadáver es una de ellas.

Jonás sintió que se le atoraba al pronunciarla, le costaba salir de su garganta.

—Es horrible vivir con esta incertidumbre—continuó—. Antes rezaba para que Adrián volviera a casa y ahora pido que me dejen enterrarlo.

Silencio.

El camarero lo conocía de toda la vida y se le rompía el alma al verlo así.

Todos los clientes observándolo, hasta el anciano de la tragaperras, que, por unos segundos, dejó de echar monedas.

—Y todo por una llamada —reconoció con tristeza—. Por una puta llamada

de la compañía telefónica. Avisé a la operadora de que estaba ocupado, pero ella insistió y no me dejó colgar. Me dijo que si lo hacía me arrepentiría porque era una propuesta que no podía dejar escapar. ¡Una rebaja del veinte por ciento de mi tarifa a cambio de alargar dos años la permanencia! Solo serían unos minutos.

La bombilla parpadeando.

«¿Es usted el titular de la línea?».

Sabor a alcohol en la boca.

«¿Me facilita su nombre para poder dirigirme a usted?».

Solamente unos minutos.

El tiempo suficiente para que su hijo desapareciera y no volviera a verlo más.

«Le llamo de su compañía telefónica para informarle de una promoción»

El camarero mirándolo.

Las lágrimas inundándole el rostro y él incapaz de vocalizar.

—Lo he perdido. ¡Lo he perdido! —balbuceó—. He perdido a mi pequeño y todo por un puto descuento. ¿Se puede ser más patético?

La máquina tragaperras reclamando la atención del anciano con música y luces, fomentando la ludopatía.

El camarero le sonrió e intentó ser simpático.

—La última y te vas, Jonás, ¿vale?

El hombre suspiró y se secó las lágrimas con la manga de la sudadera.

—A nadie le gusta la tristeza —susurró—. Entiendo… Tengo que irme… Ahuyento a los clientes del bar.

VEINTIUNO

—Jonás me va a dejar.

Era una tarde tranquila en la que los turistas no habían hecho acto de presencia en el pueblo, lo que les permitió disfrutar de la belleza del Porís a solas.

El sol reflejado en el mar.

El viento soplando y colándose a través de las grietas de las puertas.

Las olas rompiendo en las rocas.

Higinio a su lado fumando en pipa con varias latas vacías de cerveza a los pies. Bebía Tropical, la que se hace en Las Palmas, porque le gustaba más que la que se elaboraba en su provincia.

Adela observaba el horizonte con la mirada perdida. La angustia se había apoderado de ella a lo largo del día y, aunque intentaba controlarla, la estaba devorando por dentro. Necesitaba liberarse. Lo mejor era dejarla salir, desahogarse.

—Jonás me va a dejar.

Lo soltó de pronto, sin avisar, como si fuese algo que llevase tiempo rondándole la cabeza y quisiera compartirlo. Higinio, que acababa de darle una profunda calada a la pipa, casi se atraganta.

Adela no lo había dicho con tristeza, sino con resignación, como si fuese una verdad irrefutable que no necesitase contrastarse.

—¿Qué dice, Adela? —le riñó el anciano disgustado—. Eso son tonterías suyas. Su marido la quiere. ¡No hay más que verlo!

Jonás, con sus ojos verdes y esa sonrisa tan bonita que ya no solía mostrar, le había dado un beso en los labios antes de irse a trabajar, pero sus besos ya no

sabían igual, habían perdido su sello. Adela lo vio salir de la casa con el corazón encogido, sabiendo que un día de esos cerraría la puerta para siempre y no regresaría jamás.

Sus ojos verdes.

Esos ojos rasgados que había heredado su hijo.

Ojos verde esmeralda, del color de la vegetación de la Caldera de Taburiente en su parte más frondosa.

Su niño.

Adrián.

Adela suspiró y asintió con la cabeza.

Higinio le pasó la pipa para que le diera una calada.

El humo y la marihuana invadiendo sus pulmones.

La Virgen de Candelaria en la vitrina. A veces, cuando miraba, creía que había visto a la imagen sonreír.

—Sé que Jonás me quiere —le explicó la mujer—, pero a veces eso no es suficiente. ¡Jonás se ahoga! —exclamó—. Lo veo. Desde que nos vinimos a vivir al Porís está enjaulado. No quiere seguir en esta cárcel de tristeza y sufrimiento. Me ha suplicado que nos vayamos de aquí, que nos mudemos a Tijarafe, a Santa Cruz ¡o a otra isla! Quiere dejar todo este infierno atrás. Ya han pasado cinco meses y quiere continuar con su vida, pero yo no puedo.

Una lágrima asomándose a sus ojos.

—No puedo —repitió.

La mano de Higinio sujetando la suya.

—Sé que es una estupidez, pero no puedo alejarme de aquí —le explicó—.

Dejar el Porís sería admitir que Adrián no va a regresar y no estoy preparada para ello.

Un barco con turistas pasando por el horizonte.

Una gaviota perdida buscando alimento en el mar.

Las palabras de Adela cubriéndose de salitre.

Los dedos del anciano entrelazándose con los suyos.

—No puedo reprocharle que quiera pasar página —prosiguió—. Es lo más inteligente; es lo correcto. ¡Y sé que tiene razón! Pero yo no puedo continuar con mi vida. No quiero vivirla si Adrián no está aquí. Me falta el aire cuando pienso en marcharme. No puedo alejarme de aquí.

Higinio se encogió de hombros tratando de comprenderla.

—Usted también está enjaulada —le respondió—. Está enjaulada, aunque no se dé cuenta.

Adela, que había dejado que sus lágrimas brotaran libremente, negó con la cabeza.

—Yo no estoy enjaulada, Higinio, yo estoy muerta —le respondió—. Morí el día que desapareció mi hijo. Aunque me vea aquí a su lado, yo ya no estoy, por eso no puedo irme con Jonás ni rehacer mi vida. No puedo recomponerla porque no tengo. —Pena, resignación—. Jonás va a dejarme. Jonás va a irse y yo tengo que alegrarme por él. Se va y yo me voy a quedar sola.

El anciano conmovido la abrazó.

—Jonás no va a irse —le contestó—. Su marido no la va a abandonar. Y si se fuese, no estaría sola, porque estoy yo, que me quedaría con usted; no volvería a los Llanos —le informó con cariño—. Sé que no soy gran cosa, solo un viejo cascarrabias con cáncer terminal, pero estaré a su lado. Me quedaré hasta que la

enfermedad me lleve, y espero que sea dentro de mucho tiempo.

Una sonrisa en sus labios. Higinio había conseguido hacer a Adela sonreír.

—Gracias —le contestó Adela.

El anciano negó con la cabeza.

—No, gracias a usted por darme un motivo para seguir luchando.

VEINTIDOS

Adrián fue engendrado en la Cascada de Colores. Ese mágico paraje fue testigo mudo de cómo los cuerpos de sus padres se despojaban de sus ataduras y sucumbían a la pasión. El chándal de Jonás en el suelo; las mayas y la camiseta de Adela encima de una piedra. Jadeos profundos. Caricias salvajes. Sus manos arañando el musgo de las paredes mientras sus pies se mojaban desenfrenados en el riachuelo de agua dorada.

Sabor a hierro.

Sabor a hierro en sus bocas mientras Jonás eyaculaba y una nueva vida se abría paso en su interior.

La Cascada de Colores es una construcción creada por el hombre en los años sesenta para retener el agua de la Caldera de Taburiente y poder usarla como recurso hídrico. Se trata de una pequeña presa que armoniza con el paisaje y que la madre naturaleza se ha encargado de engalanar a niveles supremos dotándola de una amplia gama de colores ocres y amarillos que embellecen la zona y contrastan enormemente con las piedras volcánicas y la vegetación que la rodea.

El agua de la cascada proviene del Barranco de Rivaceras y tiñe las rocas y el cauce del riachuelo de colores anaranjados por el hierro y otros minerales que hay disueltos en él. Adela se quedó impresionada cuando lo vio y le agradeció a Jonás que la hubiera convencido para ir hasta allí.

—Me lo imaginaba distinto —confesó—, pero es preciosa.

Los ojos del chico clavándose en los de ella.

—Tú también —la piropeó.

Una sonrisa. Jonás siempre conseguía hacerla reír y se aprovechaba de ello. Cuando Adela sonreía, bajaba la guardia y dejaba que él se aproximara más.

Sus miradas acariciándose.

Un beso.

Jonás posó sus labios en los de ella y sus bocas empezaron a devorarse como si no hubieran comido en años.

Las manos de Adela en su espalda.

Los dedos de Jonás sujetando sus nalgas.

Pasión.

Pasión en estado puro en mitad de la naturaleza.

Desprenderse de la ropa.

Desprenderse de los prejuicios, los miedos y las ataduras.

Sus pies se llenaron de barro mientras su boca se embriagaba con el sabor de su sexo.

Hicieron el amor sobre una roca. La espalda de él sobre la piedra y ella cabalgando encima.

Sexo ancestral.

Sexo indomable.

Los dientes de ella se clavaron en su piel.

Una graja surcando el cielo los contempló y ralentizó el vuelo. Parecían dos animales feroces disfrutando de los placeres carnales que nadie podía detener.

Un orgasmo.

Dos.

Los jadeos de Adela ruborizando las paredes de la Caldera. Sus pechos brillantes, bañados en sudor y saliva, bailando al ritmo de su corazón. Los ojos de Jonás extasiados. Sus cuerpos se habían acoplado y lo hacían a la perfección.

Piel sobre piel. Labio sobre labio.

Un grupo de turistas hablando en la lejanía los hizo regresar a la tierra.

—Vístete —le recomendó Jonás.

Y mientras lo hacía, Adela sintió su semen escurriéndole por las piernas.

VEINTITRES

Abenaguara dejó la compra en la cocina y se bebió del tirón un vaso de agua. Estaba alterada, furiosa, tan nerviosa que pensaba que el corazón se le iba a salir del pecho. Debía hablar con su marido. Higinio tenía que enterarse de lo que estaba sucediendo. ¡No podía ser! ¡Había que prohibirlo! Lo buscó desesperada en el salón y en el dormitorio sin resultado. ¿Dónde se había metido ese hombre?

—¡Higinio! —chilló fuera de sí.

Su esposo le contestó con desgana desde el patio.

El anciano estaba sentado en el suelo y observaba su plantación de marihuana mientras le daba una profunda calada a la pipa. Le dolía la espalda. Le dolían las piernas. Le dolía el alma. Había días en que su salud empeoraba y no tenía fuerzas ni para respirar. Era un día de esos.

Las nubes jugando con los rayos de sol.

Sus zapatillas de paño tiradas en cualquier parte. Estaba descalzo. Su camisa desabrochada. El cinturón suelto.

Abenaguara entró en sus dominios destruyendo la calma. No lo miró ni se preocupó por su aspecto. En esos instantes le daba igual cómo se encontrara su marido; lo único que importaba era contarle lo que había visto en el parque.

—¡No te lo vas a creer! He visto a Kilian comiéndose a besos a la nieta de Venancio en el parque. ¡Con la nieta de Venancio! —recalcó airada—. Casi me da un síncope cuando los vi. Me tuve que agarrar a la verja y se me cayeron las naranjas.

Higinio, con la mirada perdida, aprovechó su discurso para dar una nueva calada a la boquilla y esperó a que el humo saliera de sus pulmones para

contestar. Abenaguara esperaba que se enfadara y se uniera a su disgusto, pero en vez de eso, el anciano sonrió mientras espantaba una mosca que se había posado en su oreja.

—Se llama Elena —le contó—. Tiene dieciocho años y llevan casi un mes saliendo.

El rostro de la mujer se contrajo con desaprobación.

—¡Virgen de los Remedios! —exclamó molesta—. ¿Es que tú lo sabías? ¿Sabías que Kilian la estaba rondando y no me habías dicho nada?

El hombre, que adoraba a su nieto, asintió con la cabeza mientras el rictus de ella se agriaba y se formaban nubes de tormenta.

—¿Cómo puedes ser tan irresponsable? —le chilló mientras la papada le revotaba con cada palabra—. ¿Cómo has podido ocultarme algo así? ¡Kilian está saliendo con la hija del boticario! ¡Imagínate lo que podría llegar a pasar!

Higinio se incorporó para ponerse a su altura y frunció el ceño como si aquella conversación empezara a molestarle.

—Ya han follado, si es lo que te preocupa —le informó—. Se acostaron en la segunda cita y los dos son muy felices.

—¡Virgen de Candelaria! —bramó su mujer sin parar de santiguarse—. ¿Pero cómo tienes las santas narices de decirme algo así? ¿Qué se han acostado? ¡Acostado! ¿Y no has hecho nada para impedirlo? ¡No me lo puedo creer! De todas las chicas que hay en la isla se ha tenido que liar precisamente con esa… ¿Cómo puedo tener tan mala suerte?

Abenaguara se tapó el rostro con las manos y empezó a llorar. Su esposo se acercó a ella para intentar consolarla y la mujer lanzó un bufido.

—¡Déjame! —le gritó rabiosa—. Ni me toques.

El anciano agachó la cabeza y suspiró.

Le dolía el pecho. Le dolían las piernas. Le dolía el alma.

A veces no conseguía sintonizar con su esposa.

A veces no conseguía aguantarla ni llevarse bien con ella.

—Tranquila, Abenaguara, no pasa nada —le dijo intentando tranquilizarla —. Son cosas de críos. Ya se les pasará.

La mujer se limpió las lágrimas y lo miró desafiante.

—¡Hay que hablar con él! —le ordenó—. A ti te escuchará. ¡Hay que evitar que sigan juntos! Si Venancio se entera se puede liar una muy gorda. Habla con Kilian, por favor. Habla con él y dile que la deje.

Su nieto estaba enamorado. La última vez que había hablado con él lo había visto muy feliz. Kilian estaba ilusionado, así que Higinio no iba estropearlo, no iba a meterse entre los dos.

—Olvídalo —le contestó su marido—. Yo no voy a hablar con el chico. Kilian está muy contento y no tiene la culpa de nada. El niño no va a pagar los platos rotos ¿entiendes? Son tus cosas, no las de él, así que deja de meter esa nariz gorda que tienes en sus asuntos y empieza a asumirlo y a relajarte, porque si le haces daño a mi nieto yo mismo me encargaré de hacértelo pagar.

VEINTICUATRO

Querido Adrián:

Tu padre se ha ido. Ha hecho la maleta, ha metido sus cosas y ha dejado el Porís para siempre. Me ha dejado sola.

Lo he visto subir la cuesta mientras caía el sol y mi vida se ha oscurecido. No hemos discutido, es solo que no ha aguantado más. Han pasado seis meses desde que desapareciste y se ha cansado de esperar.

Hemos comido en silencio cherne a la plancha y papas arrugadas con mojo. Mientras íbamos hincando el tenedor en la carne blanca del pescado y llevándonosla a la boca para engullirla con parsimonia, yo se lo he visto en los ojos. Por la forma en que me miraba sabía que quería decirme algo, pero no sabía cómo. Estaba nervioso, muy nervioso. A tu padre siempre le cuesta encontrar las palabras adecuadas cuando tiene que dar un discurso y quería provocarme el menor daño posible.

«Te quiero», me ha dicho con la voz temblorosa, y yo me he puesto a llorar porque no necesitaba que me lo explicara, sabía lo que significaba, que me amaba pero que nuestra historia de amor se acababa, que ya no podía más. Me ha dado un beso largo y me ha apretado contra su pecho con fuerza, como si se resistiera a dejarme. No quería que acabara. Tanto él, como yo, nos hemos negado a separar nuestros labios, pero al cabo de unos minutos hemos tenido que hacerlo. Por primera vez en meses estábamos los dos solos. Conseguí dejar atrás el dolor durante unos segundos. Quizá si hubiera hecho eso más a menudo, no se habría ido.

Me ha besado y el sabor de sus labios me ha recordado a los momentos felices que vivimos juntos: nuestras risas, la complicidad, las caricias y la primera vez que hicimos el amor con el cielo cubierto de estrellas. Hemos llorado. Sus lágrimas se han mezclado con las mías y me he bebido su pena y él la mía.

Estamos unidos por la tristeza y la desgracia, pero sigue habiendo amor. La historia

que construimos hace años sigue estando presente, aunque ya no sea suficiente. No puedo juzgarlo ni criticarlo. Tu padre ha sido muy paciente conmigo y ha estado a mi lado durante todo este tiempo. Él esperaba que mi actitud cambiara, pero yo no quiero cambiar. Me ha rogado, me ha suplicado… pero yo no puedo olvidarte. Me niego a pasar página y a continuar una vida que ya no es la mía.

«Yo no me he ido, sigo aquí», me ha dicho entre lágrimas, y yo no he sabido que contestarle. Habría sido muy injusto por mi parte retenerlo y encadenarlo a mi condena. Sus ojos me imploraban que abriera la puerta de la jaula y lo dejara marchar. Me pedía permiso para seguir hacia adelante, para intentar rehacer su vida, para evolucionar. «Yo todavía sigo aquí, lo podemos hacer juntos», ha insistido. Juntos como cuando éramos un equipo, como cuando me cogía la mano y yo no necesitaba nada más. Empezar de cero y lamernos las heridas en vez de revolcarnos en el dolor.

Una madre no puede olvidar a un hijo. Aunque abran la puerta de la jaula, yo no voy a volar. Estoy aquí voluntariamente.

Me duele tanto su marcha que estas cuatro paredes ahora mismo me parecen insoportables. La vela sigue encendida en la ventana y yo estoy sola, vacía. Te he perdido a ti y lo he perdido a él. Todo lo que me hacía sonreír ha desaparecido. La locura me engulle, me absorbe, me enmudece. Las olas del mar azotan mi cordura y derriban sus muros. Ahora no tengo nada, no me queda nada, solo el dolor y la ausencia. El Porís de Candelaria es mi prisión de soledad.

Se ha ido para construir una nueva vida en la que ya no estaremos ni tu ni yo. Se aleja de la tristeza y de la desesperanza. Huye de mis ojos que lo miran con recelo como si fuese el culpable de todo. Mi cama está vacía. No lo juzgo, no se lo reprocho, pero duele. Me duele tanto que me sangra el corazón por el único lado que no estaba cubierto de heridas. Siempre hay más espacio para el dolor. Cuando piensas que ya no es posible, siempre se puede un poco más. El punzón del sufrimiento siempre cabe y te lo pueden clavar una y

otra vez hasta desmigarte por dentro. Me ha dicho que la vida no puede ser esto y me ha dejado sola. Ha subido la cuesta con su chándal negro, el pelo alborotado y sus ganas de llorar. Antes de torcer la esquina, ha girado la cabeza y, al comprobar que yo no había corrido detrás de él, sus ojos verdes se han llenado de lágrimas.

Me hizo elegir entre él y la esperanza de volver a verte, y ha perdido. Lo quiero y lo deseo, pero una madre nunca renuncia a su hijo, aunque sea una locura, aunque ya no tenga sentido. Estoy sola, triste y desamparada. Las olas rompen los muros de nuestra historia de amor y ahogan los últimos latidos de mi corazón.

VEINTICINCO

Loca.

Cuando Jonás se fue, Adela se volvió loca. Se encerró en su casa y durante tres semanas no dejó de llorar. No comía. No bebía. No suspiraba. Las lágrimas eran su única compañía y le arañaban la piel como si fueran de ácido sulfúrico.

Adela mantuvo la vela encendida en la ventana, pero dejó de ducharse, de cepillarse el pelo e incluso de tomarse el café para desayunar. Tampoco se lavaba los dientes. Ahora que Jonás se había ido, nadie la obligaba a continuar con las rutinas de higiene diaria y le daba igual que sus piezas dentales se le pudrieran.

Aliento fétido. Ojos legañosos. Ropa sucia cubriendo un cuerpo que subsistía por inercia pero que había dejado de vivir.

Loca.

Loca.

Jodidamente loca.

Ya nadie la miraba. Nadie la cuidaba. A nadie le importaba.

Adela se podía revolcar en su dolor y consumirse en él sin que la juzgaran.

No comía.

Se tumbaba en unas sábanas amarillentas escuchando el sonido del mar.

Su hijo había desaparecido y su marido la había dejado para siempre.

Loca.

Loca.

Higinio le tocaba en la puerta, pero ella no le abría.

El hombre, preocupado, le dejaba una cesta con queso y fruta fresca en la entrada para que se alimentara, pero ella no la cogía. La devoraban las moscas.

Las moscas, los gatos y los lamentos. Adela solo lloraba y ponía una vela tras otra en la ventana.

—Que no se apague, que vea el camino que debe seguir.

Loca.

Loca.

Jodidamente loca.

El vacío que deja una pérdida es un hueco tan grande que nada lo puede llenar, te deja seco, sin sustancia, y por mucho que intentas respirar lo único que salen de tu boca son suspiros. Te quedas callado y miras al infinito, la línea del mar se desdibuja y se mezcla con el azul del cielo. Se rompen los límites. La cordura se diluye y da pie a la locura en mitad de un sollozo eterno.

Dejar de llorar. Intentar pensar en otra cosa para que las lágrimas cesen. ¿Es mejor contenerlas o dejar que fluyan? Desahogarse, deshidratarse, fundirse… ¿Qué ocurre cuando el manantial de lágrimas es eterno?

Dolor en el pecho.

Tristeza en el alma.

Ansiedad.

La delgada frontera que separa la cordura de la locura se puede quebrar por el dolor.

Los ríos se secan.

Las olas rompen en la orilla.

El mundo de Adela se había paralizado y ella no quería avanzar.

—¡Adela, abre! ¡Soy yo! ¡Higinio! —le gritaba en la puerta.

Pero la mujer no se movía. Hacía tiempo que había dejado de luchar.

VEINTISÉIS

El viento soplaba con fuerza e Higinio observaba con el rostro marchito la vitrina de la Virgen de Candelaria y rezaba sin parar, aunque no fuese devoto. Le dolían el pecho y el alma. Los dolores se estaban volviendo tan terribles que ni siquiera la marihuana lograba calmarlos. El mar estaba embravecido y ese fin de semana nadie más se había dignado a bajar. Estaban solos en el Porís y Adela seguía encerrada en su casa. Desde que Jonás se había ido, no la había visto.

—Virgen de Candelaria, dame fuerzas —rogaba mirando al altar—. Nunca te he rezado ni pedido nada, pero ahora te necesito. Quiero que me ayudes a aguantar, que la muerte no me lleve ahora porque soy la única persona que le queda a Adela —Silencio. Soledad—. No me mandes al otro lado ahora, por favor. No dejes que la enfermedad me venza hasta que esta mujer recupere su vida. Yo soy su único apoyo y, si falto, me da miedo de lo que pueda hacer.

Una cerilla encendiendo una vela.

El viento jugando con la llama, pero sin llegarla a apagar.

—Por favor —insistió el anciano—, no lo hagas por mí, sino por ella. Yo ya he vivido todo lo que tenía que vivir, pero es muy injusto que ella acabe así. Es demasiado joven y no se lo merece. Cuando Adela recupere la sonrisa, llévame, pero ahora mismo, permíteme que la cuide.

Un ruego.

Una promesa.

Tiempo prestado.

Tiempo regalado.

Higinio sabía que estaba echándole un pulso a la muerte.

Cuando vives un tiempo que no te pertenece, ves la vida con otros ojos, porque sabes que todo lo que te está sucediendo ahora mismo no estaba escrito para ti. Su cielo se había apagado y no le quedaban estrellas.

—Gracias —le susurraba a la Virgen cada vez que pasaba por debajo de su vitrina—. Eternamente gracias —repetía, porque sabía que seguía respirando gracias a ella.

VEINTISIETE

Adela abrió la puerta de su casa cuando llevaba tres semanas encerrada. Las bisagras chirriaron y la madera carcomida crepitó al moverse. La mujer apareció ante él como si fuese un fantasma. El rostro pálido, endeble, y el cuerpo ceniciento.

—Higinio —articuló, aunque las sílabas se atragantaban en su boca y no le permitían vocalizar.

El anciano la miró sin creerse lo que estaba viendo.

Adela llevaba días sin comer, sin dormir y sin asearse.

Lágrimas cubriendo su rostro.

Orines secos sobre su piel.

Parecía imposible que la mujer pudiera mantenerse en pie con la delgadez extrema de sus piernas.

Su camisón de raso amarillento.

Su pelo sucio, espeso, enmarañado.

Su boca intentando esbozar una sonrisa que no lograba mostrar.

El rostro de Higinio se descompuso. Verla en ese estado le hizo temerse lo peor.

—¡Virgen de Candelaria! —exclamó asustado—. ¿Pero usted se ha visto, criatura? ¿Está bien?

Cuerpo anémico.

Alma arañada por la pena.

Escaras en la espalda y en los talones.

—Necesito un favor —balbuceó la mujer avergonzada por no haberle abierto

la puerta en todo ese tiempo y hacerlo cuando necesitaba algo de él.

El pescador, que seguía atónito por su aspecto, la miró como si fuera un sueño en vez de la realidad. ¿Cómo había llegado hasta esos extremos? ¿Cómo Adela se había abandonado tanto?

—¿Un favor? —repitió desconcertado, y ella asintió con cuidado intentando que el hombre no notara que le dolían todas las articulaciones.

Paredes encaladas.

Las sombras jugando en la cueva.

Olor a madera podrida y a humedad.

—¡Claro que sí! —exclamó Higinio mientras le cogía las manos—. ¡Dígame qué quiere!

Dedos flacos, endebles, fríos.

Adela, que se había levantado de la cama contra su voluntad, sacó un billete arrugado del bolsillo de su camisón y se lo entregó estresada.

—Velas. Se me están acabando las velas y Adrián necesita una en mi ventana para ver el camino. Solo me quedan dos. ¿Podría traerme unas cuantas de Tijarafe?

Loca.

Jodidamente loca.

Eso era lo que la mantenía con vida, la esperanza de que su hijo regresara a casa. Por eso se aferraba a la vida, aunque deseara lanzarse de cabeza al desfiladero.

Adela era la imagen pura de la tristeza y la desesperación.

—Yo le traigo velas, pero usted, a cambio, hará algo por mí —le contestó el

anciano.

La mujer lo miró desconfiada, como si le diera miedo lo que le fuese a pedir.

—Se come un caldo de pescado conmigo esta tarde.

Y ella no pudo decirle que no.

VEINTIOCHO

Adela cogió la cuchara y se la metió en la boca con pulso tembloroso. No sabía cómo reaccionaría su cuerpo después de tanto tiempo sin comer. En las últimas semanas se había alimentado únicamente a base de agua y frutos secos mohosos que tenía guardados en un armario.

El viento soplando.

El anciano había preparado una mesa improvisada y dos sillas en la puerta de su casa, había sacado el caldero, el pan y un plato con queso.

La primera cucharada le supo a gloria. El caldo de pescado estaba sabroso y entró en su cuerpo como el maná enviado por Dios a los israelitas cuando estaban deambulando por el desierto. Una cucharada, dos, tres… y, sin poderlo evitar, aumentó el ritmo de la ingesta y comenzó a meterse una tras otra con ansia y sin guardar las formas, dejando que parte de la sopa le chorreara por la comisura de los labios.

Un trozo de pan, un trozo de queso… La mujer engullía atropelladamente como si la comida que había en la mesa no fuera a ser suficiente.

Adela estaba frágil, sucia y hambrienta, e Higinio la contemplaba con cariño, como el que observa a una hija que no está pasando por un buen momento. Se emocionó. Le dolía verla así tan demacrada, verla caer y no poder hacer nada para sujetarla, para impedir que se estrellara.

—¿Mejor? —le preguntó, y ella asintió con la cabeza.

Las olas rompiendo en la orilla y la Virgen de Candelaria observándolos desde su vitrina.

Era un momento tierno e íntimo que estremeció a Higinio.

Heridas. Ambos estaban heridos, quebrados. Hay heridas que tardan

demasiado en sanar.

«Los que estamos rotos por dentro nos reconocemos unos a otros».

Una pequeña lágrima resbalando por las arrugas de su piel. Manos curtidas. Cicatrices en el alma.

Adela, que hasta ese momento no había dejado de comer compulsivamente, paró unos segundos y lo miró preocupada.

—Higinio… ¿se encuentra usted bien? —le preguntó.

El anciano, con la luz del sol reflejada en las pupilas, asintió. No se había dado cuenta de que estaba llorando. Avergonzado, se limpió las lágrimas y trató de sonreír.

Callar. Llevaba toda la vida callando y la pena se le había enquistado en el pecho y le había podrido el corazón. Quizá el cáncer era una consecuencia natural de los sentimientos que albergaba su alma.

—Sí, perdona —se disculpó poniendo la barrera tras la que siempre se escondía—. No es nada. Es que me he emocionado al verte comer así.

Aquella cueva.

Aquella cueva había sido testigo del primer beso, de la primera caricia.

La mujer mirándolo sin creerlo, insistió. Había algo más, lo sabía. Quería calmarlo y consolarlo, pero para ello debía averiguar qué sucedía.

—Cuéntemelo —le pidió—. Usted lleva ayudándome desde que me conoció, pero yo no puedo hacer lo mismo, porque usted no se abre y creo que ya tenemos la confianza suficiente para que lo haga. Puede confiar en mí. Usted ha hecho tanto por mí que le estaré eternamente agradecida. Déjeme que yo también lo ayude. Permítame ser su amiga de verdad. Siempre hay un muro. Déjeme saltarlo para que pueda conocerlo.

Gratitud.

Complicidad.

—Es complicado —le contestó el anciano con la voz partida—. Cuando llevas toda la vida callando, es difícil comenzar a hablar. Hay historias silenciadas durante décadas que jamás deberían ver la luz.

Los miedos.

Las promesas.

Los prejuicios.

Adela, con el pelo apelmazado y el camisón manchado de pena, le sonrió.

—Las cosas, cuando se verbalizan, se diluyen y pierden peso.

El pico del mantel agitado por el viento.

Dar un paso.

Atreverse a andar, a avanzar.

Las manos de Higinio temblando bajo la mesa. La enfermedad empeoraba, avanzaba a pasos agigantados. No le quedaba mucho tiempo.

Hablar.

Convertir la tristeza en palabras.

Miedos ancestrales saliendo a la luz.

Cambiar las cosas.

La vida le había dado una segunda oportunidad y estaba cometiendo los mismos errores.

Esconderse, fingir.

¿Acaso no tenía derecho a ser feliz y mostrarse tal y como era?

Contarlo.

Verbalizarlo.

Dejar que realmente lo vieran.

Estaban solos en el Porís, el lugar donde había empezado todo.

Adela le había abierto su corazón. ¿Por qué no se sentía capaz de hacer lo mismo?

«Déjeme que yo también le ayude».

«Permítame ser su amiga de verdad».

«Siempre hay un muro. Déjeme saltarlo para que pueda conocerlo».

Valor.

Confianza.

Aliento.

Sus labios se abrieron y su lengua, paralizada durante años, se decidió a empezar a hablar.

—Yo también perdí a alguien —confesó y, al decirlo, los ojos de ambos se humedecieron.

Adela le apretó la mano y lo animó a continuar.

El corazón acelerado.

Estaba haciendo lo que había jurado que jamás iba a hacer.

Hablar.

Contar su historia.

Un nudo en la garganta le impedía continuar, pero hizo un esfuerzo enorme para soltarlo.

Adela mirándolo, mimándolo, acariciándolo, apoyándolo para que diera el paso.

—Se llamaba Ernesto, Ernesto Afonso Lorenzo —prosiguió por fin—. Y estaba enamorado de él.

VEINTINUEVE

—Ernesto Afonso Lorenzo —comenzó a relatar el anciano—. Tenía treinta y siete años y era natural de La Orotava. Era el dueño de las tierras en las que yo trabajaba en Tazacorte; llevaba años pagándome el jornal, pero no lo había visto nunca —prosiguió—. Ernesto estaba demasiado ocupado con su glamurosa vida en Tenerife como para preocuparse por los jornaleros que tenía en La Palma. Las tierras le daban beneficios sin tener que prestarles demasiada atención.

Adela mirándolo, analizándolo. Sabía que a Higinio le había costado mucho comenzar a hablar y ahora parecía que, con cada palabra que salía de su boca, se liberaba un poco más. No quería pararlo. No quería interrumpirlo. Quería que su relato saliera a borbotones para que le permitiera sanar.

—En el verano de 1969, Ernesto Afonso Lorenzo vino a pasar unas semanas a La Palma porque estaba aburrido del bullicio de Santa Cruz y quería relajarse en el campo. Unos decían que huía del mal de amores, y otros, que de la opresión de su madre. Fuera como fuese, Ernesto vino a La Palma y se alojó en la hacienda que poseía en Tazacorte. Una mañana fresca de julio se levantó temprano, se montó en su todoterreno y decidió visitar sus tierras, porque no las conocía.

Sonrisa. Higinio había sonreído como si aquellos recuerdos lo llenaran de felicidad. Sus manos temblando. La enfermedad evolucionaba y la metástasis se estaba apoderando de todo su cuerpo. Los dolores aumentaban, se cebaban con él aunque no quisiera demostrarlo.

—Me lo presentó el capataz. Me dijo que el dueño le había pedido que le enseñara sus fincas y le explicara cómo se cultivaba el plátano, así que pensó que, como yo era uno de los pocos que tenía estudios, lo haría mejor que él. Mi

jefe estaba asustado; temía que él o cualquier otro de la cuadrilla metiera la pata y lo dejara en ridículo. «Es muy importante que don Ernesto se quede contento y comprenda que aquí trabajamos mucho. De ello depende tu pan y el de mis hijos».

Tiempos distintos.

La crisis, el hambre y el miedo eran fantasmas de un pasado reciente que los atormentaba.

Los primeros hoteles ya se habían construido en La Palma y traían buenos augurios, pero a todo el mundo le aterraba perder su empleo. En los campos de don Ernesto se trabajaba bien y pagaba a tiempo. Había que conservar aquel trabajo como fuese, e Higinio era la mejor baza que tenía la cuadrilla.

—Haz todo lo que te pida —insistió el capataz—. Y hazle sentir que esta es su casa.

El sol brillando en el cielo y una gaviota sumergiéndose en el mar y alzando de nuevo el vuelo con un pez en el pico.

—La primera vez que lo vi, Ernesto llevaba una camisa blanca, pantalones grises y zapatos resplandecientes. Recuerdo que me sorprendió —confesó divertido—. Una ropa como esa yo no me la podía permitir ni los domingos para ir a misa, y él se la había puesto para pisar barro y caminar entre las hojas de las plataneras. Era muy guapo. —Su recuerdo flotando en el aire, acariciándole la piel—. Era mayor que yo, pero estaba mejor conservado. Rubio, ojos azules y barba recortada. Me tendió la mano con seguridad y, al estrechármela, la apretó más de la cuenta. Yo estaba nervioso, tanto que casi se me trabó la lengua al pronunciar mi nombre y comenzar a hablar.

El anciano sacó su pipa y empezó a llenarla mientras Adela se servía un poco más de sopa del caldero. La cabeza de un pescado flotando en el caldo.

—Fue simpático, amable, y aquella mañana recorrimos con su todoterreno varias fincas que eran de su propiedad. Yo le hablé del plátano, del riego, del clima y él me preguntaba por la vida en La Palma y si era feliz.

¿Feliz?

Un golpe de viento entrando en la cueva y tirando las migas de pan al suelo.

La bóveda de piedra sobre sus cabezas.

Estratos rocosos. Sedimentos marinos.

—¿Feliz? Le pregunté sorprendido. Él me sonrió y me dijo: «Claro. Quiero saber si te gusta lo que haces. Según me ha contado el capataz, tú eres uno de los pocos que tienen estudios; podrías dedicarte a otra cosa, pero sin embargo estás aquí. ¿Por qué lo haces?». Recuerdo que agaché la mirada y clavé la vista en la puntera de mis zapatos. Los suyos relucían y los míos, en cambio, estaban desgastados y cubiertos de barro. «En La Palma, viniendo de una familia humilde, es complicado dedicarse a otra cosa», le respondí.

La brisa marina acariciando su rostro y llenándolo de paz. Mientras hablaba se relajaba. Era como si la losa que tenía enquistada en el pecho empezara a deshacerse.

—Él sonrió. Ernesto siempre sonreía y su sonrisa me hacía sentir bien.

Higinio prendió una cerilla y encendió la pipa antes de continuar.

La mujer seguía devorando su plato de sopa.

Pan duro, pero sabroso.

Adela cortó un trozo y se lo metió en la boca junto con una porción de queso que se le deshizo en la lengua.

—Aquella noche, al despedirnos, don Ernesto me pidió que lo acompañara a visitar el resto de la isla. Me dijo que ya la conocía, pero que le apetecía verla a

través de mis ojos, porque yo, al vivir aquí, la percibía de otra manera. Me pareció raro, pero acepté. El capataz me había ordenado que hiciese todo lo que me pidiese, aunque, sinceramente, he de reconocer que me alegré. Las horas que había pasado con él me había sentido muy a gusto. Ernesto me hacía sentir que era importante y me miraba como si todo lo que yo contara fuera interesante. Tenía ganas de pasar más tiempo con él, de conocerlo, de rozarlo, de que viviéramos esa experiencia juntos, y esas emociones que estaba experimentando me asustaron y me hicieron retroceder. Aquello no era correcto. No debía estar sintiendo algo así.

La mujer observándolo.

—«No puedo. Mañana trabajo y no puedo faltar sin avisar», le dije avergonzado. Don Ernesto, que a veces podía ser muy persuasivo, sonrió, me dio un golpe en broma en el hombro y me contestó: «A veces se te olvida que soy tu jefe. Por eso no te preocupes, esta semana te dedicarás exclusivamente a mí».

Exclusivamente a mí.

Higinio había sentido una erección cuando su jefe lo había tocado, pero eso no se lo contó. Era demasiado pudoroso para dar esos detalles.

—Los días siguientes fueron increíbles —prosiguió—. Recorrimos la Caldera, Marcos y Corderos y la Ruta de los Volcanes. Don Ernesto se pasaba maravillado todo el rato; me hacía preguntas y yo se las contestaba lo mejor que podía. Me gustaba estar con él. No entendía lo que sentía estando a su lado, pero por las noches, cuando me acostaba, no se me borraba la sonrisa.

Una calada a la pipa. La marihuana entrando en sus pulmones. Inhalar. Exhalar.

Adela apuraba la sopa y mojaba pan duro en lo que quedaba en el plato.

—El último día, don Ernesto me pidió que lo llevara al lugar que yo consideraba más especial de la isla. Era un jueves por la mañana y el sol brillaba con todo su esplendor. Yo dudé entre varias opciones, pero finalmente lo convencí para visitar el Porís. Le conté que era el sitio donde yo me refugiaba cuando necesitaba pensar o estar a solas. Le dije que tenía una pequeña casa, muy modesta, que heredé de mis abuelos y que solía pasar algunos fines de semana allí pescando. Don Ernesto se mostró encantado y organizamos una excursión que ninguno de los dos olvidaríamos.

La cueva observándolos. Aquellas mismas rocas hacía unos años habían visto llegar a una versión más joven y temerosa de Higinio seguido por un apuesto hombre que no le quitaba la vista de encima.

—Aquel día fue increíble. Pescamos, nos bañamos y, al caer la tarde, nos sentamos juntos en la puerta de casa a comer. Recuerdo el modo en que me miraba. Nunca me habían mirado así. Sus ojos hacían estremecer todo mi cuerpo. «Tú y yo somos iguales», me dijo de pronto cogiéndome de improviso la mano. «Ambos pensamos y sentimos lo mismo. Me di cuenta desde que te vi. Tú eres como yo». Mi reacción natural fue asustarme. Aparté mi mano de él y rechacé la suya. Él era mi jefe y debía hacer lo que me pidiese, pero había ciertas líneas que no se podían cruzar. El deseo había que castrarlo. Las piernas me temblaban. Eran otros tiempos, había otras normas, otras costumbres. Lo que soñaba estaba sucediendo, pero no podía permitirme ser feliz. Mis ojos lo miraron y Ernesto comprendió, antes de que le contestara, que lo iba a rechazar. Le dije: «No, se equivoca. Puede que usted y yo estemos sintiendo lo mismo, pero no somos iguales. Usted tiene una posición y yo otra. Aunque ambos hiciéramos lo mismo, las consecuencias para mí serían infinitamente más graves que para usted, y no puedo ni quiero arriesgarme, aunque me gustaría».

Silencio.

Un saco atado en el fondo del mar.

La fosa común de Fuencaliente.

Cárcel.

Tortura.

Prisión.

Enfermo, pervertido, sarasa.

Maricón, invertido, violeta.

Adela contemplándolo y entendiendo todo a lo que había renunciado.

—¿Y qué pasó? —le preguntó intrigada—. ¿Qué te respondió? ¿Qué hizo?

Higinio se secó las lágrimas con la palma de la mano y continuó.

—Ernesto respetó mi respuesta —le explicó—. Me soltó la mano y suspiró. Me dijo que tenía razón y ambos nos quedamos callados contemplando al mar y sintiendo que lo que estaba sucediendo era muy injusto. «¿Pero puedo volver a verte?», me preguntó, y yo le sonreí y le dije que por supuesto, que cuando quisiera visitar sus fincas a mí no me quedaría más remedio que acompañarlo y que lo haría encantado, que contaría los días hasta su siguiente visita.

Nostalgia. Agonía.

—Sus visitas se sucedieron durante año y medio —continuó—. Ernesto vino a verme cada mes. Viajaba con la excusa de controlar sus tierras y él y yo hacíamos excursiones por toda la isla. No hubo rincón de La Palma que no visitáramos juntos. Recuerdo su risa y la forma en que me decía que nunca había sido tan feliz.

Historias prohibidas.

Historias fingidas.

Historias de amor que no se materializaron por miedo a la barbarie.

—Pero la pasión no se puede contener eternamente —le confesó el anciano haciendo que ella asintiera—. Cuando dos personas se aman y pasan tanto tiempo juntas, en algún momento se olvidan los obstáculos y se da rienda suelta al corazón. Sucedió aquí, en el Porís, entre estas paredes. Ernesto y yo terminamos besándonos y ese fue el fin de nuestra relación.

Adela, que llevaba todo el relato esperando que llegara este momento, lo miró extrañada como si no lo comprendiera.

—¿Por qué?

Higinio suspiró como si esa parte de su historia fuese especialmente dolorosa.

—Ernesto me amaba más que a su vida, pero por desgracia, en La Palma siempre hay ojos —le contestó—. La gente ya hablaba de nosotros, criticaban la extraña amistad que teníamos y que don Ernesto viniese ahora a la isla todos los meses. En la cuadrilla me preguntaban y el capataz estaba con la mosca detrás de la oreja. Decían que era muy raro que de pronto el dueño se interesara tanto por nuestro trabajo y algunos temían que la situación se nos fuera de las manos y acabara afectando a su sustento.

Las olas rompiendo en la orilla y la mujer observándolo con el estómago lleno.

—Aquella tarde en el Porís alguien nos vio —sentenció—. Vio cómo sus labios se juntaban con los míos y me daba el beso. Un beso deseado, pero prohibido; un beso que cambiaría para siempre el curso de mi historia.

El anciano mirando al horizonte antes de continuar.

Una nube cubriendo el sol y llenando la cueva de oscuridad.

—Me asusté, no podía arriesgarme a que aquello se supiera —confesó—.

Aquello era un delito, era pecado, aquella era una vergüenza y una atrocidad. Al hijo de doña Leocadia lo detuvieron por violeta y nunca más se supo de él. Yo no quería que a mí me pasara lo mismo. Ni a mí ni a Ernesto ni a nadie de mi familia, así que, con todo el dolor de mi corazón, fui racional en vez de dejarme llevar por los sentimientos e hice lo único que podía hacer: protegernos.

Adela estaba expectante y lo animó a continuar.

—A la mañana siguiente dejé el trabajo —le explicó—. Hablé con el capataz y le dije que no quería seguir en la plantación ni encargándome de las visitas de don Ernesto. Mi jefe me miró extrañado, pero no me preguntó. En cierto modo se alegraba, porque pensaba que si yo me largaba, el dueño reduciría las visitas y los dejaría tranquilos. Era lo mejor para todos.

Renunciar al cariño. Renunciar al amor.

—Cuando Ernesto vino a buscarme a casa para pedirme una explicación, yo me mostré frío y distante —admitió con la culpa salpicando su piel—. Me preguntó si me había asustado por lo que había pasado el día anterior en el Porís y yo le dije que no, que no tenía miedo, pero que se había equivocado conmigo, que yo no era como él pensaba. Ernesto insistió y no me quedó más remedio que pronunciar las palabras que menos quería soltar: «No te quiero». Y la pena invadió su rostro y lo apagó por completo.

Silencio.

Una profunda calada a su pipa antes de continuar.

La marihuana acariciando sus pulmones.

Adela mirándolo sin saber qué decir.

—Me pasé semanas llorando —continuó—. No contesté ninguna de sus cartas y las últimas ni las abrí. Cuando regresó a La Palma a buscarme, no me

encontró y yo me encargué de que así fuera. Lo saqué de mi vida. Extirpé la parte que más feliz me hacía para protegerlo a él, a mí y a los míos y cumplir unas normas injustas que castigaban al diferente. La Ley de Vagos y Maleantes teñía de gris los colores del arcoíris. Escándalo para la moral colectiva. Los homosexuales eran una amenaza para la patria porque ponían en entredicho la virilidad del país. Había que encarcelarlos, redimirlos y rehabilitarlos, y eso se conseguía con golpes, insultos y trabajos forzados. Yo era joven y tenía demasiado miedo a pasar por aquello. Es más fácil fingir, ponerse una máscara y seguir adelante, aunque con ello estés renunciando a vivir. Tu vida se convierte en una farsa, pero sigues viviendo. Muchos homosexuales acabaron en las cunetas. Yo seguí con vida, aunque no me daba cuenta de que, cuando renuncié a ser quien soy, en cierto modo morí, porque dejé de ser quien era.

Sus manos temblando.

Su voz también.

—¿Lo volvió a ver? —le preguntó con tristeza.

Higinio, que a esas alturas había vuelto a llorar, negó con la cabeza.

—Se suicidó el día de mi boda —le contestó con amargura—. Mientras yo me casaba con Abenaguara, él cogió una cuchilla y se cortó las venas. Eso dicen; eso he escuchado por ahí.

La muerte.

La muerte paseándose por la cueva mientras la Virgen de Candelaria agachaba la mirada, incapaz de escuchar lo que acababa de oír.

Adela se mordió el labio horrorizada. Aquello era injusto. Muy injusto.

—Lo siento —le dijo sin poder evitar acercarse a él.

El anciano, que necesitaba un poco de espacio después de lo que acababa de

contar, la apartó y sonrió quitándole importancia.

—Fue hace mucho tiempo, no te preocupes, ya lo tengo superado.

Superado.

Enquistado.

El nudo de su pecho apretándole el alma y el corazón.

La mujer compungida.

—¿Y por qué sigue fingiendo? —le interrogó—. Un día me dijo que quería aprovechar esta segunda oportunidad que le ha dado la vida para atreverse a ser quien es. ¿Por qué no lo hace?

Higinio se quedó pensativo, le dio una última calada a su pipa y dejó que el humo saliera lentamente.

—Porque ya es tarde —le contestó—. Cuando Ernesto murió, todo perdió el sentido. Confesar ahora cómo soy solo serviría para hacerles daño a los míos. Abenaguara se moriría si en La Palma se supiera algo así. La vergüenza y la deshonra mancharía a la familia.

Adela frunció el ceño.

—No estoy de acuerdo con usted —le contradijo disgustada—. Ser gay ahora mismo no es nada de lo que avergonzarse.

El anciano, que sabía que aquel argumento no convencería a su mujer, negó con la cabeza. Ya poco podía hacer. Ya era tarde, muy tarde. ¿Qué sentido tenía que un viejo moribundo se decidiera a salir del armario?

Una mosca posándose en la mesa y paseándose entre los restos de comida.

Un trozo de queso endureciéndose en un plato.

Los restos de sopa de pescado en la caldera.

—Es tarde para rehacer su vida, pero no para que su familia y sus seres queridos lo conozcan de verdad —le respondió—. ¿Acaso cree que no lo merecen? Piense en Kilian; se merece saber quién es su abuelo. Yo acabo de escuchar su historia y, por primera vez desde que lo conozco, comprendo sus silencios. Lleva toda la vida levantando muros para que no veamos al Higinio que estaba enamorado de Ernesto y esas vallas han cumplido su cometido, pero también lo han alejado de los demás; impiden que nadie se acerque lo suficiente. No es tarde para derribar barreras. No es tarde para dejar que sus nietos lo conozcan y sepan cómo es realmente.

Sus ojos humedeciéndose.

Tenía razón. Higinio sabía que Adela tenía razón. Sus esfuerzos para mantenerse oculto habían alejado a los demás durante años. Era imposible tener amigos de verdad cuando realmente no te abría.

No mostrarse tal y como era, en un principio fue valiente; ahora era egoísta.

Sus seres queridos debían conocerlo.

Miles de veces, estando con Kilian, había estado a punto de empezar hablar y se había callado por cobardía. Le encantaría que su nieto supiese lo que había pasado, sincerarse con él, abrirse en canal, dejar que conociera sus miserias, pero no lo había hecho. El tiempo se le acababa y esa conversación pendiente no se había mantenido. ¿Por qué la evitaba? ¿Por proteger a Abenaguara o porque todavía, ridículamente, se avergonzaba de cómo era?

Cuando has escuchado tantas veces que los diferentes son inferiores, terminas creyéndotelo. Los prejuicios y la humillación se te incrustan en la piel es muy difícil sacarlos.

La mosca de la mesa alzando el vuelo.

—Llevo tanto tiempo fingiendo que ya no sé ni cómo soy —confesó.

Adela cogiéndole la mano y sonriéndole.

—Lo obligaron a ser un gusano eternamente —le contestó con ternura—. Ya va siendo hora de que la mariposa rompa la crisálida y extienda sus alas.

TREINTA

Kilian estaba tumbado en la cama cuando le sonó el móvil. Eran las once y media de la noche y la luna brillaba en el cielo con todo su esplendor. Estaba cansado; había tenido un día duro en el trabajo y después había quedado con Elena para cenar. La velada había sido encantadora, pero se habían bebido una botella de vino tinto y los efectos secundarios empezaban a pasarle factura. Le dolía la cabeza y estaba adormilado. Un cigarro mal apagado descansaba en el cenicero y una revista de automovilismo yacía a sus pies, aunque no le había hecho caso.

No era tarde. Su madre todavía estaba viendo la tele en el salón, su padre roncaba en el sofá y su hermana estaba viendo *stories* de Instagram en su iPad. Kilian empezaba a bajar los párpados, pero se sobresaltó con la vibración de su teléfono. No era común que lo llamaran a esas horas, y menos Higinio, que solía meterse temprano en la cama. Que apareciera su nombre en la pantalla le pareció un mal presagio.

—Abuelo… ¿estás bien? —le preguntó extrañado.

La ventana abierta y las cortinas jugando con el viento. El cielo de La Palma estrellado. Higinio, al otro lado de la línea, asintió.

—Sí, Kilian, estoy bien, tranquilo.

Su nieto se incorporó sobresaltado en la cama y apoyó la espalda en la pared.

—Pero… ¿estás en casa con la abuela? —insistió.

El anciano, con la mirada perdida en las constelaciones, se rascó la cabeza.

—No, sigo en el Porís —le explicó—. Desde que Jonás se fue no he dormido en casa.

El rumor del mar entrando en la habitación. La casa de Nayra estaba tan cerca

de la costa que cuando las olas rompían en las rocas casi les salpicaban.

—Si te encuentras mal y necesitas que baje a por ti solo tienes que decirlo —insistió el joven dispuesto a ponerse las zapatillas y salir corriendo—. Cojo el coche y estoy allí en media hora.

El anciano, conmovido por su disposición, sonrió.

—Que no, de verdad, estoy bien —repitió—. Me estoy muriendo, pero no tengo la intención de hacerlo esta noche —bromeó—. No necesito nada. Solo quería hablar contigo.

Las cortinas agitándose y los ojos de Kilian siguiendo sus movimientos. Sus pies desnudos; su corazón también.

—¿Hablar? —le preguntó extrañado.

El anciano, que había esperado demasiado para hacer esa llamada, asintió.

—Sí, Kilian, hablar. He callado toda mi vida y no quiero marcharme sin decirte la verdad. Eres mi ojito derecho, siempre lo has sido, y te mereces escucharlo de mi boca.

Silencio.

La respiración de Higinio entrecortada.

Su nieto se puso de pie y se acercó a la ventana. Contempló el mar, la luna y las estrellas, las mismas vistas de las que estaba disfrutando su abuelo en ese momento. Las pupilas de ambos tatuadas de destellos.

—¿Qué pasa abuelo? Me estás asustando.

Higinio, con manos temblorosas, trató de aclararse la voz.

—Te quiero más que a mi vida —le dijo sabiendo que al pronunciar esa frase ya no habría marcha atrás— y para mí siempre serás mi nieto favorito, eso

jamás va a cambiar, pero es necesario que sepas, que, aunque te adoro, yo no soy tu abuelo —soltó con naturalidad—. Tu madre no es mi hija. A ti y a mí nos une el amor, que es la relación más fuerte, pero no compartimos ningún lazo de sangre.

TREINTA Y UNO

La luna se asomó a sus ojos y le sonrió.

Adela, con los pies descalzos, pisaba las rocas siguiendo el sonido de su corazón.

La mujer se había despertado a las tres o cuatro de la mañana, no lo sabía con exactitud, pero tampoco le importaba porque hacía meses que había dejado de darle cuerda al reloj de la vida y el paso del tiempo solo era el vago recuerdo de que una vez había sido feliz. El transcurso de los días era una tediosa condena que le recordaba que nada volvería a ser como antes.

El sonido del mar, de las olas.

Su melena morena enmarañada y sus labios secos de suspirar.

No entendía qué hacía allí, sus piernas la habían sacado de la cama y ahora se encontraba en mitad de la cueva, recorriendo aquel camino que había andado millones de veces con el pulso acelerado, como si algo de lo que estaba sucediendo tuviera sentido.

—Tranquila, Adela, tranquila —susurró.

Higinio no estaba. La noche anterior había mantenido una conversación larga con su nieto y le prometió que subiría al día siguiente a verlo. Había pasado todo el día con él. Ahora dormía en su cama, en los Llanos, al lado de Abenaguara, que todavía no sabía que todos sus secretos habían quedado al descubierto.

El estómago encogido. La piel erizada. Ganas de gritar y llorar a la vez.

Estaba sola. En el Porís de Candelaria, aquella noche, no había nadie más. Todas las casas estaban vacías.

Sombras. Sombras y lamentos. Puertas cerradas. Ventanas oscuras. Por

primera vez desde que llegó al pueblo sintió miedo. Si Adela se cayera en ese momento saltando entre las rocas y se golpeara la cabeza, no encontrarían su cuerpo hasta el día siguiente. Quizá se la llevara la corriente o la devoraran los peces…

Angustia. Ansiedad.

Sudor en las sienes. El paladar dormido.

Sus entrañas revueltas, corrompidas por las mareas.

La mujer caminaba entre las piedras como si supiera a donde iba, aunque en realidad sus pasos eran guiados por la arbitrariedad del subconsciente. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué había saltado de la cama como si tuviera un resorte y ahora estaba caminando en mitad de ninguna parte?

El maullido de un gato en la lejanía. El felino devoraba las tripas de una lubina que un pescador había dejado tiradas en un rincón.

Olía a mar.

A mar, a soledad y a desamparo.

Adela se quedó en silencio y contempló la luna. Había algo en el cielo que le decía que era una noche mágica. Las estrellas bailaban, giraban unas sobre las otras, y su corazón extasiado no dejaba de palpitar.

Pum, pum… Pum, pum...

Latidos, salitre y constelaciones.

Intentaba encontrarle justificación a lo injustificable.

Su comportamiento hacía semanas que no estaba guiado por el raciocinio.

Mucho tiempo sin comer.

Mucho tiempo sin dormir.

El consumo de cannabis puede producir alucinaciones.

Pum, pum… Pum, pum…

Algo iba a suceder, estaba segura.

No podía explicarlo, pero sabía que el destino la había sacado de la cama por un motivo concreto.

Pum, pum… Pum, pum…

Sola.

Sola y loca.

Sola, loca y desesperada.

Guiada por unas motivaciones que solo ella podía comprender. Una fuerza superior la había guiado hasta allí y debía seguir andando.

Un lamento. Un gemido.

¿Era posible? ¿Había oído bien?

Su corazón se aceleró y se puso de puntillas escrutando el vacío con los ojos achinados.

Oscuridad.

Oscuridad y silencio.

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

¿Era el maullido del gato?

Por un segundo había sentido que no estaba sola y que alguien necesitaba su ayuda.

Las estrellas brillaban y se reflejaban en el mar, pero no lo suficiente como para dotar aquel inhóspito paraje de luz natural.

El mar, la mar… Cuando la pureza es absoluta, el género es indiferente.

El viento invadiendo la cueva y agitando las manchas de su camisón.

Tela blanca, de raso, amarillenta.

Tobillos huesudos. Varias uñas de los pies rotas.

Aguzó el oído para intentar escuchar algo de nuevo, pero no oyó nada.

¿Realidad o espejismo? Era una estúpida por pensar que aquello tenía sentido. ¡No pasaba nada! No se había despertado mágicamente porque alguien la necesitara. Era solo una desequilibrada que corría en mitad de una cueva persiguiendo las sombras de su desgracia.

Loca, jodidamente loca.

La Virgen de Candelaria rezando.

Un clamor. Un sollozo.

Esta vez lo había oído con claridad.

No se equivocaba.

Alguien estaba llorando en mitad de la noche y ella lo había escuchado.

No estaba sola. Había alguien más allí y pedía socorro.

Noche mágica, noche especial.

Alguien necesitaba su colaboración y ella estaba allí para prestársela.

¿Quién sería?

¿Dónde estaría?

Adela empezó a brincar desesperada entre las rocas intentando encontrar el origen del lamento.

¿Sería él?

Pensar en esa remota posibilidad le puso los nervios de punta.

Llevaba meses esperando, meses rezando… ¿Y si al final había tenido respuesta?

¿Él? ¿Era Adrián el que lloraba en mitad de la cueva?

Su pulso acelerándose.

La inquietud cuarteando su piel.

Cuando una madre piensa que su hijo está en peligro, se transforma y olvida todo lo demás. La mujer hacía meses que había perdido la esperanza de recuperarlo, pero un tenue quejido en mitad de la noche había sido suficiente para avivar su llama.

¿Habían escuchado sus plegarias?

La luz de la vela en su ventana.

Que no se apague.

Que no se extinga.

Que marque el camino que debe seguir.

Adela prestó atención deseando escuchar de nuevo aquella voz que la llamaba.

No podía ser.

Era irreal.

¡Imposible!

—¡Adrián! —lo llamó fuera de sí—. ¿Eres tú, cariño? ¿Eres tú?

No podía calmarse.

¡No podía controlarse!

Estaba perdiendo los nervios.

Parecía su voz.

Brincaba entre las escurridizas rocas siguiendo su rastro.

¡Su voz!

¿Lo era realmente o se lo estaba inventando?

Llevaba demasiado tiempo esperando a que aquello pasara y el mero hecho de pensar que había una minúscula posibilidad, por pequeña que fuera, de que eso sucediera, hizo que se pusiera a temblar.

Lágrimas cayéndole por las mejillas.

Se mordió el labio y se hizo sangre.

Boba.

Tonta.

Desquiciada.

Se había despertado en mitad de la noche y creía oír una voz que parecía la de su hijo.

Se alegraba de que Higinio no estuviera allí. Si el anciano hubiera presenciado ese lamentable espectáculo no habría sabido cómo justificarlo.

—¡Adrián! ¿Eres tú, cariño? ¿Eres tú?

Escuchar su nombre saliendo de su boca la hizo enloquecer. Lo había pronunciado tantas veces entre llantos, que había desgastado sus sílabas.

A-D-R-I-Á-N.

Seis letras.

Seis condenas que llevaba en su pecho y que no la dejaban respirar.

El amor de una madre es una fuerza tan pura que es capaz de subir montañas, atravesar océanos y unir mundos que hasta ese momento eran irreconciliables.

Bordear la cordura. Saltarla. Esquivarla.

El consumo de cannabis puede provocar alucinaciones.

La ponzoña de la demencia invadiendo sus venas mientras se arrastraba entre las piedras buscando el lugar de donde venía la voz.

—¡Adrián! —gritaba poseída por la demencia—. ¡Adri!

Meses chillando, meses gritando… Meses pronunciando su nombre sin obtener respuesta.

El destino la había sacado de la cama esa noche y la había conducido hasta allí.

La luz de la luna brillando.

Por fin iba a encontrar respuestas.

El gato, asustado por las voces, había huido despavorido.

Boba, tonta, desquiciada.

¿Estaba perdiendo la cabeza o realmente había oído una voz que podía ser la de su hijo?

Sus uñas aferrándose a las rocas mientras avanzaba.

Su camisón blanco cubierto de manchas de desesperanza.

—Adrián, cariño, ¿eres tú?

Las olas se pararon.

Por unos segundos el viento dejó de soplar y las olas dejaron de romper en la orilla.

Pleamar. Bajamar.

Momento mágico, trágico, irreal.

Ciento treinta pulsaciones por minuto.

Seis milímetros medía la primera vez que lo vio en la pantalla de una ecografía.

Los cristales sucios de las ventanas reflejaban su silueta: una mujer tenue, pálida, desgarbada.

Pasión, dolor, locura.

Había rezado, suplicado, llevado a cabo mil promesas.

¿Demencia o realidad?

El corazón palpitándole en el pecho.

Había alguien.

Ahora no había duda.

Sus ojos lo estaban viendo.

¡Lo veían!

En la orilla había alguien agarrado a una roca.

Su silueta flotaba en el agua.

El pulso acelerado.

Su locura también.

Alguien pequeño.

Aquel bulto sumergido en el mar parecía el cuerpo de alguien pequeño, un niño.

¡Un niño!

Ganas de gritar, de llorar.

¿Era real o una proyección de sus deseos?

Cannabis.

El abuso del cannabis puede crear alucinaciones.

La presión de la sangre haciendo estallar sus venas.

No podía ser verdad lo que veían sus ojos.

Temblor en las manos, en el pecho, en el alma.

Lo que más ansiaba en la vida estaba sucediendo.

No lo pensó.

No lo estudió.

No recapacitó.

Era un niño.

¡Un niño!

Un niño meciéndose en el agua, adherido a una roca.

¿Era él?

¿Era Adrián?

Oscuridad.

No veía claramente.

A Adela le daba igual lo que le sucediera en ese momento, solo quería llegar hasta allí y verle el rostro.

—¡Adrián! ¡Adri!

Corrió entre las piedras sin importarle donde apoyaba los pies.

Se torció el tobillo en un ángulo imposible, pero siguió su camino como si nada hubiera sucedido.

No lo notó.

No lo sintió.

Se lanzó al agua de cabeza sin contrastar la profundidad.

Lo que estaba sucediendo escapaba a su raciocinio.

Había un niño. ¡Un niño! Y por su aspecto físico parecía Adrián.

Podía ser él.

¡Él!

Adrián estaba allí y ella debía rescatarlo.

¡Allí!

Según se acercaba se disipaban sus dudas.

El niño llevaba una chaqueta azul marino, pantalón de deporte negro y camiseta blanca.

Su ropa.

¡La ropa que llevaba el día que desapareció!

Adela nadaba y tragaba agua deseando llegar hasta él.

Las olas la golpeaban.

Las mareas también.

En el cielo, la luna cerraba los ojos para no ver la escena.

¡Era Adrián!

Adrián.

¡Su niño!

El amor de una madre todo lo puede.

—Adrián, cariño, ¿eres tú?

La mujer llegando hasta el niño y apretándolo contra su pecho.

Sus manos acariciándole el pelo.

Sus ojos verdes abriéndose y mirándola con aquella mirada que la hacía estremecer.

Ojos verdes.

Ojos verdes como la vegetación de la Caldera de Taburiente en su parte más frondosa.

Era él.

¡Él!

Lágrimas, besos y suspiros con sabor a mar.

¡Era Adrián!

Adrián.

¡Su niño!

Adela lo abrazaba y lo retenía contra su pecho.

¡Era él!

¡Él!

La emoción contenida desbordándose por los poros de su piel.

Era un milagro.

¡Un milagro!

No sabía cómo había sucedido.

Cómo su niño había aparecido en mitad de la noche y ella había saltado de la cama para llegar hasta él.

El amor de una madre todo lo puede.

La Virgen de Candelaria observándola con el rostro humedecido.

El niño, con la piel azulada por el frío, tosió fuertemente y expulsó una gran cantidad de agua y algas sobre su pecho.

—Mamá, por favor, ayúdame.

Era Adrián.

¡Adrián!

¿Qué hacía allí?

¿Qué le había sucedido?

Habían pasado siete meses.

¡Siete meses con sus respectivos días y noches!

Adrián había pasado mucho tiempo fuera.

Llevaba la misma ropa que la última vez que lo vio y la misma sonrisa.

Nada había cambiado excepto los síntomas de hipotermia.

Debía sacarlo.

Secarlo.

Hacerlo entrar en calor.

La vela encendida en la ventana.

Aquello era irreal. Surrealista.

Estaba conmocionada, no podía asimilar lo que estaba sucediendo.

Adrián, su niño, estaba allí y ella por fin lo tenía en sus brazos.

Debía sacarlo.

Cambiarlo de ropa.

Amor.

Amor en estado puro.

Las lágrimas bañando su rostro mientras era incapaz de hablar.

—Estoy aquí, cariño… ¡Estoy aquí!

Lloró desquiciada y lo apretó tan fuerte contra su pecho que incluso temió que lo pudiera partir.

Sentir su aliento, su calor. Había soñado tanto con ese momento que ahora que estaba sucediendo le parecía ficticio. Adela le besó la frente. Le besó los ojos. Le besó la boca. Apretó su torso contra el suyo sin dejar de llorar. Aquello era mágico, falaz, imposible. Un niño perdido no es devuelto por el mar, y menos en mitad de la noche, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Había rezado, rogado, suplicado y aprendido que cuando se produce un milagro, no hay que buscar explicaciones, sino dar las gracias.

Era Adrián. Su Adrián. Su niño.

No sabía qué había ocurrido ni dónde había estado todo ese tiempo.

Sus ojos verdes la miraban llenos de emoción.

—Te quiero —le susurró el niño cuando llegaron a la orilla.

La mujer lo abrazó nerviosa y volvió a besar cada milímetro de su cara.

—¿Estás bien? —le preguntó Adela preocupada, como si temiera que su presencia pudiera desvanecerse de nuevo.

El niño, cansado de luchar contras las olas, asintió.

—Me has tenido muy preocupada —le confesó ella llorando—. ¿Qué te ha pasado, Adrián? ¿Dónde estabas? ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?

El niño, agotado en sus brazos, cerró los ojos reconfortado al sentir el aroma de su piel y dejó que el sueño lo invadiera.

—Echarte de menos —le contestó en un susurro, y Adela sintió que su vida

volvía a tener sentido.

PARTE II
EL NIÑO QUE PINTABA ESTRELLAS

UNO

El amor de una madre es inconmensurable; tratar de medirlo es como intentar contar las gotas del mar. No se puede calcular ni existen palabras lo suficientemente grandes en el léxico español para acercarse levemente a explicar lo que siente. Si ya has sido padre antes de leer estas líneas, lo entenderás y sabrás que cuando te ponen a tu hijo en los brazos por primera vez, todo cambia y un sentimiento nuevo que no sabías que albergabas eclosiona dentro de ti y hace que lo demás se desvanezca o pierda importancia. Un hijo, para una madre, es el centro de su estabilidad anímica, física y mental.

Adela, con muchísimo cuidado y mimo, acostó a Adrián en la cama y se quedó paralizada durante horas, sin moverse ni respirar, solamente observándolo; no podía dejar de mirarlo. Era testigo mudo de cómo su pecho se hinchaba al llenarse de oxígeno y cómo, poco a poco, lo iba soltando. Inhalaba. Exhalaba. Con parsimonia. Con tranquilidad. Como si su madre no hubiera perdido la cordura y él no llevase siete meses desaparecido.

La mujer lo había envuelto con una toalla y secado con ternura, después lo había peinado y le había dado una camiseta olvidada de su padre. Mientras Adrián se la ponía, Adela escaneó cada centímetro de su piel para evidenciar que todo estaba correcto y no le faltaba nada. No había marcas. No había heridas. Todo era normal. Su pequeño estaba durmiendo en el colchón y no había muestras de que lo hubieran torturado o hecho cualquier cosa peor. Por extraño que pareciera, todo estaba bien por primera vez en mucho tiempo. Adela debía relajarse, pero no podía; era incapaz de asimilar lo que estaba sucediendo, todo le parecía tan irreal que pensaba que si cerraba los ojos un instante su hijo podría desvanecerse y lo perdería para siempre.

«No te duermas, Adela, no te duermas», se decía dándose pequeños golpes en

la cara. «Si esto es un sueño, no quiero despertar».

Su pulso acelerado.

Sus sentidos alerta.

Adrián estaba muy guapo, tanto que ella podía chillar.

Describir cómo se sentía en esos momentos era imposible para ella. Un maremágnum de emociones la envolvía y la hacía reír y llorar al mismo tiempo. Era feliz, inmensamente feliz, pero a la vez estaba aterrorizada. Le daba miedo que el niño no se encontrara bien o que alguien viniera a buscarlo y se lo arrebatara de nuevo.

No podía pensar.

No quería.

Solo deseaba besarlo y abrazarlo.

Proteger a su pequeño.

Adela se había convertido en una fiera leona dispuesta a desgarrar la piel a cualquier desaprensivo que estuviese dispuesto a acercarse a Adrián e interrumpir su sueño.

El viento jugando con las cortinas y el reloj que tenía sobre la mesita de noche marcando la una y cuarto. No sabía cuándo se le habían acabado las pilas. Quizá llevaba meses así. Con sus manecillas extendidas indicaba una hora que se repetía dos veces al día pero que no significaba nada.

Entenderlo. Comprenderlo.

Adrián estaba allí. Había vuelto.

Adela intentaba tranquilizarse, pero los suspiros se le escapaban de la boca y no podía respirar.

Adrián. ¡Adrián! Su pequeño.

Adrián dormía a pierna suelta sobre la cama como si no hubiera ocurrido nada.

La mujer apoyaba la cabeza sobre el colchón y lo acariciaba. Necesitaba comprobar continuamente que seguía allí. No estaba dormida ni había perdido el juicio. Era él. ¡Él! Adrián había regresado y ella no había perdido la cabeza.

Sangre de su sangre. Piel de su piel. Adrián había salido de sus entrañas. Seis milímetros medía la primera vez que lo vio en la pantalla de una ecografía. Ciento treinta pulsaciones por minuto.

Olor a mar.

El crepitar de la madera podrida.

La suciedad había invadido el suelo de la habitación y subía por las paredes. ¿Cuántas semanas llevaba sin limpiar? ¿Cuántas sin lavarse los dientes?

—Mi niño, mi niño —susurró.

Su niño estaba allí y todo lo demás carecía de importancia.

DOS

Los primeros rayos del sol se colaron a través de la ventana. Adela, con el rostro borroso, observaba cómo la luz acariciaba su piel. Se había pasado toda la noche en vela sentada en el suelo, observando cómo dormía el niño. Estaba entumecida, le dolían la espalda y los huesos, pero en sus labios se dibujaba una gran sonrisa. Estaba feliz, inmensamente feliz.

Adela se levantó con cuidado y lo acarició. Sus dedos se mezclaron con el pelo del niño y los restos de salitre. Seis años. Seis años tenía cuando desapareció y estaba a punto de cumplir los siete.

—Te haces grande —le susurró—. Te haces grande y pensaba que no te iba a ver crecer.

Un suspiro.

La sombra de la angustia que había sufrido esos últimos meses no se desvanecía tan rápidamente.

La mujer le acarició el cuello y le rozó la mejilla. Una pequeña mueca se le dibujó en la cara como si le hubiera hecho cosquillas. Adela se enterneció y no le quedó más remedio que agacharse y besarle la frente.

—¡Ay! —protestó el niño abriendo los ojos al instante—. ¿Qué haces? ¿Estás boba? ¡Me has despertado!

Su madre sonrió ante su reacción.

—Perdona, cariño, no era mi intención.

El chico se frotó los ojos e intentó hacerse una composición de lugar de dónde se encontraba.

—¿Qué hay de desayunar? —preguntó mientras las tripas le crujían.

Normalidad.

Rutina.

Adrián se levantaba y le preguntaba por el desayuno como si nada hubiera pasado. Adela y él ya no eran una loca desquiciada y un niño muerto; eran una madre y un hijo que acababa de despertarse. Naturalidad. Naturalidad ante lo antinatural de los acontecimientos.

Adela de pie sin ser capaz de moverse.

Sus ojos rasgados.

Su sonrisa tierna.

La forma en que levantaba los brazos al estirarse.

Sus labios.

Su boca.

Se había pasado meses intentando no olvidar ninguno de esos movimientos, pensando que jamás los iba a volver a ver.

—¿Qué hay de desayunar? —insistió el chico al ver que la mujer no reaccionaba.

Adela, que llevaba semanas sin ir al supermercado y que se alimentaba de latas de conservas y lo que Higinio le traía de sus visitas al pueblo, se rascó la cabeza antes de contestar.

—Hay algo de fruta —respondió recordando que el anciano le había dejado unas bolsas antes de subir a ver a Kilian.

Adrián, que había saltado de la cama y ahora la miraba fijamente, frunció el ceño como si no la comprendiera.

—¿No hay leche con gofio? —la interrogó extrañado.

Su madre, que debía activar de nuevo el rol de cuidadora y tomar las riendas

de su hogar, se encogió de hombros. No había tiempo para pensar en lo que estaba sucediendo. Volvía a tener a alguien a su cargo, así que debía espabilar y atenderlo.

—No, lo siento —le contestó—. No tengo casi nada en la despensa, no esperaba visita.

Adrián, sin comprenderla, puso los brazos en jarra en señal de disgusto.

—¿Creías que no iba a volver? —le preguntó sorprendido.

La mujer, como si hubiese fallado a su hijo, asintió y se sonrojó.

—Había pasado mucho tiempo, Adrián, demasiado y ya había perdido la esperanza. Por eso no hay leche con gofio, ni tus cereales ni tu ropa ni nada; solo estoy yo.

El niño, que la había mirado con ternura mientras ella hablaba, se acercó a Adela y la abrazó.

—Si estás tú no necesito nada más —le dijo al oído.

Abrazarlo, solo eso, rodearlo con los brazos y cerrar los ojos mientras contenía la respiración. Pecho sobre pecho. Corazón sobre corazón. ¿Cuánto tiempo había estado Adela soñando con ese momento? ¿Con tenerlo de nuevo entre sus brazos? ¿Con poder besarlo y acariciarlo? Lo había echado infinitamente de menos.

Sus ojos verdes.

Su piel canela.

Las manos de Adrián tocándole la espalda mientras se fundían en ese abrazo que llevaba tantos meses postergado. No recordaba cuál había sido el último beso que le había dado a su hijo antes de su desaparición. Ahora grabaría con fuego en su memoria cada uno de los que le diera. Lo besaría con la ansiedad de

saber que la dicha puede cambiar en un segundo y que puedes perder a la persona amada para siempre.

Miedo.

Temor a que se esfumara, a que se le escurriera entre los dedos.

El niño llevaba pocas horas con ella y todavía no se acostumbraba a su presencia.

Actuar con tranquilidad.

Su pequeño había vuelto.

Que ni el viento lo tocara.

Que las olas y las mareas no se acercaran a él.

La leona protegiendo a su presa.

Madre e hijo abrazados mientras la oscuridad empezaba a cubrir las paredes.

—¿Estás triste, mamá? —le preguntó el niño preocupado.

Adela, que no había sido más feliz en su vida, negó con la cabeza.

—No, ¿por qué?

El pequeño se puso de puntillas y recogió una de las lágrimas que descendían por sus mejillas.

—Porque estás llorando.

La mujer le besó la mano y sonrió.

—Se puede llorar de felicidad —le explicó.

Adrián, confuso, frunció el ceño.

—No lo entiendo —contestó.

Adela, alargando ese abrazo que quería que fuese eterno, le acarició el cabello

y le respondió con sinceridad.

—Y yo tampoco, pero a veces, en la vida, no hay que entenderlo todo, solo disfrutar.

TRES

Abenaguara se pintó los labios, se alisó el pelo encrespado y se aplicó sombra de ojos. El maquillaje discreto, tenue, lo suficientemente denso como para realzar su belleza, pero no llamar excesivamente la atención. Había que estar arreglada, pero moderada; atractiva, pero no provocativa.

Su falda ni corta ni larga, en su justa medida entre el decoro y la coquetería. Su blusa blanca con dos botones desabrochados, escote comedido pero generoso a la vez. Estaba guapa, sobriamente guapa, pero seguían sobrándole quince kilos. Espléndida en carnes y curvas.

Abenaguara y Venancio comenzaron a salir el día de San Miguel Arcángel, patrono de Tazacorte y de la isla de La Palma. Era un noviazgo corto. Llevaban viéndose varias semanas y siempre acompañados de sus amigas. El hijo del boticario quería dar un paso más en su relación, pero Abenaguara era reacia a intimar. Tener relaciones sexuales era de frescas, y ella tenía una honra que conservar.

—¡No seas boba, Abenaguara! —la había animado Rosita—. Un partido como Venancio no se puede dejar escapar.

Venancio era hijo de una familia acaudalada. Su padre tenía la farmacia de los Llanos y sus ingresos habían aumentado exponencialmente en las últimas décadas con los embargos realizados a los palmeros del bando republicano tras la Semana Roja. Estirpe de falangistas bien posicionados. Su nombre era escuchado en todas partes, respetado y temido a la vez. En la posguerra habían acusado a muchos vecinos de llevar comida a los alzados en las cumbres, aunque no fuese cierto.

—Hay que hacerse valer —había protestado Abenaguara—. Los hombres no se quedan con las busconas.

Rosita, que estaba muy contenta por la gran suerte que había tenido su amiga, frunció el ceño y le dijo que no.

—Los hombres prefieren a una buscona antes que a una pazguata —la corrigió—. Si no le das lo que te pide, Venancio se cansará de ti y se buscará a otra que sea más generosa. Un partido como el hijo del boticario no se puede dejar escapar. No hay otro como él en la isla.

Abenaguara lo pensó. Quizá Rosita tenía razón. Además, a ella también le apetecía. Cuando se besaban, las hormonas siempre le pedían dar un poquito más, pero su inquebrantable moral cristina siempre estaba frenándola.

—Vale. ¡Vale! Me lo pensaré —dijo por fin—, pero no te prometo nada.

Y fue decirlo y ponerse nerviosa.

CUATRO

Las primeras veinticuatro horas se las pasó durmiendo. Adrián solo se despertaba para comer o hacer sus necesidades. Adela, aunque tenía mil preguntas que hacerle, decidió respetar su descanso y no molestarlo con un interrogatorio. Las dudas la carcomían, pero permaneció inmutable a su lado colmándolo de amor. El niño parecía exhausto, como si hubiera recorrido un largo camino.

Adela lo mimaba. Había decidido que su hijo, a partir de ahora, fuese el niño más mimado del planeta.

Mirarlo. Besarlo. Masajear su cabello. Morderse las uñas.

Empezaba a acostumbrarse a su presencia. Al principio dudaba, pero ahora sabía que era real. Era Adrián, su niño; su niño había regresado y estaba allí con ella, pero por desgracia el miedo y los temores todavía la acompañaban. No sabía dónde había estado su hijo y si los acechaba algún peligro.

A las dos de la mañana el niño se despertó. Tenía hambre y se sentó en el colchón con los ojos muy abiertos mientras su madre, paciente, le traía un paquete de galletas que estaba manido.

La humedad en aquella casa se apoderaba de todo.

La alacena era solamente unos estantes sin puertas.

—¿Has dormido bien? —le preguntó Adela con cariño mientras el niño engullía tres galletas a la vez y asentía.

La luz de una vela iluminando la estancia. La que había en la ventana se había apagado y la mujer no era consciente de cuándo había sucedido. Se había pasado meses protegiendo esa llama, y ahora se había extinguido sin que se diera cuenta. Adrián estaba allí; su bebé había regresado y ya no era necesaria.

Sus ojos verdes mirándola.

Adela sentada en el suelo y acariciándole la pierna.

—¿Dónde has estado, Adrián? —le preguntó por fin la mujer quebrando el silencio.

El niño, con migas de galleta cayéndole por la comisura de la boca, agachó la cabeza y se negó a contestar.

—¿No vas a decirme nada? —insistió la mujer—. Mamá está preocupada por ti y solo quiere saber con quién has estado todo este tiempo y si te han hecho algo.

Adrián se mordió el labio inferior para darle a entender que no iba a hablar. La mujer se levantó preocupada, se sentó en el colchón y lo abrazó. Lo abrazó con fuerza para que sintiera que, estando con ella, nada malo pasaría, que estaba en un lugar seguro, que nunca más iba a sufrir.

—Cuéntamelo, mi niño, cuéntamelo —le suplicó—. Sea lo que sea, mamá no se va a enfadar ni se va a poner triste; puedes contármelo, Adrián. Puedes decirme dónde has estado todo este tiempo y cómo has logrado escapar. Mamá solo quiere ayudarte. No tienes que tener miedo.

El niño, con los ojos llenos de dudas, negó con la cabeza.

—Yo no estoy asustado —le contestó.

Adela, que no lo comprendía, le miró la carita intentando leer sus expresiones faciales cuando callaba.

—¿Entonces? —insistió.

Adrián se encogió de hombros antes de contestar.

—No me acuerdo de nada, mamá —le confesó—. Solo recuerdo que estaba

con papá en la montaña y que después tú me encontraste en el mar.

Su madre, que no se había quedado satisfecha con esa respuesta por si le ocultaba algo, frunció el ceño.

—¿Estás seguro, Adrián?

El pequeño la miró con la madurez de un adulto y le dijo que sí. Los dos se quedaron en silencio analizándose y ella sintió un escalofrío. Había algo en sus ojos que la hizo temblar. Eran los mismos de siempre, pero distintos. Le dio miedo. No lo podía explicar. Era una sensación que solo puede sentir una madre. Su mirada ya no era tan inocente, tan pura. Había visto cosas que prefería olvidar. Se había oscurecido. Los hechos traumáticos que había presenciado le habían robado el brillo.

La angustia se apoderó de su alma y sintió la necesidad de abrazarlo con fuerza.

—No pasa nada, mi niño —le dijo con ternura—. No pasa nada.

Y Adrián, en sus brazos, se puso a llorar.

CINCO

Abenaguara se quedó embarazada al segundo polvo.

El primero fue en la playa, al atardecer, lejos de la vista de los curiosos y con una botella de vino. La chica estaba nerviosa y se quitó la ropa con pudor. Venancio fue brusco y no se comportó como un caballero. La penetró sin cariño, sin respeto y derramó su esencia dentro.

Dolor. Ese era el recuerdo que le quedaría a ella. Sintió como si la rajaran, como si la partieran. En un determinado momento, le rogó al joven que parara, pero él no lo hizo; en vez de eso, eyaculó.

—Perder la virginidad a las mujeres os duele —le dijo Venancio como si fuese un experto desflorador de doncellas—. Es normal, no tienes que preocuparte.

—¿Seguro? —le preguntó la joven, que se había asustado al ver que había sangrado un poco.

—Sí —le respondió él enfadado como si estuviese poniendo en tela de juicio su hombría—. La próxima vez disfrutarás más.

Abenaguara sonrió, aunque realmente quería llorar. Pensaba que su primera vez sería romántica, tierna, y lo que había sucedido en aquella cala no tenía nada que ver con esa idea. Se había sentido usada, como si en ese sucio acto no tuviera cabida el amor y lo único importante fuese el disfrute del chico, pero aun así, puso buena cara para que su novio no pensara que no le había gustado.

—Yo con que tú lo pases bien, ya soy feliz.

La segunda vez lo hicieron en una casa que los padres de Venancio tenían en Puerto Naos. La pareja fue a pasar la tarde a la playa y, con la excusa de ducharse antes de regresar a los Llanos, el chico la llevó al apartamento y

acabaron fornicando. El coito fue en la ducha. Abenaguara jamás olvidaría los motivos florales que tenían los azulejos del baño. Flores azules. Petunias. Ni el olor del gel. Venancio le mordió los pechos y la espalda. La penetró por delante y por detrás. Le dolió mucho, casi más que la primera vez. Un pequeño reguero de sangre le cayó por las piernas. El chico la agarró por los pelos, y mientras le caía el chorro de agua en la cara, la embistió sin parar.

Abenaguara lloró cuando el joven eyaculó y se alegró de estar en la ducha porque él no podía ver sus lágrimas.

—Te quiero —le susurró Venancio al oído, y ella, con eso, se sintió satisfecha.

SEIS

—¿Cuándo nos vamos a ir a casa?

Adrián se lo preguntó con desidia e inquietud. Estaba claro que el refugio que tenían en el Porís de Candelaria no le gustaba nada y que estaba deseando regresar a Tazacorte con las comodidades de su hogar.

—Ya estamos en casa —le contestó su madre sonriente.

El niño miró con asco la estancia donde se encontraban: más que una vivienda parecía una chabola. La morada era diminuta; tenía solo dos habitaciones, una con una mesa, dos sillas y una hornilla de gas que hacía de cocina, y otra pequeña donde solo cabían la cama y la mesita de noche. Las distintas áreas estaban separadas por una puerta de madera. Humedad en las paredes. Moho. Suciedad. Suelo de roca. Cada cuarto tenía una ventana, pero desde que él había llegado, Adela las mantenía cerradas con candado y no permitía que entrara la luz.

—Esta no es nuestra casa —protestó Adrián—. No tiene mis cosas. Yo quiero volver a mi habitación y recuperar mis juguetes.

La videoconsola, el televisor, el aire acondicionado, los muñecos, el Scalextric… El niño se aburría y ella debía comprenderlo. Llevaba dos días en el Porís y las paredes de su nuevo hogar cada vez se le hacían más pesadas. Le faltaba el aire. Necesitaba correr y jugar. Solo tenía seis años.

—Ahora vivimos aquí, Adrián —le explicó su madre con una voz más dura.

El niño le dio una patada a la pata de la mesa a modo de protesta y estuvo a punto de tirar las copas que había sobre ella.

Odiaba aquel sitio.

Quería volver a su pueblo y encontrarse con sus amigos.

—¿Y por qué no puedo salir? —le preguntó exasperado—. ¡Quiero jugar en el mar!

Adela, angustiada, negó con la cabeza.

Cuidarlo.

Protegerlo.

Que nadie se acercara.

La mujer había cerrado puertas y ventanas y no lo dejaba salir. Su hijo era suyo, solo suyo. No quería que ningún turista lo viera y le hiciera fotografías. Nadie debía saber que había vuelto. Estaba siendo prudente. Nadie hasta que ella supiera qué le había ocurrido y que estaba fuera de peligro. Quizá Adrián se había escapado de alguna parte y sus captores lo estaban buscando.

—¡No quiero seguir encerrado! —chilló el niño iniciando una pataleta.

Adela se acercó a él y le besó la frente con cariño.

Quería calmarlo.

Debía calmarlo.

El niño se refugió en sus brazos y se tranquilizó.

A la mujer le daba pánico perderlo y bajo ningún concepto iba a hacer nada que diera pie a que eso sucediera.

Su hijo no iba a desaparecer de nuevo.

Lo protegería con su vida.

Mataría por él.

El sol entrando por las ranuras de las contraventanas y Adrián soñando con salir.

El niño la abrazaba, pero pensaba que era su carcelera.

—No estás encerrado, estás seguro —le explicó su madre con ternura—. Y por ahora esa es nuestra prioridad.

SIETE

Cuento de hadas.

Abenaguara había construido un cuento de hadas basado en esa relación. Se veía convertida en la esposa de Venancio, paseando por los Llanos de Aridane de la mano de su marido y siendo envidiada por todos. Luciría los mejores vestidos. Le traerían nuevos cada semana de la capital. Su esposo la idolatraría, no escatimaría en halagos y arrumacos con ella y Abenaguara sería una gran señora de la que nadie tendría nada malo de lo que hablar.

La boda sería por todo lo alto. Solo estaría invitado lo más granado de la sociedad. Ella sería el centro de todo ese día, y Venancio le diría delante de todos los asistentes lo enamorado que estaba de ella.

Amar.

Soñar.

Abenaguara estaba encandilada. Suspiraba por las noches soñando con él y con la vida que podía darle. Por fin tendría el estatus que siempre había querido tener y se codearía con gente importante. Se veía convertida en la marquesa de La Palma. Todas las niñas que se habían metido con ella durante años en el colegio por su sobrepeso se tragarían sus palabras y se morirían de envidia.

—Has elegido bien —le dijo su madre—. Ahora compórtate y no hagas nada que nos avergüence.

Abenaguara estaba pletórica. Cantaba por las mañanas y se pasaba horas enteras arreglándose cuando había quedado con él. Quería estar inmaculada, perfecta, a la altura de las expectativas de una dama de alta sociedad. Venancio, en cambio, era tosco, rudo y machista, pero la cuidaba y la hacía sentirse bien. Ella pensaba que la felicidad era eso, que nada podía estropearlo, pero por

desgracia se equivocaba.

—Eres mía —le decía el chico después de hacer el amor en la cama, y la mujer sonreía como si fuese un piropo.

Cuando se le empezaron a hinchar los pechos, su cuento de hadas se derrumbó. Abenaguara se santiguó como si fuese un mal presagio. Cayó como un castillo de naipes al que hubieran golpeado en la base. La pareja había estado haciendo el amor sin protección y ella ni siquiera se había planteado que aquello pudiera pasarle. Quedarse embarazada no era tan fácil, debían darse muchos factores. Rosita se lo había explicado. Había que hacerlo en los días fértiles y tener las piernas puestas en determinada posición. A Venancio le había pedido un par de veces que hiciera la marcha atrás, pero el chico prefería correrse dentro.

—No me ha venido el periodo —le confesó a Rosita angustiada, y su amiga no supo si asustarse o darle la enhorabuena.

Las dos chicas estaban en una cafetería de la avenida tomando café y Abenaguara habló en voz baja para que nadie las escuchara.

—¿Lo saben tus padres? —la interrogó su acompañante con curiosidad.

La joven negó con la cabeza. Le daba pánico hablar algo así con ellos. Si se enteraban seguro que los decepcionaba, aunque el padre fuese el hijo del boticario.

—No, eres la primera persona a la que se lo cuento —le confesó—. Si mis padres se enteraran de que he perdido la virginidad me castigarían de por vida.

La taza humeante y los ojos de Abenaguara vidriosos.

Los coches pasando por la avenida mientras su vida se venía abajo.

—¿Se lo vas a decir a Venancio hoy?

La chica, a la que le daba miedo la reacción de su novio, negó con la cabeza.

—Creo que no —le confesó—. No estoy preparada. Llevamos poco tiempo juntos y todavía no se me nota. Esperaré a afianzar la relación antes de darle la sorpresa.

Rosita asintió con el rictus serio. Quizá era la decisión más correcta.

OCHO

Adela lavó su ropa con agua caliente y jabón, la frotó fuertemente en un barreño y después la puso a secar en el salón. Hizo el proceso dos veces y, a la tercera, se desesperó. El tejido estaba manchado y parecía que el musgo y las algas habían crecido en su interior.

Camiseta blanca, pantalones de deporte negros y una chaqueta azul marino.

Por mucho que los restregaba, la suciedad seguía adherida.

—Pero… ¿cómo es posible? —se preguntaba mientras rascaba la materia orgánica una y otra vez con las uñas—. Es como si hubiera estado sumergida en el mar durante meses.

Solo de pensarlo se le heló la sangre y se le paralizó el corazón.

Loca.

Adela estaba encerrada en una casa y empezaba a perder la cabeza.

¿Su niño se había ahogado y había vuelto de entre los muertos?

La hipótesis la horrorizó, pero por un segundo pensó que podía ser posible.

El abuso del cannabis puede producir alucinaciones.

¿Cómo podía pensar algo así?

Era moho. Era herrumbre. Era podredumbre.

No sabía en qué estado había estado su pequeño todo ese tiempo. Adrián había estado en condiciones insalubres y ella, encima, estaba montándose películas de ciencia ficción.

No recordaba nada. Su último recuerdo era estar en el monte con su padre y después despertar en la orilla del mar.

Loca.

El pantalón de chándal secándose en una cuerda.

Adrián durmiendo.

—Lo voy a volver a lavar —masculló mientras le quitaba las pinzas. Quizá si frotaba con más fuerza desaparecían todas esas marcas y con ellas, sus dudas.

La mirada del niño había cambiado. Sus ojos se habían oscurecido. Ahora, cuando los miraba, Adela veía el fondo del mar.

NUEVE

Los rumores corren como la pólvora, sobre todo si son venenosos e infundados. Uno tarda toda una vida en hacerse un nombre y para ganarse mala reputación solo son necesarios unos segundos. La celeridad de los cotilleos nocivos es pasmosa. Abenaguara, por desgracia, lo experimentó en su piel, y lo que más le sorprendió fue el origen y el motivo de su desdicha. No pudo ocurrir en peor momento.

—¿Es verdad lo que dicen en el pueblo?

Su padre entró en el cuarto sin llamar, abrió la puerta de un golpe y sorprendió a Abenaguara, que estaba poniéndose un vestido. Sus ojos estaban rojos, enfurecidos, parecía que había estado bebiendo.

—¿El qué? —preguntó temerosa.

Don Tinguaro, que era guardia civil y tenía muy mal carácter, se aproximó a ella y la miró como miraba a los delincuentes en los interrogatorios.

—¡Que estás preñada! —le gritó—. Dicen que te emborrachaste y que te follaron tres jornaleros en las plataneras de don Ernesto, que les hiciste de todo y ellos a ti.

Abenaguara, que no podía creer lo que estaba oyendo, tuvo que sentarse y contener la respiración porque estaba hiperventilando. ¿Quién había dicho semejante barbaridad? Cuando surgía un rumor así, nadie verificaba la fuente; daba igual que ningún agricultor recordara los hechos, era suficiente con que se dijera que un amigo de un amigo, que no se sabía bien quien era, hubiera dicho que estuvo allí.

Borracha, promiscua y embarazada.

¿Cómo podían decir semejante barbaridad?

Una vergüenza para la familia, una deshonra.

No importaba que su padre tuviera un historial intachable y hubiera hecho méritos durante décadas con los falangistas en la captura de los alzados, que su madre fuera beata, religiosa y que ella no hubiera cometido una falta en su vida hasta ahora. Abenaguara estaba embarazada y no había forma natural de desmentir lo que habían dicho y garantizar que el niño era de su novio.

—¡Eso es mentira! —gritó la joven indignada—. Estoy embrazada, pero el bebé es de Venancio.

El golpe que recibió en la cara la tiró al suelo. No lo vio venir. Su padre la abofeteó con la mano abierta y le gritó un «puta» que le dolió más que el tortazo. El oído le zumbaba y le sangró la nariz.

—¿Es que no has podido tener las piernas cerradas? —le chilló su padre fuera de sí—. Lo tenías todo, ¡todo!, y lo has perdido por puta y descerebrada. ¡Acostarse con Venancio! ¿Cuántos meses llevabais? ¿Uno? ¿Semanas? Entregar tu honra a la primera de cambio sin pensar en las consecuencias. ¿Es que no sabes que a los hombres nos aburren las frescas? Usamos a las mujeres como tú para follar, pero para casarnos queremos otra cosa. ¿Me juras que lo de los jornaleros es mentira?

Abenaguara, que sentía que su mundo se derrumbaba y todos sus sueños caían con él, asintió con la cabeza. No entendía que su padre pensara que lo de los agricultores era cierto. ¿Tan poco la conocía?

—Te lo juro, papá, te lo juro, solo he estado con él, y Venancio decía que me amaba.

Me amaba.

Me quería.

Me deseaba.

El suelo abriéndose bajo sus pies.

El castillo de naipes cayendo al suelo.

El cuento de hadas destruyéndose.

¿Qué pensaría Venancio cuando oyera aquello? ¿La creería? ¿La defendería?

Venancio decía que la amaba.

«Eres mía».

Don Tinguaro salió de la habitación dando un portazo. Dejó a su hija sangrando y no la ayudó a ponerse de pie. Abenaguara sufría. Aquello no podía estar sucediendo.

DIEZ

Adrián estaba en la habitación mientras Adela preparaba el almuerzo. Eran las dos y media de la tarde y le sonaban las tripas. La mujer estaba preparando una sopa de verduras en la hornilla: un caldero en ebullición con una cebolla, un diente de ajo, tres zanahorias, una ramita de apio y un par de patatas, todo regado con aceite de oliva, pimienta y sal.

El niño llevaba mucho rato en silencio y su madre se preocupó.

—¿Qué estás haciendo, Adrián? —le preguntó, pero no obtuvo respuesta.

Adela, intranquila, se asomó al cuarto y se encontró a su hijo con un bolígrafo azul en la mano pintando las paredes. El niño estaba concentrado y, mientras dibujaba, sacaba la lengua como hacía desde la guardería. Se enterneció. Su profesora de primaria le había dicho que se le daba muy bien la ilustración y que quizá en un futuro se podría dedicar a eso.

—¿Qué pintas? —le preguntó.

Adrián, que estaba ensimismado en lo que hacía, no se dio cuenta de su presencia y al oírla se sobresaltó.

—Estrellas —le contestó.

Adela recordó una tarde, no hacía tanto tiempo, en la que Jonás, con el niño en el regazo, le enseñó a pintar las constelaciones. Era una imagen preciosa. La familia unida pasando un rato juntos. Su marido estaba tan guapo aquel día que casi daba vértigo mirarlo. Era otra época. Otro ciclo. Otro cielo. Había pasado menos de un año, pero parecía una eternidad. La mujer se conmovió al rememorar la escena y tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a llorar.

—Las más difíciles son las de doce puntas —le dijo el chico—. ¿Recuerdas que tú no sabías pintarlas?

Aquella tarde, Jonás los había puesto a los dos a dibujar en la azotea y ella se había dado por vencida. Podía hacer estrellas simples, pero las complejas eran imposibles para sus capacidades artísticas.

—¡Mamá no sabe pintar! ¡Mamá no sabe pintar! —había gritado Adrián divertido, y Jonás le había pedido con ternura que se callara.

—Tu madre no sabe dibujar, pero es la mejor mujer del mundo —le dijo y Adela, al recordarlo, no pudo evitar soltar un suspiro.

Lo echaba de menos.

No podía evitar pensar en él y sentir un escalofrío.

Adrián, que la observaba atentamente, le hizo un gesto para llamar su atención.

—Mamá… —le dijo—. ¿Te acuerdas de que me pediste que si recordaba algo te lo dijera inmediatamente?

La mujer, que llevaba días esperando que se produjera ese momento, olvidó todo lo que estaba pensando y se acercó a él para tratar de apoyarlo.

—Sí, claro —le contestó Adela—. ¿Has recordado algo?

El niño movió afirmativamente la cabeza mientras señalaba la pared.

—¿Qué has recordado, Adrián? ¿Sabes ya dónde estabas?

La luz de la vela moviéndose y creando sombras alargadas en la pared.

—Contemplando las estrellas —le contestó—. Eso es lo único que hacía: mirar las estrellas.

ONCE

Abenaguara llegó tarde por primera vez en la historia a la misa de siete de la Parroquia de Nuestra Señora de Los Remedios. Para ella y para sus amigas, aquella era una cita sagrada, crucial. Siempre acudían quince minutos antes vestidas de punta en blanco para comentar los últimos cotilleos y entrar en la iglesia juntas, pero en esta ocasión la chica se retrasó a propósito porque no quería llamar la atención. La habían humillado, ultrajado, estaba muy avergonzada, y sabía de antemano que cuando apareciera, todas las miradas se iban a dirigir hacia ella y comenzarían los cuchicheos.

¿Cómo habían averiguado que estaba embarazada? ¿Cómo lo habían descubierto? ¿Se le notaba? ¿O Rosita se lo había contado a alguien sin su consentimiento? Tenía que hablar con ella para esclarecerlo.

¿Cómo le habían hecho algo así? ¿Cómo había podido alguien inventarse semejante atrocidad? ¿Difundir esa mentira?

Abenaguara no sabía quién la odiaba, pero debía de odiarla mucho.

Las mejillas sonrojadas y la cabeza gacha. Abenaguara entró en la parroquia intentando no llamar la atención, pero al pisar la primera baldosa empezaron los murmullos. Rosita y sus amigas estaban en tercera fila; tenía que recorrer todo el pasillo central de la iglesia para llegar hasta allí.

Era el camino de la vergüenza. El camino de la humillación. Todos los ojos la observaban y la analizaban. Algunas vecinas la miraron escandalizadas, como si entrar en la casa del Señor después de lo que supuestamente había hecho fuera una blasfemia. ¡Ya no era digna de estar allí! Hasta el párroco, en el púlpito, carraspeó. Abenaguara contaba los pasos que le quedaban deseando llegar lo antes posible al banco donde sus amigas la acompañarían y protegerían de los comentarios.

La familia de Venancio en primera fila. El chico ni se giró. Su suegra la miró con asco y desaprobación.

Mantenerse firme. Aunque tuviera ganas de llorar debía actuar con normalidad, porque aquello era una calumnia.

Sudor en las sienes. Bilis en la boca. Abenaguara recordaba que estuvo a punto de marearse, pero no se cayó. Todo lo que contaban de ella era mentira. Debía mantener la cabeza alta para demostrar su inocencia.

El pasillo de la vergüenza. El pasillo de la deshonra. Se le hizo tan largo que pensaba que nunca iba a acabar.

Una señora mayor vestida de luto se santiguó cuando ella pasó por su lado.

El banco de sus amigas esperándola.

Le pidió a Rosita que le hiciera un hueco para poder sentarse a su lado, como siempre, pero su amiga no se movió.

El reloj de la pared marcando las siete y cuarto.

Rosita permaneció inalterable, con el rostro tenso.

Abenaguara tuvo que empujarla para lograr hacerse un hueco donde aposentar sus nalgas.

—Rosita, ¿qué pasa? —le preguntó desconcertada.

Lo que sucedió a continuación no se lo esperaba. Ni en sus peores pesadillas habría imaginado algo así. Si Abenaguara había sido calumniada y puesta en boca de todos, eso no era nada comparado con el desplante que le tenían reservado sus amigas. Delante de todos los vecinos, Rosita y sus acompañantes la ultrajaron y la menospreciaron. Una a una, y sin mediar palabra, la miraron con cara de asco y se levantaron del banco donde ella se acababa de sentar. El proceso duró unos minutos y Abenaguara comprobó con tristeza que todas la

habían traicionado; ninguna la apoyó, todas decidieron venderla, prender fuego al árbol caído y apartarse para que su mierda no las salpicara.

El párroco dando el sermón como si nada ocurriera.

Todos los ojos de los Llanos mirando en su dirección.

Abenaguara sola en tercera fila en una iglesia abarrotada.

Puta, fresca, descarada… Esas fueron algunas de las palabras que escuchó.

La joven, con lágrimas en los ojos, permaneció inalterable ante la atenta mirada de todos durante la ceremonia.

Apestada y excluida.

La marquesa de La Palma había sido reemplazada por una zorra desvergonzada de la que todos huían.

Cuando el párroco dijo «podéis ir en paz», Abenaguara salió corriendo de la iglesia y decidió que nunca más iba a pisar la calle.

DOCE

«¿Y si soy yo?».

Esa pregunta empezó a repetirse con frecuencia en su cabeza a partir del cuarto día y se convirtió en una obsesión.

«¿Y si no es verdad?».

«¿Y si Adrián es producto de mi imaginación y he perdido la cabeza?».

Al niño no lo había visto nadie desde que apareció, solo ella. Habían construido un microcosmos dentro de esa casa donde solo existían ellos dos.

Adrián podía ser el efecto del abuso de la marihuana, de las pastillas y de su obsesión por encontrarlo.

Debía enseñárselo a alguien.

Quizá a Jonás.

Quizá a Higinio.

Pero le horrorizaba la posibilidad de descubrir que su niño no fuese real y que siguiera perdido.

Loca.

No le extrañaba estar loca después de todo lo que le había sucedido.

Adela estaba perdiendo el juicio porque era incapaz de aceptar que su pequeño había regresado y por fin lo tenía entre sus brazos.

Boicoteaba su felicidad.

Cuando tu cuerpo se ha acostumbrado a sufrir le cuesta mucho cambiar de estado de ánimo.

«¿Y si soy yo?».

«¿Y si me lo he inventado?».

Algo iba mal.

Lo sabía, lo sentía.

Adrián seguía siendo el niño cariñoso y vivaz de siempre, pero no era el mismo.

Lo era, pero no lo era.

Estaba igual, pero había cambiado.

Hay ciertas cosas que solo puede notar una madre.

Sus ojos más oscuros, del color del fondo del mar.

«¿He perdido la cabeza?».

Adela lo miraba mientras dormía en la cama y tenía ganas de llorar.

Lo besaba, lo abrazaba, pero nunca le parecía suficiente. Necesitaba entenderlo. Sabía que algo importante se le escapaba y le aterraba que pudiese afectarle a su hijo. Adrián estaba allí, había regresado, pero nada de lo que estaba ocurriendo tenía sentido.

El pantalón de chándal colgado, cubierto de algas.

«¿Y si soy yo?».

Pensaba que había muerto.

Creía que no iba a verlo crecer.

—¡Mamá! —su hijo, que acababa de despertarse, la llamó.

—¿Sí? —le contestó ella saliendo de sus cavilaciones.

Adrián se sentó en el colchón y clavó en ella sus ojos verdes.

—¿Y papá?

Adrián había esperado mucho tiempo para preguntar por él. Su ausencia era

tangible desde el primer momento, pero sabía que ese tema era complicado y que a su madre le dolía.

Adela, que intentaba que no se le notara la tristeza, se aproximó a él y lo acarició con cariño.

—Papá te quiere mucho, eso no lo dudes —le contestó con franqueza—. Cuando desapareciste los dos nos mudamos aquí para esperarte. Estuvimos juntos mucho tiempo, pero pasaron varios meses y él se desesperó. No aguantaba seguir entre estas paredes. Le dolía demasiado estar aquí sintiendo el vacío que habías dejado. Necesitaba regresar a Tazacorte, a su vida, para que su pena fuera más llevadera, y por eso se fue.

Adrián frunció el ceño como si no lo comprendiera.

—¿Se cansó de esperarme? —le preguntó apenado—. ¿Se olvidó de mí?

Adela, que no soportaba escuchar hablar así a su hijo, se sentó a su lado y lo abrazó con cariño.

—No, mi amor —le contestó—. Papá no se ha olvidado de ti y te quiere muchísimo, pero por desgracia, él y yo, desde que te fuiste, discutíamos mucho y tuvimos que separarnos para estar mejor.

El niño, entristecido, arrugó el labio como si fuera a hacer pucheros.

—Siento mucho que os hayáis peleado por mí —se disculpó como si todo el peso del universo recayera sobre sus hombros—. Yo quiero que estéis juntos, que estéis bien, que todo vuelva a ser como antes.

Jonás.

Adela había pensado mucho en su marido desde que el niño había aparecido. Sabía que debía llamarlo, pero las últimas conversaciones que había mantenido con él no habían sido muy agradables. Lo culpó de la desaparición de su hijo y

de abandonarla, lo culpó de destrozar su vida, lo culpó de no amarla.

—Es complicado —se limitó a contestar.

Adrián, con esos ojos verdes que ahora tenían otra mirada, la miró con una madurez a la que ella no estaba acostumbrada.

—¿Pero tú lo quieres? —le preguntó como si fuese un psicoanalista en vez de su hijo.

¿Quererlo? Adela nunca había dejado de amarlo, pero el dolor que sentía por la pérdida de su hijo no le dejaba espacio en el corazón para albergar otros sentimientos. La ponzoña de la pena recorría sus venas. Su vida se había resumido a la angustia. Ella lo quería, pero no había estado capacitada para amar.

—Claro que lo quiero.

El pequeño, sonriente, le acarició la mejilla y esto la reconfortó.

—Pues llámalo —le pidió—. Llámalo y dile que he regresado y que quieres que volvamos a ser una familia.

¡Alerta!

La leona atenta protegiendo a su cría.

Miedo a que alguien lo viera, a que alguien lo descubriera, a que algo de ese microcosmos que habían creado entre los dos se disolviera al dejar entrar otra partícula.

Era feliz.

Ahora era feliz, no podía arriesgarse.

Jonás se merecía saberlo, debía habérselo contado el primer día, pero ¿cómo se tomaría esa llamada? Seguramente, si se lo contaba, creería que se trataba de

otra locura de su mujer. Él pensaba que estaba desquiciada, ya la daba por perdida.

—Me das pena, Adela, pena —le había dicho llorando por teléfono la última vez—. Entiendo por lo que estás pasando, pero ni siquiera ese dolor justifica que te comportes así. No puedes culparme de perder a nuestro hijo y de no haber hecho lo suficiente por encontrarlo. ¡No puedes decirme algo así!

Hacerle daño.

Cuando Jonás se fue y la dejó sola, Adela se llenó de veneno.

Adela se convirtió en una serpiente venenosa que siempre se lanzaba a atacar.

Cuando te ha mordido una víbora un par de veces, difícilmente vuelves a confiar en ella.

Miedo.

Temor.

—Tengo que hacerlo… pero no sé cuándo lo haré.

El niño, que había apoyado la cabeza en su hombro y le estaba acariciando la cara, la miró como si no la llegara a entender.

—¿Pero por qué? —le preguntó, y Adela, que sabía que lo que iba a decir era bastante irracional, se encogió de hombros antes de contestar.

—Porque me da miedo de que, si te enseño a alguien, descubra que no eres real.

«¿Y si soy yo?».

«¿Y si solo está en mi cabeza?».

TRECE

Su madre le llevó una tila a la habitación. Abenaguara llevaba tres días llorando; tenía los ojos rojos y oscuro el corazón. Quería morirse. Su vida había acabado. La habían humillado públicamente y nada de lo que hiciera serviría para resarcir el daño producido y limpiar su nombre.

Triste, sola desamparada.

La chica había intentado hablar con su novio, lo había llamado al teléfono de su casa, pero su madre no la dejó hablar con él. Había cogido la llamada y, al decirle quién era, la mujer le dijo de forma tosca que nunca más volviera a llamar a ese número y le colgó.

Triste, sola y desamparada.

La quería.

Venancio decía que la quería y la había dejado sola, ni siquiera la había telefoneado para preguntarle cómo estaba.

Eres mía. Eres mía. Pero por lo visto, ya no.

Llorar. Ya solo le quedaba llorar y suspirar por lo tonta que había sido. Había pensado que estaba viviendo una idílica historia de amor cuando en realidad él jamás la había querido.

Triste, sola y desamparada.

—Lávate la cara y vístete —le dijo su madre—. Vamos a dar un paseo.

Ropa tirada en el suelo, un plato con restos de comida en la mesita de noche. ¿Cuánto tiempo llevaba sin salir de allí?

Abenaguara dijo que no con la cabeza.

—No voy a pisar este pueblo nunca más —exclamó como si aquello fuese

posible.

Su madre se sentó a su lado en la cama y la acarició. Su hija estaba sufriendo y a ella se le rompía el corazón de verla así.

Se había equivocado, Dios sabía que Abenaguara se había equivocado, y comportarse de aquella manera, manteniendo relaciones sexuales con su novio sin estar casados y llevando tan poco tiempo, no tenía nada que ver con las enseñanzas que ella le había dado, pero no se merecía un castigo así. Era excesivo.

—Todo se solucionará —le dijo para consolarla—. Ya encontraremos la forma.

Abenaguara, que pensaba que su vida había acabado para siempre, frunció el ceño.

—Esto no se puede arreglar —le contestó—. Quien quiera que me haya hecho esto me ha destrozado para siempre.

Doña Clotilde, que no sabía muy bien cómo empezar aquella conversación, se tumbó en la cama con ella y la abrazó con ternura mientras comenzaba a contárselo.

—Respecto a eso… —le soltó intentando hacerle el menor daño posible— tengo noticias: sé quién fue.

Abenaguara, que llevaba tres días dándole vueltas a la cabeza sin encontrarle sentido, pegó un brinco en el colchón e interrogó a su madre con la mirada.

—Me lo contó doña Pura esta mañana en la frutería —prosiguió su madre—. Por lo visto, Venancio ya tiene nueva novia.

La chica, que no podía creer lo que estaba oyendo, se mordió el labio inferior y casi se hace sangre.

Venancio, su Venancio… ¡Ya se estaba viendo con otra!

—¡Dímelo ya, mamá, que me estoy volviendo loca! —le gritó.

Doña Clotilde, que sabía que le iba a doler, agachó la mirada para no verle la cara cuando se lo dijera.

—Está viéndose con Rosita —le soltó—. Dicen que tu amiga fue la que lo avisó de que estás embarazada y que lo has hecho para atraparlo. Le dijo que el hijo ni siquiera es suyo, que cómo te urgía tanto quedarte preñada para que se quedara contigo, te acostaste con media cuadrilla de jornaleros para conseguirlo.

La rabia le subió por la garganta a borbotones.

—¡Hija de puta! —gritó, y mientras lo hacía recordó las veces que su amiga le había dicho lo afortunada que era por haber conseguido el mejor partido de La Palma.

CATORCE

Jonás le dio un trago a su cerveza y se quedó en silencio contemplando el horizonte. El sol se fundía con el océano mientras los últimos bañistas recogían sus pertenencias. El cielo tiñéndose de colores rosáceos y anaranjados.

Un plato de chicharrones rebozados en gofio en la mesa. Cogió uno con los dedos y se lo metió en la boca. Tenía las uñas sucias, manchadas de tierra.

Crujiente, seco, sabroso, salado.

Otro sorbo a la cerveza. La espuma manchándole los labios.

Desde que abandonó el Porís, Jonás había conseguido apaciguar su alma. No había dejado de sufrir, pero por lo menos el dolor no era continuo. No tenía a su lado a una persona que estuviera alimentándolo todo el día. Su vida seguía siendo un infierno, pero empezaba a revivir. La agonía seguía consumiéndolo, pero comenzaba a imaginar que había luz al final del túnel.

La paz, la calma… El instante que precede a la tormenta.

Jonás sintió un escalofrío que más tarde recordaría. La brisa marina se había levantado y le había erizado la piel como si fuese una premonición. Llevaba puesta la ropa del trabajo y se había dejado la sudadera en la camioneta. Pantalones militares, camiseta sudada y botas cubiertas de barro.

Sonó su teléfono. Lo sintió vibrar en el bolsillo y pensó que la llamada era de Kevin porque había quedado con él y todavía no se había presentado. Últimamente le pasaba: se retrasaba o simplemente no aparecía; seguramente lo llamaba para ponerle alguna excusa ridícula que no se creía ni él. Algunos compañeros le habían dicho que Kevin estaba viéndose con una mujer casada, pero eso a él, por ahora, no se lo había confesado.

Conjeturas, chismorreos.

Las olas rompiendo en la playa de Tazacorte y las primeras estrellas apareciendo en el cielo.

Una mosca pasando junto al plato de chicharrones y alzando el vuelo.

Sacó el teléfono con desgana.

«Adela».

El nombre en la pantalla le hizo estremecer.

La última vez que había hablado con ella habían terminado discutiendo y él, destrozado. Jonás le había suplicado que no lo volviera a llamar jamás. Adela era muy tozuda. Sabía que, a menos que hubiera pasado algo grave, después de lo que le había dicho, no volvería a telefonearlo. No obstante, su mujer estaba muy mal, había momentos en los que dudaba de su cordura, así que era posible que en alguno de sus desvaríos hubiera olvidado esa conversación y hubiera decidido llamarlo para seguir machacándolo y destrozando cualquier intento de rehacer su vida.

El móvil sonando y Jonás siendo incapaz de reaccionar.

La echaba de menos.

Echaba de menos a la Adela de antes, a la que amaba, a su mujer.

Echaba de menos despertar con ella, abrazarla y sentir que no necesitaba nada más.

Echaba de menos sus besos, sus risas, sus caricias.

Echaba de menos el modo en que lo miraba cuando hacían el amor.

No había otra mujer.

Después de Adela no habría otra, lo tenía claro.

Su corazón le pertenecía, aunque en estos momentos estuviera roto y latiera a

duras penas.

Los gritos de unos niños que corrían por el paseo marítimo lo sacaron de su ensimismamiento.

El recuerdo de Adrián jugando en esa misma acera llegando a su cabeza.

El dolor cesa, pero nunca se apaga, y menos cuando es una herida demasiado profunda.

Sus ojos marrones se humedecieron.

Hubo una época en que su vida era distinta y él era inmensamente feliz. La oscuridad no siempre lo ocupó todo.

El pulso le temblaba.

Últimamente, cuando no ingería suficiente alcohol le pasaba.

Necesitaba otra cerveza o mejor un *whisky*.

*«*Adela*».*

¿No iba a cogerlo?

Miedo.

Miedo a lo que pudiera decirle o lo que pudiera hacerle sentir. No quería arriesgarse a que esa llamada volviera a lanzarlo al foso del que estaba intentando salir.

Depresión.

Alcoholismo.

Se pronuncian fácil, pero es mucho más complicado escapar de ellas.

*«*Adela*».*

Rechazarla.

Esa era la mejor opción.

Aunque le doliese, aunque sufriera, aunque deseara con toda su alma volver a escuchar su voz.

«Ella te quiere, te necesita, pero su amor no es sano. Para estar con ella te obliga a vivir en su infierno, y eso es algo que a ti te está matando; allí no puedes sobrevivir», le había dicho la psicóloga.

*«*Llamada perdida*».*

El cielo oscureciéndose lentamente.

El sol sumergiéndose completamente en el mar.

Temblaba.

Jonás no era consciente de lo que estaba haciendo, pero había empezado a llorar.

—¿Estás bien? —le preguntó la camarera.

El hombre se dio cuenta de lo que sucedía y se limpió el rostro con la camiseta.

—Sí —le contestó avergonzado—. Se me ha debido de meter algo en el ojo.

Su móvil volviendo a sonar.

Los dedos le temblaban.

El rostro de su psicóloga mirándolo con desaprobación.

En la última sesión le había dicho: «Para ti, Adela es como una droga. Si vuelves a probarla caerás de nuevo irremediablemente y perderás todo lo que hemos avanzado este mes; debes alejarte, no te hace bien».

La risa de un niño sonando en su cabeza.

La camarera del bar mirándolo preocupada en la lejanía.

Todos se conocían en el pueblo. Todos sabían lo que había sucedido.

Jonás, con las lágrimas invadiendo su rostro de nuevo, se levantó nervioso de la mesa y pulsó el botón. Su corazón acelerado. Aceptó la llamada.

Tensión.

Sufrimiento.

Adela tardó en contestar solo unos segundos, pero a él le parecieron una eternidad.

—¿Jonás? —preguntó.

El hombre tragó saliva antes de contestar.

Su voz parecía tranquila, calmada, muy diferente de la que esperaba encontrar, como si por fin se hubiera tranquilizado y comenzara a reaccionar. ¿Había cambiado algo?

—Sí, Adela, soy yo —le respondió con sobriedad—. ¿Estás bien? Me has asustado.

Las farolas encendiéndose mientras el cielo se teñía de negro.

—Sí, estoy bien —le contestó sin saber cómo continuar esa conversación.

Silencio.

Ninguno de los dos sabía qué decir después de tanto sufrimiento. Se habían querido, se habían odiado y todavía estaban perdonándose. Mil sentimientos eclosionando y haciéndolo estremecer.

Viajaba en el tiempo. En el tiempo y en el espacio a otro lugar. Un lugar oscuro y sombrío al que no quería regresar.

La paz, la calma… El instante que precede a la tormenta.

—Adela, ¿para qué me has llamado?

Escuchar su respiración, solo eso.

Jonás podría pasarse el día en silencio escuchándola respirar al otro lado del teléfono, sintiendo que estaba allí. Solo con eso ya era feliz, pero no quería alargar ese momento. Cada segundo que pasaba con ella lo hacía sufrir. Sabía que esa breve interacción tendría consecuencias: lo hundiría, lo desestabilizaría.

Recuerdos.

Recuerdos de tiempos pasados en su cabeza. Adela susurrándole al oído que lo amaba y que no lo dejaría nunca.

La mujer enmudeciendo en el Porís.

Había salido a la puerta de la casa para hablar con él. No quería que su hijo la escuchara. El Porís solitario. Oscuro. Sombrío. La bóveda de la cueva coronando la conversación. La puerta de la casa de Higinio cerrada. Hacía días que no sabía nada de él, desde que había hablado con Kilian y había ido a su encuentro.

El viento acariciándole el cabello.

Las olas dándole fuerza para seguir.

—Es Adrián, tengo noticias—le contestó con la voz quebrada.

El mundo se paró de golpe y las heridas se volvieron a abrir.

Le faltaba el oxígeno.

Sangraba. Supuraba.

No estaba preparado para escuchar algo así.

Era imposible que hubiera ocurrido algo y que él no se hubiera enterado, que la Guardia Civil la hubiera llamado a ella y a él no se lo hubieran comunicado.

¿Era su cadáver? ¿Por fin lo habían encontrado?

Pánico. Terror.

La mano le temblaba.

Mataría en ese momento por un trago de *whisky*.

Llorar.

Llorar sin darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Era pronunciar su nombre y que todo se desmoronara.

No pudo contestar. Se quedó en silencio esperando a que ella continuara porque él no estaba capacitado para decirle nada.

—Está vivo —le anunció Adela con la voz quebrada por la emoción—. Está vivo, Jonás. ¡Vivo! Estamos los dos en casa y me ha preguntado por ti. Quiere que vengas a verlo. Vuelve a casa, Jonás, vuelve.

QUINCE

Adela se quedó temblando tras escuchar su voz. Jonás tardó casi tres minutos en contestarle. En ese tiempo estuvo callado con el auricular en la mano. La sangre se le había congelado; solo lloró, lloró como un niño pequeño al que le acaban de dar la noticia más importante de su vida. Se quedó pegado al teléfono dejando que toda su pena brotara mientras su esposa esperaba pacientemente que pudiera contestarle.

—Voy para allá —le dijo, y sin que ella pudiera responderle, colgó.

Adela se encogió en la puerta de la casa. La Virgen de Candelaria desde la vitrina la saludó. Era de noche. Tarde para visitas. Tarde para recuperar un matrimonio. Tarde para recomponer una familia.

Adrián dormía en la cama. Había esperado a que cerrara los ojos para llamar. No quería que los escuchara. Se había pasado todo el día dándole vueltas al asunto desde que él se lo había pedido y ahora no hacía más que temblar.

Su corazón invertido.

Adela era consciente de que Jonás no la había creído. Seguramente pensaba que era otra de sus locuras y en esos momentos estaría yendo para el coche diciéndose a sí mismo que Adela estaba loca y que había que internarla.

Miedo de verlo. Miedo de escucharlo. Miedo de que llegara al Porís y le confirmara lo que ella más temía: que Adrián no existía, que todo eran paranoias suyas.

Una alucinación. De todas las teorías que había armado en su cabeza sobre lo que estaba sucediendo, esa era la más coherente. Adrián no había regresado del fondo del mar. No era un fantasma. No era un alma perdida. Tampoco había sido secuestrado ni le habían borrado el cerebro. No había marcas de ataduras. No habían pedido un rescate. Adela estaba perdiendo el juicio. Que hubiera

aparecido de pronto y se comportara como si no hubiera pasado nada no tenía sentido. ¡No era real! Era lo único que tenía lógica, pero sin embargo, la mujer llevaba cuatro días con su hijo. Hablaban, se reían, jugaban, comían juntos, dormían, se besaban, se abrazaban… ¿De verdad dudaba de que existiera en realidad? ¿Cómo podía estar planteándose semejante estupidez? La única locura allí era pensar que se lo estaba inventando todo.

Su mirada.

La oscuridad de su mirada había veces que la impresionaba. Antes no era así. Antes, sus ojos no daban miedo al mirarlos fijamente, y ahora, si te quedabas el tiempo suficiente observándolos, eras devorado por un agujero negro que te transportaba a la nada.

—Es real, es real… Tiene que serlo.

Adrián dormía en la habitación. La puerta estaba cerrada. Adela se acercó y la abrió lentamente mientras su corazón latía desbocado. ¿Seguiría allí? Le horrorizaba pensar que se hubiera vaporizado. Jonás tardaría unos cuarenta minutos en llegar. La bisagra chirriando. El cerrojo oxidado abierto.

Estaba sin peinar, sin duchar y con los dientes amarillentos. Debía usar la palangana para asearse un poco antes de que Jonás llegara; no quería que la viera así, pero antes quería verificar que su hijo seguía durmiendo.

Ciento treinta pulsaciones por minuto.

La luz de una vela iluminando la estancia. Luces y sombras.

—Mamá…

Su voz.

El niño estaba despierto y la había llamado.

—Mi niño… —le contestó, y se sentó en la cama para darle un beso.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué estás levantada a estas horas?

La mujer, ante la inminente llegada de su padre, decidió contarle la verdad y ser sincera.

—He hablado con papá —le contó—. Está de camino. Viene a vernos.

El rostro de Adrián se iluminó.

Sus ojos verdes la miraron y de nuevo sintió esa oscuridad que a veces le imponía.

—Todo va a salir bien —le dijo el niño con calma—. Estate tranquila.

Madurez.

Desde que había regresado, su voz tenía a veces una madurez que no le correspondía.

Miedo.

Dudas.

Adela a veces sentía que su hijo podía leerle el pensamiento.

DIECISÉIS

Su niña, su pequeña. Don Tinguaro no iba a consentir que aquellas horribles circunstancias arruinaran su vida. Tenía que cuidarla, salvarla; tenía que ayudarla a recuperar su valía.

Marcada. Abenaguara estaba marcada y era muy difícil limpiar esa mancha, pero don Tinguaro sabía que era cuestión de tiempo y paciencia. Siempre había oportunidades esperándote a la vuelta de la esquina, aunque, para encontrarlas, a veces había que salir a buscarlas.

Los rumores de la aberrante relación sodomítica entre don Ernesto e Higinio le llegaron por casualidad. Un compañero de trabajo del chico se quejó en voz alta en un bar de que el dueño de la plantación venía todos los meses a La Palma y lo que menos le interesaba era la tierra.

—¡Pero el capataz nos mete mucha presión en sus visitas! —protestó—. ¡Nos obliga a echar horas extras para que todo esté a la perfección! Y luego don Ernesto nunca mira las plataneras, solo a Higinio.

En la taberna se inició un pequeño debate entre los tertulianos sobre las tendencias sexuales de ambos, pero nadie llegó a decir lo que pensaban abiertamente.

Don Tinguaro, que estaba desesperado, vio en este asunto una oportunidad.

La mancha de una mora con otra mora se quita, y sobre todo si la segunda es más viscosa y tiene más que ocultar.

Don Ernesto e Higinio tenían una simple amistad, pero se rumoreaba que podía haber mucho más. Violetas. Sarasas. Desviados. Nadie había visto nada inapropiado, pero decían que se notaba cuando estaban juntos. Se contaba que el patrón estaba demasiado pendiente del chaval.

Don Tinguaro, que durante años estuvo en los montes dándole caza a los alzados, sabía que las presas más fáciles de coger son los hombres. Se atrapan más fácilmente que los animales, porque los humanos, por fortuna, a veces nos confiamos dejándonos llevar por cosas tan irracionales como los sentimientos.

En la siguiente visita de don Ernesto a La Palma, don Tinguaro se calzó su gorra de camuflaje y salió a la calle dispuesto a convertirse en su sombra. Lo siguió todo el día, escondido en las sombras, escuchando sus conversaciones y atento a todos sus movimientos.

Don Ernesto y su acompañante tuvieron una jornada bastante normal. Estuvieron en el Cubo de la Galga haciendo un sendero mientras Higinio le explicaba a su jefe todo lo que sabía sobre la flora y la fauna local. Se les veía amistosos, con confianza, pero no había nada que le pudiera dar a entender que hubiera algo más entre ellos. Después comieron en Santa Cruz en una tasca pequeña y bebieron vino. Durante la comida, don Ernesto estuvo contando historias de su infancia mientras Higinio lo miraba consciente de que su niñez había sido muy distinta a la que él había vivido. Por la tarde emprendieron el camino de vuelta a Tazacorte, pero, antes de llegar, tomaron un desvío y subieron a Tijarafe. Don Tinguaro estaba agotado. Parecía que aquellos dos no se cansaban nunca de hacer turismo y él no había conseguido nada por el momento.

Cuando llegaron al Porís, Higinio sacó una mesa, dos sillas y una botella de vino de una de las casas. Los dos hombres estuvieron hablando durante horas y contemplando las estrellas. La bóveda de la cueva los protegía y creaba un clímax íntimo. Don Tinguaro se puso a la distancia suficiente para verlos, pero también protegido. Le estaba entrando sueño y esos dos violetas parecía que no estaban dispuestos a ponerse en evidencia.

Cansancio.

Aburrimiento.

Un bostezo.

Y de pronto ocurrió algo que consiguió que se despertara.

Estaban de pie frente al muelle. Don Ernesto se aproximó más de la cuenta al chico e Higinio se apartó.

Sus manos se rozaron y la tensión sexual era evidente.

No hacía falta hablar; ninguno de los dos se atrevía a articular palabra.

Don Tinguaro se frotó las manos asqueado por lo que estaba viendo.

—Maricones —masculló—. Estáis firmando vuestra sentencia de muerte.

Fue solo un beso.

Un beso furtivo que cambiaría su vida para siempre

Don Ernesto se aproximó al chico y lo besó.

Higinio le hizo sentir que era correspondido.

Un beso robado, un beso prohibido.

Un beso en el Porís de Candelaria iluminado por un manto de estrellas.

Aberrantes criaturas.

Monstruos del infierno.

Sarasas. Pedófilos. Violetas.

Ansia de querer.

Ansia de sentir.

Ansia de ser libres.

Higinio se había atrevido a dar un paso adelante y se estaba arrepintiendo.

En La Palma siempre hay ojos, y don Tinguaro, por desgracia, tenía los suyos muy abiertos.

DIECISIETE

Casualidades.

El azar o el destino a veces nos juegan malas pasadas. Si algo puede salir mal, sucede en el peor momento. La tostada se cae por el lado de la mantequilla cuando más hambre tenemos. Se te olvidan las llaves de casa cuando regresas cargado con la compra del supermercado. La puerta del baño se atranca cuando te estás orinando. Estupideces, menudencias. Pequeñas bromas que la vida nos tiene preparadas y que, a veces, de manera inverosímil, consiguen cambiar el curso de la historia.

Jonás se mordió el labio inferior y lanzó mil maldiciones. No se lo podía creer. No podía tener tan mala suerte.

El hombre había colgado a Adela hacía unos minutos y había salido inmediatamente del bar, había subido la cuesta donde tenía aparcado el coche, y todo ello sin dejar de llorar.

Las vistas desde allí eran impresionantes, pero a esas horas casi no se podían disfrutar. El horizonte estaba lleno de plataneras y al fondo, el puerto de Tazacorte y el mar. La belleza, en ocasiones, puede decorar los peores escenarios.

Adrián.

Adela le había dicho que Adrián estaba vivo. Había aparecido de pronto y nadie más lo sabía, solamente ella. Por el bien de todos, Jonás esperaba que su mujer no hubiera secuestrado al hijo de alguno de los turistas que pasaban por el Porís confundiéndolo con su niño. Se esperaba ya cualquier cosa de ella.

Las manos le temblaban.

Se había metido la mano en el bolsillo trasero del pantalón para sacar las llaves del coche y no paraba de tiritar.

Lágrimas cayendo de sus ojos.

¿Y si era verdad? ¿Y si había aparecido? ¿Y si realmente cuando llegara al Porís lo estaban esperando su mujer y su hijo?

Jonás tuvo que apoyar las manos en el coche porque, de pronto, las náuseas lo vencieron, los chicharrones con gofio y la cerveza que se había tomado regresaron a su boca. Vomitó como si los nervios y el miedo se pudieran escupir, en forma de masa viscosa llena de protuberancias.

Adrián. Su pequeño.

Tenía una botella de *whisky* en la guantera. Cuando entrara en el vehículo le iba a dar un largo trago para quitarse el mal sabor de boca y relajarse un poco. En ese estado no podía llegar al Porís.

Sudor frío por la espalda.

Loca. Adela se estaba volviendo loca, él lo sabía, pero aquello estaba llegando demasiado lejos. Lo que acababa de decirle por teléfono era demasiado hasta para su enajenación. Jonás había dejado el Porís hacía cuatro semanas y, desde entonces, Adela había ido a peor. Estaba muy preocupado por ella.

¿Aparecer? ¿De verdad Adrián había aparecido o era otra de sus paranoias?

Que no se apague la luz, que vea el camino que tiene que seguir.

¿Realmente había funcionado?

La Guardia Civil le había dicho que no se hiciera ilusiones. Había pasado demasiado tiempo y debían ser realistas: si Adrián aparecía finalmente no sería con vida.

Adela se había vuelto loca y lo iba a volver loco a él.

Jonás entró en el coche y puso la llave en el contacto. Alterado, abrió el salpicadero y cogió la botella de *whisky*. Sería un trago, solo uno. Luego

arrancaría el coche y conduciría hasta el Porís.

El destilado descendiendo por su garganta y calmando al monstruo que le arañaba el alma. Jonás tenía que regarlo con alcohol a todas horas. Bañarlo. Alcohol o aquel animal salvaje que habitaba en su interior empezaba a dar golpes y a destrozarlo todo.

El hombre apoyó la cabeza en el asiento y descansó unos segundos.

La calma.

La paz.

El *whisky* era lo único que lo tranquilizaba.

Debía irse.

Debía llegar hasta allí y averiguar qué estaba pasando.

Jonás giró la llave lentamente con los nervios a flor de piel y el coche no emitió ningún sonido.

—¡Mierda! ¿De verdad? —gritó fuera de sí—. ¡No me lo puedo creer!

Se había acabado la batería y Jonás maldijo su mala suerte.

DIECIOCHO

Once y cuarto.

Había pasado una hora desde que habló con Jonás.

Adela se había lavado la cara, cepillado el cabello y quitado el camisón que siempre llevaba para estar más aparente. Se puso un pantalón de chándal azul marino y una camiseta. Se sentó en una silla del salón y Adrián junto a ella. Nerviosos. Impacientes. Deseando que llegará Jonás para poder abrazarlo.

—Cuando toque a la puerta te encierras en el cuarto y no salgas hasta que nos aseguremos de que es él —le repetía su madre una y otra vez.

El niño, confuso, fruncía el ceño.

—¿Y quién va a ser sino a estas horas? —protestaba.

Prudencia. Preocupación.

Adela no quería arriesgarse y que la situación se complicara.

La única persona que podía aparecer era Higinio y llevaba días sin saber nada de él. Al día siguiente tenía que llamarlo. No era habitual en él. Seguramente estaba bien, pero quería asegurarse de que su nieto y su familia, se habían portado bien con él y no lo habían hecho sentir incómodo innecesariamente.

Once y media.

—¿Le habrá pasado algo? —preguntó Adrián.

Adela quería llamarlo, pero la carretera de subida a Tijarafe desde Tazacorte le daba pánico y no quería que su marido cogiera el teléfono en ese sinuoso sendero lleno curvas y de barrancos. Mejor esperar. Seguro que estaba a punto de llegar. No había que ser impacientes. Era de noche. Estaría conduciendo más lento.

A Adrián empezaron a cerrársele los ojos.

—Acuéstate si quieres —le dijo su madre—. Cuando llegue papá te aviso.

—¡Yo quiero estar aquí! —protestó Adrián.

Su madre lo miró con dulzura y sonrió.

—Prometo que te despierto antes de que entre en la casa.

El niño asintió con ternura. Estaba a punto de despedirse de ella cuando, de repente, se escucharon unos golpes en la puerta que cortaron el silencio de la noche. Fueron unos toques cortos, secos, prudentes, pero a la vez insistentes. El niño corrió a esconderse en el cuarto y Adela, con el corazón acelerado, se puso de pie, se colocó el cabello y abrió la manivela ilusionada esperando reencontrarse con su marido.

—¿Adela?

La persona que apareció ante ella no era Jonás. No tenía sus ojos verdes ni su boca ni su sonrisa. Era un chico joven, de unos veinte años, con el pelo largo, despeinado y barba de varios días. Llevaba un pantalón vaquero y una camiseta negra con una calavera.

—Sí, soy yo. ¿Tú quién eres?

Adrián escondido.

Si el niño se asomaba en ese momento descubrirían su secreto.

Que nadie lo vea.

Que nadie lo toque.

La leona protegiendo a su camada.

—Soy Kilian, el nieto de Higinio. Perdona que me presente así a estas horas, pero no tenía tu número y no podía desbloquear el teléfono de mi abuelo.

Una corazonada. Un pálpito.

Malas noticias.

Aquello solo podían ser malas noticias.

—¡Higinio! —exclamó alterada—. ¿Cómo está?

Adela había estado tan ocupada desde que apareció Adrián que no le había hecho seguimiento. Cargo de conciencia. Esperaba que el anciano estuviera bien. Lo deseaba.

Kilian agachó la cabeza y no pudo evitar que sus ojos se volvieran vidriosos.

La Virgen de Candelaria observándolos desde la vitrina.

La figura de la isla de La Palma en la entrada de la cueva.

—Se está muriendo, Adela —le contestó el joven con gran pesar—. Nos han dicho que posiblemente no pase de esta noche, por eso he venido a buscarte. Mi abuelo quiere despedirse de ti.

DIECINUEVE

Oscuridad.

Una bombilla se había fundido y no había luz en su calle. Sus pasos eran iluminados por el resplandor de las estrellas. Un cielo maravilloso lo acompañaba mientras sentía revolotear las mariposas en su estómago. Estaba feliz. Higinio estaba nervioso, asustado y terriblemente feliz. Una sonrisa estúpida se le dibujaba en la cara mientras iba pisando los adoquines. Eran las doce y media. Acababa de despedirse de don Ernesto y le había dicho un «hasta luego». Antes de marcharse, su mano le había rozado la suya y no había sido casual. Algo había cambiado entre los dos. Aunque no lo hubieran hablado ni analizado, ese beso marcaba un antes y un después en su relación.

Un grillo cantando.

El sonido de sus pisadas mezclándose con los latidos de su corazón.

Don Ernesto siempre lo acompañaba a casa en el todoterreno para que Higinio no tuviera que andar tanto, pero aparcaban lejos de la puerta para no dar que hablar a los vecinos.

Medidas preventivas. Precaución.

La noche parecía más negra y tenebrosa que de costumbre. Una brisa fría hizo que se le pusiera la piel de gallina. Higinio tenía un mal presentimiento. El beso que se habían dado en el Porís lo tenía desconcertado. En el camino de regreso a Tazacorte, en el coche, ninguno de los dos había hablado, pero don Ernesto le puso la mano en la pierna mientras conducía e Higinio no se la apartó. Fue solo eso, un gesto, pero ambos sabían lo que significaba. Habían cruzado una línea. El miedo y los prejuicios lo tenían paralizado, pero ambos habían dejado claros sus sentimientos. Aquello no era una amistad, era algo mucho más profundo, más fuerte, más puro, y por eso se le ponía cara de tonto

cada vez que lo veía llegar. Estaba pletórico, pero a la vez terriblemente asustado.

Una tos.

Parecía que alguien estaba aclarándose la voz antes de hablar e Higinio se puso alerta.

Era tarde.

Bastante tarde.

No era buena señal que en aquella zona hubiera alguien.

—¡Eh, tú, maricón! —le increpó desde las sombras.

Su corazón se paró.

La sangre se le heló en las venas.

Miedo. Pavor.

¿Quién era?

¿Qué quería?

¿Por qué lo atacaba de esa manera?

La homosexualidad estaba penada en España. Lo estaba insultando y acusando de un delito.

Violeta.

Pervertido.

Sarasa.

Si algún vecino oía aquello y ponían en duda su condición sexual le podían arruinar la vida.

El chico agachó la cabeza aterrado y siguió avanzando, como si no lo hubiera

escuchado.

—¡Eh, tú, maricón! —insistió la voz—. Te estoy hablando a ti, Higinio. ¡Para! ¿O prefieres que me ponga a dar voces?

El corazón sobrecogido.

Era a él.

A él al que estaban llamando y ordenándole que frenara.

Higinio no sabía quién lo estaba requiriendo ni por qué la tomaba con él. El chico solo quería llegar a su casa y acostarse. Portarse bien. Estar tranquilo.

Sudor en la espalda.

Sudor en el alma.

Sudor en el corazón.

Las manos le temblaban.

Lo primero que vio fue la llama de su cigarro y después su silueta. Salió de la esquina donde se había apagado la farola.

Oscuridad.

Oscuridad y miedo cogidos de la mano.

La luna cerrando los ojos.

Un hombre grande, alto, fuerte. Manos enormes. Higinio tardó un poco en reconocerlo y cuando lo hizo sus peores pesadillas se hicieron realidad. Le entró pánico. ¡Era un guardia civil! No llevaba uniforme, pero Higinio lo conocía perfectamente. Don Tinguaro iba de paisano, pero imponía igual de ambas formas. Su mala leche era conocida en toda la isla.

Ganas de llorar, de correr, de orinarse encima.

Recordó al niño de doña Leocadia: lo detuvieron por violeta y nunca más se

supo de él. Algunos decían que estaba preso, otros que lo habían matado.

—Disculpe —balbuceó el joven aterrado—. Creo que se equivoca conmigo. No sé qué le habrán contado, pero yo no soy sarasa.

La Ley de Vagos y Maleantes. Higinio sabía la suerte que corrían los homosexuales cuando eran arrestados. Había que redimirlos, rehabilitarlos, y eso se conseguía con golpes, insultos y trabajos forzados.

—Nadie me ha contado nada, lo he visto yo con mis propios ojos ——le narró el guardia civil amenazante—. Vengo del Porís. —Terror, escalofrío—. Sé lo que ha pasado allí esta noche. ¡Dabais asco! Sois una vergüenza para la patria. ¿Sabes el disgusto que le vas a dar a tus padres? Tu madre no lo soportará y tus hermanas te retirarán la palabra por miedo a verse salpicadas. Gente como tú no debería circular libremente por el pueblo. Sois un peligro para España y para vosotros mismos.

Higinio temblando.

Solo había sido un beso.

Un beso.

¿Cómo había tenido tan mala suerte?

Un beso robado, un beso prohibido que cambiaría su vida para siempre.

La mano de don Tinguaro posándose en su hombro y apretándole fuerte, muy fuerte, hasta hacerle daño.

Higinio esperaba un golpe, que le atizara con la culata de su revólver y lo dejara inconsciente en el suelo; que lo pateara, le escupiera y lo llevara de los pelos al cuartelillo. Esperaba que don Tinguaro le pegara, lo rapara y lo metiera entre rejas, pero su agresor no hizo nada de eso, parecía que tenía otros planes para él. El guardia civil permanecía impávido, y su mirada desafiante reflejaba

cuánto disfrutaba de su poder.

Si pretendía detenerlo ya lo habría hecho. Estaba claro que don Tinguaro tenía otros planes.

Higinio intentó soltarse de él y seguir avanzando, pero su garra, recia e hiriente, le apretó el hombro y lo hizo parar.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó Higinio sin poder evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

El guardia civil, altivo, sonrió. Sabía que cualquier cosa que le pidiera en ese momento Higinio se la tendría que dar. Lo tenía en sus manos. Podía hacer con él lo que quisiera. Le apetecía vejarlo, humillarlo, darle su merecido. Pedirle que se pusiera a cuatro patas en la calle y le lamiera las botas. Escupirle. ¡Golpearlo! Pero el hombre no podía olvidar cuál era su objetivo.

La luna asustada tapándose las orejas para no escuchar la conversación.

Las estrellas escondiéndose.

—Te vas a casar con mi hija —le dijo de pronto por fin explicándole cuál sería su penitencia por sarasa—. Le vas a contar a todo el pueblo que el que se la folló en el palmeral fuiste tú. ¡Solo tú! Que Abenaguara y tú os veíais a escondidas porque estabais enamorados y ella tenía novio y no se atrevía a dejarlo. Que mi hija es honrada, fiel y una buena cristiana, pero que tú querías preñarla para que no le quedara más remedio que dejar a Venancio.

Higinio, que no daba crédito a lo que estaba escuchando, sintió un escalofrío.

El joven había oído la historia en la cuadrilla, pero no le había prestado demasiada atención.

Aquello no estaba bien.

Él no amaba a Abenaguara y ella a él tampoco.

Don Tinguaro sabía que él era homosexual.

Aquello no tenía sentido.

—Pero, disculpe —lo interrumpió el joven acongojado—, yo no conozco a su hija, casi no la he tratado. Quizá haya otro pretendiente mejor para ella.

Don Tinguaro, que sabía que después de lo que habían dicho sobre ella y lo que había pasado en la iglesia pocos mozos la iban a rondar, escupió en el suelo cabreado. A él tampoco le gustaba que se casara con un violeta, pero no había otra opción. Debían hacer algo para limpiar su nombre antes de que se le notara más el embarazo. Una mujer sola con un niño no tenía buen futuro si no se arrimaba a un hombre.

Higinio encogiendo a su lado.

—No te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando —le aclaró don Tinguaro mientras sus dedos se le clavaban con más fuerza en el hombro y se le incrustaban en la piel—. ¿Sabes lo que le hacemos a los que son como tú cuando los pillamos haciendo cosas que no deben? —le preguntó amenazante —. Los encerramos en la cárcel, los hartamos de hostias para que confiesen el nombre de más sarasas de la zona y, una vez que han cantado, los tiramos vivos al mar en un saco cerrado. Algunos se cagan encima. Mientras se hunden siempre lloran como nenazas y se pueden escuchar sus gritos de maricones pidiendo auxilio desde varios kilómetros a la redonda. Dais pena. Dais pena y asco.

Cuentos, leyendas.

Higinio había oído lo que les pasaba a los homosexuales en las cárceles: contaban que los propios carceleros los prostituían y eran violados varias veces al día. Nadie los cuidaba, nadie los protegía. Los violetas eran la parte más baja

de la escala social.

El pánico apoderándose de él y haciéndolo sollozar.

Los ojos de don Tinguaro inyectados en sangre.

Le encantaría romperle la cara a ese maricón. Meterle el revólver por el culo y apretar el gatillo para ver como explotaban sus vísceras. Disfrutaría pegándole, torturándolo, pero aquello lo estaba haciendo por Abenaguara y debía controlarse.

Higinio lloraba asustado y le suplicaba que lo dejara marchar.

—No hay más que hablar violeta —le dijo al oído con tono amenazante—. Vas a hacer todo lo que yo te diga, ¿entiendes? Me harás caso o lo pagaréis muy caro tú y tu familia.

VEINTE

Nervios. Llanto. *Shock*.

Adela le pidió a Kilian que la esperara fuera mientras se arreglaba.

Necesitaba tiempo para pensar, para actuar, para decidir qué hacer. Jonás no había llegado todavía y Adrián estaba escondido en la habitación.

Y tiempo era lo único que a Higinio no le quedaba.

Tenía que despedirse de él. Se lo debía. Quería. Cargo de conciencia. El anciano había pedido que bajaran a buscarla. No podía fallarle. Estaba en un momento crucial de su vida, pero para Higinio era el último. Si no subía en ese instante no tendría otra oportunidad.

Sacrificarse. Debía sacrificarse por él, aunque sabía a lo que renunciaba.

El hospital estaba lejos, en Breña Alta, y no sabía qué iba a pasar cuando llegara ni cuánto tiempo tardaría en regresar.

—Adrián, tengo que irme —le explicó al niño, que la miraba asustado como si no quisiera quedarse solo—. Ha pasado algo muy urgente y me tengo que ir con el chico que me está esperando en la puerta. Necesito que te quedes en silencio y en la cama, ¿vale? Intenta dormir. Tu padre vendrá enseguida y se quedará contigo hasta que yo vuelva, ¿entendido?

Adrián se abrazó a la almohada atemorizado. Le daba miedo. Le aterraba. Entendía lo que le pedía su madre, pero no le gustaba. Las paredes mohosas de la habitación lo acechaban.

—Vas a estar solo muy poquito rato y no puedo hacer otra cosa —insistió Adela—, así que prométeme que no te vas a mover de aquí.

Sus ojos verdes observándola.

La luz de la vela llenando la pared de sombras.

A veces parecía que la luz lo atravesaba como si fuera inmaterial. Sucedía muy pocas veces, pero cuando ocurría, Adela se asustaba y prefería pensar que estaba confundiéndose.

Perderlo.

Perderlo de nuevo le dolería tanto que no lo podría soportar.

Odiaba tener que dejarlo solo, pero no podía llevarlo al hospital.

Todo el mundo le haría preguntas.

Todo el mundo lo acosaría.

Los médicos lo ingresarían y le harían pruebas.

Adrián todavía estaba conmocionado y no podía contar qué le había sucedido. Quería protegerlo. Debía protegerlo. Y ese era el precio que debía pagar.

Le sabía mal. Le sabía fatal.

Le mandó un WhatsApp a Jonás explicándole lo ocurrido y suplicándole por favor que no tardara, pero, por desgracia, su marido no lo recibiría. A Jonás se le había agotado la batería del móvil en su última llamada para convencer a Kevin de que fuera a buscarlo con unas pinzas. El hombre se había quedado sentado en el coche y, mientras esperaba, no había podido evitar beberse media botella de *whisky*, presa de la ansiedad. El alcohol lo había calmado. La fiera salvaje que vivía en su interior se había dormido empapada en *whisky*, y él también. Cuando Kevin llegó se lo encontró roncando y no supo si despertarlo o no para cargarle la batería.

Solo.

Adrián se iba a quedar solo.

La mujer le dio un beso en la frente y se despidió de él.

Se le partía el alma.

Se le partía el corazón.

Cuando apareció se juró a sí misma que nunca más se iban a separar.

Sus ojitos verdes la miraban.

Ojos verdes como la vegetación de la Caldera en la parte más frondosa.

Sus brazos le rodearon el cuello y ella sintió ese abrazo con una intensidad especial, como si fuese el último.

Cerró los ojos y aspiró su aroma.

Miedo, sintió miedo.

Adrián, su niño, Adri.

—Te quiero, mamá —le dijo el pequeño al oído como si fuese una despedida, y ella no pudo evitar llorar.

—Buenas noches, mi cielo —le contestó Adela llena de amor y remordimientos—. Pórtate bien cuando llegue papá.

La familia reunida.

Padre e hijo iban a verse de nuevo y ella no estaría.

Se perdería ese momento.

«¿Y si soy yo?».

«¿Y si no es verdad?».

«¿Y si Adrián es producto de mi imaginación y he perdido la cabeza?».

El momento decisivo llegaba y ella no iba a estar allí para presenciarlo.

—Te quiero, Adrián, te quiero —le susurró.

Adela cerró la puerta de la habitación con todo el dolor de su corazón, y antes

de marcharse, echó el cerrojo.

No se fiaba de él.

Era duro reconocerlo, pero cierto.

No sabía dónde había estado Adrián todo ese tiempo ni si volvería a marcharse.

No podía arriesgarse.

No quería arriesgarse.

Pestillo en la puerta y cerradura en la ventana.

Ya había desaparecido una vez y no podía volver a pasarle.

Lo dejó encerrado en la habitación.

—Te quiero, Adrián, te quiero —repetía como si fuese un mantra.

Una vela encendida en el salón. Pensó en apagarla, pero cambió de idea. No podía dejarlo a oscuras. La luz entraba por debajo de la puerta y eso lo tranquilizaría hasta que llegara su papá.

Lo dejó solo en aquella cueva, donde no había nadie, solo el rumor de las olas.

Mala madre.

Una madre no deja encerrado a su hijo.

—Ya estoy lista —le dijo a Kilian al salir.

Los dos se pusieron en camino, aunque ella, con un dolor profundo en el pecho, no podía evitar mirar hacia atrás y pensar que no estaba haciendo lo correcto.

Las desgracias a veces son fortuitas y otras las provocamos nosotros mismos.

Adela cerró la puerta de su casa con cuidado, pero un golpe de viento derribó la vela del salón.

Adrián estaba solo.

El niño estaba encerrado en la habitación.

Jonás dormía en su coche.

Adela torció la esquina en el sendero y perdió de vista al Porís.

La llama y la cera cayeron sobre el mantel.

La Virgen de Candelaria santiguándose.

El fuego empezó a avivarse, a crepitar.

Las desgracias a veces son fortuitas y otras las provocamos nosotros mismos involuntariamente.

—Te quiero, Adrián, te quiero —susurraba Adela subiendo la montaña mientras un humo denso y oscuro se colaba por debajo de la puerta de su habitación.

Iba a perderlo de nuevo.

PARTE III
UNA FAMILIA FELIZ

UNO

El trayecto se hizo largo y tedioso. Eran dos desconocidos unidos en un viaje directo al dolor. Los focos iluminaban la carretera mientras sus manos jugueteaban con el volante. Kilian estaba nervioso y Adela intentaba asumir lo que estaba sucediendo.

Había sido muy rápido. Todos sabían que ese momento llegaría tarde o temprano, que Higinio partiría porque tenía fecha de caducidad, pero hasta ese instante se estaba manteniendo y les sorprendía la velocidad con la que se estaban desarrollando los acontecimientos.

Los suspiros empañaban los cristales y los recuerdos felices se manchaban de tristeza.

La muerte, con su cruel guadaña, caminaba a su lado.

—¿Llegaremos a tiempo? —preguntó Adela agobiada, y él asintió.

La mujer estaba preocupada. Esperaba cruzarse con Jonás por la carretera y no lo había visto. Adrián estaba solo en el Porís y era demasiado pequeño. Era consciente de que no tenían tiempo, pero se arrepentía de no haber esperado a que su esposo llegara. En situaciones como la que se encontraba Higinio, cada segundo contaba, pero dejar a su niño solo no había sido buena idea.

—Lo trajimos al hospital ayer por la mañana —le dijo Kilian para ponerla en antecedentes—. Se despertó con el pecho cogido y no nos quedó más remedio que ir porque se ahogaba. Mi abuelo hubiera preferido que todo esto sucediera en casa, pero los médicos tienen medios para aliviar el dolor.

Adela, compungida, asintió. Pensar que Kilian estaba hablando de Higinio hacía que se le partiera el corazón.

—Lo importante es que no sufra —susurró.

Kilian, que no la había mirado directamente ni una vez desde que se conocieron para que no notara cómo le impresionaba su apariencia, la miró. Adela tenía el rostro huesudo y ojeras profundas. La amargura se le había tatuado en la piel y, aunque sonreía, parecía que siempre estaba cubierta de pena.

El joven asintió empatizando con ella.

—Mi abuelo ya ha sufrido demasiado en esta vida —le dijo—. Ahora, lo que esté en mi mano se lo evitaré. En el hospital lo tienen sedado y se le hace más llevadero.

La luna en el cielo apoyada en las nubes.

Adela tocándose la pierna y descubriendo que el pantalón de chándal que tenía puesto tenía un agujero.

—Pero ahora está despierto —le aclaró—. Pidió que cuando se acercara el momento le bajaran la dosis para poder despedirse.

Una lágrima.

Los ojos de Kilian se tornaron vidriosos y no pudo evitar emocionarse. Decirle adiós era demasiado doloroso.

—Tu abuelo me hablaba mucho de ti —le comentó Adela con ternura, intentando suavizar el ambiente—. Siempre decía que eras su favorito.

El chico esbozó una sonrisa y se secó las lágrimas con la camiseta. No le extrañaba que Higinio lo mencionara. La relación entre ambos era muy estrecha, aunque parecía que no tan íntima como debiera.

—A mí también de ti —le respondió—. Mi abuelo y yo hablábamos de muchas cosas. La pena es que se vaya ahora, justamente cuando empezábamos a hacerlo de las cuestiones importantes.

Pausa, suspiro.

A Higinio le había costado mucho abrirse y ahora que lo estaba consiguiendo se le acababa el tiempo. Su nieto se quejaba de no disponer de más meses para conocerlo de verdad. Se notaba que Kilian lo quería. Sus manos apretaban con fuerza el volante como si necesitara asirse a algo para continuar.

Pensar que Higinio no volviera jamás al Porís de Candelaria se le hacía abrumador. El recuerdo de la cantidad de noches que habían pasado en el muelle fumando y contemplando las estrellas la hacían estremecerse.

—Tu abuelo habló tarde, pero habló, que es lo importante. Él pensaba que no iba a ser capaz.

El chico recordó la llamada de teléfono que le había hecho Higinio unos días antes y cómo, después, había ido hasta su casa y estuvieron conversando durante horas. Abuelo y nieto vieron el amanecer junto, sentados en el porche y fumando su pipa. Higinio hizo un esfuerzo salomónico para mostrarse por primera vez tal y como era. Desnudó su alma ante su nieto y le contó la verdad. Llevaba toda la vida escondiéndose y le aterraba salir a la luz, aunque fuese ante la persona que más quería.

Kilian descubrió un Higinio que no conocía, e Higinio descubrió que el amor de su nieto hacia él era incondicional y estaba por encima de todas las cosas.

—Debería haberlo hecho hace mucho tiempo —protestó el joven—. Mi abuelo ha aguantado y tragado demasiado solo. Me duele que no supiera que podía confiar en mí.

La mujer se encogió de hombros y suspiró. Era complicado ponerse en el lugar de Higinio y tratar de comprenderlo. Él era de otra época, lo habían educado en el miedo y la vergüenza, y superar aquello era complicado, sobre todo cuando su propia familia le ponía un bozal y lo obligaba a disfrazarse para que no mostrase

quién era.

—Tu abuelo siempre ha confiado en ti —le explicó Adela—, pero no te lo había contado por respeto a tu abuela.

El coche camino a Breña Alta internándose en el túnel. Paredes de hormigón. Luces amarillentas. Humedad en el ambiente.

—¿Respeto? —protestó Kilian sin ocultar su enfado—. ¿Es que le debe algo? ¿Acaso ella lo ha respetado alguna vez en su vida?

Silencio.

El joven estaba muy cabreado y no lo ocultaba. Las señales luminosas del subterráneo se reflejaban en sus pupilas. Adela observándolo. Aquel chico necesitaba a su abuelo y era muy injusto que lo perdiera tan deprisa.

—Eran otros tiempos, Kilian —le explicó—. Debes entenderlos.

El chico negó con la cabeza ofuscado.

—Mi abuela es una hija de puta y ha utilizado siempre a mi abuelo —la cortó —. Aceptó que su padre lo chantajeara y arruinara su vida para limpiar su nombre.

El coche saliendo del túnel. La sombra de los pinos acariciados por la luz de la luna. Curvas. Bruma. La niebla los rodeaba mientras los secretos de la familia salían a la luz.

—¿Sabías que Higinio le contó la verdad? —prosiguió Kilian indignado—. ¿Que mi abuelo, entre lágrimas, le confesó lo que había pasado? Le dijo que estaba enamorado de Ernesto y que no quería casarse con ella. Se arriesgó a que mi abuela, tras oírlo, lo denunciara e ir a la cárcel. Le suplicó que hablara con Tinguaro y rompiera aquel compromiso. ¡Aquello era un error! ¡Una injusticia! ¿Y sabes lo que le contestó mi abuela?

Adela, que desconocía esa parte de la historia, negó con la cabeza. No sabía que Higinio había sido sincero con ella y le había contado la verdad. Eso cambiaba las cosas. Abenaguara pasaba de ser una mujer desafortunada a formar parte de la conspiración.

—Mi abuela le contestó que el mundo era muy cruel y no todas las personas podían tener lo que deseaban. Le dijo que se jodiera, ¡que aguantara! ¿Comprendes? Para ella lo importante era restablecer su honra; todo lo demás, aunque se llevara la felicidad de mi abuelo por delante, le daba igual.

Los limpiaparabrisas accionándose y Adela sintiendo que se le encogía el corazón.

DOS

Ernesto Afonso Lorenzo no era un aprendiz. Su historial amoroso era extenso y apasionado. Se había enamorado muchas veces y había mantenido varias relaciones, la más larga con un militar quince años mayor que él con el que había acabado de malas maneras, y la más compleja, con un cura que le juró por lo más sagrado que iba a dejar los hábitos, pero nunca lo hizo.

Ernesto había querido a muchos hombres, pero nunca había amado de esa manera. Cuando conoció a Higinio, su concepto del amor cambió radicalmente. El palmero era la imagen pura de la inocencia y la honestidad; era simple en el buen sentido, sin aristas ni pliegues. Cuando el chico lo miraba no había dobles intenciones, solo paz.

Ernesto Afonso Lorenzo cayó rendido a sus pies y, por eso, cuando Higinio le dijo que no lo quería, sintió un dolor tan profundo en el pecho que apenas le permitía respirar. Estuvo llorando tres días. Por primera vez desde que tenía conciencia era plenamente feliz y le arrancaban la felicidad de las manos.

Higinio mentía, él lo sabía, pero no podía hacerlo cambiar de opinión. Aunque su boca le decía que no lo amaba, sus ojos lo delataban y le confesaban que estaba enamorado de él, pero, por desgracia, las circunstancias los estaban separando. Pertenecían a mundos distintos. Alguien de la posición de Ernesto podía mantener una relación sentimental con una persona de su propio sexo siempre y cuando lo llevara con discreción y no hiciera alarde de ello. En la propia Falange había muchos homosexuales, ¡y en la Iglesia!, pero siempre existía el riesgo de que alguien malintencionado quisiera extorsionarte y hacerte pasar un mal trago.

La realidad de Higinio, en cambio, era otra. Los homosexuales acababan en las cárceles, en los campos de concentración o en un saco en el fondo del mar. Sabía

que el chico se arriesgaba demasiado estando con él. El miedo formaba parte de su ser, de su persona. A veces, cuando lo tocaba, temblaba, y él no sabía si era por amor o porque le aterraban sus sentimientos.

—Ni sentir nos dejan, don Ernesto —solía decirle con tristeza—, ni eso.

Reconocer cómo era y lo que pensaba a Higinio le costó muchísimo, y aunque confiaba en él, nunca llegó a hablar con claridad. Era la primera vez que insinuaba algo así en voz alta. Para él, esbozar que podía desear a un hombre ante alguien era exponerse a que lo denunciaran y acabaran con su vida. Si don Ernesto se enfadaba, podía acusarlo de homosexual y destruirlo a él y a su familia. Admitir sus sentimientos era entregarle una daga envenenada que en cualquier instante podía clavarle en el corazón.

—Nunca me había sentido tan cómodo con alguien como con usted —le comentaba a veces el joven, y Ernesto sonreía enternecido porque sabía que aquello era lo más cercano a una declaración de amor que iba a sacar de sus labios.

El beso.

El beso que se dieron en el Porís lo había cambiado todo.

Un beso mágico, un beso trágico.

Ese beso suponía la materialización de sus anhelos. Higinio, por fin, había admitido que lo amaba, y todo lo demás daba igual. El universo estaba en su contra, pero ese instante les pertenecería para siempre, sería suyo y no podrían robárselo jamás.

En el momento en que sus bocas se unieron la Tierra dejó de girar.

Ernesto lloraba mucho recordando ese beso.

Le escribió miles de cartas a Higinio, pero el joven nunca le contestó.

Fue a visitarlo a La Palma dos veces, pero el chico se escondía en casa de don Tinguaro y no lograba verlo.

Higinio había decidido alejarse de él y estaba poniendo todos los medios con los que contaba para lograrlo. ¿Casarse con Abenaguara? Cuando Ernesto se enteró de la fecha de la boda no se lo podía creer. Higinio y ella llevaban solo dos meses juntos y él sabía que no estaba enamorado.

Error.

Aquello era un error.

Un grave error.

Un error que lo hería, que le escocía, que le ardía por dentro.

Casarse para acallar rumores. Parecía que Higinio estaba haciendo eso. No era el primer violeta que recurría a esa opción ni el último que la utilizaría. Higinio se estaba tomando muchas molestias para demostrar que era heterosexual y limpiar su nombre.

El beso.

El beso que se dieron en el Porís de Candelaria lo había cambiado todo.

Un beso mágico, un beso trágico.

Un beso que lo había asustado y lo alejaba de él.

Ernesto, en cambio, no lograba superarlo. Lloraba por las esquinas pensando en él. Intentó olvidarlo yendo de cama en cama, pero no lo consiguió. Cada orgasmo que alcanzaba en otro cuerpo lo llenaba de tristeza. No quería eso. Ernesto Afonso Lorenzo no quería sexo y depravación; él quería contemplar los atardeceres con Higinio sentados en sillas de madera en el Porís y disfrutar de las tonalidades que iba adquiriendo el cielo y que se reflejaban en sus ojos.

—Hay que impedir ese enlace —susurró—. Hay que impedirlo. Higinio me

quiere y se está equivocando.

Ernesto, dos días antes de la boda, tomó un barco para La Palma con la intención de evitar el enlace. Estaba dispuesto a todo. El amor de su vida se le escapaba entre los dedos y no podía consentirlo. Si lo perdía, él nunca volvería a ser feliz. Utilizaría todas las armas que tenía en su mano para lograrlo, aunque algunas no fueran muy éticas o bien consideradas.

Una nota. Una amenaza. La echó por debajo de su puerta, escrita a lápiz y de forma anónima. Ernesto odiaba tener que actuar así, pero Higinio no le había dejado otra alternativa. Se negaba a verlo y hablar con él, y ambos tenían una conversación pendiente que debían mantener antes de la boda.

Una amenaza.

Ernesto se sentía ruin y mezquino.

No quería herirlo, no quería asustarlo, pero no le quedaban opciones.

*«*O vienes a verme al Puerto de Tazacorte al atardecer o le cuento a todo el mundo lo que sucedió en el Porís*»*.

Un beso mágico, un beso trágico.

Un beso con el que volvían a extorsionarlo de nuevo.

TRES

Un pasillo largo y oscuro.

La muerte con su guadaña los esperaba en la habitación 138, sentada en un rincón.

Adela, con el rostro marchito, avanzaba detrás de Kilian intentando seguirle el paso, pero era imposible, porque el joven corría. Un súbito presentimiento se le había agarrado al pecho y le impedía actuar con tranquilidad. Le aterraba pensar que, en el tiempo que había pasado en el Porís, su abuelo hubiera fallecido y no hubiera podido despedirse.

El hospital olía a tristeza, lejía y desinfectante.

Adela pensó en lo deprimente que era morir en un lugar así. Estaba segura de que Higinio habría preferido mil veces acabar su vida en el muelle contemplando las estrellas.

Un fluorescente parpadeando.

El hospital, a esas horas, parecía vacío. Los pacientes y sus acompañantes descansaban en las habitaciones con las luces apagadas. A Adela le había tocado dormir en un sitio así cuando falleció su madre. Estuvo con ella casi un mes. Recordaba aquellas semanas como una época oscura en la que las lágrimas se mezclaban con la angustia y el dolor de espalda. Las butacas, en sitios como aquel, parecían diseñadas especialmente para aumentar la crispación, como si los acompañantes no estuvieran sufriendo ya suficiente.

La habitación de Higinio estaba al final del pasillo y tenía la luz encendida.

Adela se acercó lentamente, con miedo a lo que se pudiera encontrar.

Kilian llegó antes que ella.

En la puerta, una mujer de mediana edad con un vestido granate y peinada

con un rodete puso cara de desaprobación al verla llegar.

Adela se sintió mal. Por primera vez desde que habían iniciado el viaje cayó en la cuenta de que su aspecto no era muy alentador. Su ropa estaba sucia y ajada; su pelo, ensalitrado y grasiento; su aliento, fétido. Era una salvaje que vivía en una cueva y había dejado de preocuparse por su físico. Para asistir a un acto en sociedad debería haber cuidado más los detalles y, en vez de eso, había utilizado un poco de agua dulce para adecentarse y poco más.

—¿Todo bien? —le preguntó Kilian a la señora.

Nayra, sin dejar de fruncir el ceño con desagrado, asintió.

—Sin novedad —le contestó—. Tu abuelo está despierto y no se ha muerto.

Adela sonrió y su sonrisa se llenó de dientes amarillentos.

—Esta es Adela —le dijo Kilian señalando a la mujer que le seguía.

Nayra asintió como si ya lo supiera y no hizo el menor amago de acercarse a ella o darle la mano.

Lejía. Desinfectante.

Higinio estaba a pocos metros de allí.

Adela nerviosa.

Unas ansias inmensas de ver a su amigo se apoderaron de ella en ese momento.

Al entrar en la habitación lo vio tendido en la cama, conectado a mil aparatos. Le sorprendió el poco bulto que hacía su cuerpo bajo las sábanas. Parecía como si parte de su materia se hubiera evaporado y solo quedara un despojo que retenía con fuerza férrea el último aliento.

—¡Higinio! —exclamó Adela emocionada.

Las dos mujeres que había dentro de la habitación la miraron al instante mientras el anciano se giraba y sonreía con felicidad. Había acritud, había rechazo. Se notaba que Abenaguara y su hija no deseaban que Adela estuviera allí. Aquella mujer parecía una pordiosera. Llevaba un chándal agujereado y seguro que apestaba. Olería mal. No entendían cómo habían permitido que alguien así entrara en el hospital y fuese a su habitación.

Higinio estaba pálido, débil, pero al verla, su rostro cambió por completo.

—Ha venido —susurró el anciano con voz pastosa—. Ha dejado el Porís por mí.

Adela, que no podía contener más las lágrimas, asintió mientras las dejaba fluir libremente por su rostro y le cogía las manos.

—Claro que sí, Higinio —le contestó emocionada—. Y haría mil cosas más por usted. No puede rendirse todavía, que nos quedan muchas estrellas que contemplar juntos.

CUATRO

La playa del Puerto de Tazacorte se encontraba en la desembocadura del Barranco de las Angustias rodeada de plataneras. Higinio y él habían acudido allí más de una vez para ver el atardecer juntos en sus visitas a La Palma. Solían tumbarse en la arena negra con una botella de vino y dejaban que pasara el tiempo, hablaban de lo mundano y lo divino y las carcajadas siempre los acompañaban. Ratos memorables. Momentos que jamás se iban a volver a repetir.

Ernesto Afonso lo esperó en la playa sin saber si acudiría. Se sentó en la arena con los pies descalzos y el corazón desnudo. Los nervios, los celos y la tristeza se apoderaron de él. Se mordía las uñas. Empezó por el dedo índice de la mano derecha y acabó arrancándoselas todas. El alma le sudaba. La camisa blanca que se había puesto se le adhería a la piel.

Los minutos pasaban. El segundero del reloj avanzaba lentamente como si una poderosa fuerza lo retuviera. Los ojos azules de Ernesto empañados. El disco dorado del sol comenzó a sumergirse en el mar y la esperanza de que Higinio apareciese se desvanecía. Se le escapó un suspiro, un suspiro cargado de pena y desesperación. La impaciencia lo corroía. Su pelo rubio era agitado por el viento mientras las olas se reían de él.

Ernesto cerró los ojos y recordó su aroma, la forma en la que olía Higinio cuando estaba cerca de él. Reconocería el perfume de su piel en cualquier parte, y la descarga eléctrica que sentía su cuerpo cuando sus dedos lo rozaban sin querer.

—Don Ernesto.

Su voz.

Era su voz.

Su voz lo había llamado mientras soñaba con su recuerdo.

El hombre abrió los párpados emocionado y lo vio.

Higinio estaba muy guapo. Llevaba un pantalón gris y una camisa beige. Las mangas remangadas. Llevaba dos meses sin verlo y se puso nervioso. No sabía cómo actuar. Se levantó del suelo y corrió a abrazarlo, pero el joven lo esquivó; no iba a permitirle que lo tocara, no estaba dispuesto a dejar que invadiera su espacio personal. Se apartó de él mostrando frío y hostilidad. Frío en el rostro. Frío en la mirada. Ernesto se sintió herido, pero entendía su comportamiento.

—Gracias por venir —le agradeció.

Higinio bufó malhumorado como si no quisiera verlo.

—No estoy aquí por gusto —le respondió—. No me ha dejado otra opción.

Traición.

Ernesto había usado malas artes para conseguir que acudiera y ahora pagaba las consecuencias. Higinio estaba enfadado y él le había dado motivos suficientes para que así fuera. Lo había chantajeado. Le había puesto por escrito que si no acudía, le contaría a todo el mundo que se habían besado.

—Tú tampoco me has dejado otra alternativa —le reprochó Ernesto—. No has contestado mis cartas y cuando he venido a verte, te has negado a quedar conmigo. No me siento orgulloso de lo que he hecho, pero si con eso he conseguido que estés aquí, ahora no me arrepiento.

Higinio levantó la cabeza y lo miró y, aunque intentó evitarlo, el hielo que cubría su rostro se derritió sin que pudiera oponer mucha resistencia. Se fundió como si lo hubieran puesto ante una llama incandescente y le mostraba de nuevo su antigua mirada, la del chico puro e inocente del que estaba enamorado.

Había miedo, tristeza y desilusión grabados en su retina.

Tenían muchas cosas que decirse, pero ninguno de los dos abrió la boca. Solo se miraron, dejaron que sus ojos se acariciaran y mantuvieran esa conversación que no podían mantener con palabras.

El tiempo se paró.

Se abrazaron sin tocarse.

Se besaron sin rozarse los labios.

Ante sus ojos pasó esa historia de amor que les correspondía y que les estaban arrebatando cruelmente. La vida que deseaban y que no les iban a dejar vivir.

Con la boda de Higinio y Abenaguara les robaban los atardeceres que contemplarían juntos en la Hacienda de Tazacorte, entre plataneras, con una buena conversación y una copa de vino; las mañanas que despertarían enredados en las sábanas y decidirían aguantar un poquito más en la cama para no separar sus cuerpos; los besos que se darían a escondidas y los que compartirían con grupos reducidos de la sociedad; los «te quiero» que pronunciarían en momentos destacados y otros espontáneos; los masajes en las piernas cuando estuvieran cansados; las cenas especiales por sus cumpleaños en las que siempre terminarían comiéndose a besos y devorándose los cuerpos en el sofá; los mimos; las discusiones; las malas caras; las reconciliaciones; miradas que dirían que eran el uno del otro; sexo salvaje; sexo amoroso; un par de polvos en la playa, de noche, con la piel llena de sal; miles de veladas con la cabeza de uno apoyada en el hombro del otro; sonrisas que brotarían espontáneamente de sus bocas; discusiones por el trabajo, por las tareas del hogar; sus lenguas abrazadas; los paseos al sol o bajo la lluvia; los debates después de comer sobre el último libro que habrían leído juntos; las risas; carcajadas por chistes que solo iban a entender ellos dos; sentirse amados; sentirse protegidos; sus manos agarradas en

los momentos difíciles…

Todas esas imágenes pasaron por sus cabezas y después se volatilizaron. El viento las arrastró, las elevó alto y las estrelló contra la arena haciendo que se deshicieran en añicos que fueron empujados hacia el mar y engullidos por las mareas.

Los peces se comieron esos momentos de felicidad que nunca iban a producirse.

Un cherne se llevó el último beso que Ernesto le daría antes de irse a dormir.

Un pulpo se quedó su mejor caricia.

Una estrella de mar se llevó adherida en una pata un «te quiero» que habría significado mucho en mitad de una discusión.

Higinio, viendo que se quedaba sin nada, se sintió muy desgraciado y empezó a llorar.

El viento lo despojaba de la alegría y solo le dejaba el sufrimiento.

Ernesto, al verlo tan apenado, no pudo evitar que las lágrimas inundaran su rostro.

Lloraron con rabia. Lloraron con pena. Lloraron con indignación.

Higinio no quería casarse.

Ernesto lo amaba, pero debía renunciar a él.

Tiempos difíciles. Tiempos despiadados. Tiempos complicados para el amor.

La tristeza recorriendo sus venas y bombeada a su corazón.

Dos hombres llorando en la orilla de la playa con los pies sumergidos en el agua mientras el sol se escondía y sus vidas se llenaban de oscuridad.

Era injusto.

Muy injusto.

Desde el Mirador del Time se percibía su pena.

La pena, cuando es tan grande, se vuelve física. Se convierte en una nube densa que no te permite apreciar lo que hay más allá de ella.

El amor no es malo, lo que es malo es odiar.

Dos hombres pueden amarse.

Dos mujeres también.

Nadie debería poner fronteras al amor.

Nadie debería acotar los sentimientos.

Ernesto, destrozado, alargó la mano para tocarlo e Higinio se apartó.

Miedo.

Pavor.

—En La Palma siempre hay ojos —susurró el joven con tristeza.

Ernesto quería abrazarlo, consolarlo, pero ni eso le permitían.

Higinio se moría por llorar en su pecho.

Pena.

Desolación.

Ni eso tenían permitido.

Ni hundirse juntos.

—No puedo perderte —balbuceó Ernesto mientras se secaba las lágrimas con la palma de la mano.

Higinio suspiró con desolación mientras las primeras estrellas invadían el cielo.

—Ya me has perdido —le contestó—. Y da igual lo que yo sienta: lo nuestro es imposible.

Imposible.

¡Imposible!

—¡Escápate! —le rogó Ernesto desesperado—. Vente conmigo a Tenerife. Vamos a empezar una vida nueva.

El joven, que deseaba con toda su alma que aquel sueño de ambos se hiciera realidad, sonrió con tristeza.

—No puedo —le respondió—. Tendríamos que pasarnos la eternidad escondidos y me da pánico pensar en las consecuencias que tendría para mi familia. Don Tinguaro nunca los dejaría en paz y no es alguien a quien convenga tener de enemigo.

Siempre pensando en los otros.

Siempre pensando en los demás.

Higinio era bueno, cándido, puro.

Demasiado piadoso para esa sociedad.

Higinio lloraba y Ernesto no podía parar.

El sol estaba ocultándose. Se les acababa el tiempo.

—Dame una noche —le suplicó Ernesto destrozado—. Solo eso, una noche. Luego desapareceré y tu podrás casarte con Abenaguara y guardar las apariencias, pero nos merecemos una noche. Solo quiero sentir una vez lo que nos están quitando. Si me van a quitar la felicidad, déjame aunque sea un recuerdo al que poder aferrarme cuando esté solo en la cama.

Miedo. Terror.

Ambos lo querían.

Ambos lo deseaban.

Higinio arriesgaba mucho, demasiado.

Se casaba el domingo y estaban a viernes.

Las olas rompiendo en la orilla.

Ganas de besarlo.

Ganas de besarlo y huir con él.

—Mañana en el Porís a las nueve —dijo Higinio arrepintiéndose al instante —. En invierno no se queda nadie a dormir, pero, por favor, asegúrese de que no le sigue nadie. Nos jugamos demasiado.

Ernesto llorando asintió emocionado.

Una noche, solo le pedía una noche, aunque, por desgracia, hasta eso les sería arrebatado.

CINCO

La papada de Abenaguara temblaba de indignación mientras recorría el pasillo del hospital de arriba a abajo. Estaba irritada, cabreada, ¡furiosa! Agitaba los brazos haciendo aspavientos y soltando exabruptos que solo ella podía escuchar. La espalda le sudaba. Tenía palpitaciones. No quería montar un espectáculo, pero no podía creer lo que estaba sucediendo. Higinio le había pedido que lo dejara solo con Adela porque tenían que hablar. ¡Solos! ¿Podéis creerlo? ¡A ella! ¡La había echado de la habitación! Como si no fuese suficiente vergüenza que hubiera solicitado que fueran a buscarla al Porís. ¡Adela no era de la familia! Si alguien en los Llanos se enteraba de aquello comenzarían las habladurías. ¡Aquello no era normal! ¡Era una ofensa! Su marido moribundo deseaba hablar a solas con una pordiosera. ¿Qué tendría que contarle el viejo cascarrabias a aquella mujer? ¿Y por qué su esposa no podía enterarse? ¿Es que acaso aquella vagabunda era más importante que su familia?

—¡Ni hablar! —había gritado cabreada cuando se lo había pedido—. Yo no me muevo de aquí, y mucho menos te voy a dejar solo con esta desequilibrada.

Desquiciada.

Adela era consciente de que su aspecto y su comportamiento no eran muy comunes.

Avergonzada, dio un paso atrás y deseó esconderse en el baño, pero no lo hizo.

Higinio, en su lecho de muerte, intentó incorporarse para protestar, pero Kilian intercedió por él e impidió que lo hiciera.

La luz del fluorescente parpadeando en el pasillo.

La muerte esperando pacientemente en un rincón.

El gotero alimentando la vía que tenía puesta en el brazo.

—Abuela, por favor —la cortó su nieto—. Serán solo cinco o diez minutos. Déjalos que se despidan.

Abenaguara, que seguía sin entender por qué una desconocida debía tener turno y espacio en un momento tan doloroso e íntimo, frunció el ceño y volvió a negar con la cabeza.

—¡Que no! —insistió—. Mi marido se está muriendo y yo debo estar a su lado. No me voy a ir de aquí. Si quiere decirle algo a esta mujer, que se lo diga delante de mí.

Tozuda.

Abenaguara siempre había sido muy tozuda.

Tozuda como una mula.

Tozuda, obstinada, testaruda.

Nayra, que había entrado de nuevo en la habitación, se puso junto a su madre e Iballa y la custodiaron como si fuesen dos guardaespaldas. Siempre se ponían de su parte. Siempre fue así. El bando femenino de aquella familia se unía para hacer frente común a las propuestas de Higinio.

Adela se sintió ridícula, realmente no sabía qué hacía allí. El anciano quería hablar con ella, pero ella no era nadie, no pintaba nada. Abenaguara tenía razón. Higinio se moría, debía dejarles intimidad, no causar problemas. Ir al hospital había sido una equivocación. Debía haberse quedado con Adrián en el Porís.

Su niño.

Su niño.

Esperaba que Jonás hubiera llegado pronto y lo estuviera cuidando. Lo había llamado tres veces y tenía el teléfono apagado. Le habría encantado estar presente en el reencuentro. Ver cómo los ojos de su marido se emocionaban y lo

apretaba contra su pecho. Con solo pensar en ello le entraban ganas de llorar. Jonás y Adrián estaban juntos y ella estaba asistiendo a un espectáculo que no le correspondía.

—Quizá es mejor que me vaya —musitó Adela desconcertada.

Kilian puso los brazos en jarra y protestó.

—¡Abuela! —le gritó con malos modos—. ¿Es que ni en estos momentos vas a respetar los deseos de mi abuelo? Hoy no te toca a ti ser la protagonista —le riñó—. Aunque te joda, le toca a él. Así que haz el favor de callarte y hacerle caso de una vez. ¡Se está muriendo, joder! ¿No te parece un motivo suficiente para hacerle un favor?

Abenaguara bufó.

Le ofendía enormemente la forma en que su nieto le había hablado. ¡Y delante de aquella desconocida! De buena gana le habría dado un guantazo. Kilian siempre se ponía de parte de su abuelo, estaba acostumbrada, pero esta vez, aunque le jodiera, tenía razón. Vencida y furiosa, agarró el brazo de sus hijas y se dio la vuelta.

—¡Vamos fuera a que me dé un poco el fresco! —gruñó—. Que en esta habitación huele mal —protestó mirando a Adela— y necesito airearme para asumir esta falta de respeto.

SEIS

Ernesto se puso un pantalón negro y una camisa del mismo color. Quería perderse en la oscuridad, camuflarse en la noche, convertirse en una sombra y no llamar la atención.

Higinio y él habían planeado que iría al Porís cuando ya hubiera anochecido. No subirían ni bajarían juntos. Extremarían las precauciones.

En La Palma siempre hay ojos. Había que esquivarlos.

Miedo. Pavor. Se jugaban demasiado. Si alguien los veía juntos por aquellos parajes habría terribles consecuencias. Higinio se casaba al día siguiente, todo estaba preparado para la boda. Si don Tinguaro sospechaba que su yerno estaba haciendo algo inapropiado, no dudaría ni un segundo en aplastarlo con sus propios dedos.

«¿Sabes lo que le hacemos a los que son como tú? Los encerramos en la cárcel, los hartamos de hostias para que confiesen el nombre de más sarasas de la zona y, una vez que han cantado, los tiramos al mar vivos en un saco cerrado. Algunos se cagan encima. Mientras se hunden siempre lloran como nenazas y se pueden escuchar sus gritos de maricones pidiendo auxilio a kilómetros a la redonda. Dais pena. Dais pena y asco».Ernesto Afonso Lorenzo no estaba acostumbrado a caminar solo por los desfiladeros. Siempre iba guiado. Siempre iba acompañado. Él era un hombre de ciudad, no de campo. Temía equivocarse, desorientarse, torcerse el pie y caerse por un acantilado. Tenía muchos temores, pero lo que más le asustaba era no llegar al encuentro.

—Todo esto lo hago por ti, Higinio —repetía en voz baja, como si necesitara escucharlo—. Te quiero tanto que por ti soy capaz de todo.

Sus zapatos brillantes llenándose de tierra.

El camino de descenso al Porís era inclinado y vertiginoso.

Ernesto había dejado su todoterreno en Tijarafe para no despertar sospechas.

Varios kilómetros a pie.

La luna y las estrellas sonriéndole hasta que unas sombrías nubes de tormenta cubrieron el cielo. Una gota. Dos. Una suave lluvia cayéndole sobre el rostro y haciendo resbalar sus pasos. Ernesto maldijo su mala suerte. Era lo único que le faltaba para que todo aquel trayecto fuese más arriesgado.

El hombre llevaba en su mochila pan, queso, vino y algo de fruta: lo necesario para una cena romántica. Pesaba mucho, demasiado.

Las suelas de sus zapatos pisando la grava del suelo.

Ernesto andaba y lloraba. Sus lágrimas se mezclaban con la lluvia. Aunque debía estar contento porque se iba a encontrar con su amor, no podía evitar pensar que sería el último encuentro. En menos de veinticuatro horas, Higinio se convertiría en un hombre casado y estaría para siempre fuera de su alcance.

Lo comprendía. Entendía que Higinio no tenía otra opción. No se podían fugar porque las represalias a su familia serían tremendas. No hacía mucho, a un vecino de Tazacorte lo acusaron de comunista. Le habían puesto un saco en la cabeza y le habían dado una paliza entre cuatro que lo había dejado medio muerto.

Higinio quería proteger a sus padres, pero ¿quién lo defendía a él?

Sacrificarse.

Sacrificarse por todos.

Renunciar al amor.

Renunciar a la dicha.

Esa sería la única ocasión que tendrían para estar solos.

Nunca más volverían a estar juntos.

En la playa de Tazacorte habían estado diez minutos llorando sin atreverse a rozarse.

¡Lo quería! Dios sabía que lo quería y se lo estaban arrebatando.

¡Qué injusta era la vida!

¡Qué cruel!

¿Por qué el Régimen prohibía su historia de amor?

¿A quién le hacían daño?

La cuesta de bajada al Porís retorcida como una serpiente.

El viento soplando y arrancando las lágrimas de su piel. Debía ser fuerte. Debía ser valiente. Era afortunado por haberlo conocido y los recuerdos que crearan esa noche les pertenecerían para siempre a ellos dos.

La lluvia arreciando.

Ernesto estaba demasiado ocupado intentando no caerse como para darse cuenta de que lo estaban siguiendo.

Dos sombras.

Dos sombras agazapadas que se aproximaban a su presa.

Ernesto avanzaba sin ser consciente de que el peligro que se cernía sobre su cabeza era peor que el precipicio.

Sus acechadores acercándose. Rondándolo. Rodeándolo. Estando cada vez más próximos a él, buscaban el momento idóneo para interrumpir su camino. Un tramo estrecho donde le resultara imposible huir.

La luna tapándose los ojos para no verlo.

Las armas que portaban ocultas en su cintura.

—¡Alto ahí! —gritó una voz.

Ernesto, que en un primer momento no lo oyó, porque confundió el mandato con el viento, continuó andando y la persona que le había dado la orden insistió furiosa de un modo más autoritario.

—¡Alto ahí o te reviento los sesos! —insistió.

El hombre, que esta vez lo escuchó con claridad, sintió como se le paraba el corazón. Pensaba que estaba solo en aquel entorno, pero alguien desconocido lo había seguido hasta allí y no con buenas intenciones. Estaba en mitad del monte, lejos de todo y cerca de nada. La cuesta que dirigía al Porís bajo sus pies. Si lo que pretendían era atracarlo lo iban a tener fácil. No tenía con qué defenderse ni oponer resistencia. Se llevarían su dinero, se llevarían la bolsa con la cena romántica… Ernesto se maldijo por tener tan mala suerte. Había sido un iluso al pensar que iba a ser capaz de llegar hasta allí sin dejar rastro. Él era un hombre de ciudad, no de campo.

El miedo y el terror lo hicieron actuar irracionalmente. Lo lógico habría sido hacerle caso a la voz que le chillaba, pero Ernesto estaba demasiado aterrado como para pensar, así que de forma totalmente irreflexiva, en vez de pararse, empezó a correr presa del pánico.

—¡Me cago en la puta! —masculló su asaltante—. ¡Corre, Aurelio! ¡Corre! ¡Que se nos escapa el violeta!

SIETE

Cuando se quedaron a solas, Adela fue realmente consciente de lo mal que se encontraba su amigo; una cosa era que se lo contaran y otra muy distinta, verlo en directo. Higinio estaba pálido, apagado y la luz del fluorescente del techo no ayudaba a darle color a su semblante. Varias máquinas ruidosas pitaban a su alrededor. Tenía cables, agujas y ventosas por todas partes. Su corazón palpitaba, pero cada latido era un sufrimiento para él. Los dolores lo acorralaban. El dolor le había dejado una huella imborrable en la piel.

Adela se sentó a su lado, en la butaca que antes ocupaba Abenaguara. Los ojos vidriosos del anciano, agradecidos, la miraron con ternura. La mujer le cogió la mano y durante unos segundos ninguno de los dos habló. Habían compartido tantos silencios que la quietud los mantenía unidos más que nada en el mundo. Una lágrima cayó por la mejilla de Adela y él, para animarla, decidió bromear, aunque cada palabra que le salía de la boca le suponía un gran esfuerzo.

—Aunque reconozco que la morfina no está nada mal, mataría por una calada de mi pipa —soltó Higinio.

Adela se rio y suspiró consciente de que aquellos momentos que habían compartido no iban a repetirse nunca.

—Y yo por estar con usted en el muelle repasando el nombre de todas las constelaciones —le respondió.

El anciano asintió. Ambos cerraron los ojos con las manos agarradas. Conectaron por el tacto de la piel y sintonizaron la misma emisora de los recuerdos. El hospital desapareció para los dos en ese instante y, mientras continuaban con los párpados bajados, la habitación se llenó de humedad y sabor a mar. Higinio ya no estaba postrado en una cama, sino en una silla de plástico en el Porís; Adela junto a él. La entrada de la cueva, con la forma de la

Isla Bonita, ante los dos. Los acariciaba un firmamento de estrellas brillantes engalanado para la ocasión con cometas veloces de todos los colores. Un espectáculo majestuoso en honor de ellos dos. Gas, plasma y rayos ultravioleta. Destellos de todos los tamaños. Planetas dorados. Sus manos apretándose, acariciándose, sabiendo que aquella exhibición les pertenecía, que era producto de su imaginación y del cariño que sentían el uno por el otro. Higinio se moría, pero siempre vería su rostro en las estrellas.

—Dígame, Adela, ¿usted cómo ve el cielo? —le preguntó el anciano reviviendo una conversación que ya habían mantenido.

La mujer, que abrió los párpados y solo veía el fluorescente del techo y el rostro de la muerte acechándolos, mintió.

—Es precioso —le respondió con las mejillas cubiertas de lágrimas.

Higinio sonrió con los ojos cerrados.

—Tiene suerte, Adela —prosiguió—. Eso significa que Dios ha escrito una vida maravillosa para usted.

La mujer se aproximó a él y puso la cabeza en su hombro. Su respiración era densa, entrecortada, y olía a Betadine y formol.

—¿Y el suyo? ¿Cómo es? —le preguntó.

El anciano, sin dejar de sonreír, le acarició el cabello.

—Yo ya no veo estrellas —le contestó el anciano con una tranquilidad absoluta—. Mi cielo se ha apagado y solo veo el punto final.

La muerte levantándose del suelo y paseando por la habitación.

Los dos amigos permanecieron un rato abrazados y en silencio escuchando el sonido imaginario del mar. Estaban cerca del Porís e infinitamente lejos a la vez. Higinio se moría. Adela había ido a decirle adiós, pero se quedó sin

palabras. Es complicado despedirse de alguien de quien no quieres separarte.

El gotero con el sedante cayendo y los dedos de Higinio entrelazándose con los de ella.

—Adrián ha aparecido, Higinio —soltó por fin como si no pudiese contener por más tiempo su secreto—. Está en mi casa, en el Porís, y se encuentra bien. Le pido disculpas por no haber estado más pendiente de usted estos días, pero mi niño apareció y mi vida se redujo a él.

El rostro del anciano se enturbió. En unos segundos pasó de la sorpresa a una inmensa preocupación. Aunque se alegraba infinitamente por su amiga, no terminaba de creerse lo que le estaba contando. Aquello era muy extraño. Los Cuerpos de Seguridad habían dejado de buscarlo hacía meses y les habían dicho que la probabilidad de que apareciese con vida era muy baja, casi nula; debían asumir su pérdida, su muerte, pero Adela se había negado.

¿Vivo? La mujer parecía muy convincente y eso, más que animarlo, le hacía dudar de su cordura.

—¿Está segura, Adela? —le preguntó angustiado.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló. De cualquier otra persona le habría dolido que pusiera en duda sus palabras, pero viniendo de Higinio, no le afectó. Sabía que el anciano no se lo decía para acusarla, sino porque se preocupaba por ella, y no podía juzgarlo, pues hasta ella misma había llegado a desconfiar mil veces de que Adrián realmente hubiera vuelto.

—Sí —le contestó ella emocionada—. Es él, Higinio, y Jonás está ahora mismo en el Porís cuidándolo.

Al oír que su esposo también estaba allí, el anciano sintió alivió y se llenó de alegría. Si lo hubiera visto ella sola seguiría dudando, pero estando también

Jonás implicado, las cosas cambiaban considerablemente. ¡Había aparecido! ¡Adrián había aparecido y estaba vivo! ¡No podía estar más feliz! Adela se merecía que su historia terminara bien y a él le llenaba de gozo que fuera así.

Lloró.

Lloró como un niño al escuchar a su amiga y sintió su dicha como propia.

La abrazó, la besó y se olvidó del resto.

—No sabe cuánto me alegro de escuchar algo así —le confesó el anciano mientras las lágrimas encharcaban las arrugas de su piel—. No podía morirme pensando que se quedaba sola. Me hace muy feliz, Adela. Este es el mejor regalo que podía hacerme.

Júbilo, alborozo.

Habían pasado tantas horas sufriendo juntos que era justo que lo hiciese partícipe de su alegría. Higinio era la segunda persona a la que le contaba que su pequeño estaba vivo. Su corazón palpitaba con fuerza mientras le besaba las mejillas y lo apretaba contra su pecho. Importante. Higinio había sido muy importante para ella esos últimos meses y ahora ese sostén le fallaba.

—No estés triste por mi marcha —le susurró el anciano—. Ya no me necesitas. Ahora debes irte del Porís y rehacer tu vida.

*«*Virgen de Candelaria, dame fuerzas*».*

*«*Yo soy su único apoyo y, si falto, me da miedo de lo que pueda hacer*».*

*«*Cuando Adela recupere la sonrisa, llévame, pero ahora mismo, permíteme que la cuide*».*

Adela se secó las lágrimas y asintió.

—Cuando morimos, nuestro cuerpo se descompone y no queda nada de lo que fuimos, solo nuestro recuerdo —le recordó la mujer—. Si conseguimos que

alguien piense en nosotros más allá de la vida, no desaparecemos jamás.

Higinio mirándola.

—Yo pensaré en usted constantemente —le prometió Adela—. Le hablaré de usted a mi hijo. Su recuerdo no se borrará nunca.

OCHO

—¡Me cago en la puta! —masculló irritado—. ¡Corre, Aurelio! ¡Corre! ¡Que se nos escapa el violeta!

Violeta.

Sarasa.

Maricón.

Una sola palabra saliendo de aquellos labios borraba automáticamente la grandeza de don Ernesto y lo convertía en una presa. Desaparecían su historia, sus méritos y su pedigrí. Lo deshumanizaba, lo deshonraba, lo transformaba en un animal asustado que corría monte abajo lleno de miedo y con el sabor de la muerte adherido al cielo de la boca. Ese simple calificativo le daba permiso a aquellos dos degenerados para hacer con él lo que quisieran.

Los maricones no eran nadie, no eran nada; eran la vergüenza del país. Eran seres indeseables que atentaban contra la Iglesia católica y la santísima moral de la patria.

España una, grande y libre.

¡Arriba España!

El Águila de San Juan ondeando en la bandera franquista.

Solo estaban haciendo limpieza. Don Ernesto y su desviada conducta eran una mancha vergonzosa para el impecable expediente de un país que tenía su historia reciente escrita con sangre de inocentes de ambos bandos.

—¡No corras, violeta, que te vamos a coger!

Sus zapatos de charol escurriéndose en la tierra mientras descendía a toda velocidad. Los puños apretados. El rostro tenso.

Ernesto no sabía qué haría cuando llegara al final del camino. No podía entrar

en el Porís y exponerse a que encontraran a Higinio. Quizá si se lanzaba al mar pudiese llegar nadando a una costa alejada. Él era muy bueno en natación. Sus clases en el club náutico podían darle buenos resultados.

—¡Mira cómo corre la maricona! ¡No huyas! ¡Para! ¡Que te vamos a dar lo tuyo! ¡Que sabemos lo que te gusta!

Indignado.

Impactado.

Ernesto Afonso Lorenzo no entendía cómo podían hablarle así. Con un simple apelativo le habían quitado sus galones y su ascendencia. ¿Es que no sabían con quién estaban tratando? Por un segundo pensó en quedarse quieto y explicar quién era, pero después reflexionó: aquellos dos energúmenos no parecían dispuestos a atender a razones y parecía que les daba igual quiénes fueran sus padres. Uno se llamaba Aurelio y el otro… El otro no sabía quién era, pero juraría que había reconocido su voz. Si no tuviese tanto miedo en esos momentos habría echado la vista atrás para reconocerlo, pero no podía perder ni un segundo en la huida.

Un tiro al aire.

Un tiro saliendo de un revólver hizo que se le paralizara el pulso.

Aquello no era un juego.

Ese disparo lo cambiaba todo.

No iban a robarle.

Iban a cazarlo.

Iban a matarlo.

Ernesto Afonso Lorenzo se había convertido en un maricón que corría por el campo al que había que volarle los sesos.

Pervertido. Depravado.

Nefando pecado sodomítico.

Las lágrimas que salían de sus ojos se hicieron más intensas. Probablemente no saliera vivo de allí.

Miedo. Pavor.

El pánico le hizo tropezar.

Sus zapatos de charol chocaron con una piedra y cayó al suelo.

Su rostro se llenó de barro y su ropa también.

Lo siguiente que sintió fue una patada en el costado. Una bota sucia y estropeada le pisó la cara. Alguien le escupió desde arriba. Las gotas de lluvia seguían cayendo y el primer relámpago cruzó el cielo.

—El maricón ha dejado de correr.

Su voz.

Aquella voz.

Ernesto Afonso Lorenzo había hablado más de una vez con él. Lo tenía claro: ese hombre no era un desconocido.

—¡Levántate! —le ordenaron.

El preso, tembloroso, se puso de rodillas e intentó incorporarse. El golpe que le habían dado en el estómago dolía; probablemente le habían fracturado una costilla.

La ropa manchada, la honra también.

El rostro cubierto de barro y sangre.

Un segundo relámpago iluminó el cielo y entonces lo vio. Vio el rostro del segundo asaltante que le resultaba familiar. No se equivocaba, no se engañaba.

Sabía perfectamente quién era.

—Eustaquio, por favor… —balbuceó.

El capataz de la cuadrilla que trabajaba en sus tierras sonrió. Sonrió con la sonrisa más maligna y pérfida que podía dibujarse en su rostro. Su cara era la misma, pero a la vez totalmente distinta. Parecía que el poder y el odio la habían transformado por completo. Ernesto no era consciente de que su encargado albergara tanto rencor. Él pensaba que se portaba bien con ellos. No entendía de dónde venía esa inquina.

—Buenas, don Ernesto —le contestó con sorna—. Parece que esta vez va a ser usted el que haga todo lo que yo le diga.

El hombre se quedó desconcertado y no supo qué contestar.

Eustaquio se aproximó a él para disfrutar de su miedo. Por una vez, era él el que vestía de limpio y su jefe el que estaba cubierto de barro. Los papeles se invertían. El poderoso lloraba y el muerto de hambre empuñaba un revólver con el que le podía volar los sesos.

—Eustaquio, por favor —insistió—. Nos conocemos de muchos años. Siempre he ayudado a su familia.

Limosnas.

Ayudar no es dar limosnas a los pobres; ayudar es cambiar el orden social.

Es fácil colgarse una medalla dándoles un sobresueldo a los jornaleros cuando se nada en la abundancia.

Su espalda dolorida.

Años trabajando en la plantación para que don Ernesto pudiera seguir llevando su vida privilegiada en Tenerife, tomando café con los poderosos.

El hermano de Eustaquio perdió tres dedos podando con un machete una

platanera y, cuando intentó incorporarse al trabajo, le dijeron que ya no lo querían porque era más lento que antes. Eran otros tiempos, otras normas, había menos protección y menos coberturas. Un trabajador lisiado no era apto para trabajar, por lo que su familia tenía problemas para poder comer.

Las condiciones de trabajo no eran óptimas. Soportaban calor. Soportaban viento. Soportaban lluvias. Cada callo que el capataz tenía en las manos sería un golpe que ahora le daría en la cara.

—Eustaquio, por favor…

El encargado se acercó a él y, en vez de decirle nada, le lanzó un denso escupitajo que le resbaló por la mejilla y le llegó hasta la boca.

—Maricón —le dijo—. Maricón.

Lágrimas.

Ernesto no entendía nada.

Aquellos dos hombres lo habían seguido, golpeado, humillado y lo retenían en mitad de la noche.

Higinio lo estaría esperando con la mesa puesta. Estaría feliz, ilusionado, ajeno a lo que estaba ocurriendo.

Las piernas le temblaban.

Una tercera silueta, que había estado oculta desde el principio, se aproximó a él. La gelidez de su mirada lo atravesó. Por su actitud y su uniforme, entendió al instante que era el que mandaba. La lluvia seguía empapando la escena. Ernesto lloraba y estaba a punto de orinarse encima.

La sombra del tricornio a sus pies.

Don Tinguaro, satisfecho, se aproximó a él y, sin mediar una palabra, levantó el brazo y le dio un puñetazo en la mandíbula que lo tiró al suelo.

Vulnerable. Herido.

Por su posición social, Ernesto siempre había pensado que estaba protegido y que era ajeno a situaciones como aquellas. Más de una vez había escuchado historias sobre homosexuales que sufrían todo tipo de penurias. Incluso le habían contado alguna vez cómo eran violados en las cárceles o mutilados en los campos de concentración. ¡Pero él no tenía miedo! Esas cosas les ocurrían a hombres que no gozaban de su estatus; él tenía dinero, amigos y contactos, y todo eso lo protegía.

Una patada en la cabeza lo devolvió a la realidad.

El dolor fue horrible. El oído le zumbaba como si le hubieran reventado el tímpano. Un reguero de sangre manchó el suelo. Sus uñas clavadas en la arena.

—Por favor… —suplicó.

Los tres hombres se pusieron a su alrededor. Eustaquio lo miraba divertido y disfrutaba mucho de la situación.

—Tengo dinero, mucho dinero —balbuceó—, más del que nunca habéis soñado. Puedo pagaros si me dejáis en paz. Si me protegéis puedo daros tanto oro que nunca más, ni vosotros ni vuestra familia, volveréis a pasar penurias.

Don Tinguaro se agachó hasta donde estaba y sus manos fuertes e hirientes le rodearon el cuello. Apretó al principio levemente y después más, hincándole los dedos en la carótida hasta que se puso morado. A Ernesto lo pilló desprevenido. No imaginaba que su final fuera a llegar tan pronto. Falta de aire. Pataleó. Intentó golpearlo sin resultado. Sentía que la vida se le escapaba mientras el guardia civil lo miraba fijamente con repugnancia. Barro en la cara. Barro en la ropa. Barro en el alma. Las gotas de lluvia mojándolo mientras estaba a punto de exhalar su último aliento. Se moría. Ernesto se moría y lo último que iba a

ver era el asco reflejado en las pupilas de su enemigo.

—Tu dinero no nos vale, violeta —le dijo don Tinguaro—. No queremos nada que hayan tocado tus sucias manos.

El guardia civil se incorporó y lanzó su presa al suelo. Lo dejó tosiendo, resollando y con el rostro enrojecido cubierto de lágrimas.

Morir.

Ernesto había pensado que iba a morir.

El hombre se puso en posición fetal en el lodazal para intentar protegerse hasta que una nueva patada le hizo tumbarse en decúbito supino.

—¡Desnudadlo! —ordenó don Tinguaro, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Aurelio y Eustaquio, como dos hienas carroñeras que hubieran estado esperando a que el león dejara de atacar para disfrutar de los despojos, se lanzaron sobre él y con sus infectas manos empezaron a arrancarle la ropa sin desabrochar los botones. Girones de tela negra arrastrados por el viento. Sus fétidos alientos a *whisky* barato sobre su rostro. El pudor llegó cuando le quitaron los calzoncillos y se quedó con el miembro viril al aire.

¿Qué iban a hacerle? ¿Violarlo? ¿Castrarlo? Ernesto no lo quería pensar. Estaba tan aterrado que lo único que deseaba era que le hicieran ya lo que habían venido a hacer y lo dejaran tranquilo. Que jodieran su vida de una vez para poder recomponerla y salir arrastrándose de ese monte donde la tortura se había convertido en su amiga.

Un nuevo relámpago iluminó el cielo mientras don Tinguaro se puso ante él. El guardia civil le había pedido a Eustaquio hacía unos días que lo avisara si se enteraba de que su jefe volvía a la isla. Temía que aquel sarasa intentara hacer

algo antes de la boda de su hija; su olfato nunca lo engañaba y desde que había llegado a La Palma, lo había estado siguiendo como seguía el rastro de los alzados en la cumbre.

—¡Ponte a cuatro patas, maricón! —le chilló.

El pudor y la vergüenza eran más débiles que el miedo. No tuvo valor para protestar ni para enfrentarse a ellos. Ernesto, temblando, decidió que debía abandonarse a su suerte porque de nada serviría luchar. Eran tres contra uno y cada uno de ellos tenía el triple de masa muscular que él. Conocían la zona y él no. Aunque corriera, en el estado que estaba jamás lograría escapar.

Violaciones. En los módulos específicos para homosexuales de las cárceles se producían violaciones. Decían que los propios carceleros vendían los cuerpos de los gais a otros presos por sacarse unas monedas.

Los violetas no eran nadie, no eran nada. Las leyes no los protegían; podían hacer con ellos lo que quisieran.

Golpear para reformar.

Humillar para curar.

Todas aquellas vejaciones llevadas a cabo por sádicos formaban parte de un plan divino que había ideado Franco para purificar sus almas y convertirlos en buenos cristianos.

Miedo. Dolor.

Ernesto a cuatro patas sobre un charco de barro con el cuerpo lleno de sangre y magulladuras, esperando a que hicieran con él lo que quisieran.

No eres nada.

No eres nadie.

Las lágrimas le caían mientras las tres sombras que lo rodeaban se reían.

Maricón. Desviado. Violeta.

Eustaquio se desabrochó la bragueta y sacó su flácido miembro.

Ernesto pensó que se moría.

Ante la atenta mirada de sus acompañantes, el capataz, entre bromas, empezó a mearle en la cara y le puso el revólver en la sien.

—¡Abre la boca o te vuelo la cabeza! —le gritó.

Lo obligó a beberse su orina.

Desprecio. Ofensa.

Lo obligó a que le entrara el pis en la boca y después en la garganta.

Orín caliente, inmundo, pestilente.

Vejación. Menoscabo.

Las náuseas apoderándose de él mientras Eustaquio y sus amigos disfrutaban del espectáculo.

Desnudo.

Su piel blanquecina bajo la luz de la luna.

Una profunda arcada le vino de improviso y Ernesto estuvo a punto de vomitar.

La meada de Eustaquio parecía que no iba a acabar nunca.

—Traga, puta —le chillaba su capataz divertido—. Y como devuelvas te obligo a comerte el vómito del suelo.

Don Ernesto rogaba.

Don Ernesto suplicaba.

Sus rodillas se hundían en el barro y sus manos también.

Su dignidad enterrada.

Eustaquio disfrutaba haciendo alarde de su poder.

Ernesto pensó en las veces que lo había visto por la mañana cuando iba a visitar las plataneras. Siempre había sido amable con él. Siempre le había hablado bien y le había concedido lo que le pedía.

Dale poder a un humano y perderá su humanidad.

¿Por qué lo detestaba? ¿Era por su posición? ¿Era por su dinero? Lo odiaba por lo que representaba con independencia de cómo se hubiera portado con él.

Las últimas gotas de orín escurriéndole por la barbilla.

—Y ahora, cómemela —le ordenó con voz tajante—. Déjamela bien limpia.

La luna se tapó los ojos para no mirar.

Dos enormes lágrimas cayeron al suelo mientras el pestilente miembro de su capataz entraba en su boca. Eustaquio estaba empalmado. Lo excitaba la vejación. Lo excitaba el miedo. Ernesto lloraba. Lo forzó a metérsela. Lo obligó a chupársela. Y mientras succionaba obediente, con el alma desgarrada, su capataz agarró a don Ernesto por los pelos y, mientras tiraba con fuerza de su melena doraba, le pegó el pubis a la cara con una brutalidad excesiva para que su pene le golpeara en la garganta.

—Traga, puta, traga, y ni se te ocurra sacarla.

Don Ernesto sufría, don Ernesto se arrastraba.

Las risas y los insultos de sus asaltantes se le clavaban en la piel.

El hombre dejó de pensar, dejó de sentir.

Su casa con todo lujo de comodidades lo esperaba en Santa Cruz de Tenerife y él estaba siendo violado en un monte en La Palma. Todo por amor. Todo por

Higinio. Quizá debía haber renunciado a ser feliz y haber seguido a pies juntillas los mandamientos del Régimen.

España una, grande y libre.

¡Arriba España!

Los maricones no sois nada, no sois nadie.

Eustaquio le eyaculó en la boca. Lo escuchó gemir. El placer proporcionado por el dominio era incluso mayor que el que le provocaba la presión de sus labios. Le dio una hostia cuando terminó para dejar claro quién mandaba allí y le rompió un diente. Lo escuchó crujir. El sabor de la sangre mezclado con el del semen. Ernesto lloraba y había dejado de sentir.

Don Tinguaro, en segundo plano, sonreía. Disfrutaba viéndolo así. Hundido. Avergonzado. Quebrado. Sabía que, aunque saliera con vida de aquello, Ernesto jamás lo contaría. Era una vergüenza. Una deshonra. Ese violeta estaba aprendiendo la lección.

«Traga, puta, traga, y ni se te ocurra sacarla».

Ernesto Afonso Lorenzo se quedó tumbado en el suelo mientras los relámpagos le iluminaban el rostro. Sus ojos habían dejado de llorar. Abrazaba el barro como si intentara esconderse en él. Estaba dispuesto a cavar su propia tumba si con eso lograba que no lo volvieran a tocar. Sus piernas ya no temblaban. Había dejado de suspirar.

El guardia civil se aproximó a él y le susurró al oído.

—Ponte de pie, escoria.

Ernesto intentó incorporarse y se cayó. Las piernas le fallaron porque no soportaban el peso de su cuerpo. Eustaquio aprovechó para pisarle de nuevo la cabeza y hundírsela en el lodo. Se quedó así. Parado. Dejó de luchar. Permitió

que el fango entrara en sus pulmones y en su boca. Estaba desnudo. Su piel blanquecina, llena de golpes, resaltaba a la luz de la luna. La lluvia lavaba sus heridas. La muerte le acariciaba la frente y lo invitaba a que se fuera con ella.

Higinio.

El recuerdo de Higinio volvió a su mente y eso lo hizo reaccionar.

El joven iba a casarse al día siguiente con la hija de esa mala bestia.

Debía protegerlo.

Debía luchar.

El amor es más fuerte que el miedo y la barbarie.

Sacando fuerzas de donde no las tenía, hincó una rodilla en el suelo y se levantó. Su cara estaba llena de cieno y rencor. Don Ernesto estaba enfadado, furioso. Había pasado de ser una presa vulnerable a un toro bravo con varias banderillas clavadas, dispuesto a luchar por su vida antes de que le dieran la estocada final.

—Mis padres conocen a gente muy cercana al Generalísimo —dijo por fin—. Todo esto que me estáis haciendo no quedará impune. Cada golpe que me habéis dado lo sufriréis en vuestras carnes multiplicado por mil.

Don Tinguaro, que ni siquiera pestañeó por sus amenazas, le dedicó una sonrisa.

—¿De verdad piensas que el Caudillo defenderá a un violeta? —le respondió con sorna—. Tus padres harán lo posible por ocultar lo que ha ocurrido y que no se sepa que a su hijo lo han hartado de hostias por estar comiendo pollas en La Palma. Dirán que has tenido un accidente o que te lo has hecho tu solo porque no soportabas mirarte al espejo y te sentías culpable de tu abominable desviación. Tú no tienes derechos. ¡No eres nada! ¡No eres nadie! Eres una

vergüenza para el linaje y para la patria.

Un relámpago y, acto seguido, un trueno.

Don Ernesto se estaba enfrentando a don Tinguaro, aunque sabía que tenía todas las de perder.

Su vida ya estaba sentenciada.

Llegados a ese punto, era consciente de que no iba a sobrevivir.

No tenía nada que perder.

Aquel monstruo merecía que le dijeran un par de cosas, aunque fuese lo último que hiciera.

Iba a limpiar su nombre.

Iba a limpiar su honra.

Iba a luchar por su amado y por todos los que son como él.

—Abenaguara también ha estado comiendo pollas en La Palma —soltó bien alto para que los demás pudieran oírlo— e Higinio no debería pagar por ello.

Una frase.

Solo eso.

Una frase que hizo que al guardia civil se le nublara la vista y se le agriara el semblante.

¡Puta!

Aquel degenerado había llamado «puta» a su niña delante de Eustaquio y Aurelio y ahora sonreía desafiante. ¡No lo podía consentir! ¿Qué clase de ofensa era esa? ¿Cómo se atrevía a hacer algo así?

Orgullo.

Dignidad.

Don Ernesto sacó fuerzas de donde no las tenía e inició un discurso que fluía atropelladamente de su boca de un modo imparable, aunque sabía que sería lo último que dijera.

Desnudo, herido, humillado, pero con la frente alta.

—¡Soy un violeta, pero todo lo he hecho por amor! —le chilló con el rostro cubierto de lágrimas—. Usted, en cambio, es un asesino. No va a matarme por defender al Régimen ni por maricón, lo va a hacer para impedir que Higinio y yo huyamos y seamos felices. Usted quiere limpiar el nombre de su hija y le da igual hacerlo con sangre de inocentes. Yo soy sarasa, pero usted es un criminal, no un patriota. Usted es la verdadera vergüenza de este país. No piensa en el Caudillo, piensa en sí mismo. Su hija es una fresca y usted, un monstruo. ¡Esa es la única verdad! Y puede tratar de ocultarlo con miedo y muerte, pero a los ojos de Dios y los míos, eso es lo que quedará para siempre.

Las olas rompían en las rocas mientras don Tinguaro sacaba el revólver.

No podía permitir algo así.

¿Cómo semejante alimaña osaba a hablarle de esa manera?

Don Ernesto no se movió, no protestó, permaneció inmutable. Sabía a lo que se exponía, tenía claras las consecuencias.

Un relámpago surcó el cielo y Aurelio giró la cabeza porque no quería ver lo que estaba ocurriendo.

El guardia civil le puso el cañón en la boca.

Le obligó a abrirla y le incrustó el arma entre los dientes.

Odio, odio enquistado en sus ojos.

—¡Pídeme perdón! —le ordenó fuera de sí—. Pídeme perdón, maricón de mierda, o te vuelo la cabeza. ¡Pídenos perdón a mí y a mi hija!

El sabor de la pólvora en los labios.

El valor que había tenido para soltar el alegato se diluyó y el pánico se apoderó de su cuerpo. Temblores. Escalofríos.

Estaba desnudo.

Desnudo, herido, humillado y con una pistola entre los dientes.

Al final prima la supervivencia cuando le ves la cara a la muerte. Lo único que quieres es sobrevivir por encima del orgullo, el amor o cualquier otra cosa.

—Lo siento —balbuceó vocalizando como podía, con el frío metal apretándole la campanilla y las lágrimas cayéndole por las mejillas.

Don Tinguaro, insatisfecho, le apretó un poco más el arma en la boca para que la sintiera en la garganta.

—Ahora di que eres un mierda —continuó el guardia civil enajenado—. Di que no vales nada y que no le llegas a mi hija ni a la suela del zapato. Di que eres un pervertido, ¡un violeta!, ¡un sarasa! Di que Higinio y tú sois unos animales y que no merecéis paz ni misericordia. Di que los que son como tú no sois dignos de nada, ni siquiera de que os escupan y os den hostias. Dame las gracias por librarte de tu abominable desviación. Dame las gracias por impedir que tú e Higinio vayáis directos al infierno.

Ernesto Afonso Lorenzo, con un revólver en el gaznate, se orinó encima. Aunque intentó evitarlo, el pis le cayó por las piernas y terminó en un charco a sus pies.

El hombre sintió cómo la vida se le escapaba y que lo que dijera en esos instantes serían sus últimas palabras.

Eustaquio disfrutaba.

Don Tinguaro estaba furioso, fuera de sí.

—Lo quiero —susurró por el poco espacio que la pistola dejaba para que le salieran las palabras—. Quiero a Higinio. Estoy enamorado de él.

El guardia civil le escupió y, después, el ruido del disparo lo ensordeció todo. Fue más fuerte que los truenos, el viento y las olas. Apretó el gatillo. Su dedo lo acarició y lo accionó con seguridad sabiendo lo que hacía. La sangre y los sesos de Ernesto le salpicaron el rostro y se le escurrieron por la frente como un río de muerte y vergüenza.

El cuerpo de don Ernesto cayó al suelo como un saco de patatas.

Sangre, semen, valentía y orín en el barro.

Ernesto Afonso Lorenzo fue asesinado.

Lo mató Abenaguara por limpiar su nombre.

Lo mató Venancio por obligar a su novia a hacer lo que no quería.

Lo mataron los azulejos de flores que había en la ducha de Puerto Naos mientras la chica se quedaba embarazada.

Lo mataron las mentiras de Rosita para conseguir que el hijo del boticario saliera con ella.

Lo mataron las amigas de Abenagura que la humillaron en la iglesia.

Lo mataron las lenguas de los Llanos que no supieron callar.

Lo mató Higinio por amarlo cuando no debía.

Lo mato Eustaquio por informar de cuándo venía.

Lo mató Aurelio con su silencio.

Lo mató don Tinguaro al apretar el gatillo.

Directa o indirectamente, lo mató cada uno de ellos, pero sobre todo, el régimen franquista por permitir que los asesinos quedaran impunes, por

defender que matar a los homosexuales era un acto patriótico en vez de un asesinato y por despojarlos de todos sus derechos.

Don Tinguaro se limpió el rostro con la manga de la camisa y sonrió satisfecho. Necesitaba que ese desviado callara. ¡Que cerrara la boca! Matarlo formaba parte de su plan desde el primer momento, pero lo que no sabía era cuánto iba a disfrutar apretando el gatillo. Le había gustado, y al matarlo se la había puesto dura.

—¡Un sarasa menos! —exclamó, y Eustaquio se rio de su ocurrencia.

NUEVE

La luz de la Luna entraba por la ventana y la sombra de una palmera cercana se escurría por el suelo. El hospital, si no fuese por las ambulancias y los carteles, se podía confundir con un resort. No era un mal sitio para morir. Había otros sanatorios en la Península mucho más tétricos que ese.

Adela le sujetaba la mano Higinio con ternura y este intentaba incorporarse para hablar con ella. Le había pedido a Kilian que la trajese para verla por última vez, pero también para pedirle un favor.

—Adela —la llamó con voz apagada—. Necesito algo de su parte.

La mujer, que no quería que hablara para que no se agotara más de la cuenta, asintió y le pidió que permaneciera callado.

—Es importante, Adela —prosiguió—. Solo me puede ayudar usted.

La chica se quedó extrañada. En esos momentos, cualquier cosa que le pidiera, se lo habría jurado por su propia vida, porque era incapaz de negarle nada.

—Dígame, Higinio —le contestó—. Pero, por favor… hable poco… No se esfuerce demasiado.

El anciano asintió. El dolor del pecho lo estaba matando, tenía la garganta seca y las agujas de las vías parecía que estaban horadando su ser.

—Abenaguara quiere enterrarme en la cripta de su familia —le contó mientras un escalofrío le recorría la piel—. Dice que ella descansará allí cuando terminen sus días, y también nuestras hijas. Quiere encerrarme en un nicho junto a mi suegro.

Adela, que sabía que don Tinguaro lo había obligado a casarse con ella por haberlo visto besándose con Ernesto, hizo un gesto de desaprobación.

—A mí me gustaría que me incineraran —le confesó—. Quiero que quemen

mi cuerpo y que dejen mis cenizas en mi casa del Porís.

El rumor de las olas llenando la estancia y el destello de las estrellas iluminando el techo de la habitación por un instante.

—¿Y por qué no se lo dice a su esposa? —le sugirió Adela—. Ella lo entenderá.

Higinio, entristecido, negó con la cabeza.

El pitido de las máquinas los acompañaba.

Las ventosas del pecho abrigándole el corazón.

—Abenaguara no querrá —le respondió—. Ella pensará que prefiero estar con él en vez de con ella y se lo llevará a lo personal.

Adela, que no había comprendido su último comentario, se quedó en silencio esperando una explicación.

—Te mentí, Adela —confesó el anciano con vergüenza en la voz—. Te conté la versión oficial de lo que le pasó a Ernesto por no sacar a la luz antiguas historias que no ayudan a nadie ahora si se cuentan.

La mujer se aproximó más a él para que no tuviera que esforzarse en alzar la voz.

—Ernesto no se suicidó —le explicó—. Desapareció. Cuando sus amigos empezaron a hacer preguntas, la familia emitió un comunicado en que afirmaban que se había suicidado, porque no querían que investigaran lo sucedido. La prioridad, por encima de encontrarlo, fue que no saliera a la luz la verdadera naturaleza de Ernesto, y sospechaban que su perdida estaba relacionada con su condición sexual. No querían que su desviación manchara su impoluto historial de la alta sociedad. Querían seguir inmaculados, sin lacra, aunque eso supusiera no averiguar dónde estaba su hijo.

Pausa. Lamento.

—Ese hijo del que se avergonzaban y no querían escuchar hablar —matizó—. En cierto modo, creo que sus padres se sintieron aliviados cuando pasaron los años y no supieron nada más de él.

La luz del fluorescente bañando las sábanas.

Sus manos temblaban.

Era horrible escuchar algo así, cómo los homosexuales eran repudiados por sus propias familias para que la deshonra no los salpicara. Miedo al Régimen. Muchos actuaban así por temor a las represalias que podían tomar también contra ellos.

—Ernesto no se perdió —susurró para que nadie los oyera—, lo mataron, y su cuerpo está en el Porís, por eso yo bajaba tanto allí. Por eso usted y yo nos conocimos. Bajaba al Porís para estar cerca de él. Abenaguara lo sabe y por eso no quiere escuchar hablar de ese sitio.

Muerto.

Asesinado.

Los ojos de Adela abriéndose mucho, queriendo hacerle mil preguntas.

—Se lo explicaré todo —le dijo el anciano sin aliento—, pero antes júreme que hará todo lo posible para que a mi muerte me dejen hacer lo que no pude en vida. Permítame descansar junto a Ernesto. Ayúdeme a estar con él durante toda la eternidad.

Ernesto. Su mirada azul. Su pelo rubio. Su elegancia. Su sonrisa.

Muerto.

Lo habían matado.

Asesinado.

Una lágrima perdiéndose en los pliegues de su piel.

Lo quería. Lo amaba.

Aunque hubieran pasado muchos años, Higinio seguía enamorado y anhelando esa historia de amor que no les dejaron tener.

Ni una noche.

Ni esa última noche antes de la boda les permitieron pasarla juntos.

—Haré todo lo que esté en mi mano —le contestó Adela—, pero necesitaré ayuda. La decisión debe tomarla la familia. Yo no soy nadie.

Nadie.

Los homosexuales no era nada, no eran nadie.

Higinio lloraba lamentando no haber nacido en otra época donde hubiera podido ser feliz.

—Kilian —le dijo el anciano como respuesta—. Cuéntele la historia que le voy a contar ahora cuando estén solos y él será su aliado.

DIEZ

La oscuridad más absoluta se apoderó esa noche del cielo y de su alma. Nubes negras taparon el firmamento. Las primeras gotas de lluvia bañaron el mar y después acudieron los relámpagos como las moscas a la miel. El viento soplaba y chocaba contra las esquinas del Porís emitiendo sonidos fantasmagóricos. Aquello era un mal presagio. Don Ernesto debía de estar empapándose en esos momentos y, con lo patoso que era, Higinio temía que se cayera por cualquier precipicio.

El joven, con el corazón encogido, llevaba escondido en su casa desde las cuatro de la tarde. Había barrido el suelo, había puesto una botella de vino a enfriar en un barreño con hielo, había cambiado las sábanas del futón y se había aseado un poco. Estaba nervioso, histérico. Pensar que Ernesto y él iban a poder estar solos sin que nadie los molestara le parecía un sueño irrealizable. No pensaba en sexo. Eso ni siquiera se le había pasado por la cabeza; solo deseaba estar con él. Tumbarse en la cama, besarlo, acariciarlo y colmarlo de mimos. Quería oler su piel. Sentir sus dedos acariciándole la espalda sin temor a ser sorprendidos. Quería poder decir en voz alta que lo amaba y que deseaba pasar el resto de su vida con él.

Era injusto, muy injusto.

En veinticuatro horas Higinio se casaría con Abenaguara. No la amaba ni deseaba estar con ella. El amor de su vida era Ernesto y no podía estar con él. Don Tinguaro vigilante. Sus amenazas repitiéndose una y otra vez en su cabeza. La imagen de un Cristo crucificado en el salón de su casa. Los clavos hincados en las manos y en los pies. Así se sentía Higinio, como si lo hubieran empotrado en una relación en la que no quería estar. Abenaguara le sonreía solícita cuando pasaba por su lado, pero sabía que estaba actuando. Higinio no

le caía bien ni le importaba que así fuera.

—Virgen de Candelaria… Ayúdame a soportar esto.

El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Aquella pesadilla había comenzado por un beso en el Porís y allí estaban de nuevo. Nervios en el estómago. Las horas pasaban, Ernesto se retrasaba e Higinio estuvo dos veces a punto de abandonar su escondite y subir la cuesta a buscarlo. Miedo. En La Palma todavía se vivía con miedo. Las personas como él siempre estaban en el punto de mira del Régimen.

La luz de una vela iluminando la estancia.

Sombras en la pared.

El viento golpeando las ventanas mientras Higinio, desesperado, comenzó a comerse un trozo de pan por no devorarse las uñas y los dedos.

Aquello había sido un error. ¿Cómo había sido tan iluso para pensar que aquello iba a salir bien? Estaban prohibidos. Estaban malditos. No tenían derecho a ser felices. Estaban jugando con fuego y, cuando juegas con fuego, generalmente te quemas.

—Virgen de Candelaria, por favor, que llegue pronto.

¿Se había perdido? ¿Era eso? ¿Ernesto se había desorientado con la lluvia y no sabía llegar? El camino era bastante fácil, solo había que seguir recto y después bajar la cuesta. Era largo pero sencillo. ¿Tan despistado era?

Un relámpago iluminando el cielo y luego un trueno. ¿Era un trueno o un disparo? Higinio no había podido distinguirlo y eso hizo que se pusiera más nervioso.

—Virgen de Candelaria, por favor, que se encuentre bien.

La vela consumiéndose en la mesa mientras los minutos pasaban.

Las olas rompiendo en la orilla.

La luna asomándose momentáneamente entre las nubes y ocultándose de nuevo para dejarlo todo sumido en la oscuridad.

Higinio temblando. No sabía cuándo había empezado a temblar. El temor le calaba los huesos. Estaba tan acostumbrado a que todo saliera mal que cuando Ernesto se retrasó, ya pensó que lo peor había sucedido.

Un golpe en la puerta.

Dos.

El corazón acelerado.

Por fin.

¡Por fin!

Higinio se miró al espejo para arreglarse rápidamente el pelo y abrió la puerta emocionado deseando abrazarlo y caer en sus brazos. Lo que vio le aterrorizó. Don Tinguaro, con un cigarro en la boca, lo miraba con sadismo.

—¿No te alegras de verme? ¿Esperabas a otra persona?

Higinio, que había empezado a empequeñecer nada más verlo, sintió que su vida se volvía insignificante. No era nada. No era nadie. Una vergüenza para el país. Una vergüenza para la patria.

—Quería darte una sorpresa —prosiguió don Tinguaro con voz socarrona—. Soy tu suegro. ¿De verdad creías que no iba a darte un regalo de boda?

Un relámpago surcando el cielo.

La bóveda de la cueva iluminándose.

¿Era sangre lo que había en sus manos?

Don Tinguaro tenía las manos manchadas de rojo y parte de la cara también.

Higinio balbuceaba, Higinio se contraía.

¿Dónde estaba Ernesto? ¿Lo habían visto? ¿Lo habían encontrado?

—¡Aurelio! ¡Eustaquio! —los llamó—. ¡Dadle su regalo a mi yerno!

La lluvia golpeaba al mar.

Un trueno lo ensordeció todo.

—Virgen de Candelaria —repetía—. Virgen de Candelaria.

Dos siluetas oscuras surgieron de la nada portando un bulto.

Higinio, con los ojos desencajados, no podía creer lo que estaba viendo.

No gritó. No lloró. Estaba tan afectado que ni reaccionar pudo.

Sus retinas se quedaron petrificadas.

Intentaba asimilar lo que estaba viendo, pero estaba tan horrorizado que no podía.

Su rostro palideció.

Los dos compinches de don Tinguaro entraron en la estancia sin ocultar sus risas y tiraron el cadáver de Ernesto a sus pies. Estaba desnudo, magullado y le habían volado la cabeza.

Su pelo rubio.

Su pelo rubio estaba apelmazado con restos de sangre y sesos.

Higinio vomitó.

Vomitó y, mientras lo hacía, deseó que un rayo le cayera encima y su vida terminara para siempre.

No peleó. No se enfrentó. No discutió. No dijo nada. No tuvo ánimo ni fuerzas.

Solo vomitó. Vomitó y deseó vaciarse por dentro. Vomitó su hígado, vomitó su corazón y al final, escupió su alma.

No era nada.

No era nadie.

La tristeza más absoluta lo envolvió y no lo dejó hacer ningún comentario.

Cada poro de su piel rezumaba tristeza.

La guerra estaba perdida.

Ernesto estaba muerto. Se había ido y su corazón con él.

Don Tinguaro y sus amigos disfrutando del momento.

La sangre de Ernesto empapando el suelo.

Barro en sus pies. Barro en sus manos.

—Este es mi regalo de bodas para ti —le dijo su suegro dándole una patada al cadáver—: librarte de la tentación para que jamás te desvíes del buen camino. A partir de mañana formarás parte de mi familia y tu comportamiento debe ser ejemplar. Nos harás felices a mí y a mi hija y me darás más nietos, ¿entiendes?

Higinio asintiendo, Higinio llorando. Sus ojos no podían dejar de mirar a Ernesto. El hombre estaba muerto, lo habían matado. ¡Lo habían asesinado! Y sus asesinos estaban ante él, en su casa, riéndose y disfrutando de su impunidad.

Estaba tan impactado, tan horrorizado, tan sorprendido, que no podía moverse, solo se achantaba, se encogía y dejaba que la pena se lo comiera por dentro.

Eustaquio acercándose a la mesa y cogiendo la botella de vino que había puesto a enfriar para Ernesto. El hombre sonrió, le quitó el tapón y le dio un trago largo.

—Se cuidan bien estos maricones —bromeó.

Don Tinguaro, divertido, asintió.

—Mañana, después de la boda, tú y yo vamos a bajar aquí —prosiguió diciéndole a su yerno—. Enterraremos a este violeta en tu casa. Lo pondremos ahí, junto a la pared —le dijo señalando la parte más oscura del salón—. Aurelio y Eustaquio traerán piedra y cemento para que podamos hacer un muro. Lo conservaremos aquí, emparedado, para que sea mi seguro de que cumplirás tu promesa. Si en algún momento te planteas serle infiel a mi hija o darle un disgusto, te denunciaremos por asesinato.

Un escalofrío. El plan de su suegro era retorcido y cruel.

—Diremos que eres comunista y que mataste al dueño de tu plantación para robarle el dinero —continuó con su rostro cubierto de sombras por la luz de la vela—. Te meteremos en la cárcel a ti y a tu familia. Si haces sufrir a Abenaguara, me encargaré personalmente de que encierren a tu madre y a tus hermanas en la celda de al lado para que puedas ser testigo de primera mano de cómo les rapamos la cabeza, les damos aceite de ricino para que se caguen encima y después las violamos. Nos las follaremos nosotros tres las veces que queramos, por delante y por detrás, hasta que nos aburramos, incluida Marta, tu hermana pequeña, la de cinco años. Las violaremos todos los días delante de ti con la brutalidad que nos dé la gana y, cuando nos cansemos de ellas, les cortaremos el cuello y las dejaremos desangrarse delante de ti.

Lágrimas, suspiros.

Higinio estaba tan aterrado que lo único que supo hacer fue asentir.

ONCE

El coche aparcó en el *parking* del Porís a las seis y media de la mañana. Todavía era de noche, pero el cielo empezaba a clarear. Kilian y Adela habían hecho el trayecto en silencio. Al salir del hospital, la joven le había contado la historia que le había relatado su abuelo y, desde entonces, el chico no había parado de llorar. Le parecía terrible que un secreto así hubiera estado escondido en el seno de su familia durante tantos años sin que él lo supiera.

Higinio había sufrido mucho durante su matrimonio, había sido chantajeado y obligado cruelmente a hacer lo que no quería. El amor de su vida estaba emparedado en el Porís. ¡Y su abuelo bajaba los fines de semana para estar con él! Nunca se había revelado, nunca había protestado. El anciano había asumido su mala suerte y había vivido con lo poco que le habían permitido vivir.

La boca de Kilian emitió un suspiro de rabia. Iba a maldecir a alguien, pero prefirió callarse para no ensuciarse los labios.

Adela, por su parte, estaba rota y triste por el estado en el que dejaba a Higinio. Los médicos les habían dicho que era cuestión de horas y ella había preferido dejarle intimidad a la familia porque sabía que su sitio no estaba allí. Ella debía estar en el Porís con su marido y su hijo. Estaba deseando llegar a su casa para ver a Adrián y a Jonás. Por fin, tras ese largo y agónico periplo, todos se reencontrarían y volverían a ser una familia feliz. Se miró en el espejo retrovisor del coche y se arrepintió de no haberse puesto algo de maquillaje.

El viento soplando.

Olor a quemado en el ambiente.

Higinio agonizaba en la cama. Kilian se había despedido de él y se había ofrecido a acompañar a Adela al Porís mientras el resto de su familia le decía adiós. Su abuelo no vería el amanecer y él no estaba preparado para ello. No

quería verlo morir. Separarse de él le costaba. Prefería mantenerlo vivo en su recuerdo.

Higinio había sido muy generoso, muy valiente, había formado una familia sin que nadie notase que detestaba estar allí, e incluso, con los años, había llegado a cogerle cariño a Abenaguara.

Su bisabuelo, don Tinguaro, era una mala bestia y nunca en su casa escuchó Kilian que Higinio hablara mal de él, ni siquiera cuando falleció.

Silencio y respeto.

Un muerto emparedado en el Porís.

—No hace falta que me dejes en mi puerta —le dijo Adela mirando el empinado sendero que debía seguir hasta llegar a su hogar—. Puedo ir sola. Regresa al hospital. Vete con Higinio. Aprovecha lo poco que le queda.

Kilian la miró con cariño y negó con la cabeza.

—Si la dejara sola aquí de noche en el monte, mi abuelo me mataría —le respondió—. La recogí en su casa y allí la dejaré.

La mujer sonrió agradecida. El chico era un caballero. Eso lo había heredado de su abuelo.

Adela y él iniciaron el descenso al Porís mientras las olas arañaban las rocas y ella soñaba con los brazos de su hijo rodeándole el cuello. Se había perdido el reencuentro entre él y Jonás. Le habría encantado ver la cara de su esposo cuando abriera la puerta del cuarto y se encontrara a Adrián durmiendo en la cama. Seguramente se había puesto a llorar y lo había despertado a besos. Ahora mismo estarían los dos tumbados en el colchón dibujando estrellas y contando historias sobre rincones de La Palma que a ella todavía le quedaban por descubrir.

Miedo.

El temor que la había perseguido desde que apareció su hijo oprimiéndole el pecho.

Pavor a que lo viera.

Terror a que no lo viera.

«¿Y si soy yo?».

«¿Y si Adrián no existe y está solo en mi cabeza?»

Pánico a que ese microcosmos que habían creado entre los dos se diluyera.

Adrián estaba allí, ella lo había tocado, acariciado, habían pasado varios días juntos. Tenía sus ojos, tenía su cara… ¡pero era distinto! Sus ojos eran más oscuros de la cuenta, del color del fondo del mar. Había algas en su ropa. ¿Lo habría notado Jonás? ¿Lo habría descubierto?

La angustia apoderándose de su alma.

La aterrorizaba lo que su marido le pudiera decir cuando llegara a la casa.

—¿Estás bien? —le preguntó Kilian.

La mujer, que había empezado a llorar, sonrió.

—Sí, pero ya no controlo las lágrimas.

Humo negro.

Una densa columna subiendo al cielo que, según se acercaban, se hacía más evidente. El olor a quemado que percibió al bajarse del coche aumentaba según bajaban la cuesta. ¿Fuego? ¿Había fuego en el Porís?

Peligro.

La leona protegiendo a su presa.

Kilian miró a la mujer y esta, antes de que le diera tiempo a sujetarla, empezó

a correr enloquecida, aunque apenas veía el suelo. Saltaba sobre las piedras y las oquedades, derrapaba en las cuestas como si fuese un guepardo en mitad de la sabana. El pánico se le había dibujado en el rostro. Recordó de pronto la vela que había dejado encendida en el salón de la casa para que el niño viera algo bajo la puerta y no le diera tanto miedo la oscuridad.

¿Fuego?

¿Había fuego en el Porís?

Jonás no le había devuelto las llamadas. Le había escrito varios mensajes, pero no había recibido respuesta. Daba por sentado que su marido había llegado al poco de su marcha, pero no lo tenía claro.

¿Estaría solo?

¿Se habría quedado Jonás en Tazacorte desoyendo su petición?

Dormido.

Jonás se había quedado dormido en el asiento de su coche.

Una botella de *whisky* vacía.

Manos temblorosas.

—¡Adela, espera! —le chillaba Kilian tratando de alcanzarla.

Adela bajó la rampa sin agarrarse a la pasarela y percibió cómo el olor a desgracia se hacía más intenso. Fuego. No oía el crepitar de las llamas, pero estaba claro que algo o alguien había ardido en el Porís. Era de noche. La guardia costera no se había presentado allí. Si algo había ardido dentro de la cueva, la llamas no se veían en la superficie, solo el humo, ese humo negro que se perdía en la oscuridad de la noche y que presagiaba lo peor.

Adela giró con ansia la esquina y pudo ver por primera vez en el trayecto el interior de la gruta. El corazón se le paró.

Hollín.

Suciedad.

Humareda por todas partes.

Había habido un incendio, estaba claro, aunque ahora estuviese extinto.

Sus ojos irritados escudriñando la oscuridad para divisar su hogar.

Adrián y su marido debían de estar allí esperándola.

Iban a ser una familia feliz.

Una familia feliz.

Adrián había aparecido, Jonás había vuelto e iban a estar juntos para siempre.

Las paredes de su casa cubiertas de tizne. El humo salía de allí. Esa tenebrosa y pestilente humareda que había visto desde el monte provenía de su casa. Horror. Espanto. La vela encendida en la mesa del salón. El cerrojo de la puerta de la habitación puesta. Adrián dormido en su interior.

Un grito.

Un alarido saliendo de sus entrañas y rebotando en las paredes de la cueva.

El eco del sufrimiento.

El eco del desgarro.

El eco del dolor.

Hueca. La cueva estaba hueca y ella también.

Se clavó las uñas en las palmas de las manos y se hizo sangre.

Corrió.

Saltó entre las rocas y por encima del mar.

Arrancó piedras.

Mordió las olas.

Apartó todos los obstáculos que había hasta llegar a su casa.

La Virgen de Candelaria lloraba y ella también.

La luna agachó la cabeza como si quisiera darle el pésame.

Gritó, chilló, se arrancaba los pelos y, cuando estaba a punto de perder la cabeza, vio a alguien saliendo de entre las sombras y le dio un vuelvo el corazón.

—Adela —pronunció.

Jonás salió de la humareda con los ojos enrojecidos de llorar. Sus manos estaban tiznadas, al igual que su ropa. La mirada perdida y el alma también. Negro. Solo se divisaba la blancura de sus dientes y el dolor. El hombre se arrastraba en vida. Olía a alcohol y sufrimiento.

—Pensaba que estabas dentro, Adela —le confesó entre lágrimas—. Creí que esta era tu forma retorcida de hacerme pagar por haber perdido a Adrián, tu venganza —prosiguió mientras se acercaba a ella con pulso tembloroso, sin atreverse a mirarla a la cara—. Pensé que me habías dicho que nuestro hijo había regresado para que viniera hasta aquí y fuese testigo de cómo te suicidabas quemándote viva.

Adela, desorientada, era incapaz de hablar ni de asimilar lo que le contaba. El humo la agobiaba. El techo de la cueva lo acumulaba y se había formado una bolsa irrespirable. No entendía lo que le estaba diciendo Jonás. Sus ojos desquiciados miraban a su alrededor intentando encontrar algún rastro de Adrián en la catástrofe, pero no lo veía. ¿Dónde estaba su hijo? ¿Dónde? Su marido debía estar cuidándolo y no estaba allí. ¿Dónde estaba su pequeño?

Fuego.

Fuego y destrucción.

Jonás llorando.

Adela tiritando.

¿Qué había pasado?

—Tiré la puerta de un golpe —continuó contándole con voz quebrada—. Entré al interior y me entregué a las llamas para encontrarte. Me enfrenté a la muerte y me dio igual. Solo quería sacarte y estar a tu lado. Me quemé el hombro. Me quemé la espalda y no te vi. La puerta de la habitación estaba cerrada y el pestillo estaba al rojo vivo; era imposible abrirla. Había mucho humo. No podía ver. Te llame a gritos y no contestaste. Me asusté al pensar que quizá estuvieras en el interior. Quizá te habías tomado tus pastillas y te hubieras asfixiado dormida sin enterarte de nada. Pensé que te perdía. Pensé que te morías.

Las estrellas reflejándose en el mar.

El maullido de un gato lejano persiguiendo a una presa.

Los primeros rayos del sol asomándose en el horizonte.

—Golpeé la puerta con los puños hasta que cedió —le explicó con las manos ensangrentadas— y, cuando entré, la habitación estaba vacía y no comprendí nada. Lloré. Lloré de felicidad porque no estuvieras dentro, pero a la vez de rabia por el miedo que me habías hecho pasar. ¿Qué clase de broma es esta, Adela? ¿Por qué eres tan cruel? ¿Cómo se te ocurre decir que Adrián ha vuelto y después montar este circo? ¿Hasta cuándo vas a estar hiriéndome y responsabilizándome de lo que le pasó?

El rostro de la mujer contrayéndose.

Había escuchado la narración de Jonás de manera sesgada, solo fragmentos. No podía atender. No podía oír. Adela solo miraba a su alrededor intentado

encontrar a Adrián y comprender lo que había pasado.

—¿Dónde está el niño? —balbuceó.

Jonás, que no podía asimilar lo que su esposa le estaba preguntando, se acercó a ella y la zarandeó.

—¿Me has escuchado, Adela? —le gritó—. ¡Pensaba que estabas muerta1 ¡Me he enfrentado a las llamas por ti! ¿Vas a seguir con esa broma macabra?

Adela lo empujó y se apartó de su lado.

—¿Dónde está el niño? —insistió fuera de sí—. Adrián estaba en el cuarto. Lo dejé en la cama. Yo misma eché el cerrojo de la puerta y me aseguré de que el candado de la ventana siguiera puesto para que no se escapara. ¿Dónde está el niño, Jonás? ¿Dónde?

Su marido, cada vez más perplejo, la miró como si estuviera ante una desequilibrada.

—Adela, la habitación estaba vacía —insistió—. No había nadie. Adrián no estaba ahí.

Clic.

Un clic en su cabeza.

«¿Y si soy yo?».

Un temblor, un resorte.

—¿Y miraste debajo de la cama? —le interrogó—. ¿Te aseguraste de que Adrián no se hubiera escondido debajo?

El hombre empezó a marearse. Había aspirado demasiado humo. Los pulmones negros.

—Revisé la habitación entera. No había nadie y el pestillo de la puerta estaba

cerrado por fuera. ¡No había nadie! ¡Nadie!

Clic.

Otro clic.

«¿Y si solo está en mi cabeza?».

El microcosmos que habían creado entre los dos saltando por los aires y rasgándole la piel con sus afiladas aristas.

El cuerpo de su niño retorcido, carbonizado.

Pavor a verlo.

Terror a no verlo.

Era él, pero no era él.

Ella lo sabía, ella lo intuía.

Sus ojos eran oscuros. Su mirada más adulta.

¿Había estado esos meses en el fondo del mar?

«Contemplando las estrellas. Eso es lo único que hacía: mirar las estrellas».

La habitación estaba vacía.

Adrián no estaba allí.

Ella lo había besado. Lo había abrazado. ¡No podía ser un sueño!

Adela, presa de un ataque de pánico, empezó a convulsionar. Jonás intentó sujetarla, pero no podía. El humo cubriendo el techo y su corazón.

No había nadie.

La habitación estaba vacía.

«¿Y si soy yo?».

El niño no había podido salir.

La casa ardiendo.

«¿Y si solo está en mi cabeza?».

Los ojos en blanco. Espuma en la boca.

Jonás, aterrado, intentó hacerla volver en sí abofeteándole la cara.

—¡Mi niño! ¡Mi niño! —gritó.

Sacando fuerzas de donde no las tenía, Adela se liberó de los brazos que la protegían y echó a correr hacia los restos de lo que antes era su hogar y entró en la estancia. El ambiente en el salón era asfixiante. Jonás salió tras ella, pero, en su estado, no logró a alcanzarla y evitar que Adela se tirara al suelo. Entró en la habitación gateando sobre las ascuas incandescentes para revisar cada rincón, por si el cadáver de su hijo estuviera allí calcinado en una esquina.

Jonás la sacó a tirones. No le quedó más remedio que usar la fuerza bruta para alzarla como si fuese un saco de patatas y sacarla de aquella casa en ruinas que amenazaba con venirse abajo. Mientras, Adela lo insultaba y le arañaba la cara para que le permitiera quedarse allí y seguir buscando a su hijo.

—¡Adrián no está! —le chilló—. ¡Adrián no estaba en la habitación! —le gritó mientras la ponía a salvo en el muelle—. ¡No había nadie! ¡Nadie! ¡Entiéndelo!

Clic.

Clic, clic, clic.

Ciento treinta pulsaciones por minuto.

Seis milímetros medía la primera vez que lo vio.

Había salido de sus entrañas.

Clic, clic, clic.

«¿Y si soy yo?».

«¿Y si solo está en mi cabeza?».

El eco del sufrimiento.

El eco del desgarro.

El eco del dolor.

La cueva estaba hueca y ella también.

El cadáver chamuscado de Adrián en alguna parte del Porís.

Loca.

Enfebrecida.

Adrián había estado allí. Ella lo había bañado, arropado y cubierto de besos.

Su hijo le había dicho que la quería y que la había echado mucho de menos.

Habían reído, pintado, jugado y hecho mil cosas juntos.

Loca.

Loca.

Clic, clic, clic.

¡No estaba loca!

Una rabia incontrolable subiéndole por el cuerpo.

Furia. ¡Ira!

¡Mentía! ¡Jonás estaba mintiendo y no entendía por qué!

¡Ya lo había separado una vez de él!

¡Había tenido la culpa de su primera desaparición!

¡También de la segunda!

Solo le había pedido que lo cuidara unas horas.

¿Tan incompetente era que ni eso era capaz de hacer?

¡Había dejado al niño durmiendo en la cama y no estaba allí!

¡Era culpa suya!

¡De nuevo culpa suya!

Había intentado convencerla de que estaba loca.

¡Y ella no estaba desequilibrada!

¿Cómo era tan mezquino?

¿Cómo era tan cruel?

Clic, clic, clic.

Conexiones neuronales en su cerebro.

¿Y si no era casualidad?

¿Y si todo lo que estaba pasando no era una coincidencia?

Eso lo explicaría todo.

¿Y si Jonás estaba con ellos?

¿Y si pertenecía a la banda que había retenido a su hijo?

¿Estaba implicado?

¿Era eso?

¿Y si la respuesta a todas sus preguntas siempre había estado allí?

¿Y si era eso y no lo había pensado antes?

Jonás no quería que lo buscara.

Jonás no quería esperarlo.

Jonás sabía que no iba a volver.

¡Se empeñaba en arrancar a Adrián de su lado!

Odiaba tanto a su marido en ese momento que no era consciente de lo que hacía.

Su niño.

¡Su niño!

Debía proteger a Adrián.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —chilló.

Adela cogió una roca del suelo y corrió hacia él.

Jonás no la vio venir ni se lo esperaba.

Adela, enajenada, le dio un fuerte golpe en la frente y otro en la sien. Le dio con tanto ahínco que lo hizo caer.

Jonás no se lo imaginaba. Jonás no lo entendió. Antes de que pudiera reflexionar sobre lo que había ocurrido, tenía a su esposa a horcajadas sobre su pecho, golpeándolo una y otra vez.

Dolor.

Fractura.

Desvanecimiento.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —gritaba.

Sangre.

Trozos de hueso.

Jonás perdió el conocimiento.

Hollín.

Humo en los pulmones.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —continuaba.

Iba a matarlo.

Adela lo tenía decidido.

Lo tenía claro.

Era una leona defendiendo a su cría. Le arrancaría la piel a tiras a cualquier persona que pusiera la vida de su pequeño en peligro. Hasta a él.

Iba reventarle el cráneo.

Culpable.

¡Culpable!

Era más fácil asumir que Jonás formaba parte de un complot que había secuestrado a su niño que reconocer que no había regresado nunca.

.«¿Y si soy yo?».

«¿Y si solo está en mi cabeza?».

Las manos manchadas de sangre. El rostro también.

Sus dedos engarrotados, apretando la piedra, sin dejar de golpearlo.

El rostro desfigurado de Jonás en un charco de muerte.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —bramó y, en ese momento, sintió cómo Kilian la separaba de su víctima con un fuerte codazo.

La Virgen de Candelaria horrorizada.

Los primeros rayos de sol iluminando el horizonte.

Adela mirando aterrada el cuerpo de su marido en el suelo.

El humo cubriendo sus cabezas.

—¿Qué has hecho, Adela? —le preguntó Kilian horrorizado—. ¿Qué has hecho?

PARTE IV
AMOR CULPABLE

UNO

Adela se despertó con la boca seca, pastosa. Abrió los ojos lentamente y una claridad cegadora le hizo cerrarlos al instante. Le dolía la cabeza. Le dolía la espalda. Le dolía todo el cuerpo. Estaba tumbada, pero, por alguna extraña razón, no se podía mover.

Levantó los párpados nuevamente e intentó acostumbrarse a la luz. Sus pupilas se contraían y se dilataban sin orden aparente. Su lengua agrietada recorría el interior de su boca buscando sin resultado algún rastro de saliva.

Las manos atadas, las piernas también. Estaba cubiertas de vendajes.

Adela estaba en una cama y tenía las manos separadas a ambos lados del cuerpo, amarradas fuertemente por las muñecas a unos barrotes. Las piernas por los tobillos. Intentó escaparse dando varios tirones violentos, pero fue inútil.

Inmovilizada.

Neutralizada.

Un gotero a la derecha y una vía puesta en el brazo izquierdo.

Sus ojos nerviosos recorriendo toda la estancia.

Olor a humo.

Eso era lo último que recordaba. Olor a humo y la piedra con la que le había machacado la cabeza a Jonás.

Sangre. Mucha sangre.

El Porís en llamas.

Su niño.

¡Su niño!

La imagen de la casa calcinada hizo que emitiera un grito.

Debía ir. ¡Debía volver! ¡Debía encontrar a su pequeño!

Chillidos.

Lamentos.

Adela comenzó a dar saltos en la cama y estuvo a punto de volcarla.

Había una ventana, pero tenía las persianas bajadas.

La luz artificial provenía de dos fluorescentes del techo.

—¿Qué me han hecho? ¿Dónde estoy? —gritó—. ¡Soltadme! ¡Dejadme salir de aquí!

La puerta de la habitación se abrió de pronto y dos gigantes con uniformes verdes se aproximaron a ella con la cabeza tapada con gorro y mascarillas. Detrás de ellos una mujer morena, impoluta, vestida de blanco.

—Sedadla —ordenó.

Adela empezó a gritar, a patalear, a intentar morderles y lo último que sintió fue un pinchazo doloroso en el brazo que hizo que los ojos se le cerraran de nuevo y volviera la oscuridad.

Adrián, su niño.

Otra vez lo había perdido.

Otra vez se lo habían arrebatado.

¿Estaría su cuerpo calcinado entre los restos de la casa?

¿Habría muerto?

¿Lo había matado?

Ella era la culpable: había dejado la vela encendida y el candado puesto.

El corazón palpitándole con rabia dentro del pecho mientras poco a poco la droga la adormecía y la derrotaba el estupor.

La luz del fluorescente golpeándole la cara.

—¿Dónde estoy? —volvió a repetir mientras el sueño la vencía—. ¿Qué me habéis hecho?

DOS

A—dela, ¿cómo te encuentras hoy?

—Mejor.

—¿Te sigue doliendo la cabeza?

—Menos.

—¿Las manos?

—También.

—Te hemos cambiado las vendas y puesto pomada.

—Escuece un poco.

—Es normal, no tienes de qué preocuparte.

—¿Cuándo puedo irme?

—Cuando te cures.

—Estoy mejor.

—Eso sabes que tengo que decirlo yo.

—Tengo que buscar a Adrián.

—Ya hemos hablado de eso.

—¡Tengo que ir! ¡Usted no lo entiende!

—Adela, trata de relajarte o tendremos que sedarte de nuevo.

—Está solo y asustado. ¡Yo soy su madre! No puedo perderlo de nuevo.

—Cálmate.

—Me calmo, pero prométame que irán a buscarlo y me lo traerán.

—Adela, ya lo buscaron y no había nadie. Adrián no estaba en la casa cuando se quemó. Solo estaba en tu cabeza.

—¡Miente!

—No, es tu mente la que te engaña. Nunca debiste dejar de tomar le medicación.

—Adrián estaba en el Porís conmigo. Lo encontré en el agua. Pasamos varios días juntos. Lo abracé. ¡Lo besé! ¡Estoy segura! Una madre no se equivoca cuando se trata de su hijo.

—Nadie más lo vio.

—¡Lo estaba escondiendo! Si lo encontraban se lo llevarían para hacerle pruebas, preguntas… Y yo quería estar con él. ¡Yo solo protegía a mi pequeño!

—Adela, por favor… No levante la voz, compórtese.

—¡Es que tengo que irme! Si no estaba en la casa es que logró escaparse. ¿Es que no lo entiende? ¡Mi niño estará solo en el Porís! ¡Estará buscándome! ¡Asustado! Ya lo perdí una vez y no voy a perderlo más veces… Por favor, ¡suélteme! ¡Déjeme salir de aquí!

—Adela, no grites.

—¡Le he dicho que me suelte! ¡Tengo que irme! ¡Adrián está buscándome! ¡Tengo que ir con él! ¡Una madre tiene que estar con su hijo! ¡Yo no debería estar aquí! ¡Es un error! ¡Yo estoy bien! ¡Son ustedes los que no quieren que encuentre a mi niño! ¡No puedo perderlo! ¡No puedo! ¡Tengo que estar con él!

TRES

La vista nublada.

La persiana de la habitación cerrada.

Se oían voces lejanas, gritos.

Adela abrió los ojos lentamente y comprobó que continuaba inmovilizada.

Las manos atadas, las piernas también. Decían que era para protegerla de sí misma, pero ella sabía que era para que no consiguiera escapar.

Lloraba.

Una lágrima tras otra salía de sus ojos negros y se deslizaban hasta su camisón, como si fuese un manantial de desesperación que no fuera a agotarse nunca.

La boca seca, la lengua también.

Tenía ganas de orinar, pero no podía moverse. Tenía un pulsador a la altura de sus dedos que debía apretar cuando necesitara que le pusieran la cuña, pero no lo hizo. Era un acto de rebeldía, el único que podía permitirse. A ese nivel había quedado.

En alguna parte había un televisor encendido y se oía el telediario. Un reportero hablaba sobre la inflación y la crisis del petróleo. Conceptos abstractos. Conceptos lejanos. En el Porís no existía la especulación, solo el sufrimiento.

Las manos vendadas, las rodillas también. Aunque las quemaduras habían mejorado, seguían supurando. Había gateado sobre ascuas ardientes.

Adela contrajo la vejiga.

Se sentía sola, triste y perdida.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Un día? ¿Dos? ¿Una semana? ¿Una vida?

El gotero, con el veneno que le estaban metiendo para que se pasara una eternidad dormida, seguía clavado en sus venas.

Brote psicótico. Eso le habían diagnosticado.

Un brote psicótico es una alteración mental temporal en la que el individuo sufre una ruptura con la realidad y es incapaz de distinguir lo que es verdad de lo que no lo es. Se caracteriza por alucinaciones y delirios. Un episodio traumático de gran carga emocional o prolongados periodos de estrés pueden desencadenarlo, y su riesgo aumenta considerablemente con el consumo de marihuana, porque es una droga psicoactiva.

La doctora se lo había explicado y ella trataba de asimilarlo, pero ¿decía la verdad? Adela no podía arriesgarse a que el diagnóstico fallara y su hijo estuviera perdido en el monte. Adrián la necesitaba. Debía escapar.

Un tirón fuerte de las correas que le sujetaban las piernas, después otro. Adela intentaba huir, pero lo único que lograba era hacerse daño.

El presentador del telediario dando paso a la información deportiva.

Un rayo de sol colándose a través de la persiana. Era de día. Fuera de allí, el mundo seguía girando ajeno a su tortura.

Las ganas de orinar no se pasaban.

—¡Que se jodan! —exclamó.

Rebeldía. El único acto de protesta que permitían llevar a cabo era ese: mearse encima, dejar que el pis empapara las sábanas y el camisón.

La satisfacción de hacer lo incorrecto.

Adela se relajó a la vez que su vejiga y volvió a cerrar los ojos.

Brote psicótico.

Encierro.

Desesperación.

Adrián estaba solo y ella debía ayudarlo, pero antes iba a dormir un poco; luego idearía un plan para salir de allí.

CUATRO

—Buenos días, Adela, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Segura?

—Sí.

—Dicen que esta noche te has despertado varias veces gritando.

—No sé, no lo recuerdo.

—¿Pesadillas?

—No lo sé.

—La enfermera me contó que le dijiste que había un hombre emparedado en el Porís y que había que ayudarlo.

—No lo recuerdo.

—Yo creo que me estás mintiendo y sabes perfectamente de lo que hablo.

—Yo solo quiero ponerme bien y salir de aquí.

—Pero para eso debes colaborar, Adela. ¿Es otro delirio?

—No es un delirio, es un secreto.

—¿Secreto?

—Sí, le prometí a un amigo que no lo contaría.

—¿Un amigo?

—Sí, a Higinio.

—Higinio falleció hace tres semanas, ¿lo recuerdas?

—Sí, fui a despedirme de él.

—Fue la noche del incendio.

—Sí.

—¿Qué recuerdas de esa noche?

—Que mi hijo murió calcinado y yo maté a mi marido.

—Adrián no estaba allí.

—Estaba encerrado en la habitación, yo misma puse el cerrojo.

—El cuarto estaba vacío.

—Queréis convencerme de eso para quedaros con él.

—¿Nosotros? ¿Por qué?

—Todos queréis quitarme a mi niño.

—¿Estás escuchando lo que dices, Adela?

—Lo tenéis retenido, igual que a mí.

—Un hombre emparedado, un niño secuestrado… ¿Te das cuenta de que no tiene sentido? Piensa con lógica. Lo más normal es que sea un desvarío.

—No estoy loca.

—¿Segura?

—Estáis intentando convencerme de que estoy loca, pero no es verdad.

—¿Y por qué íbamos a querer hacer eso?

—Para quedaros con Adrián.

—¿Eso crees?

—Sí, hay un hombre emparedado en el Porís y mi hijo estaba conmigo. Esa es la verdad. No comprendo por qué intentáis convencerme de lo contrario.

—Adela, no estamos avanzando nada.

—Tú no quieres que avance, lo que quieres es que te diga que tienes razón,

cuando no la tienes.

—Yo lo que quiero es que reflexiones y te des cuenta de que lo que dices es un disparate.

—Yo no estoy loca… Una madre debe estar con su hijo, esa es la verdad.

CINCO

La mesa puesta en el porche para doce comensales. La mantelería planchada. Los cubiertos relucientes. La mujer había sacado la cubertería de plata porque no le gustaba escatimar en lujos cuando estaban juntos. Que fuese un almuerzo campestre no estaba reñido con el buen gusto ni con el estilo.

El vino de su bodega favorita de Fuencaliente enfriándose en una champanera. En el horno, tres conejos. Mojo verde y rojo en las salseras. Chicharrones con gofio en un par de fuentes para degustación. Pan recién hecho. El sol brillando. Los pájaros cantando. Nada podía salir mal en ese evento.

Sus hijos y sus nietos llegaron a la hora acordada. Cada uno se sentó en su sitio sin tener que indicarles nada. Su marido presidía la mesa. Las risas y las bromas se sucedían unas tras otras. Ensalada de aguacate primero y una tabla de quesos.

—Abuela, ¿por qué no nos cuentas cómo conquistaste al abuelo?

La pregunta había salido de los labios de su nieta, disfrazada de inocencia, y ella sintió un escalofrío que ocultó magistralmente para esbozar esa encantadora sonrisa con la que solía taparlo todo.

—Ya saben la historia… —contestó complaciente—. Tu abuelo y yo nos conocíamos desde chicos y me estuvo rondando durante años hasta que accedí a salir con él.

Su nieta sonrió con una sonrisa cínica que no pegaba nada con la comida ni con el ambiente.

—¿Por qué no nos cuentas la verdad? —la retó—. Por una vez podrías ser sincera.

Un silencio sepulcral se hizo en la mesa.

No estaban acostumbrados a que alguien alzara la voz o desafiara a los mayores. Doña Encarna, molesta, le pegó un codazo a su hija y la regañó por ser tan desagradable. Su abuela miró a su marido en busca de auxilio. Una nube cubrió el sol momentáneamente y la anciana decidió que era un buen momento para ir a sacar los conejos del horno.

—¿No vas a contestar? —le preguntó su nieta enfadada cuando vio que la mujer se daba la vuelta.

Don Venancio, que había estado callado todo el rato, dio un golpe en la mesa con la mano que hizo que varias copas de cristal se volcaran.

—¡Ya está bien, Elena! —le advirtió—. ¿Qué grosería es esta? ¿Qué forma es esa de hablarle a tu abuela?

La joven, que seguía disgustada por la conversación que había tenido con su novio el día anterior, lo miró malhumorada y con cara de pocos amigos.

—¿Tú también vas a seguir tapándola, abuelo?

Doña Encarna, que no podía tolerar un comportamiento así de su hija, levantó el dedo índice para advertirle que se la estaba ganando. Si seguía así iba a tener un problema y se las verían cuando llegaran a casa. Su hermano la miró lleno de curiosidad preguntándole qué pasaba.

—Elena… Ciertas cosas es mejor no sacarlas después de tanto tiempo —le explicó doña Rosa sin pestañear—. Sírvete un poco más de ensalada mientras voy a por los conejos y tengamos la fiesta en paz.

La chica, que no estaba dispuesta a dejar el tema por zanjado, se levantó de la silla haciendo que todos los que la rodeaban la mirasen.

—¡No me da la gana! —chilló—. Mamá me ha dicho que le habéis dado dinero para que me mande a Londres a hacer un curso intensivo de inglés el mes

que viene. Quiere que me quede allí un año antes de ingresar en la universidad para perfeccionar el idioma. Me ha dicho incluso que, si quiero, puedo ir a Estados Unidos en vez de a Inglaterra.

Su tío, que no sabía nada, frunció el ceño como si todo aquello le extrañara.

—Es por tu futuro —le explicó don Venancio con la parsimonia que siempre lo había caracterizado—. Queremos que nuestra nieta se forme lo mejor posible para que cuando termines de estudiar tengas todas las puertas abiertas.

Elena, que sabía que su abuelo era un tacaño y dudaba de su generosidad, cerró el puño antes de seguir hablando, porque la ira se la comía por dentro y no sabía si iba a poder controlarse.

—¡Y una mierda! —protestó rebelde—. ¿Seguro que es por eso?

Doña Encarna, que había intentado no entrometerse para que aquel espectáculo no fuese a peor, después de escuchar la palabrota en boca de su hija se puso de pie y le dio una bofetada.

—¡Qué poca vergüenza! —le riñó—. ¿Cómo puedes ser tan mal educada? ¿Cómo te atreves a comportarte así después del regalo que te han hecho tus abuelos? ¡Cualquiera de sus nietos estaría encantado y te han elegido a ti! ¡Deberías estar agradecida! ¡Siéntate! ¡Cómete la ensalada y cierra la boca! Ya hablaremos tú y yo cuando lleguemos a casa.

Elena, con lágrimas en los ojos y ardor en la mejilla, se negó.

—¡No! —gritó—. ¿Qué ocurre? ¿De pronto soy la nieta favorita de ustedes? ¿Por eso tienen estas atenciones conmigo o es porque estoy saliendo con Kilian? El derroche de ustedes no tiene nada que ver con el altruismo. A ustedes les importa muy poco que yo estudie y que encuentre trabajo o no cuando acabe la carrera, lo que quieren es que me vaya de aquí ¡Quieren mandarle lo más lejos

posible de La Palma para que no siga con él!

—¿Pero qué estupidez es esa, Elena? —la amonestó doña Encarna fuera de sí mientras sus padres agachaban la cabeza.

Los ojos de su tío y sus primos mirándola. Su hermano riéndose y grabando la escena con el móvil. Doña Rosita abochornada, dudando de si esconderse en la cocina o permanecer en la mesa.

—¡Mi novio es mi primo! —soltó causando el mismo efecto que cuando Paul Tibbets apretó el botón para lanzar la bomba atómica sobre Hiroshima desde su avión—. Mi abuelo salía con Abenaguara y la dejó embarazada, pero no quiso hacerse cargo del bebé. La abuela limpió su nombre vendiendo a su mejor amiga y contando en el pueblo que el niño no era de él. Como muestra de agradecimiento, mi abuelo comenzó a salir con ella.

Las manos de Rosita temblando. Lo que más temía en la vida saliendo a la luz.

Su nombre, su honra.

Doña Encarna, que todavía no se había sentado, se quedó con la boca abierta.

El conejo quemándose en el horno.

El mantel planchado.

La botella de vino abierta y las copas relucientes.

Don Venancio enrojeciendo de cólera.

—Abuelo, destrozaste la reputación de una joven que te amaba para no responsabilizarte de tus actos —lo acusó Elena llena de rabia—. No me obligues a mí ahora a aceptar tu dinero para ocultar tu secreto.

Rosita y sus amigas levantándose del asiento para dejarla sola en misa.

Las miradas de las vecinas cuando Abenaguara paseaba por la calle.

Los cotilleos sobre la orgía que había protagonizado borracha en la platanera.

Los rumores de embarazo.

—¡Vete de aquí ahora mismo! —le gritó don Venancio fuera de sí—. ¡Márchate ahora mismo de esta casa!

Elena, con lágrimas en los ojos, se levantó de la mesa y salió corriendo.

Doña Encarna miró a sus padres y, acto seguido, se puso en pie y salió detrás de su hija.

—¿Dónde vas, Encarna? —le preguntó doña Rosa con autoridad.

—Me voy con ella. Se me ha quitado el hambre de pronto.

Madre e hija abandonaron la terraza y, de pronto, como si hubiera sonado una alarma de incendios, cada uno de los comensales, uno a uno, se fueron levantando de la mesa disgustados y fueron saliendo a la calle tras las dos mujeres. Dejaron solos a don Venancio y a doña Rosa.

Nadie dijo nada.

No hizo falta.

El discurso de Elena y la reacción de don Venancio habían sido suficientes.

Los conejos quemándose en el horno y el rostro de Rosita cubriéndose de lágrimas.

SEIS

—Hoy tienes mejor cara.

—Gracias.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, las quemaduras ya están casi curadas, no me escuecen.

—¿Y tú?

—Tranquila.

—¿De qué quieres que hablemos hoy?

—Me da igual.

—¿Estás segura?

—Sí, pregunte usted lo que quiera.

—Veo que estás más colaboradora.

—Lo intento.

—Eso está bien.

—Gracias.

—Hablemos de Jonás.

—Jonás era mi marido.

—Lo sé.

—¿Y qué quiere saber?

—¿Por qué lo atacaste?

—Jonás tenía que estar cuidando de nuestro hijo y no lo hizo.

—¿En el incendio?

—Sí, en el incendio y en el monte cuando se perdió.

—¿Lo responsabilizaste de su desaparición?

—Sí, fue culpa suya. A mí no me habría pasado.

—¿Cómo estás tan segura?

—A las madres no nos pasan esas cosas.

—Los hombres cometen errores y las mujeres también. Somos humanos.

—Las madres no somos humanas, solo madres.

—Eso es una tontería.

—Se nota que usted no es madre.

—¿Lo odiabas?

—No, lo quería. Aunque intentaba dejar de amarlo por lo que había hecho, no lo conseguía y me sentía culpable de ese amor. Jonás no se merecía que yo lo siguiera queriendo.

—¿Lloras?

—Sí, lloro.

—¿Por qué?

—Porque lo echo de menos.

—Pero lo golpeaste repetidamente con una piedra.

—Porque pensaba que quería separarme de nuestro hijo. Me puse muy nerviosa. No sé cómo pude creer que lo había hecho a propósito.

—¿Y ahora no?

—Ahora está muerto… Ya da igual.

—Jonás no está muerto.

—Si está muerto, yo lo maté.

—No lo mataste, estuviste a punto, pero se está recuperando.

—¿Sí?

—Sí.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Contenta?

—Claro.

—¿Segura?

—Le he dicho que lo amo y no he dejado de amarlo.

—Jonás puso una denuncia contra usted por su agresión, pero la ha retirado.

—…

—¿No dices nada?

—¿Qué quiere que diga?

—¿Qué piensa al respecto? ¿Por qué cree que la ha quitado?

—Porque a Jonás le pasa lo mismo que a mí, que, aunque lo intenta, no puede dejar de quererme, pero no me lo merezco.

SIETE

—Adela, tienes visita.

La mujer, que no había recibido a nadie en el tiempo que llevaba ingresada, miró a la auxiliar contrariada, como si no la comprendiera.

—¿Puedo recibir visitas? —le preguntó.

La trabajadora, que acababa de cambiarle las sábanas de la cama, asintió y la miró divertida.

—Esto no es una cárcel, Adela—le explicó—. Es un hospital.

Ella se quedó expectante mirando hacia la puerta, sin saber quién acudiría.

Eran las cinco y cuarto de la tarde. En un par de horas le darían de cenar.

¿Quién había ido a verla?

¿Le habían dado el alta a Jonás?

Su corazón latía con fuerza.

Quería verlo. Deseaba verlo. Le debía mil disculpas.

¿Qué le diría cuando lo viera? ¿La lograría perdonar?

Una enfermera le había contado que su marido se encontraba bien, pero que, en el ataque, había perdido un ojo.

Tuerto.

Lo había dejado tuerto y le había deformado la cara.

Eso era difícil de asumir.

Complicado de olvidar.

¡Era horrible!, pero a ella a ella no le afectaba, porque Jonás estaba vivo y eso era lo importante.

El gotero cayendo y el sedante embriagando sus venas.

Al verlo aparecer se le dibujó una sonrisa en la cara. El visitante no era su marido, pero se alegraba mucho de que hubiera ido hasta allí.

—¡Kilian! —exclamó.

El joven entró en la habitación con esa cara de fumado que siempre lo acompañaba. Parecía que su presencia siempre era precedida por un halo humeante de marihuana. Sus ojos rojos, su melena despeinada, su sonrisa tierna… El chico la miró con cariño y, al ver que estaba atada, se preocupó. Adela estaba inmovilizada, pero tenía mejor aspecto. Había engordado varios kilos, estaba limpia, aseada, y el color de su rostro era más saludable.

—Perdona que no me levante a abrazarte —bromeó Adela—. Es que a los locos no nos dejan movernos mucho.

Kilian se acercó a ella y le dio dos besos. La mujer sintió el calor de su piel y le reconfortó. El chico era cariñoso y sensible como su abuelo. Higinio debía sentirse orgulloso de él.

—Me alegra que no hayas perdido el sentido del humor —le contestó Kilian alegre mientras se sentaba en una silla, y ella le sonrió llena de tristeza.

—Es lo único que me queda —le dijo—. Lo demás lo he perdido.

El chico suspiró y miró los elásticos que le sujetaban las muñecas. Tenía marcas en los brazos y también en las piernas. Le apretaban mucho. Le apretaban demasiado. Parecía que en ese hospital no se fiaban mucho de ella.

—Mes y medio llevo aquí —se quejó la mujer—. Y sin esperanzas de que me den el alta.

—Jonás ha salido ya —le contó él como si fuera una buena noticia—. Me lo encontré el otro día en Tazacorte.

La mujer sintió que el estómago se le encogía.

—¿Y cómo está? —le preguntó ilusionada.

Kilian, que no quería causarle sufrimiento, prefirió mentir.

—Bien, tenía buen aspecto.

Un alma en pena, eso parecía.

Cuando lo vio, Jonás no lo reconoció y no le devolvió el saludo.

Un parche en el ojo y la cara desfigurada.

Era un monstruo. Un monstruo que olía a alcohol y sufrimiento desde lejos.

Adela sonrió imaginando la presencia que tendría ahora su marido. Aunque los golpes lo hubieran cambiado, era imposible que hubiera perdido toda su belleza.

—Me alegro —susurró Adela—. Y tengo que darte las gracias por frenarme esa noche. Yo no quería matarlo, Kilian, te lo juro, pero se me fue la cabeza.

El chico puso una mueca divertida y le sonrió.

—No pasa nada, no tienes que justificarte ni explicarme nada, son cosas que pasan —le contestó—. Fue el estrés, demasiadas emociones para una noche. Explotaste y lo hiciste de la peor manera posible, pero lo importante es que ahora te estás esforzando por recuperarte.

La mujer, consciente de que el joven estaba intentando hacerla sentir bien, asintió.

—Sí, lo intento.

Los rayos del sol se colaban por la ventana y jugaban por los azulejos del suelo. La persiana seguía cerrada, pero la luz se colaba por las rendijas. Adela se preguntó por qué nunca la dejaban ver el exterior. Quizá a los médicos les daba

miedo que, si la abrían, la mujer saltara desde la tercera planta.

El joven, que no tenía mucho tiempo, decidió no alargarse demasiado y empezó a contarle lo que había venido a decirle.

—Mi abuelo ya está abajo, en el Porís —le soltó—. Sus cenizas están en una urna en su casa y descansan junto a Ernesto.

Adela, que no podía creer lo que escuchaba, abrió mucho los ojos llena de sorpresa y emoción.

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! ¿Pero cómo lo has conseguido? Tenías a toda la familia en contra.

El chico, que cuando algo le daba vergüenza se rascaba la coronilla, hizo ese gesto involuntario como si quisiera quitarle mérito a su proeza y sonrió.

—Muy fácil —le contestó—, haciendo lo mismo que ellos le han hecho a mi abuelo toda la vida: chantajeándolos.

La mujer empezó a reír y, por primera vez desde que despertó en esa sala fría, su risa sonó clara y sincera.

Kilian, al ver que la divertía, decidió explicarle los detalles.

—Primero lo pedí por las buenas y se negaron —le narró—. Después le dije a mi abuela que, o lo incineraban o iba a poner una bandera LGTB en el ataúd de Higinio durante el velatorio, que él me lo había pedido.

Adela se carcajeó imaginando la cara que habría puesto Abenaguara ante semejante propuesta. La mujer habría puesto el grito en el cielo por lo que iban a decir los vecinos. Seguro que habría accedido a cualquier cosa que Kilian le hubiera ordenado en ese momento para evitar el escándalo.

—Están juntos, Adela, juntos —repitió, y al decirlo ambos se emocionaron —. He puesto una foto de cada uno de ellos en la estantería con la urna y unas

flores de plástico. No es gran cosa, pero estoy seguro de que a él le gustaría cómo ha quedado. Mi abuelo nunca fue muy ostentoso.

Ernesto Afonso Lorenzo e Higinio durmiendo juntos en el Porís.

Un amor sincero.

Un amor eterno.

Un amor prohibido que había sobrevivido al paso del tiempo.

—Una pena que no lo consiguieran en vida —se quejó la mujer.

El gotero cayendo y los gritos de un paciente en la habitación de al lado llegando hasta allí.

—¿Tú crees que fue feliz, Adela, o fue un desgraciado toda su vida? —le preguntó el chico como si esa duda lo corroyera y lo quemara por dentro.

La mujer, con un nudo en el pecho, suspiró. Pensar en Higinio era duro; todavía la hacía emocionarse.

—Yo creo que sí —le contestó sincera—. Tu abuelo se resignó, aprendió a resignarse. Lo educaron así. Los que eran como él no tenían derecho a nada y seguir vivo y en libertad para él era un privilegio. Otros corrieron peor suerte. Aceptó lo que le había pasado y siguió adelante. Sobrevivió. Tu abuelo era un superviviente. Aprendió a amar y perdonar a los que lo rodeaban, aunque no se lo merecieran. ¡Hasta sentía cariño por tu abuela! Podría haber sido mucho más feliz si le hubieran dejado vivir a su manera, pero a pesar de todo, no fue un desgraciado. Encontró satisfacción en las migajas que le dejaron. Tenía suficiente con ir al Porís, sentarse en el muelle y hablar con Ernesto, aunque no lo escuchara. Y luego te tenía a ti, que se le iluminaban los ojos cada vez que te nombraba.

La mirada de Kilian volviéndose vidriosa.

Lo echaba tanto de menos que le dolía el corazón.

—Tu abuelo era un ser excepcional —concluyó Adela mientras el chico lloraba—. Conseguía que todos lo amaran, por eso no fue un desdichado; encontró otras formas de amar.

Kilian se secó las lágrimas con la manga de la camiseta y suspiró.

—Gracias —le dijo con cariño—. Necesitaba escucharlo.

Adela le regaló una sonrisa y le acarició la mano que él le estaba dando.

—No, gracias a ti —le contestó— Eres la primera persona que viene a visitar a la loca del Porís.

El chico asintió. Sabía que así era como la habían bautizado en La Palma. Adela se lo había tomado con humor y eso era un avance.

—Y hablando del Porís… —le dijo Kilian de pronto como si fuese algo que se le había olvidado comentarle—. Mi abuelo te ha dejado su casa en el testamento. Quería que fuera para ti. Sabía que tu cuidarías de él y de Ernesto.

Adela, emocionada, no supo qué decir.

—Los cuidaré encantada —le aseguró entre lágrimas—. Solo los tengo a ellos. Pero encárgate tú de visitarlos hasta que yo pueda ir —le pidió.

El joven le regaló una caricia.

—Eso dalo por hecho —le contestó—. Y cuando estés allí, bajaré a verte de vez en cuando para llevarte fruta y asegurarme que no se te olvide comer.

Adela se rio, pero en su fuero interno dudó de que alguna vez la dejaran salir de aquellas cuatro paredes.

OCHO

La ventana estaba abierta y una agradable brisa se colaba en la habitación. El viento acariciaba las sábanas y le refrescaba la piel. Adela abrió lentamente los ojos y se encontró de frente con el cielo. Llevaba tantas semanas sin ver las estrellas que se emocionó. Se quedó más de diez minutos admirando la belleza y navegando entre sus recuerdos.

—El derecho a un cielo nocturno no contaminado que permita disfrutar de la contemplación del firmamento debe considerarse un derecho inalienable de la Humanidad —recitó en voz baja—. Hasta los locos deberíamos tener derecho a verlo —puntualizó, y una pequeña sonrisa se le dibujó en la cara.

El hospital en silencio.

El hospital a oscuras.

Era raro que en el área de psiquiatría no hubiera algún paciente chillando en ese momento. Siempre había gritos. Siempre lamentos. Pero por alguna estúpida razón, en ese instante, la quietud era absoluta y ella podía disfrutar del universo.

—¡Mamá!

Cuando escuchó su voz se le paró el corazón. No se lo esperaba. Estaba tan embelesada contemplando las estrellas que no se había percatado de que no estaba sola. Su carita dulce y sus ojos rasgados estaban junto a la cama y la miraban llenos de emoción.

Adrián, su Adri. ¡Su niño!

—¡Dios mío! —le preguntó sorprendida y angustiada a la vez—. ¿Cómo has entrado?

El niño señaló a la ventana y ella inmediatamente comprendió por qué estaba

abierta. Su habitación estaba en el tercer piso. Escalar hasta allí había sido muy arriesgado y temerario. La mujer frunció el ceño enfadada y el niño agachó la cabeza esperando una reprimenda.

—¡Te podías haber caído y partido la cabeza! —le gritó—. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así?

Adrián se acercó a ella con una mirada tierna y le acarició la mejilla.

Su mano.

Volver a sentir su mano rozándole la piel era algo que no podía describir. Adela se puso a llorar al instante y el niño la abrazó.

—Te echaba de menos —le dijo su hijo al oído—. Necesitaba verte y estar contigo.

La luna asomándose a la ventana y sonriendo. Era una escena tan tierna que hasta las estrellas se emocionaron.

—Adrián, cariño, hazme un favor —le pidió—. Suéltame los elásticos de las muñecas para que yo también pueda abrazarte.

Su pequeño tardó varios minutos en deshacer el nudo, hasta que su madre, finalmente, pudo soltarse las ataduras. Lo apretó contra su pecho e inhaló el dulce aroma de su coronilla. Lo besó. Lo besó tantas veces que el niño terminó agobiándose. Estaba tan contenta que no dejaba de llorar.

—Pensaba que te había perdido de nuevo.

El niño, confuso, se rascó la mejilla como si no la comprendiera.

—Yo estaba allí e hice lo que me dijiste: no me moví de la cama.

Adela, que había visto los restos de la casa calcinados y registrado la habitación de arriba abajo sin encontrarlo, hizo un gesto negativo con la cabeza, como si no lo creyera.

—Tienes razón, no te obedecí —confesó avergonzado.

La mujer, que necesitaba una explicación, le hizo un hueco al niño en la cama para que se tumbara a su lado y le contara lo que había sucedido.

—Cuando te fuiste me quedé solo durante mucho tiempo —le contó sin ocultar que lo había pasado mal y que había sentido miedo—. Estuve pintando estrellas en la pared y, cuando me aburrí, intenté abrir el candado de la ventana con el bolígrafo. No quería escaparme. ¡Solo probé! Y el cerrojo saltó, y yo… no pude evitar salir a dar una vuelta.

Su madre mirándolo y prestándole toda la atención. Su hijo le había desobedecido, pero, por una vez, se alegraba de ello. Adrián se había librado del incendio por hacer una travesura. A veces, la suerte estaba de su parte; no todo iba a ser sufrimiento.

—¡Llevaba muchos días encerrado! —protestó—. Solo quería jugar un rato y darme un baño.

Coherente. Todo lo que decía era coherente. Si ella hubiera podido, también se habría escapado para dar una vuelta.

—Cuando estaba en el agua, vi la casa arder —confesó—. Me asusté pensando que había sido culpa mía y, cuando llegó papá, me escondí para que no me regañara. Tenía muchas ganas de verlo, pero también miedo. Nuestra casa estaba ardiendo por mi culpa y, cuando llegaste tú, empezaste a pegarle… y pensé que no era buen momento para salir.

Lo había visto todo.

Su pequeño había sido testigo de cómo casi mata a su padre.

De su brutalidad.

¡De su enajenamiento!

Se avergonzaba de ello.

No le extrañaba que se escondiera.

Adela se había comportado como una loca.

¡Su hijo le tenía miedo!

La mujer lo apretó contra su pecho y le juró una y otra vez que nunca más volvería a hacer algo así.

—¿Vas a venirte al Porís conmigo? —le preguntó Adrián.

Adela, que se había perdido el séptimo cumpleaños de su niño encerrada en aquel hospital, no lo pensó ni un momento.

—¡Claro que sí! —exclamó—. Pero no sé cómo salir de aquí.

El niño sonrió y se acercó a la ventana.

—Yo sí —le contestó—. Saltando. Es fácil. No hay tanta distancia.

La mujer no estaba muy segura de lo que el niño decía y se aproximó a la pared para comprobar la altura que había. Estaban en la tercera planta y eran bastantes metros. Un suelo de hormigón le esperaba al fondo. Si caía desde allí, se quebraría en mil pedazos, de eso no había duda.

—¡Es imposible! —protestó.

Adrián, desoyendo a su madre, se puso de pie en el marco y saltó antes de que ella pudiera hacer nada.

A la mujer se le cortó la respiración. No le dio tiempo a frenarlo, solo gritó, gritó tan fuerte que hizo vibrar los cristales y despertó a varios internos de la sección.

Otra vez no.

¡No!

No podía volver a perderlo.

No podría soportarlo.

Adela se asomó al abismo destrozada, esperando ver el cráneo de su hijo reventado en la acera, pero en vez de eso descubrió que el niño había caído de pie y continuaba andando felizmente, como si no hubiera pasado nada.

—¡Ahora tú! —le ordenó el pequeño desde la calle—. ¡Vamos! ¡Es fácil!

Eran muchos metros. Demasiados. Ella dudaba.

Adrián había llegado ileso, pero los niños son de goma; ella, en cambio, llevaba dos meses apoltronada en una cama y su estado físico no era el ideal.

La mujer, confusa, puso una silla junto a la pared para apoyarse y se puso de pie en el alféizar.

El viento soplando, jugaba con su camisón y sus cabellos.

Sus pies descalzos aferrados a la madera.

La marca de las gomas en los tobillos.

Estaba alto, muy alto. Demasiado.

Tres pisos.

El suelo de cemento era una trampa mortal.

No lo iba a soportar.

Vértigo. Sintió cómo el vértigo la abrazaba. Atusaba su piel. Se estaba mareando.

«¿Y si soy yo?».

«¿Y si la doctora tiene razón?».

«¿Y si solo está en mi cabeza?».

Adela se quedó parada antes de saltar porque le entraron dudas.

Escapar.

Huir.

Volver al Porís con su niño.

Volar.

Partirse la cabeza.

—¡Vamos, mamá! —gritaba Adrián.

La luna, en el cielo, la miraba sin comprender por qué no le hacía caso a su hijo.

El niño la llamaba.

Sus ojos verdes le suplicaban que lo hiciera.

—¡Venga, mamá!

«¿Y si no es verdad?».

«¿Y si solo está en mi cabeza?».

Las estrellas iluminando el cielo.

Planetas. Cometas. Constelaciones.

Todo el mundo debería tener derecho a verlas, hasta los locos.

Saltar.

Si se quedaba en la habitación, reconocía que su hijo no había regresado nunca.

Saltar era recuperarlo.

Quedarse, renunciar a él.

¿Confiaba en él?

Ciento treinta pulsaciones por minuto.

El pantalón del chándal cubierto de algas.

¿Realidad o fantasía?

Adela cerró los ojos.

Dudas.

Miedo.

Si tenía que decidir entre estar con su hijo o no, ella lo tenía claro. No iba a perderlo de nuevo. Haría lo que fuera por estar con él, y lo que fuera incluía saltar por la ventana de un tercer piso.

«Te pones en peligro a ti misma y a los demás».

«Brote psicótico».

Adrián, su niño. Recordaba claramente el momento en que lo tuvo en sus brazos por primera vez. El parto había sido largo y doloroso. Cuando lo abrazó, supo, sin lugar a dudas, que a partir de ese instante todo cambiaría, porque haría cualquier cosa por él, aunque le costase la vida.

El viento jugando con su melena.

Sus ojos llorosos.

Arriesgado, era muy arriesgado.

Adela no sabía si se equivocaba, pero no iba a jugársela cuando lo que estaba en riesgo era volver a perder a su niño.

Ganas de besarlo.

Ganas de abrazarlo.

¿Tenía sentido la vida sin él?

Saltar.

Recuperarlo.

La mujer flexionó las piernas y decidió que, si tenía que elegir, prefería quedarse con su hijo antes que la cordura.

Saltó.

Saltó con fuerza, con decisión.

Saltó sabiendo que caía al vacío sin tener la certeza de si la dicha la recogería abajo.

Se lanzó.

Se arriesgó, pero Adela encontraba más motivos para hacerlo que para quedarse en aquella habitación. Adrián la estaba llamando y el sitio de una madre está junto a su hijo.

Saltó porque no soportaba la idea de que no estuviera vivo.

Saltó, pero por desgracia, en vez de caer, sintió como una mano la agarraba y se golpeaba en el costado.

NUEVE

A—noche intentaste suicidarte.

—No.

—Si el enfermero que estaba de guardia no llega a impedírtelo, habrías saltado por la ventana.

—Cierto.

—¿Por qué lo hiciste?

—Quería escapar.

—¿Saltando desde un tercer piso? ¡Te habrías partido la crisma!

—Puede hacerse.

—¿Estás segura?

—Sí, Adrián lo hizo.

—¿Tu hijo estuvo aquí anoche?

—Sí, vino a buscarme.

—¿Qué quería?

—Me desató y me pidió que me fuera con él.

—Te desataste tu sola.

—Eso es imposible, lo he intentado mil veces y no he podido.

—Mírate la mano. Te dislocaste el dedo gordo para poder liberarte, por eso la tienes vendada.

—Eso es mentira. Eso me lo hizo el guardia al sujetarme.

—Adrián no ha estado aquí, estabas tú sola.

—¡Miente!

—Yo no miento, solo quiero ayudarte; la que te engaña es tu mente. Ayer, de nuevo, tuviste un delirio que puso en riesgo tu vida. ¿No te das cuenta?

—Adrián me echa de menos.

—Y usted a él… Es normal… Pero su hijo se perdió, debe comenzar a asumirlo.

—¡No! ¡No! ¡Adrián me está esperando en el Porís! ¡Son ustedes los que no me dejan irme! ¡Adrián está vivo! ¡Ustedes son los que no lo entienden! ¡Debo irme! ¡Debo irme de aquí!

DIEZ

La doctora Hernández entró en la habitación con cara de pocos amigos. Generalmente era simpática, pero aquella mañana tenía el rictus serio y se le veía en los ojos que era capaz de darle un zarpazo al primero que le llevara la contraria.

—Tienes suerte, Adela —le dijo con voz tosca—. Te vas.

La mujer, que estaba terminando de beberse un zumo con la ayuda de una pajita, casi se atraganta.

—¿Me voy? —le preguntó sorprendida—. ¿Me ha dado el alta?

La doctora Hernández, que no le apetecía mucho hablar, negó con la cabeza mientras cogía el historial de la paciente de la cama y empezaba a firmar papeles con los que no estaba de acuerdo.

—No, yo estoy absolutamente en contra —le contestó con apatía—, pero tu tutor legal ha solicitado tu alta voluntaria. Él se hará cargo de ti, de tu medicación y de que acudas a todas las revisiones. Por tu bien, espero que no tenga que arrepentirse de lo que ha hecho.

Adela, que no podía creer lo que estaba escuchando, empezó a dar saltos de satisfacción sin moverse de la cama en la que estaba postrada.

La médica, que en esos meses le había cogido un cariño especial, se acercó a ella y la miró con ternura. No quería que su paciente lo pasara mal, que estuviera en peligro. Bastantes cosas desagradables le habían sucedido ya en la vida.

—Adela, tú no estás bien —le explicó amablemente—, no te has curado. Deberías quedarte más tiempo. Marcharte es un error.

La mujer, confusa, se encogió de hombros y le habló con franqueza.

—Cuando una madre pierde a un hijo nunca se cura del todo. Da igual el tiempo que me quede aquí, el hueco que tengo en el pecho nunca llegará a cerrarse.

Sinceridad.

Empatía.

Las gomas que le sujetaban las muñecas apretándole por última vez.

—Tu brote psicótico se ha convertido en una esquizofrenia paranoica. Deberías estar en continua vigilancia —insistió esperando un poco de cordura por su parte—. No puedes fiarte de ti misma. Puedes hacerte daño a ti o a los demás. Recuerda lo que pasó hace unas semanas. Estuviste a punto de saltar por una ventana.

Adela, que estaba deseando salir y volver a sentir la luz del sol en la piel, asintió con la cabeza para que su médico se tranquilizara.

—Si me siento mal, la llamaré —le prometió.

La doctora Hernández, que no la creía, sonrió porque su paciente estaba mintiendo por ella.

—¿Segura? —le preguntó—. Si Adrián regresa, ¿me llamarás?

—Sí —le mintió Adela—. Quédese tranquila.

La médica, sabiendo que no lo iba a hacer porque ese aviso por parte de Adela significaría su reingreso en el psiquiátrico, la abrazó con tristeza y deseó que su historia tuviera un final feliz.

La auxiliar entró en la habitación y ayudó a Adela a incorporarse tras quitarle los amarres.

La doctora Hernández la miró por última vez, sentada y feliz, y deseó por su

bien no volver a verla nunca.

—Por cierto… —le preguntó Adela dudosa—. ¿Quién es mi tutor legal? ¿Kilian?

La médica, que a veces se sorprendía por su inocencia y la realidad paralela en la que vivía Adela, negó con la cabeza.

—No, es Jonás —le contestó—. En un rato pasará a por ti.

Adela recordó una de las últimas conversaciones que había tenido con ella. Le cogió la mano a modo de despedida y pronunció una última frase.

—Se lo dije. No puede dejar de quererme, aunque no me lo merezca.

ONCE

Cuando se encontraron, Jonás no habló. Solamente se abrazaron y se quedaron más de diez minutos el uno sobre el otro.

La había echado mucho de menos y, mientras tenía a Adela entre sus brazos, en silencio, podía seguir soñando que la mujer que tenía delante era la chica de la que se había enamorado, que Adela estaba bien y que esa historia de amor que se había interrumpido volvería a escribirse y la retomarían en el punto en el que la dejaron.

El calor de su piel, su aroma. No era consciente de cuánto los añoraba hasta que los sintió en su cuerpo.

Jonás lloraba. Jonás sufría. Había perdido un hijo y ahora iba a hacerse cargo de una mujer enferma. Esquizofrénica. Debía asegurarse de que se tomaba la medicación y de que no hacía ninguna locura. Asegurarse de que no volvía a atacarlo y de que no se hacía daño a sí misma.

Temblor. Escalofrío. Eran muchas responsabilidades, pero él deseaba asumirlas. Adela no era feliz en el hospital. Estaba triste. Jonás pensaba que, con él, mejoraría su calidad de vida.

—¿Nos vamos? —le preguntó, y ella asintió.

El matrimonio salió del hospital cogido de la mano y se montó en el coche. Una botella de *vodka* vacía en el salpicadero. Los espejos retrovisores sucios. Jonás arrancó el motor y salieron dirección a Los Llanos de Aridane.

El sol brillando en el cielo. Adela abrió la ventanilla y sacó la cabeza para que la brisa le diera en el rostro. Sensación de vida. Sensación de libertad. La mujer esbozó una sonrisa y dejó que él la acariciara. Adela estaba agradecida, contenta.

La mujer se quedó un rato mirándolo. Jonás seguía siendo Jonás, pero su

aspecto era distinto. Tenía un parche negro en el ojo que le faltaba y en la parte izquierda de la cara tenía la piel arrugada y el pómulo un poco hundido. Parecía que le habían tenido que hacer un injerto.

Culpa suya.

Ella lo había atacado.

Ella le había reventado el globo ocular con una piedra.

—Lo siento —susurró.

El hombre, que se había dado cuenta del modo en que lo miraba, sonrió y le puso la mano sobre su pierna para calmarla.

—Lo sé —le respondió él.

Adela, que no estaba dispuesta a que esa conversación acabara ahí, decidió continuar.

—Jonás, yo… —empezó, pero él tomó la palabra y no la dejó terminar.

—Estabas enferma, no es culpa tuya.

El coche subiendo por la montaña y perdiéndose entre los pinos. La radio puesta en voz baja y una cantante sueca entonando una melodía que ella no llegaba a distinguir.

—Yo lo único que quiero es que vuelvas a casa y que empecemos de nuevo una vida juntos —continuó su marido tras varios minutos en silencio—. Que todo vuelva a ser como antes, como cuando nos conocimos. —Pausa, suspiro—. Te quiero, Adela. No he dejado de quererte y te echo muchísimo de menos.

Alcohol en el aliento.

Dolor en la voz.

La mujer lo miraba emocionada sin ser capaz de expresar sus sentimientos.

El veneno.

El veneno que se habían pasado meses poniéndole en las venas todavía causaba sus efectos. Le habían dado varias tabletas con pastillas.

Adela le acarició la mano y Jonás sonrió.

El coche atravesó un túnel y, mientras lo hacía, la mujer soñó que dejaba atrás un triste episodio de su vida al que no quería regresar nunca. Atrás quedaba el hospital, la terapia, el encierro; atrás quedaban esas pesadillas recurrentes en su cabeza que la hacían llorar, el cuerpo de Adrián carbonizado.

Jonás le dio más volumen a la radio y la mujer sueca entonó el estribillo. Adela cerró los ojos y dejó que el sueño la invadiera. Estaba tranquila. Por primera vez en mucho tiempo estaba relajada de verdad.

—¿Te puedo besar? —le preguntó Adela, y él, sin quitar la vista de la carretera, le dio un beso suave en los labios.

Jonás… Su Jonás… Qué poco había pensado en él en todo este tiempo. Su marido era la medicina que necesitaba para empezar a cerrar su hueco.

El coche aparcó en la acera de enfrente de su casa.

Adela cogió la manivela para abrir la puerta del vehículo, pero no la accionó.

Su marido, que la miraba impaciente, le preguntó qué le pasaba.

—Jonás, yo no puedo quedarme aquí —le dijo de pronto con culpabilidad en la voz.

El hombre se giró y la miró con su único ojo pidiéndole una explicación.

—Es nuestra casa —se justificó el chico—. Si te trae muchos recuerdos, podemos cambiar, pero por ahora es la que tenemos.

Adela, que se daba cuenta de que él no había comprendido lo que trataba de

explicarle, se puso a llorar.

—Te quiero, Jonás. ¡Te quiero! —le gritó, pero al hacerlo no pudo evitar que sus palabras sonaran a despedida, y él se preocupó.

—¿Qué pasa, Adela? —le preguntó.

La mujer, que sabía que cuando le respondiera esa burbuja de paz que los había acompañado desde que salieron del hospital se rompería y él volvería a mirarla como a una enferma, tardó unos segundos en contestar para disfrutar por última vez del amor de sus ojos.

—Yo debo volver al Porís —le explicó—. Adrián me está esperando en la casa de Higinio. Debo ir con él.

Rabia.

Tristeza.

Decepción.

El hombre fue consciente de que su ilusión por construir una nueva vida con ella se hundía y notó un dolor en el pecho que lo oprimía.

No quería perderla.

No debía perderla.

Pero no podía revivir esa pesadilla.

¿Tan poco efecto había hecho el tratamiento que le habían dado en el hospital?

—Adela… ¿no te das cuenta? —le preguntó—. ¡Estás diciendo tonterías! ¡Adrián no está! ¡Se fue! ¡Lo perdimos! Asúmelo de una vez y date cuenta de que yo sigo aquí, que te quiero y quiero estar contigo.

La mujer odiaba hacerlo sufrir. Sintió cómo las lágrimas mojaban la camiseta

que se había puesto y se limpió los mocos con un pañuelo que sacó del pantalón. Necesitaba que Jonás lo entendiera. No se trataba de que no lo quisiera o no deseara estar con él, es que su hijo la necesitaba y una madre, si tiene que decidir, siempre se quedará con su pequeño.

—Yo siento que es real —le aclaró en un sollozo—. Cuando lo abrazo vuelvo a sentir su piel. Lo beso y noto sus labios. Lo cuido. Lo mimo. Juego con él. Puedo acunarlo en mi pecho.

Jonás la miraba con pena y decepción.

—Reconócelo —le pidió Adela—. Reconoce que, si tú también pudieras recuperar todo eso, harías lo que fuera por conservarlo.

El hombre supo en ese momento que la enfermedad de su esposa era incurable y que volvería a quedarse solo. Y lloró. Lloró con tanta pena que las lágrimas casi borraron las facciones de su rostro. Le encharcaron la ropa. Encharcaron el sillón del coche. Encharcaron el suelo y sus probabilidades de volver a ser feliz.

—Pero no es cierto —repitió Jonás—. Adrián no es real.

Adela se encogió de hombros y le hizo una pequeña caricia porque le horrorizaba verlo así.

—No es cierto para ti, pero sí para mí —le explicó—. No sé por qué los demás no podéis verlo, pero para mí es suficiente.

Loca.

Su mujer estaba loca.

—Vámonos al Porís —le pidió—. Llévame al Porís, Jonás, y quédate con nosotros.

El hombre sabía que su mujer le estaba pidiendo demasiado, pero se secó las lágrimas con la camisa y tomó una decisión.

Ella era feliz, feliz a su manera, y él debía ayudarla a dejar de sufrir.

Él era su marido, su esposo, lo prometió en el altar y delante de su familia.

Adela lo miraba desesperada pidiéndole aprobación.

—Te llevaré al Porís —le explicó—. Serás libre y no tendrás que regresar al hospital. Dejaré que vivas tu fantasía si tú a cambio me prometes que te tomarás la medicación y comerás todos los días. —La mujer sonriendo, la mujer asintiendo—. Contrataré a alguien de Tijarafe para que te baje las pastillas y alimentos una vez a la semana. Estarás bien, tienes que prometérmelo.

La mujer, sintiendo que la segunda parte de lo que iba a contarle no le iba a gustar, le cogió la mano para retenerlo.

—Pero yo no estaré contigo, Adela —concluyó con pena—. No puedes pedirme que forme parte de algo que para mí solo me produce dolor. Yo no lo veo, Adela, yo solo siento su ausencia y te veo hablar a las paredes y me siento peor. Yo tengo que seguir adelante. Tengo que olvidarte y rehacer mi vida. Tengo que olvidaros a los dos para que este dolor que tengo en el pecho poco a poco se diluya y me deje seguir respirando.

Lágrimas.

Ternura.

—Pero yo te quiero —protestó Adela—. Yo te quiero y quiero estar contigo. Adrián también. Vente y formemos una familia juntos.

Jonás arrancó el coche y negó con la cabeza.

—Yo también te quiero, Adela, pero cuando me dices estas cosas, solo me causas dolor.

DOCE

Adela, por ser la primera noche que pasaban juntos en la casa de Higinio, preparó una cena especial. Salchichas de pollo y puré de patatas con mantequilla, el plato favorito de Adrián. El niño, al verlo sobre la mesa, no pudo contener los saltos y las risas e hizo a su madre brillar de felicidad.

—Gracias, mamá —le dijo el pequeño mientras le daba dos sonoros besos en las mejillas—. No te imaginas el tiempo que llevo soñando con algo así.

Adela lo abrazó sonriendo y dejó que el tiempo se parara.

Las cenizas de Higinio en la estantería.

Ernesto durmiendo en la pared.

Los cuadros que había puesto Kilian en la repisa mirándolos. Adela había pensado sacarlos esa noche al muelle para que pudieran contemplar las estrellas. Aquella pareja de enamorados ahora formaba parte de su familia, pero también necesitaban intimidad. Adela era su guardiana, su protectora, los cuidaría y mimaría, como ya hacía con su propio hijo.

—¿Me pones un poco de Coca-Cola? —le pidió el niño.

Refresco frío y cubitos de hielo.

Luz eléctrica, aquello sí que era una mejora de su calidad de vida en el Porís. La casa tenía un pequeño generador que funcionaba con gasolina y que, aunque hacía bastante ruido, la proveía de electricidad. Con esas comodidades y su hijo riendo, Adela pensó que nunca nadie lograría echarla del Porís.

—¿Estás contenta, mamá? —le preguntó Adrián.

—Muchísimo —le contestó ella, y no mentía, aunque echaba mucho de menos a Jonás.

La Virgen de Candelaria, que estaba viendo la escena, se aproximó a ellos

porque sabía que la pregunta que le iba a hacer el niño ahora era muy importante. Llevaba mucho tiempo pensando en ella, pero no sabía cómo planteársela.

—Mamá —la llamó Adrián para captar su atención.

Adela, que acababa de servirle el refresco, se sentó a su lado mientras los ojos de Higinio la miraban con ternura desde la fotografía.

—Dime, cariño.

El niño clavó en ella sus ojos rasgados y tragó saliva antes de hablar.

—Tú sabes que yo no soy real, ¿no? —le preguntó con la mirada vidriosa.

Adela se quedó unos segundos en silencio bajo la luz de la bombilla que colgaba del techo.

Las olas rompiendo en la orilla. Desde allí se las escuchaba perfectamente y la hacían sentirse en paz.

La silueta de la isla de la Palma en la boca de la cueva.

Estratos en las rocas.

Sedimentos marinos.

Las salchichas y el puré de patatas enfriándose en la mesa.

—Tú sabes que yo no soy real, ¿no? —insistió.

Adela le cogió las manos y dejó que sus ojos se encontraran. El niño sintió un amor tan grande que no se podía expresar. El amor de una madre es inconmensurable; tratar de medirlo es como intentar contar las gotas del mar. Su madre lo amaba por encima de todas las cosas. Era capaz de saltar por él desde un tercer piso, aunque pensara que no iba a sobrevivir.

—Claro que lo sé, mi cielo —le contestó con ternura—, pero una madre es

capaz de perdonarle todo a un hijo, hasta eso.

PARTE V
UN FINAL FELIZ

UNO

La puerta sonó con decisión a las seis y cuarto de la mañana. Era muy temprano. Adrián dormía en la cama y Adela, que estaba tumbada a su lado, abrió los ojos sin ganas de levantarse.

Sabor pastoso en la boca. Necesitaba un café.

¿Quién sería a esas horas?

Pom, pom, pom.

Volvieron a llamar.

El sol bostezando.

La mujer, que no solía recibir visitas a esas horas, empezó a inquietarse.

¿Kilian? ¿Por qué iba a venir a verla de madrugada? ¿Había pasado algo?

Preocupada, se levantó de la cama y se puso las zapatillas. El suelo de roca estaba frío, escurridizo, y tenía que caminar con cuidado. Los primeros rayos de luz entrando por la ventana.

Higinio, que era el más madrugador, sonrió al verla aparecer.

—¿Cómo has dormido hoy? —le preguntó desde el marco de la foto, y ella se desperezó y le dijo con la mano que regular —. Deberías haberte fumado otro porro de maría, ya sabes que ayuda —le aconsejó el anciano, y ella se rio.

—¡Qué manía tienes de intentar que todo el mundo se pase el día colocado! —le regañó Ernesto, y Adela le sacó la lengua, porque era un poco cascarrabias y le encantaba chincharlo.

Pom, pom, pom.

El visitante insistiendo.

Platos sucios en la mesa.

Un par de moscas paseándose por el salón.

Adrián estaba un poco resfriado y roncaba, siempre le pasaba. Se le escuchaba perfectamente desde allí.

La mujer abrió la puerta sin saber lo que iba a encontrarse y, cuando lo vio, se quedó tan sorprendida que tardó unos segundos en poder articular palabra.

—¡Jonás! —exclamó— ¿Qué haces aquí?

Su marido y ella llevaban casi un año sin verse. El hombre había cumplido su promesa y, tras dejarla en el Porís, no había vuelto a ponerse en contacto con ella. Ni una llamada por Navidad. Ni un mensaje por su santo. Jonás se había esfumado como si se lo hubiera tragado la tierra.

Adela sintió como si miles de mariposas volaran a su alrededor cuando lo vio.

Emociones que creía olvidadas eclosionando en su interior.

La brisa marina refrescándole el rostro.

Una gaviota entrando en la cueva y batiendo sus alas.

La Virgen de Candelaria despertando e intentando enterarse de las novedades.

Adela se arrepintió de no haberse lavado los dientes antes de abrir, seguro que tenía mal aliento.

Jonás, con el parche en el ojo y una agradable sonrisa, la miró sin saber qué decirle.

Estaba guapo, extrañamente guapo, como si las cicatrices de su rostro hubieran decidido aliarse con su belleza para dotarlo de exotismo.

El hombre tragando saliva. Cuando tenía que decir algo importante siempre le costaba. Se quedaba demasiado tiempo eligiendo las palabras correctas.

Adela mirándolo. Esperándolo.

Jonás tosiendo para aclararse la voz antes de hablar.

—Hoy es el cumpleaños de Adrián, ¿no? —le preguntó, y ella lo miró extrañada, como si no entendiera lo que le estaba diciendo—. Le he comprado un balón de reglamento —le dijo sacándolo de su mochila—. ¿Tú crees que le gustará?

La mujer no comprendía lo que estaba pasando ni sus intenciones. Lo miró precavida y se apoltronó en la puerta sin dejarlo pasar.

—¿Estás borracho, Jonás? —le preguntó con desconfianza.

El hombre, que había pasado los últimos meses librando una batalla incansable con sus adicciones, negó con la cabeza y sonrió lleno de orgullo.

—No, llevo cinco meses sin probar ni una gota de alcohol.

Adela no podía creer lo que estaba escuchando y se lanzó hacia a él llena de felicidad para darle un abrazo.

—¡Enhorabuena! —exclamó orgullosa, y él la apretó con fuerza contra su cuerpo para que notara cuánto la había echado de menos.

El sonido del mar.

Las olas.

Los dos abrazados, sus cuerpos reconociéndose.

Desconcertada.

Ganas de besarlo.

Ganas de secuestrarlo y quedárselo para siempre.

—¿Puedo pasar? —preguntó él con inseguridad.

La mujer asintió. Seguía embriagada por el abrazo que acababan de darse.

Jonás entró y cerró los ojos. Inspiró profundamente y se quedó callado. Olía a

casa, a hogar. Por encima del salitre y el olor a humedad, estaba el aroma de su antigua vida y, al reconocerlo, se sintió reconfortado. Adela lo miró sin comprenderlo y él le dedicó una sonrisa.

—Es agradable —pronunció, y ella no tuvo claro si se refería a la vivienda o a la sensación de estar allí.

Higinio y Ernesto analizándolo desde sus portarretratos sin terminar de fiarse de él. Ambos eran demasiado protectores con Adela. No querían que le hiciesen daño. Desde la estantería donde se encontraban, la pareja tenía unas vistas privilegiadas de toda la estancia.

—¿Y este? —preguntó Ernesto perplejo—. ¿Qué quiere ahora?

Higinio, que había reconocido el brillo de los ojos de Jonás por aquellas antiguas conversaciones que mantuvieron en el muelle sobre su mujer, entendió lo que ocurría y se puso a llorar. Ernesto le preguntó con la mirada qué ocurría y él no pudo contestarle.

—Iba a poner café —le dijo Adela sin saber muy bien qué decir—. ¿Te apetece una taza?

Jonás seguía inmóvil junto a la puerta y dijo que sí.

Una foto de los tres sobre la mesa del salón. Jonás la miró mientras ella ponía la cafetera en la hornilla. Adela la había colocado allí el día que se mudó. Una escena de un viaje que hicieron juntos a Tenerife cuando eran felices. Estuvieron en el Loro Parque y, al salir, les tomaron esa instantánea. Adrián sonreía y sus padres lo miraban llenos de amor. A la mujer le encantaba esa imagen.

Tres años.

Tres años habían pasado desde esa foto y parecía que había pasado toda una vida.

Adela mirándolo, observándolo. Daría lo que fuera por poder leerle la mente en ese momento. ¿Qué estaba pasando por su cabeza?

Jonás recorría la casa con la mirada, como si buscara algo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó como si hablase de un fantasma.

Adela, que estaba viendo a su hijo dormido en posición fetal y roncando, le señaló el dormitorio.

—En la cama —le contestó.

Jonás se apartó lentamente de la pared donde estaba apoyado y se dirigió al cuarto rodeado de incertidumbre. En la habitación no había nadie, lo único que podía ver era un colchón vacío con las sábanas arrugadas.

No se decepcionó. Era lo que esperaba.

—Quiero que me enseñes, Adela —dijo de pronto con la voz quebrada por la emoción—. Quiero que me enseñes a verlo.

Adela, que no se esperaba esa reacción, sintió que le caían dos enormes lágrimas por las mejillas.

Adrián durmiendo.

Jonás, destrozado, mirando a su mujer y suplicándole que le mostrara cómo lo hacía. No podía más. El hombre se rendía y se quitaba la armadura. No podía seguir luchando y resistiéndose a lo que sentía. Lloró. Un mar de lágrimas se desbordó de sus ojos y, aunque Adela intentó calmarlo, no lo consiguió. Jonás suspiraba. Jonás sufría. Ella lo apretó entre sus brazos, pero su marido no dejaba de sollozar.

—Lo he intentado —le confesó Jonás desesperado sin dejar de tiritar—. He intentado olvidaros e iniciar una nueva vida. Me he volcado en el deporte, en el trabajo, en rehabilitarme, en la salud. ¡Incluso he tenido un par de novias! Pero

no puedo… No puedo ni quiero olvidarme de ti y del niño.

La Virgen de Candelaria aguzando el oído en la puerta para que no se le escapara ni un detalle de esa conversación.

Higinio emocionado le pidió a Ernesto que le prestara su pañuelo para sonarse la nariz.

—Quiero venirme a vivir con ustedes si me dejas —le soltó de golpe—. Quiero recuperar a mi familia y ser feliz, pero para eso tú debes enseñarme. Tú ya lo has conseguido. Enséñame a mí.

Adrián abriendo los ojos lentamente y descubriendo que había visita. ¡El niño no podía creer a quién estaba allí! Ver a su padre en la habitación era el mejor regalo de cumpleaños que pudieran hacerle.

—¡Papá! ¡Papá! —chilló, aunque él no pudiese oírlo.

Adela le pidió con un gesto que se tranquilizara.

Su padre estaba nervioso, así que debían ir despacio para no asustarlo.

—Jonás —le dijo con dulzura—. Adrián ya se ha despertado, está aquí.

El hombre miró conmovido hacia la nada como si estuviera formada por millones de partículas.

—Adrián, tendrás que perdonarme, pero no te consigo ver. He venido a traerte un regalo de cumpleaños y a preguntarte si te gustaría que viviese aquí contigo y con tu madre.

El aroma del café envolviendo la estancia.

Higinio y Ernesto emocionados por lo que estaba sucediendo.

El niño, que pensaba que su día no podía ser mejor, le gritó que sí.

Adela los miró con ternura y les agarró las manos. Juntó sus dedos, aunque no

se estuvieran tocando. Jonás no podía verlo ni sentir su piel, pero las lágrimas no cesaban y el amor que sentía por él tampoco.

Los tres estaban juntos de nuevo.

La familia reunida.

La familia feliz como en la foto del Loro Parque.

—Dice que sí —le explicó la mujer, y ambos se pusieron a llorar mientras sus labios desquiciados se comían a besos sin tener muy claro si eran dos locos enamorados o dos enamorados que libremente habían decidido hacer del amor su locura.

ÍNDICE

PRÓLOGO

PARTE I. LA MADRE HUECA

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISÉIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS

PARTE II. EL NIÑO QUE PINTABA ESTRELLAS

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

PARTE III. UNA FAMILIA FELIZ

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

PARTE IV. AMOR CULPABLE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

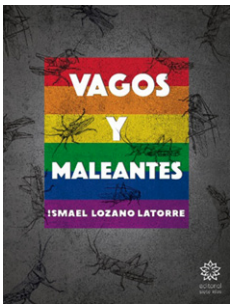
DOCE

PARTE V. UN FINAL FELIZ

UNO

OTRAS NOVELAS DE LA EDITORIAL SIETE ISLAS

OTRAS NOVELAS DE EDITORIAL SIETE ISLAS:



VAGOS Y MALEANTES / ISMAEL LOZANO LATORRE

Un anciano con alzhéimer, una adolescente que se ha escapado de casa, una mujer enamorada, un joven asustado en su primer día de trabajo y una madre angustiada, son algunos de los protagonistas de esta historia, que mezcla presente y pasado, de la mano de Manuel y Lorenzo, dos jóvenes lanzaroteños que se enamoraron en una época en la que su amor estaba prohibido.

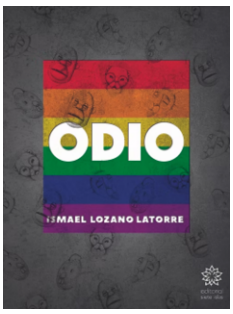
Miedo, tensión, injusticia.

Dos inocentes separados por el franquismo y unidos en la desgracia.

Una novela inspirada en uno de los episodios más vergonzosos y olvidados de la reciente historia de España, en la colonia agrícola penitenciaria de Tefía, un campo de concentración fundado en Fuerteventura, en 1954 para proteger a la sociedad de los actos de los homosexuales, bajo el amparo de la Ley de Vagos y Maleantes.

Atrévete a leer esta historia sobre la diversidad y porque debemos sentirnos Orgullosos. Atrévete a aprender de los errores del pasado para que no vuelvan a ocurrir.

#vagosymaleantes



ODIO / ISMAEL LOZANO LATORRE

El nueve de noviembre, a las una y veinte de la noche, el cuerpo sin vida, del Presidente del Partido Ultraderechista Sevillano, apareció en el suelo de un parking, con ocho puñaladas, envuelto en una bandera LGTBI+.

Una pintada, en el escenario del crimen, vincula este asesinato, con el de Miguel Heredia, en la Alameda de Hércules, por su orientación sexual.

Discursos de odio. Delitos de odio. ¿Están relacionados?

Cuando pegas a uno, nos duele a todos.

Antía, a su regreso de Nueva York, se encontrará con una nueva historia que necesita ser contada, pero esta vez, la amenaza, está en el presente y será más peligrosos.

¿Quién mató a Ignacio Romero? ¿Y por qué?

Atrévete a leer, la nueva novela de Ismael Lozano Latorre, autor de Vagos y Maleantes, inspirada en hechos reales, que recoge algunos de los acontecimientos más importantes, de los últimos años, que, por desgracia, formarán parte, de la memoria histórica LGTBI+.

#odio



LA SIRENA DE FAMARA / ISMAEL LOZANO LATORRE

Cuando Dora conoció a Juan trataba de huir de un futuro que ya estaba escrito para ella, él llenó su vida de magia y durante dos años dejó de ser una simple cajera para convertirse en una sirena enamorada del pescador de sueños.

Pero la fantasía no duró eternamente, Juan desapareció sin dejar rastro y Dora tuvo que reinventarse a sí misma, renacer de las cenizas y enfrentarse a la realidad.

Esta es la historia de una búsqueda cargada de secretos, un relato de amor, amistad y misterio que transcurre en uno de los lugares más cautivadores de la Tierra, Famara, un pueblo costero de la isla de Lanzarote donde los sueños se mezclan con el rumor de las olas y cualquier acontecimiento se engrandece por la espectacularidad del paisaje.

¿Se puede perdonar lo imperdonable? ¿Se puede ser feliz tras la felicidad?

#lasirenadefamara



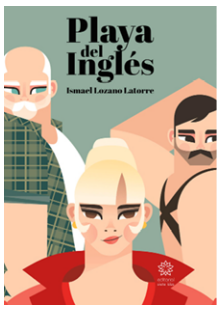
LA ISLA DE LOS DRAGONES DORMIDOS / ISMAEL LOZANO LATORRE

La vida de Claudia cambia para siempre cuando viaja a Lanzarote a cuidar de su hermano. Daniel está en coma, pero sus recuerdos, forman parte de un cuento que escondía bajo su cama.

Mentiras y secretos familiares salen a la luz en un relato donde un príncipe mudo busca el amor verdadero y cada personaje está inspirado en uno real ¿Era Claudia una princesa cautiva en un palacio de marfil? ¿Era su marido un ogro malvado? ¿Quién era esa chica misteriosa a la que no podía darle el sol?... Y sobre todo una pregunta: ¿Por qué Daniel intentó suicidarse?

Enigmas sin respuesta, amores prohibidos, ficción y realidad se mezclan en esta historia en la que una joven intenta superar sus miedos enfrentándose a dragones para ayudar a su hermano a despertar de un sueño eterno.

#laisladelosdragonesdormidos



PLAYA DEL INGLÉS / ISMAEL LOZANO LATORRE

La vida de Acerina Marrero cambió para siempre cuando la llamaron por teléfono aquel domingo, a principios de noviembre, a las nueve y cuarto de la mañana. La perfección que la rodeaba se derrumbó como un castillo de naipes. Genaro, su marido, no estaba en Madrid en un congreso como ella creía; había sufrido un accidente en una zona de ambiente de Playa del Inglés. ¿Por qué le había mentido? ¿Qué le escondía?

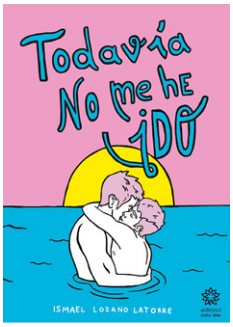
Una transformista que canta canciones de amor, un creador de contenido de una página de adultos adicto a las metanfetaminas, un gato siamés, un chico enamorado de su crush de la adolescencia, una limpiadora colombiana, una joven transexual con el pelo violeta y heridas en el alma… Todos ellos forman un universo único, en esta novela, que tiene a Playa del Inglés y el Centro Comercial Yumbo.

Los hombres decentes no van a locales de cruising, ¿O sí?

Atrévete a leer el esperado regreso de Ismael Lozano Latorre, autor de Vagos y Maleantes y ganador del Premio Arkoiris 2024 al mejor escritor de Canarias.

¿Estás preparado para sentir?

#playadelingles



TODAVÍA NO ME HE IDO / ISMAEL LOZANO LATORRE

El amor aparece cuando menos te lo esperas, te aborda de improviso y esa persona que no conocías se vuelve imprescindible para ti. Dejas de ser autosuficiente, tu felicidad está condicionada a su risa, a su mirada, a su forma de caminar.

La primera vez que lo vio Joel estaba envuelto en su capa negra en mitad de un escenario, el pulso se le aceleró y Aday supo que aquellas manos alguna vez acariciarían su cuerpo.

¿Amar o ser amado? ¿Conquistar o ser conquistado?

Magia, misterio y pasión se mezclan en esta historia donde nada es lo que parece.

¿Comenzarías un romance condenado al fracaso?

Atrévete a descubrir la diferencia entre amor e ilusionismo, sumérgete en las aguas de Fuerteventura y encuentra el corazón de Joel.

#todavíanomeheido



PASAJE BEGOÑA / ISMAEL LOZANO LATORRE

La Noche de San Juan de 1971, la oscuridad se apoderó para siempre del Pasaje Begoña. Una gran redada de los grises acabó con aquel corredor de Torremolinos donde reinaba la libertad y el respeto; un sitio especial donde los visitantes podían mostrarse tal y como eran, con independencia de su género, raza o tendencias sexuales.

Gritos, llantos, lamentos. La magia y la elegancia chocaron con la brutalidad y la injusticia del régimen franquista. Fusiles contra lentejuelas.

¿Se puede volar cuando te han arrancado las alas?

Un matrimonio forzado entre un homosexual y una discapacitada intelectual, un camarero enamorado, un adicto y una mujer atrapada en un cuerpo que no le pertenece se mezclan en esta novela que brinda un merecido homenaje a este episodio tan importante de la historia LGTBI de España.

Atrévete a descubrir el Pasaje Begoña de la mano de Ismael Lozano Latorre. Atrévete a leer la esperada novela del autor de Vagos y Maleantes, que ha conquistado el corazón de miles de lectores.

#pasajebegoña



ÓRZOLA / ISMAEL LOZANO LATORRE

"La mujer sin nombre" despertó amordazada en un sótano oscuro, no sabía dónde estaba, cómo se llamaba, ni conservaba ningún recuerdo.

El terror se adhería a su cuerpo como una segunda piel, pero no podía chillar, porque si lo hacía, su secuestrador bajaría a castigarla y eso la asustaba más que nada en el mundo.

Intriga, misterio y pasión se mezclan en esta historia donde cada capítulo es en una pieza de un puzle adictivo lleno de giros y sorpresas.

¿Qué sentimiento prevalece el miedo o el amor? ¿Podrías enamorarte de tu enemigo?

Atrévete a descubrir este thriller donde nada es lo que parece, atrévete a leer la novela con la que Ismael Lozano regresa a Lanzarote tras el elogiado éxito de "La sirena de Famara" y "La isla de los dragones dormidos", atrévete a sumergirte en las aguas de "Órzola", desearás perderte en él.

#órzola



LA LEYENDA DE GARA Y JONAY / ISMAEL LOZANO LATORRE

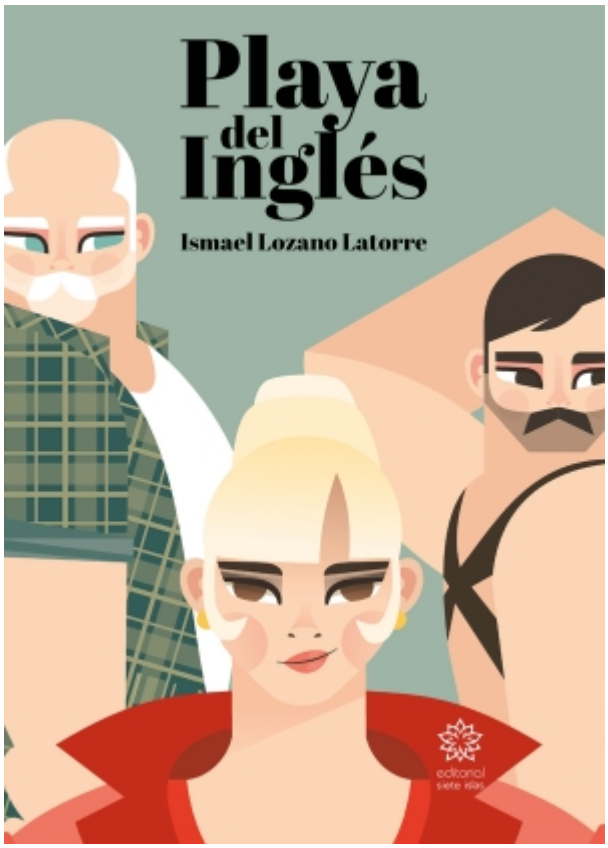
Gara siempre supo que su destino estaba ligado a la antigua leyenda guanche de la princesa de Agulo y el hijo del Mencey, sus suspiros pertenecían a un joven que no conocía pero que sabía que no tardaría en aparecer ¿Había un Jonay para ella o los príncipes azules sólo existen en las novelas románticas?

Dos amantes destinados a encontrarse, un amor prohibido, un final trágico que los persigue y del que desean escapar ¿Puede una leyenda guanche cumplirse en el mundo moderno? ¿Es más fuerte el amor o la amistad?

Secretos y mentiras acompañan a Gara en este viaje a través de los paisajes y fábulas canarias. Vive la pérdida de la inocencia y recuerda lo que es enamorarte por primera vez.

¿Te atreves a reescribir la historia?

#laleyendadegarayjonay



Playa del Inglés

Lozano Latorre, Ismael

9788412952346

302

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La vida de Acerina Marrero cambió para siempre cuando la llamaron por teléfono aquel domingo, a principios de noviembre, a las nueve y cuarto de la mañana. La perfección que la rodeaba se derrumbó como un castillo de naipes. Genaro, su marido, no estaba en Madrid en un congreso como ella creía; había sufrido un accidente en una zona de ambiente de Playa del Inglés. ¿Por qué le había mentido? ¿Qué le escondía? Una transformista que canta canciones de amor,

un creador de contenido de una página de adultos adicto a las metanfetaminas, un gato siamés, un chico enamorado de su crush de la adolescencia, una limpiadora colombiana, una joven transexual con el pelo violeta y heridas en el alma… Todos ellos forman un universo único, en esta novela, que tiene a Playa del Inglés y el Centro Comercial Yumbo. Los hombres decentes no van a locales de cruising, ¿O sí? Atrévete a leer el esperado regreso de Ismael Lozano Latorre, autor de Vagos y Maleantes y ganador del Premio Arkoiris 2024 al mejor escritor de Canarias. ¿Estás preparado para sentir?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amore

Wessling, Pablo

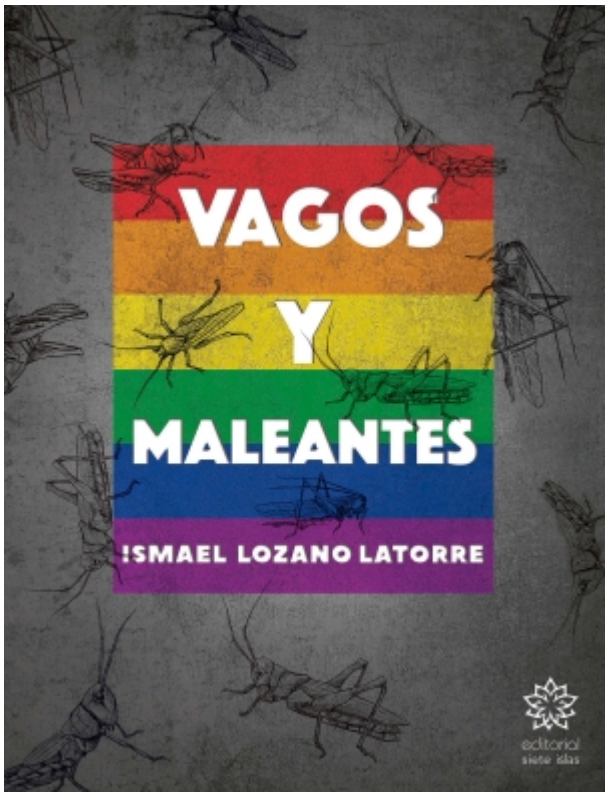
9791399093919

274

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

SINOPSIS: Me llaman Amore, no porque sea mi nombre, sino porque un día en clase me cayó ese mote. Es irónico, porque el amore ha sido siempre mi punto débil. Solo he tenido un novio… y me engañaba. La noche que lo descubrí toqué fondo, pero también fue el principio: conocí a Camilo, Fran y Edu, un camarero, un policía y un hetero que, sin buscarlo, se convirtieron en mis nuevos mejores amigos. El problema fue que... me acabé enamorando de uno de ellos. ¿Adiviná is de cuál? ¡Exacto! Esta es mi historia. Una tragicomedia moderna sobre exnovios, nuevos amigos, sueños pendientes y una palabra que es mi cruz… y mi mejor aliada: Amore. Atrévete a descubrir Amore, una historia que enamora desde la primera página y cuyos personajes acompañan al lector incluso después de cerrar el libro. Atrévete a leer el esperado regreso de Pablo Wessling, ganador del Premio Rincón de la Diversidad 2021, tras el éxito de Tres chicos buenos, que consiguió conquistar a la crítica y el corazón de los lectores.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Vagos y maleantes

Lozano Latorre, Ismael

9788412122862

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

1. Un anciano con alzhéimer, una adolescente que se ha escapado de casa, una mujer enamorada, un joven asustado en su primer día de trabajo y una madre angustiada, son algunos de los protagonistas de esta historia, que mezcla presente y pasado, de la mano de Manuel y Lorenzo, dos jóvenes lanzaroteños que se enamoraron en una época en la que su amor estaba prohibido.

Miedo, tensión, injusticia.

Dos inocentes separados por el franquismo y unidos en la desgracia. Una novela inspirada en uno de los episodios más vergonzosos y olvidados de la reciente historia de España, en la **colonia agrícola penitenciaria de Tefía**, un **campo de concentración** fundado en **Fuerteventura**, en 1954 para proteger a la sociedad de los actos de los homosexuales, bajo el amparo de la Ley de Vagos y Maleantes.

Atrévete a leer esta historia sobre la diversidad y porque debemos sentirnos Orgullosos. Atrévete a aprender de los errores del pasado para que no vuelvan a ocurrir.

#vagosymaleantes

Novela LGTB inspirada en hechos reales, en el Campo de Concentración para homosexuales creado en Tefía (Fuerteventura) en 1954 con carácter reformador.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El silencio de la lavanda

Muñoz, Tony

9791399004137

316

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Raúl, un adolescente de 16 años, se ve obligado a pasar el verano con sus padres en la antigua casa familiar, ubicada en un remoto pueblo de la España rural. A pesar de estar en el paraíso, rodeado de infinitos campos de lavanda hasta donde alcanza la vista, odia la idea de pasar todo un verano lejos de sus amigos y de su cómoda vida en la ciudad. Lo que no imagina es que su vida está a punto de cambiar por completo cuando conoce a Roberto, un joven del pueblo

que ha sido contratado por sus padres para trabajar en la restauración de la casa. Un simple cruce de miradas bastará para sacudir todo su mundo y despertar en él sentimientos que hasta ese momento habían permanecido ocultos en lo más profundo de su ser. Atrévete a emprender este viaje hacia al autodescubrimiento, donde el deseo y el miedo se entrelazan en una encarnizada lucha que os hará comprender que el amor y el dolor son fuerzas caprichosas que desafían a los corazones más frágiles. Atrévete a leer a Tony Muñoz, que ha conseguido, con su primera novela, ser finalista en el Premio de Literatura Diversa 2025.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Maricón de libro

Marco, Quico

9788412890020

308

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

SINOPSIS Pau es uno de esos maricones que te encuentras por Madrid a patadas. Sí, un treintañero al que le pasan cosas normales… o quizá no tan normales. Una marica típica con un trabajo precario y una casa que parece una caja de zapatos, pero también, un grupo de amigos que lo arropa en una ciudad que nunca deja de girar. Acompaña a Pau en sus borracheras, sus polvos (unos mejores y otros peores) y sus conflictos laborales. Cógele de la mano en sus citas y no lo sueltes cuando le estrujen el corazoncito a golpe de piropo, pellizco en la cintura o palmada en el culo. Risas, tíos buenos, bailes, lágrimas y amistad. Una novela imprescindible para que te rías y dejes de juzgar y juzgarte. Atrévete a leer el debut literario de Quico Marco, un autor destinado a conquistar el corazón de los lectores llenándolos de sonrisas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)